TITO LIVIO

HISTORIA DE ROMA DESDE SU FUNDACIÓN

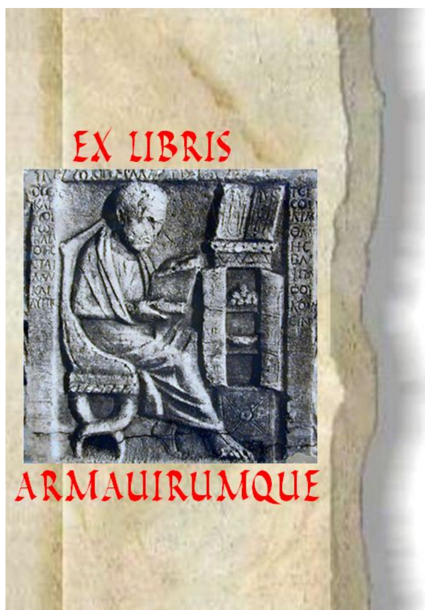
LIBROS XXXI-XXXV

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JOSÉ ANTONIO VILLAR VIDAL



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 183



Asesores para la sección latina: JAVIER ISO y JOSÉ LUIS MORALEJO.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por JOSÉ SOLÍS.

Depósito Legal: M. 18567-1993.

ISBN 84-249-1428-7. Obra completa.
ISBN 84-249-1620-4. Tomo VI.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1993. — 6565.

NOTA TEXTUAL

La traducción del presente volumen corresponde al texto latino de la edición de Oxford (1965, reimpresión de 1979) debida a A. H. McDonald. Las disidencias con respecto a dicho texto van siempre indicadas en nota a pie de página.

LIBRO XXXI

SINOPSIS

AÑO 201 a. C.

Preámbulo (1, 1 - 1, 5).

Prolegómenos de la segunda guerra de Macedonia (1, 6 - 4).

AÑO 200 A. C.

Se declara la guerra a Filipo (5 - 9).

Ofensiva en la Galia Cisalpina. Medidas del senado (10 - 13).

Ruptura de hostilidades entre Filipo y los atenienses. Átalo en Atenas y Egina (14 - 15).

Asedio de Abidos, con dramático final (16 - 18).

Occidente: embajada en África. Ovación a Lucio Cornelio Léntulo. Victoria sobre los galos (19 - 22, 3).

Oriente: toma de Calcis. Tentativa de Filipo contra Atenas (22, 4 - 24).

Filipo y la Liga Aquea. Tentativas en Eleusis. Los romanos y los pueblos macedonios (25 - 28).

AÑO 199 a. C.

Asamblea Panetólica (29 - 32).

Escaramuzas iniciales entre Sulpicio y Filipo (33 - 36).

Batalla favorable a los romanos. Críticas a los generales. El cónsul, en Macedonia (37 - 40, 6).

Guerra entre Filipo, y los dárdanos y etolios (40, 7 - 43).
Operaciones navales (44 - 45).
Toma de Óreo. Retorno de las flotas a las bases (46 - 47, 3).

AÑO 200 a. C.
Roma y Occidente: discutido triunfo de Lucio Furio Purpurión. Juegos y nombramientos (47, 4 - 50).

Preámbulo

1 También yo me siento satisfecho de haber llegado al final de la Guerra Púnica, como si personalmente hubiera participado de los esfuerzos y los peligros.
2 Pues si bien es cierto que, después de haber tenido la osadía de manifestar mi propósito de escribir hasta el final toda la historia de Roma, no estaría nada bien que diera muestras de cansancio en cada una de las
3 partes de una obra tan grande, sin embargo, cuando pienso que sesenta y tres años [1] —pues tantos son los que van desde la Primera Guerra Púnica hasta el final de la
4 Segunda— me han llenado tantos volúmenes como los cuatrocientos ochenta y ocho que van desde la fundación de Roma hasta el consulado de Apio Claudio [2], que inició
5 la primera guerra contra los cartagineses, empiezo a sentir, como el que se ha metido en aguas poco profundas cerca de la orilla y se interna a pie en el mar, que cada paso que doy me lleva hacia mayores profundidades, hacia una especie de abismo; que es como si se acrecentara la tarea, que parecía reducirse a medida que iba poniendo término a cada uno de sus tramos iniciales.

---

[1] De 264 a 201. Cómputo no inclusivo, en contra de lo usual.
[2] Apio Claudio Cáudice fue cónsul en 264.

Prolegómenos de la segunda guerra de Macedonia

A la paz con Cartago siguió la guerra 6
de Macedonia, que no tiene punto de
comparación con la precedente por la gra-
vedad del peligro, la valía del general o
la fuerza de las tropas, pero tal vez más 7
famosa debido a la nombradía de los antiguos reyes y el
tradicional renombre de esta nación, y a la extensión de
un imperio con el que desde antiguo había ocupado mili-
tarmente numerosas zonas de Europa y la mayor parte de
Asia. Por otra parte, la guerra contra Filipo iniciada 8
hacía unos diez años llevaba tres interrumpida, habiendo
sido los etolios los causantes tanto de la guerra como de
la paz. Ahora los romanos, que tenían libertad de acción 9
gracias a la paz con Cartago y sentían hostilidad contra
Filipo porque no había respetado la paz con los etolios
y otros aliados de la misma zona y por su reciente envío 10
de refuerzos y dinero a Aníbal y a los cartagineses, se vie-
ron impulsados a reemprender la guerra por las súplicas
de los atenienses, a los que Filipo había encerrado dentro
de su ciudad tras arrasar por completo su territorio.

Más o menos por esta misma época llegaron emba- 2
jadores del rey Átalo [3] y de los rodios con la noticia de
que también estaban siendo instigadas las ciudades de Asia.
Se respondió a estas embajadas que el senado se ocuparía 2
del asunto, y se remitió a los cónsules [4], que entonces se
encontraban en sus provincias, la cuestión de la guerra con
Macedonia en su totalidad. Entre tanto se enviaron a 3
Tolomeo [5], rey de Egipto, tres embajadores, Gayo Clau-

---

3 Aliado de Roma (hubiese o no *foedus* formal) desde 210.

4 Los cónsules del año 201, Publio Cornelio Léntulo y Publio Elio Peto, con mando en la flota y en la Galia respectivamente.

5 Tolomeo V Epífanes.

dio Nerón [6], Marco Emilio Lépido [7] y Publio Sempronio
Tuditano [8], para informarle de la victoria sobre Aníbal y
los cartagineses, para darle las gracias porque cuando la
situación era incierta se había mantenido leal mientras aban-
4 donaban a los romanos hasta sus aliados vecinos, y para
pedirle que conservara la misma disposición de ánimo ha-
cia el pueblo romano si éste emprendía la guerra contra
Filipo forzado por sus desafueros.

5 Aproximadamente por las mismas fechas, en la Galia,
el cónsul Publio Elio, enterado de que antes de su llegada
los boyos [9] habían hecho incursiones en territorios de los
aliados, alistó con urgencia dos legiones para hacer frente
6 a la agresión, les añadió cuatro cohortes de su propio ejér-
cito y encargó a Gayo Ampio, prefecto de los aliados [10],
de invadir el territorio de los boyos con estas fuerzas im-
provisadas, atravesando la Umbría por donde la tribu lla-
mada Sapinia [11]. Él salió en esa misma dirección por una
7 ruta abierta a través de las montañas. Ampio, una vez en
territorio enemigo, comenzó por realizar acciones de sa-
queo con bastante éxito y sin demasiado riesgo. Después
eligió una posición favorable cerca de la población fortifi-
cada de Mútilo [12] y salió a segar los trigales, pues estaba
ya madura la mies. Como no hizo un reconocimiento de

---

[6] Había sido pretor en 212, cónsul en 207 y censor en 204.

[7] Sería pretor en 191, cónsul en 187 y 175, censor en 179, y *princeps senatus* desde 179 a 152.

[8] Pretor en 213, censor en 209 y cónsul en 204. Había participado en la formalización de la paz de Fénice del 205: estaba familiarizado con los asuntos de Oriente.

[9] Cf. XXI 25, 2.

[10] Este cargo recaía en un ciudadano romano.

[11] Situada tal vez en el entorno del río Sapis (Savio). Tribu, en el sentido de circunscripción territorial.

[12] Al norte de Módena. ¿Modigliano?

los alrededores ni emplazó destacamentos suficientemente 8
fuertes como para garantizar la protección armada de los
que estaban entregados a la tarea sin llevar armas, los ga-
los lo rodearon a él y a los segadores en un ataque por
sorpresa. Inmediatamente fueron también presa del pánico 9
los hombres armados, que emprendieron la huida. Fueron
eliminados alrededor de siete mil hombres, desperdigados
entre los trigales, y entre ellos el propio prefecto Gayo
Ampio. El miedo empujó a los demás hasta el campamen- 10
to. Luego, a falta de un jefe reconocido, los soldados se
pusieron de acuerdo entre ellos y a la noche siguiente aban-
donaron gran parte de sus pertenencias y fueron a reunirse
con el cónsul por rutas boscosas casi impracticables. Regre- 11
só éste a Roma sin haber hecho en su provincia cosa que
merezca ser destacada si exceptuamos el saqueo del territo-
rio de los boyos y la conclusión de un acuerdo con los
lígures ingaunos [13].

La primera vez que reunió al senado, ante la petición 3
unánime de que se tratase con prioridad absoluta la cues-
tión de Filipo y las quejas de los aliados, inmediatamente
se sometió a debate este punto. El senado en masa decidió 2
que el cónsul Publio Elio enviase con plenos poderes a la
persona que le pareciera bien, para que se hiciese cargo
de la flota que Gneo Octavio [14] traía de Sicilia y se tras-
ladase con ella a Macedonia. Fue enviado Marco Valerio 3
Levino [15], como propretor, que hizo la travesía a Macedo-
nia con las treinta y ocho naves que recibió de Gneo Octa-
vio cerca de Vibón [16]. Saliendo a su encuentro el legado 4

[13] Cf. XXVIII 46, 9.
[14] Pretor en 205, con mando prorrogado hasta este año.
[15] Pretor en 215, y cónsul en 210.
[16] Cf. XXI 51, 4. En 192 se fundó allí una colonia (XXXV 40, 5).

Marco Aurelio le informó detalladamente acerca de la im-
portancia de los ejércitos y del gran número de navíos que
5 había reunido el rey, y de la forma en que estaba levantan-
do en armas a la población, en unos casos recorriendo per-
sonalmente todas las ciudades tanto del continente como
6 de las islas, y en otros enviando delegados. Los romanos,
les decía, tendrían que emplearse más a fondo para em-
prender aquella guerra, no fuera a ser que Filipo, si se
andaban con vacilaciones, se atreviese a repetir el golpe
de audacia que había dado Pirro anteriormente desde la
base de un reino bastante más pequeño. Se acordó que
Aurelio informara por escrito a los cónsules y al senado
de estos mismos extremos.

4 A finales de este año se sometió a debate una propo-
sición referente a la asignación de tierras a los veteranos
que habían puesto punto final a la guerra de África bajo
el mando y los auspicios de Publio Escipión. El senado
2 acordó que el pretor urbano Marco Junio [17], se sirviera
nombrar una comisión de diez miembros para medir y dis-
tribuir la parte del territorio samnita y apulio que era de
3 dominio público del pueblo romano. Fueron nombrados
Publio Servilio, Quinto Cecilio Metelo, Gayo y Marco Ser-
vilio —Géminos era el sobrenombre de estos dos—, Lucio
y Aulo Hostilio Catón, Publio Vilio Tápulo, Marco Fulvio
Flaco, Publio Elio Peto y Tito Quincio Flaminino [18].

[17] Marco Junio Peno, pretor urbano (cf. XXX 40, 5).

[18] Metelo, cónsul en 206. Gayo S. Gémino, cónsul en 203. Marco S. Gémino, cónsul en 202. Lucio H. Catón, embajador en 190. Aulo H. Catón, pretor en 207. Tápulo, cónsul en 199. Flaco, podría ser el tribuno de 198 (XXXII 7, 8). P. Elio Peto, cónsul en 201. Flaminino, personaje central de la 2.ª Guerra Macedónica, cónsul en 198. Sobre la posición de este último en la política romana puede verse J. Briscoe, *A Commentary on Livy, Books XXXI-XXXIII*, 2.ª ed. Oxford, 1989, págs. 22-35.

Por aquellas fechas, en los comicios presididos por el 4
cónsul Publio Elio resultaron elegidos cónsules [19] Publio
Sulpicio [20] Galba y Gayo Aurelio Cota [21]. A continuación
fueron elegidos pretores Quinto Minucio Rufo, Lucio Fu-
rio Purpurión [22], Quinto Fulvio Gilón y Gayo Sergio Plau-
to. Aquel año los ediles curules Lucio Valerio Flaco y 5
Lucio Quincio Flaminino [23] celebraron los juegos escéni-
cos romanos con magnificencia y suntuosidad, reinicián-
dolos dos días; distribuyeron entre el pueblo al precio de 6
cuatro ases la medida, ganando gran popularidad, la enor-
me cantidad de trigo que Publio Escipión había enviado
desde África. También los juegos plebeyos fueron reinicia- 7
dos por tres veces desde un principio por los ediles plebe-
yos Lucio Apustio Fulón [24] y Quinto Minucio Rufo, que
había sido elegido pretor al dejar de ser edil; con ocasión
de los juegos se celebró también un banquete en honor
de Júpiter.

Se declara la guerra a Filipo

En el año quinientos cincuenta y uno 5
de la fundación de Roma [25], durante el
consulado de Publio Sulpicio Galba y Ga-
yo Aurelio, comenzó la guerra contra el
rey Filipo pocos meses después de la
concesión de la paz a los cartagineses. El quince de marzo, 2
fecha en que los cónsules entraban en funciones por enton-

[19] Para el año 200 a. C.

[20] Cónsul en 211, procónsul en la 1.ª Guerra Macedónica desde 210 a 206, dictador en 203.

[21] Había sido pretor en 202.

[22] Minucio Rufo, cónsul en 197. Furio Purpurión, cónsul en 196.

[23] Valerio Flaco, pretor en 199, cónsul en 195, censor en 184, pontífice desde 196 hasta 180. L. Quincio Flaminino, pretor en 199, cónsul en 192.

[24] Pretor en 196.

[25] Referencia, poco frecuente en Livio, que da solemnidad al comienzo de acontecimientos importantes.

ces [26], el cónsul Publio Sulpicio sometió esta cuestión
3 antes que ninguna otra a la deliberación del senado. Éste
decretó que los cónsules ofrecieran un sacrificio con vícti-
mas adultas a los dioses que ellos eligiesen, con esta súpli-
4 ca: «Que los proyectos del senado y del pueblo romano
que afectan al Estado y al inicio de una nueva guerra ten-
gan un final bueno y feliz para el pueblo romano, para
sus aliados, para la confederación latina»; después del sa-
crificio y de la súplica, consultarían al senado acerca de
5 la política general y de la asignación de provincias. Por
aquellas fechas, y como a propósito para incitar los áni-
mos a la guerra, llegó la carta del embajador Marco Aure-
6 lio y el propretor Marco Valerio Levino, y además llegó
una nueva embajada de los atenienses informando de que
el rey se estaba acercando a sus fronteras y que, si no ha-
bía alguna ayuda por parte de los romanos, sin tardar mu-
cho sería dueño no sólo del campo sino también de la ciu-
7 dad. Los consules manifestaron que se había celebrado
en debida forma el sacrificio; que, según el dictamen de
los arúspices, los dioses habían escuchado la súplica, las
entrañas habían sido favorables, y se vaticinaba una am-
pliación de las fronteras, una victoria, y un triunfo. A con-
tinuación se dio lectura a la carta de Valerio y Aurelio y
8 se dio audiencia a los embajadores atenienses. La conse-
cuencia inmediata fue la redacción de un senadoconsulto
dando las gracias a los aliados porque a pesar de haber
sido tentados largo tiempo, ni siquiera el miedo a un ase-
9 dio los había apartado de su lealtad. En cuanto al envío
de ayuda, se acordó que se daría la respuesta una vez que
los cónsules hubieran sorteado las provincias y que el cón-
sul al que correspondiera Macedonia hubiera presentado

[26] Hasta el año 153, en que pasó a ser el 1 de enero.

al pueblo la propuesta de una declaración de guerra a Filipo, rey de Macedonia.

La suerte asignó la provincia de Macedonia a Publio 6
Sulpicio, que preguntó oficialmente al pueblo «si quería, si mandaba que se declarase la guerra al rey Filipo y a sus súbditos los macedonios por los agravios y agresiones armadas contra los aliados del pueblo romano». Al otro cónsul, Aurelio, le tocó en suerte la provincia de Italia.
Inmediatamente después se hizo el sorteo entre los preto- 2
res, correspondiendo a Gayo Sergio Plauto la jurisdicción urbana, Sicilia a Quinto Fulvio Gilón, a Quinto Minucio Rufo los Abruzos, y a Lucio Furio Purpurión la Galia.
La propuesta referente a la guerra con Macedonia fue 3
rechazada por casi todas las centurias en los primeros comicios. Ello se debió en parte a una reacción espontánea de la población, harta de peligros y fatigas, agotada por
una guerra tan larga y tan pesada, y en parte a que el 4
tribuno de la plebe Quinto Bebio, recurriendo al viejo método de atacar a los senadores, los había acusado de empalmar una guerra con otra para que la plebe no gozase
de un momento de paz. Esto irritó profundamente a los 5
senadores, y el tribuno de la plebe fue cubierto de improperios en el senado; uno tras otro instaban al cónsul a convocar de nuevo los comicios para presentar la propuesta
de ley, y a reprender al pueblo por su falta de energía, 6
haciéndole ver la magnitud de los daños y la deshonra que supondría un aplazamiento de aquella guerra.

Convocada la asamblea en el Campo de Marte el día 7
de los comicios, antes de proceder a la votación las centu-
rias, dijo el cónsul: «Me parece que no os dais cuenta, 2
Quirites, de que no se os consulta si queréis la paz o la guerra —Filipo, que prepara por tierra y por mar una guerra de gran alcance, no os dejará esa elección—, sino si

preferís llevar las legiones a Macedonia o dar entrada en
3 Italia al enemigo. Sin duda la experiencia de la reciente
guerra púnica os ha enseñado, si no lo había hecho ningu-
na experiencia anterior, qué distinta es una cosa de otra.
¿Quién duda, en efecto, que de haber prestado ayuda in-
mediata a los saguntinos sitiados que imploraban nuestra
protección igual que nuestros padres se la habían prestado
a los mamertinos [27], hubiéramos hecho gravitar sobre His-
pania todo el peso de una guerra a la que nuestras vacila-
ciones dieron entrada en Italia con tan grave detrimento
4 para nosotros? Está muy claro, además, que cuando este
mismo Filipo, a través de embajadores y de cartas, se ha-
bía comprometido ya con Aníbal a pasar a Italia, lo retu-
vimos en Macedonia enviando a Levino con una flota para
5 meterle la guerra en casa. Y lo que hicimos entonces,
cuando teníamos en Italia a un enemigo como Aníbal, ¿du-
damos en hacerlo ahora que Aníbal ha sido expulsado de
6 Italia y los cartagineses aplastados? Dejemos que el rey,
con la toma de Atenas, compruebe nuestra renuencia a ac-
tuar, como hicimos en el caso de Aníbal con la toma de
7 Sagunto: llegará hasta Italia no cuatro meses más tarde,
como Aníbal desde Sagunto, sino cuatro días después de
8 zarpar de Corinto. ¿Que no hay comparación entre Filipo
y Aníbal, ni entre macedonios y cartagineses? Sí lo pon-
dréis al menos al mismo nivel que un Pirro. ¡Qué digo
al mismo nivel! ¡Pues no es pequeña la diferencia entre
9 un hombre y otro, entre una y otra nación! El Epiro fue
siempre, y lo es hoy, un apéndice insignificante del reino
de Macedonia. Filipo es dueño de todo el Peloponeso, y

[27] Tras ocupar Mesana (Mesina) los mamertinos había pedido ayuda a los romanos frente a los cartagineses, episodio que formó parte de los desencadenantes de la 1.ª Guerra Púnica.

la propia Argos, tan célebre por la muerte de Pirro como
por su antigua gloria. Estableced ahora la comparación 10
con respecto a nosotros. ¡Cuánto más floreciente estaba Italia, cuánto más intactas nuestras fuerzas, con nuestros generales incólumes, incólumes todos los ejércitos que después se llevó la guerra contra Cartago! Sin embargo Pirro atacó, quebrantó esas fuerzas, y llegó victorioso casi hasta
la propia Roma. Y nos abandonaron no sólo los tarentinos 11
y los de toda la costa de Italia que llaman la Magna Grecia —cabría suponer que los atraía la afinidad de lengua y de nombre—, sino los lucanos, los brucios y los sam-
nitas. ¿Creéis vosotros que si Filipo pasase a Italia todos 12
éstos iban a permanecer leales y no se iban a mover? Claro, así lo hicieron después, durante la guerra púnica. Jamás esos pueblos dejarán de traicionarnos, salvo que no
tengan a quién pasarse. Si hubieseis tenido reparos en 13
pasar a África, hoy tendríais como enemigos en Italia a Aníbal y los cartagineses. Que sea Macedonia, y no Italia, el escenario de la guerra; que sean las ciudades y los campos enemigos los que sufran la devastación del hierro y
el fuego. Sabemos ya por experiencia que nuestras armas 14
son más afortunadas y poderosas fuera que en casa. Id a emitir el sufragio, con la ayuda propicia de los dioses,
y votad lo que estimaron los senadores. No es sólo el 15
cónsul quien os propone votar en este sentido, sino los dioses inmortales, los cuales, cuando ofrecí el sacrificio y dirigí la súplica para que esta guerra acabase bien y felizmente para mí, para el senado y para vosotros, para los aliados y los pueblos latinos, para nuestras flotas y nuestros ejércitos, sólo presagiaron éxitos y prosperidad».

Después de este discurso, el pueblo, llamado a emitir 8
sufragio, votó la guerra, en el sentido de la propuesta de
ley. Después los cónsules, en virtud de un senadoconsulto, 2

decretaron un triduo de rogativas; se recorrieron todos los altares pidiendo a los dioses que finalizara bien y felizmen-
3 te la guerra contra Filipo mandada por el pueblo. El cónsul Sulpicio consultó a los feciales si la declaración de guerra debía ineludiblemente ser notificada al propio Filipo en persona o si bastaba con notificársela a la guarnición más próxima dentro de las fronteras de su reino. Los feciales declararon que era válido cualquiera de los dos procedi-
4 mientos. Los senadores autorizaron al cónsul a elegir, a su criterio, a alguien que no perteneciera al senado y enviarlo como embajador para declarar la guerra al rey.

5 Se pasó luego a la asignación de ejércitos a cónsules y pretores. Los cónsules recibieron orden de licenciar los
6 antiguos ejércitos y reclutar dos legiones cada uno. Sulpicio, que había sido encargado de una guerra nueva y de gran trascendencia, fue autorizado a llevarse cuantos soldados voluntarios pudiera del ejército que había traído Publio Escipión de vuelta de África, pero no tendría derecho a llevarse a ningún antiguo soldado en contra de su voluntad.
7 Los cónsules entregarían a los pretores Lucio Furio Purpurión y Quinto Minucio Rufo cinco mil aliados latinos a cada uno de ellos, tropas con las que controlarían uno la
8 provincia de la Galia y el otro la del Brucio. También Quinto Fulvio Gilón recibió instrucciones de elegir entre los soldados que había tenido a sus órdenes el cónsul Publio Elio [28] a los que tuvieran menos años de servicios hasta reunir a su vez la cifra de cinco mil aliados y latinos;
9 esta sería la guarnición de la provincia de Sicilia. A Marco Valerio Faltón, que había tenido a su cargo como pretor la provincia de la Campania el año anterior, se le prorrogó

[28] En realidad la referencia corresponde al pretor del 201 Publio Elio (Tuberón), no al consúl Publio Elio (Peto).

el mando por un año; pasaría a Cerdeña como propretor, 10
y también él escogería a los cinco mil aliados y latinos que
tuvieran menos años de servicios del ejército que se encon-
traba allí. Los cónsules, además, recibieron instrucciones 11
de reclutar dos legiones urbanas que serían enviadas a donde
la situación lo requiriese, pues muchos pueblos de Italia
se habían visto afectados por implicaciones en la guerra
púnica y todavía reventaban de rabia. El Estado dispon-
dría aquel año de seis [29] legiones romanas.

En plenos preparativos bélicos llegaron embajadores de 9
parte del rey Tolomeo para informar de que los atenienses
habían solicitado del rey ayuda contra Filipo, pero que, 2
a pesar de tratarse de aliados comunes, sin el consenti-
miento del pueblo romano el rey no pensaba enviar a Gre-
cia ni flota ni ejército para atacar ni defender a nadie;
él se mantendría en su reino sin intervenir si el pueblo 3
romano quería defender a sus aliados, o bien dejaría que
los romanos se abstuvieran de intervenir, si así lo prefe-
rían, y él mismo enviaría refuerzos como para poder pro-
teger a Atenas fácilmente contra Filipo. El senado dio 4
las gracias al rey y contestó que el pueblo romano tenía
intención de proteger a sus aliados; si había necesidad de
alguna ayuda para aquella guerra, se le haría saber al rey,
pues era sabido que los recursos de su reino constituían
un apoyo sólido y fiel para el Estado. Por decisión del 5
senado se envió luego a cada embajador un presente de
cinco mil sestercios.

Mientras los cónsules llevaban a cabo el reclutamiento
y hacían los preparativos necesarios para la guerra, la ciu-
dad, animada de escrupulosidad religiosa sobre todo al co-
mienzo de nuevas guerras, tras la realización de rogativas 6

[29] Dos de cada cónsul más las dos urbanas.

y plegarias en un recorrido por todos los altares no quiso omitir nada de lo que se había hecho en cualquier ocasión anterior y dispuso que el cónsul al que hubiese correspondido la provincia de Macedonia prometiera con voto a Jú-
7 piter unos juegos y una ofrenda. El voto público se retrasó porque el pontífice máximo Licinio [30] declaró que no se debía hacer un voto sin determinar su valor en dinero, ya que esta suma no podía ser utilizada para la guerra, debía ser apartada en el acto y no mezclarse con otro dinero,
8 pues si esto ocurría, no se podía formalizar el voto. Pese a que causaron su impacto tanto la observación como la personalidad de quien la formulaba, el cónsul recibió instrucciones de consultar al colegio de los pontífices si era válida la formulación de un voto de importe económico indeterminado. Los pontífices dictaminaron que sí se po-
9 día, y que incluso era mejor así. El cónsul pronunció el voto repitiendo las palabras que le iba dictando el pontífice máximo y que eran las mismas con las que tradicional-
10 mente se formulaban los votos quinquenales [31], con la salvedad de que se comprometió con el voto a financiar los juegos y la ofrenda con la cantidad de dinero que el senado estableciese en el momento de su cumplimiento. Los Grandes Juegos habían sido prometidos con voto anteriormente en ocho ocasiones fijando previamente su coste; éstos fueron los primeros en que no se determinó la cifra.

---

[30] Publio Licinio Craso Dívite, censor en 210, pretor en 208 y cónsul en 205.

[31] Votos que debían cumplirse en el espacio de cinco años si la situación del Estado no iba a peor en ese tiempo.

Ofensiva en la Galia Cisalpina. Medidas del senado

Cuando la guerra de Macedonia era el 10
centro de atención general, de pronto, en el momento en que menos se esperaba, llegó la noticia de una sublevación de los galos. Los ínsubres, cenomanos y boyos, 2
habían sublevado a los celinos y los ilvates [32] y demás pueblos ligustinos, y, capitaneados por el cartaginés Amílcar, un superviviente del ejército de Asdrúbal que se había quedado en aquella región, habían atacado Placencia [33]. Tras 3
entrar a saco en la ciudad y prender fuego a gran parte de la misma en un arrebato de rabia, dejando apenas dos mil hombres entre las llamas y las ruinas, cruzaron el Po y marcharon sobre Cremona para saquearla. La noticia 4
del desastre de la ciudad vecina llegó con tiempo para que los colonos cerraran las puertas y distribuyeran tropas por las murallas; al menos habría un asedio previo al asalto, y podrían enviar mensajeros al pretor romano. Tenía 5
entonces el mando de la provincia Lucio Furio Purpurión, el cual, en conformidad con el senadoconsulto, había licenciado a todo su ejército a excepción de cinco mil aliados y latinos; con estos efectivos se había estacionado en la zona más próxima de la provincia, en los alrededores de Arímino. Entonces informó por escrito al senado acerca de la situación de perturbación en que se encontraba la provincia: de las dos colonias que se habían librado 6
por los pelos de la tremenda borrasca de la guerra púnica, una había sido tomada y saqueada por el enemigo y la

[32] Los ínsubres tenían en Mediolano (Milán) su centro más importante. Los cenomanos vivían en torno a Brescia y Verona. Unos y otros eran celtas. Los ilvates eran una tribu lígur. Sobre los celinos no hay otras referencias.

[33] Placencia y Cremona eran colonias fundadas en 218 (cf. XXI 25, 2) para controlar los territorios conquistados de la Galia Cisalpina.

7 otra estaba siendo asediada; su ejército no iba a suponer
un apoyo suficiente para los colonos en peligro, a no ser
que quisiera exponer a una degollina a los cinco mil alia-
dos enfrentándolos a cuarenta mil enemigos —pues tantos
eran los que se habían levantado en armas—, y elevar aún
más la moral del enemigo, ya envalentonado por el exter-
minio de una colonia romana.

11 Tras la lectura de esta carta, el senado decidió que el
cónsul Gayo Aurelio diese orden al ejército de presentarse
en Arímino en la misma fecha que le había señalado para
2 concentrarse en Etruria; en cuanto a él, o bien acudiría
personalmente a sofocar la sublevación de los galos, si po-
3 día hacerlo sin perjuicio para el Estado, o comunicaría
por escrito al pretor Quinto Minucio [34] que cuando llega-
sen a donde él estaba las legiones procedentes de Etruria,
enviara a ocupar su lugar a los cinco mil aliados, que de-
fenderían Etruria mientras tanto, y él marchara a liberar
la colonia del asedio.

4 También decidió el senado el envío de embajadores a
África, primero a Cartago y después a Numidia, a Masini-
5 sa. A Cartago, para informar de que su conciudadano Amíl-
car, al que habían dejado en la Galia —no se sabía a cien-
cia cierta si procedía de la expedición de Aníbal o de la
6 posterior de Magón—, estaba haciendo la guerra, violando
el tratado [35], y había levantado en armas contra el pueblo
romano ejércitos de galos y lígures; si estimaban la paz,
debían hacerle volver y entregarlo al pueblo romano.
7 Al mismo tiempo, los embajadores recibieron instruccio-
nes de comunicar que no habían sido devueltos todos los

[34] Según 8, 7, Quinto Minucio se encontraba en el Brucio. Puede tratarse de un error del propio Livio, o de una glosa.

[35] El tratado de paz de 201.

desertores, y que, según se comentaba, gran parte de ellos andaban abiertamente por Cartago; de acuerdo con el tratado, debían buscarlos, arrestarlos y devolvérselos. Éstas 8 eran las instrucciones en lo referente a Cartago. En cuanto a Masinisa, llevaban órdenes de felicitarlo por haber recuperado el reino paterno y haberlo engrandecido, además, con la anexión de la parte más rica del territorio de Sífax. Debían comunicarle también que se había emprendido la 9 guerra contra el rey Filipo porque había suministrado ayuda a los cartagineses; porque había cometido desafueros 10 contra los aliados del pueblo romano en plena conflagración bélica de Italia, obligando a enviar a Grecia flotas y ejércitos, y había sido una de las causas fundamentales de que se retrasase la expedición a África al forzar a dividir las tropas. Y debían pedirle que enviase un refuerzo de caballería númida para dicha guerra. Se les entregaron 11 magníficos regalos para llevar al rey: vasos de oro y plata, una toga de púrpura y una túnica palmeada, un cetro de marfil, y una toga pretexta con una silla curul. Y se les 12 dieron instrucciones de que, si les hacía saber que necesitaba alguna cosa para consolidar y ampliar su reino, le asegurasen que el pueblo romano se esforzaría en proporcionársela, en reconocimiento por sus servicios.

También se presentaron ante el senado, por las mismas 13 fechas, unos embajadores de Vermina, hijo de Sífax, achacando su equivocación a su juventud y echando toda la culpa a la mala fe de los cartagineses: también Masinisa 14 había sido enemigo de los romanos antes de ser su amigo, y Vermina a su vez se iba a esforzar para que ni Masinisa ni ningún otro le ganase en buenos oficios para con el pueblo romano; pedía que el senado le reconociese el título de rey, aliado y amigo. Se les respondió a los embajadores 15 que su padre Sífax se había transformado de pronto, sin

motivo, de aliado y amigo en enemigo del pueblo romano,
y que el propio Vermina había hecho sus primeras armas
16 guerreando contra los romanos. Por consiguiente, debía
comenzar por pedir la paz al pueblo romano antes de reci-
bir el título de rey, aliado y amigo: el pueblo romano tenía
por costumbre conceder el honor de dicho título a los re-
17 yes que habían hecho grandes méritos para con él; pronto
estaría en África una embajada a la que el senado encarga-
ría de hacer saber a Vermina las condiciones de paz, y
éste dejaría en manos del pueblo romano la decisión sobre
el asunto: si quería añadir, quitar o cambiar algo en ellas,
18 tendría que dirigir una nueva petición al senado. Los em-
bajadores enviados a África con estas instrucciones fueron
Gayo Terencio Varrón, Espurio Lucrecio y Gneo Octavio [36],
asignándosele una quinquerreme a cada uno de ellos.

12 Después se dio lectura en el senado a una carta del
pretor Quinto Minucio, que tenía a su cargo la provincia de
los Abruzos: en Locros [37] había sido sustraído furtivamen-
te durante la noche dinero del tesoro de Prosérpina, y no
2 había ninguna pista de los autores de la fechoría. El senado
se indignó de que no cesaran los sacrilegios y que ni siquie-
ra el caso de Pleminio, ejemplo tan llamativo y tan reciente
3 de culpa e inmediato castigo, disuadiera a la gente. Se en-
cargó al cónsul Gayo Aurelio la tarea de escribir al pretor
a los Abruzos comunicándole la decisión del senado de que
se hiciera una investigación acerca del expolio de los tesoros,
siguiendo la pauta de la que había llevado a cabo tres años

[36] Varrón es el cónsul del 216 derrotado en Cannas. Espurio Lucrecio y Gneo Octavio son los pretores de 205.

[37] Locros (cf. XXII 61, 12) era célebre por el santuario de Prosérpina. Sobre los saqueos ocurridos durante la Segunda Guerra Púnica véase XXIX *passim*.

antes el pretor Marco Pomponio [38]; el dinero que apare-
ciese, sería devuelto; en caso de que no apareciese todo, 4
se pondría lo que faltase y se harían sacrificios expiatorios,
si se estimaba oportuno, en la forma establecida por los
pontífices en el caso anterior. El cuidado puesto en la 5
expiación de la violación de este templo se hizo más vivo
al llegar noticias, precisamente entonces, de fenómenos ex-
traños ocurridos en bastantes sitios. Se hablaba de que en
Lucania había aparecido llamas en el cielo; en Priverno [39],
haciendo buen tiempo, el sol había estado rojo durante
un día entero; en Lanuvio se había oído un ruido atrona- 6
dor durante la noche en el templo de Juno Sóspita. Llega-
ban noticias recientes de nacimientos monstruosos de ani-
males en muchos sitios: en la Sabina había nacido una cria-
tura que no se sabía si era niño o niña, y había aparecido
otro chico, de dieciséis años ya, también de sexo incierto;
en Frusinón había nacido un cordero con cabeza de cerdo, 7
y en Sinuesa un cerdo con cabeza humana; en Lucania,
en terreno del Estado, un potro con cinco patas. Se con- 8
sideró que todos estos seres eran monstruosos y aberran-
tes, fruto de una naturaleza que pervertía las especies; fue-
ron rechazados con particular horror los hermafroditas
dando orden de echarlos al mar inmediatamente, como se
había hecho poco antes, durante el consulado de Gayo Clau-
dio y Marco Livio, con un engendro parecido [40]. A pesar 9
de todo, se pidió a los decénviros que consultasen los Li-
bros acerca de aquel portento. Ateniéndose a ellos, los

[38] Marco Pomponio Matón, edil plebeyo en 207 y pretor en 204 con prórroga de mando en Sicilia en 203.

[39] Antigua población volsca (cf. VIII 1, 1) sometida por Roma en 357, tal vez reconstruida más al norte tras la conquista.

[40] En 207. Véase XXVII 37, 5 ss.

decénviros prescribieron las mismas ceremonias que se ha-
bían realizado hacía poco a raíz del fenómeno similar. Man-
daron, además, que tres coros de nueve doncellas recorrie-
ran la ciudad cantando un himno a Juno Reina y le lleva-
10 ran un presente. El cónsul Gayo Aurelio se ocupó de
que se cumpliese todo ello de acuerdo con el dictamen de
los decénviros. El himno lo compuso en esta ocasión Pu-
blio Licinio Tégula, igual que la otra vez lo había hecho
Livio [41], según recordaban los senadores.

13 Una vez cumplidas todas las obligaciones religiosas de
expiación —pues también en Locros habían finalizado las
investigaciones de Quinto Minucio respecto al sacrilegio y
se había restituido al tesoro el dinero procedente de los
bienes de los culpables—, los cónsules querían salir para
2 sus provincias; pero entonces se dirigieron al senado nu-
merosos particulares a los que había que devolver aquel
año el tercer plazo del dinero que habían prestado al Esta-
do durante el consulado de Marco Valerio y Marco Clau-
3 dio [42]. El motivo era que los cónsules les habían asegurado
que por el momento no había con que pagarles, ya que
los fondos del erario apenas alcanzaban para la nueva gue-
4 rra, que requería una gran flota y grandes ejércitos. El
senado reconoció los motivos de su queja: si el Estado pre-
tendía utilizar para la guerra de Macedonia el dinero que
habían prestado para la guerra púnica, como una guerra
se sucedía a la otra, en realidad ello equivalía a confiscar
el dinero por haber prestado un servicio como si se hubie-
5 ran hecho culpables de algo. En vista de que la reclama-
ción de los particulares era justa pero el Estado no estaba
en condiciones de devolver lo que debía, se tomó una deci-

[41] Livio Andronico, en 207.

[42] En 210 (cf. XXVI 35-36).

sión intermedia entre lo justo y lo factible; puesto que, 6
según decía gran parte de ellos, había por todas partes tie-
rras en venta y ellos necesitaban comprar, se pondrían a
su disposición las tierras de titularidad pública que había
en un radio de cincuenta millas; los cónsules tasarían las 7
tierras y pondrían una renta de un as por yugada como
reconocimiento de que se trataba de terrenos de dominio
público, y de esta forma, cuando el Estado pudiese pagar, 8
si alguno prefería el dinero a la tierra, devolvería ésta al
pueblo. Los particulares aceptaron de buen grado la pro-
puesta, y aquel terreno recibió el nombre de «trientábulo» 9
porque había sido cedido en sustitución de la tercera parte
del dinero prestado.

Ruptura de hostilidades entre Filipo y los atenienses. Átalo en Atenas y Egina

Entonces Publio Sulpicio, después de 14
pronunciar sus votos en el Capitolio, sa-
lió de Roma con los lictores vestidos de
uniforme militar y llegó a Brundisio.
Incorporó a las legiones a los veteranos 2
voluntarios del ejército de África, escogió
algunas naves de la flota de Gneo Cornelio [43], y un día
después de zarpar de Brundisio arribó a Macedonia. Allí 3
se le presentaron unos embajadores de los atenienses pi-
diéndole que los liberara del asedio. Inmediatamente envió
a Atenas a Gayo Claudio Centón con veinte navíos de gue-
rra y un millar de hombres, pues el rey no dirigía personal- 4
mente el asedio de Atenas; en esos momentos precisamente
estaba atacando Abidos [44] después de probar fuerzas con-
tra los rodios y contra Átalo en dos combates navales, nin-
guno de los cuales le había resultado favorable. Pero, 5

[43] Gneo Cornelio Léntulo, cónsul en 201.

[44] Abidos estaba estratégicamente situada dominando la entrada del Helesponto (Dardanelos) junto con Sestos, en la orilla opuesta.

aparte de su natural fogoso, le daba alas el tratado suscrito con Antíoco, rey de Siria, con el que ya se había estipulado el reparto de las riquezas de Egipto, que ambos amenazaban desde que se habían enterado de la muerte de Tolomeo.

6 Pues bien, los atenienses, que de su antigua grandeza no conservaban nada más que el orgullo, habían entrado en guerra con Filipo por un motivo que no lo justificaba
7 en absoluto. Dos jóvenes acarnanes, sin estar iniciados, habían entrado en el templo de Ceres durante los días de la iniciación, con el resto de la gente, sin saber que incu-
8 rrían en sacrilegio. Sus palabras los traicionaron con facilidad, pues hicieron algunas preguntas fuera de lugar; conducidos ante los sacerdotes del templo, a pesar de que resultaba evidente que habían entrado por equivocación, se les dio muerte como si fueran culpables de un crimen ne-
9 fando. Los acarnanes pusieron en conocimiento de Filipo esta acción tan reprobable y provocadora y consiguieron de él autorización para hacer la guerra a los atenienses con
10 refuerzos dados por los macedonios. El ejército así formado comenzó por pasar a hierro y fuego el Ática, regresando después a Acarnania con toda clase de botín. Este fue el primer motivo de crispación de los ánimos; luego, se llegó a una guerra en toda regla, tomando Atenas la
11 iniciativa de una declaración formal. El rey Átalo, pues, y los rodios, llegaron hasta Egina persiguiendo a Filipo que se replegaba hacia Macedonia, y entonces el rey se trasladó al Pireo con el objeto de renovar y consolidar su
12 alianza con los atenienses. Todos los ciudadanos salieron en masa a su encuentro con sus mujeres e hijos, y los sacerdotes con sus distintivos, faltando poco para que los propios dioses salieran de sus santuarios a recibirlo a su entrada en la ciudad.

Inmediatamente se convocó al pueblo a asamblea para 15
que el rey expusiese públicamente sus proyectos; pero después pareció más acorde con su dignidad que expusiera
por escrito las cuestiones que estimara conveniente para 2
evitarle el embarazo de estar presente en la exposición de sus buenos servicios a la ciudad, o bien que su modestia se viera abrumada por la incontrolada adhesión de la multitud con sus efusiones y aclamaciones. En la carta que 3
envió a la asamblea y que fue leída públicamente, en primer lugar se hacía una reseña de sus méritos para con la ciudad y, a continuación, de las acciones que había llevado
a cabo contra Filipo; por último, se hacía una exhortación 4
a emprender la guerra mientras estaban con ellos él mismo, los rodios, y sobre todo los romanos: si entonces no hacían nada, en vano buscarían después la ocasión que habían dejado escapar. Se escuchó luego a los embajadores 5
de los rodios, que recientemente habían prestado un buen servicio al recuperar y devolver cuatro naves de guerra atenienses capturadas hacía poco por los macedonios. Así, pues, se aprobó la guerra contra Filipo por una mayoría
abrumadora. Se tributaron honores primero a Átalo, des- 6
medidos, y después a los rodios: entonces por vez primera se hizo la propuesta de añadir a las diez tribus originarias
una nueva que se llamaría Atálida; el pueblo rodio fue 7
galardonado por su valor con una corona de oro, y se les concedió a los rodios el derecho de ciudadanía igual que ellos se lo habían concedido ya a los atenienses. Después
de esto el rey Átalo regresó con su flota a Egina; los ro- 8
dios se dirigieron por mar desde Egina a Cea[45] y de allí a Rodas, pasando por las islas, que entraron en la alianza

[45] Cea, también llamada Ceo, es una de las Cícladas situada al sur del cabo Sunio del Ática.

todas ellas a excepción de Andros, Paros y Citnos, ocupa-
9 das por guarniciones macedonias. Átalo había enviado emisarios a Etolia, de donde esperaba embajadores, y esto
10 lo mantuvo inactivo algún tiempo en Egina. Pero no consiguió levantar en armas a los etolios, contentos con el acuerdo de paz a que, mal que bien, habían llegado con Filipo; con todo, si él y los rodios no le hubieran dado cuartel a Filipo, habrían podido ganarse el honroso título
11 de libertadores de Grecia, pero al permitir que pasara de nuevo al Helesponto y reagrupara sus fuerzas ocupando puntos estratégicos de Tracia, alimentaron la guerra y dejaron a los romanos la gloria de sostenerla y llevarla a término.

Asedio de Abidos, con dramático final

16 Filipo dio muestras de un coraje más propio de un rey: pese a que no había podido hacer frente a Átalo y los rodios, no se asustó ni siquiera ante la perspectiva de una guerra con los romanos.
2 Envió a un tal Filocles, uno de sus prefectos, a devastar los campos atenienses con dos mil soldados de infantería
3 y doscientos de caballería y confió el mando de la flota a Heraclides para que se dirigiera a Maronea, adonde él marchó por tierra con dos mil hombres de a pie con equi-
4 po ligero y doscientos de a caballo. Tomó Maronea, al primer asalto por cierto, y a continuación tomó Eno con grandes dificultades, gracias, en última instancia, a la
5 traición de Calímede, prefecto de Tolomeo. Después se apoderó de otras fortalezas, Cipsela, Dorisco y Serreo. Avanzando luego hacia el Quersoneso ocupó Eleunte y Alo-
6 peconeso, que se rindieron voluntariamente; también se entregaron Calípolis y Maditos [46] y algunas fortalezas po-

[46] Población de la costa de Tracia. Cipsela (Ipsala) a unos 40 Km. de la desembocadura del Hebro, Doriscos (Tusla) al oeste, Serreo (Maki)

co conocidas. Los habitantes de Abidos le cerraron las puertas al rey sin recibir siquiera a sus embajadores. El asedio de esta ciudad retuvo bastante tiempo a Filipo, y los asediados hubieran podido liberarse si Átalo y los rodios no hubieran andado remisos. Átalo se limitó a enviar tres- 7
cientos hombres en su ayuda, y los rodios una sola cuatrirreme de su flota, a pesar de que ésta estaba atracada ante Ténedos. El propio Átalo se desplazó hasta allí más tarde, 8
cuando ya apenas podían resistir el asedio, dándoles una fugaz esperanza de ayuda, dada su proximidad, pero sin hacer nada por socorrerlos ni por tierra ni por mar.

Con la artillería que habían emplazado sobre las mu- 17
rallas, al principio los abidenos impedían que el enemigo se acercara por tierra y al mismo tiempo hacían que corriera peligro si fondeaba las naves [47]. Luego, cuando se 2
derrumbó parte de la muralla y con labores de zapa los enemigos llegaron hasta el muro interior levantado precipitadamente, los asediados enviaron parlamentarios al rey para tratar de las condiciones de rendición de la ciudad. Pedían, en efecto, que se dejara marchar a la cuatrirreme 3
rodia con su tripulación y con las tropas de Átalo, y que se les permitiera a ellos salir de la ciudad con una prenda de vestir cada uno. La respuesta de Filipo fue que sólo 4
se trataría de la paz si se rendían sin condiciones, y cuando los parlamentarios volvieron con ella suscitó tal estallido de rabia, mezcla de indignación y desesperación, que, en 5
un arrebato de furor como el de los saguntinos, hicieron encerrar a todas las matronas en el templo de Diana y a

en la Tracia meridional. Eleunte en el extremo sur del Quersoneso de Tracia, Alopeconeso en la costa oeste, y Calípolis y Maditos en la costa este.

[47] En los capítulos 17 y 18 tenemos una versión abreviada del asedio de Abidos de Polibio XVI 29-34.

los muchachos y muchachas de condición libre e incluso a los niños pequeños con sus nodrizas en el gimnasio;
6 mandaron llevar al foro el oro y la plata, amontonar las prendas de valor en la nave rodia y en otra cicicena [48] que estaban en el puerto, traer a los sacerdotes y las víctimas
7 y levantar un altar en el centro de la plaza. Luego, lo primero que hicieron fue elegir a los que, en cuanto vieran caer a los suyos que combatían delante del muro derrumbado, inmediatamente darían muerte a las mujeres e hijos,
8 tirarían al mar el oro, la plata y las ropas que había en las naves, y prenderían fuego a los edificios públicos y privados en el mayor número de puntos que pudieran.
9 Repitiendo la fórmula de execración que iban pronunciando por delante los sacerdotes, se comprometieron bajo juramento a ejecutar aquellos terribles actos. Después todos los hombres en edad militar juraron que nadie se reti-
10 raría vivo del combate si no era como vencedor. Éstos, con el pensamiento puesto en los dioses, se batieron con tal tesón que el rey, asustado de su arrebato, se adelantó a poner fin al combate cuando la noche estaba a punto
11 de interrumpirlo. Los ciudadanos principales, a quienes se había encomendado la parte más horrible del horrible plan, al ver que eran pocos y además extenuados de cansancio o heridos los supervivientes del combate, al despuntar el día enviaron a los sacerdotes con sus cintas sagradas a entregar la ciudad a Filipo.

18 Antes de la rendición, el más joven de los tres embajadores romanos enviados a Alejandría, Marco Emilio [49], de común acuerdo con los otros dos, fue al encuentro de
2 Filipo cuando llegó la noticia del asedio de Abidos. Se

[48] De Cícico, aliada de Átalo.

[49] Ver 2, 3.

quejó de la agresión contra Átalo y los rodios, y sobre todo del asedio de Abidos que se estaba produciendo en esos momentos. Cuando el rey dijo que habían sido Átalo y los rodios quienes habían iniciado las hostilidades contra él, le preguntó: «¿También fueron los abidenos los que te atacaron primero?» Como no estaba acostumbrado a 3
oír las verdades, estas palabras le parecieron más insolentes de lo que cabe cuando se habla con un rey, y dijo: «Tu edad, tu apostura y sobre todo tu nombre de romano te hacen bastante insolente. Por lo que a mí respecta, 4
mi mayor deseo sería que respetarais los tratados y os mantuvierais en paz conmigo; ahora bien, si me hacéis la guerra, os daréis cuenta de que también a mí me hacen sentirme orgulloso el reino y el nombre de macedonio, no menos noble que el romano.»

Después de despedir de esta forma al embajador, Filipo 5
se posesionó del oro, la plata, y todo el montón restante de objetos, pero se quedó sin todo el botín humano. En efecto, considerando de pronto, traicionados a los que 6
habían caído en el combate, acusándose de perjurio unos a otros y sobre todo a los sacerdotes por haber entregado vivos al enemigo a quienes estaban consagrados a la muerte, la población en masa fue presa de tal frenesí que todos 7
se precipitaron repentinamente en distintas direcciones a dar muerte a las mujeres y a los hijos y se suicidaron con todo tipo de muertes. Pasmado ante aquel arrebato el rey refrenó los ímpetus de sus soldados y dijo que les concedía a los abidenos tres días para morir. Durante este plazo 8
de tiempo los vencidos cometieron consigo mismos más atrocidades de las que habrían cometido los vencedores ensañados; salvo aquellos a quienes las cadenas u otra traba física impidió quitarse la vida, no cayó ni uno vivo en poder del enemigo. Filipo dejó una guarnición en Abidos y

9 regresó a su reino. Igual que le había ocurrido a Aníbal con la destrucción de Sagunto, el desastre de Abidos le dio a Filipo la audacia necesaria para hacer la guerra a Roma, y entonces le llegaron noticias de que el cónsul se encontraba ya en el Epiro y había conducido sus fuerzas terrestres a Apolonia y las navales a Corcira para pasar allí el invierno.

Occidente: embajada en África. Ovación a Lucio Cornelio Léntulo. Victoria sobre los galos

19 Entre tanto, los embajadores enviados a África recibieron de los cartagineses la respuesta de que, con respecto al Amílcar que se había puesto al frente del ejército galo, lo único que ellos podían hacer era condenarlo al exilio y confiscar sus
2 bienes; en cuanto a los desertores y esclavos fugitivos, habían devuelto a los que habían podido encontrar con sus pesquisas, y enviarían diputados a Roma para dar explicaciones al senado sobre ese particular. Enviaron a Roma doscientos mil modios de trigo, y otros tantos al ejército de Macedonia.
3 De allí marcharon los embajadores a Numidia a ver a los reyes. A Masinisa le entregaron los presentes y le expusieron las instrucciones encomendadas; él les ofreció dos mil
4 jinetes númidas, y aceptaron mil. Supervisó personalmente su embarco y los envió a Macedonia con doscientos mil modios de trigo y otros tantos de cebada. La tercera mi-
5 sión de la embajada era Vermina. Salió éste al encuentro de los embajadores hasta la frontera de su reino y dejó que ellos redactaran las condiciones de paz que quisieran:
6 para él sería buena y justa cualquier forma de paz con el pueblo romano. Se establecieron los términos de la paz, y se le indicó que enviara una delegación a Roma para ratificarla.

Por la misma época regresó de Hispania el procónsul 20
Lucio Cornelio Léntulo. Dio cuenta al senado de las 2
operaciones que había llevado a cabo a lo largo de tantos
años con energía y éxito, y pidió que se le autorizara a
entrar en triunfo en la ciudad. El senado reconocía que sus 3
empresas merecían el triunfo, pero consideraba que la tra-
dición no recogía ningún precedente de nadie que hubiese
triunfado sin haber operado en calidad de dictador, cónsul
o pretor, y él había gobernado la provincia de Hispania 4
en calidad de procónsul, no de cónsul o pretor. Se apun- 5
taba, sin embargo, a la solución de concederle la ovación
para su entrada en la ciudad, pero el tribuno de la plebe
Tiberio Sempronio Longo [50] se oponía diciendo que tam-
poco esto sería conforme a la tradición o a precedente al-
guno. Al fin el tribuno, vencido por la unanimidad de 6
los senadores, cedió, y por decreto del senado Lucio Lén-
tulo entró en la ciudad recibiendo la ovación. Aportó al 7
tesoro cuarenta y tres mil libras de plata y dos mil cuatro-
cientas cincuenta de oro, y repartió a cada uno de sus hom-
bres ciento veinte ases procedentes del botín.

El ejército consular había pasado ya de Arrecio a 21
Arímino, y los cinco mil aliados latinos se habían traslada-
do de la Galia a Etruria [51]. En consecuencia, Lucio Furio 2
partió de Arímino a marchas aceleradas para enfrentarse
a los galos que entonces estaban sitiando Cremona, y esta-
bleció su campamento a mil quinientos pasos de distancia
del enemigo. Tuvo la oportunidad de culminar brillante- 3
mente la empresa si hubiese atacado el campamento nada
más llegar, pues los galos andaban dispersos por los cam- 4
pos sin haber dejado una guarnición lo bastante sólida.

[50] El cónsul de 194.

[51] La narración retoma el final del cap. 11.

Pero tuvo miedo del cansancio de sus hombres, pues la
5 marcha de la columna había sido muy viva. Los gritos de
los suyos hicieron volver de los campos a los galos, que
abandonaron el botín que tenían en sus manos dirigiéndo-
se de nuevo al campamento. Al día siguiente salieron al
6 campo de batalla. Los romanos, por su parte, aceptaron
el combate sin vacilar, pero apenas tuvieron tiempo para
formarse, dada la rapidez con que el enemigo corrió al
7 combate. El ala derecha —las tropas aliadas estaban divi-
didas en alas— estaba situada en primera línea, y las dos
8 legiones romanas en la reserva. Marco Furio tomó el
mando del ala derecha, Marco Cecilio el de las legiones,
y Lucio Valerio Flaco —todos ellos eran legados— el de
9 la caballería. El pretor tenía consigo dos legados, Gayo
Letorio y Publio Titinio, para poder observarlo todo y ha-
10 cer frente a cualquier intento del enemigo. Al principio los
galos contaban con que, concentrando todos sus esfuerzos
sobre un único punto, podrían hundir y machacar el ala
11 derecha, que era la más avanzada. Como por esa vía no
conseguían gran cosa, intentaron rodear la formación ene-
miga haciendo un movimiento envolvente por los flancos,
maniobra que no parecía difícil dada su superioridad nu-
12 mérica. Cuando el pretor se percató de ello situó las dos
legiones de reserva a derecha e izquierda del ala que com-
batían en primera línea, para alargar también él su frente,
y prometió con voto a Júpiter un templo si aquel día de-
13 rrotaba al enemigo. Da orden a Lucio Valerio de lanzar
contra las alas enemigas la caballería de las dos legiones
por una parte, y la caballería de los aliados por otra, y
de impedir que los enemigos rodeen la formación propia;
14 mientras tanto él, al observar que el estiramiento sobre
las alas había debilitado el frente de los galos por su cen-
tro, ordena a sus hombres cargar cerrando filas y romper

la formación enemiga. La caballería rechazó las alas y 15
la infantería el centro, y como muchos de los suyos caían
abatidos en todos los sectores en una tremenda matanza,
de pronto los galos volvieron la espalda y tomaron de nue-
vo la dirección del campamento huyendo en desbandada.
La caballería salió en persecución de los fugitivos; ense- 16
guida salió también detrás la infantería, y se lanzó el ata-
que contra el campamento. Menos de seis mil hombres es-
caparon de allí; los muertos y prisioneros fueron más de 17
treinta y cinco mil, y se cogieron setenta enseñas militares
y más de doscientos carros galos cargados con abundante
botín. En aquella batalla cayó Amílcar, el jefe cartaginés, 18
así como tres famosos generales galos. Los prisioneros de
Placencia, unos dos mil de condición libre, fueron devuel-
tos a su colonia.

Fue una gran victoria que causó una gran alegría en 22
Roma. Cuando llegó la carta con la noticia, se decretó un
triduo de acción de gracias. En aquella batalla habían 2
caído alrededor de dos mil entre romanos y aliados, sobre
todo del ala derecha, contra la cual cargó en masa el ene-
migo al iniciar el ataque. A pesar de que el pretor prác- 3
ticamente había puesto fin a la guerra, el cónsul Gayo Aure-
lio, una vez resuelto lo que había tenido que hacer en Ro-
ma, partió también para la Galia, y el pretor le entregó
el ejército victorioso.

Oriente: toma de Calcis. Tentativa de Filipo contra Atenas

El otro cónsul, que había llegado a 4
su provincia cuando casi había finalizado
el otoño, pasaba el invierno cerca de Apo-
lonia. De la flota sacada a tierra en Cor- 5
cira se había enviado a Atenas, como
queda dicho anteriormente, a Gayo Claudio con unas tri-
rremes romanas; su llegada al Pireo había abierto grandes
esperanzas para los aliados, cuya moral estaba muy decaída.

6 En efecto, por una parte se habían interrumpido las incursiones de devastación de los campos que solían hacerse
7 desde Corinto atravesando Mégara, y por otra parte las naves corsarias que tenían su base en Calcis y habían vuelto peligroso para los atenienses tanto el mar como los campos de la costa, no se atrevían ya a doblar el Sunio [52], ni siquiera a aventurarse en mar abierto más allá del estre-
8 cho de Euripo [53]. A las naves romanas se sumaron tres cuatrirremes rodias, aparte de las tres naves descubiertas atenienses preparadas para la defensa de las costas. Claudio consideraba que esta flota era suficiente de momento si con ella se podía defender la ciudad y el territorio de Atenas; pero se le presentó la oportunidad de una operación aún más importante.

23 Unos exiliados, obligados a salir de Calcis por los desafueros de los hombres del rey, informaron de que era
2 posible apoderarse de Calcis sin el menor combate; en efecto, los macedonios, como no tenían en sus cercanías ningún enemigo que temer, andaban vagando aquí y allá, y los habitantes de la ciudad no se preocupaban de la defensa de la misma, confiados en la guarnición macedonia.
3 Con las garantías que éstos le dieron partió Claudio, y aunque llegó al Sunio con tiempo suficiente como para poder adelantarse hasta la entrada del estrecho de Eubea, mantuvo anclada la flota hasta la noche para evitar ser avistado
4 si doblaba el cabo. Al oscurecer se puso en movimiento y navegó con tiempo bonancible llegando a Calcis poco antes del amanecer, y con unos pocos hombres, por la zona menos poblada de la ciudad, tomó con escalas la torre más próxima y la muralla contigua: en unos puntos los

---

[52] Cabo del extremo sur del Ática, al oeste del cual había un puerto.

[53] Estrecho de separación entre Eubea y el continente, con un ancho entre 30 y 60 metros.

centinelas estaban dormidos, y en otros no los había.
Avanzando desde allí hacia las zonas más pobladas, dieron 5
muerte a los centinelas y forzaron una puerta, franquean-
do la entrada al resto del contingente armado. Desde allí 6
se expandieron por toda la ciudad, incrementándose ade-
más la confusión al prender fuego a los edificios que ro-
deaban el foro. Ardieron los graneros reales así como el 7
arsenal, con un enorme contingente de maquinaria de gue-
rra y de artillería. A continuación comenzó una matanza
indiscriminada tanto de los que huían como de los que
ofrecían resistencia; cuando hubieron caído o huido sin 8
quedar uno todos los que estaban en edad militar, resul-
tando muerto también Sópatro, el acarnán que mandaba
la guarnición, se reunió en el foro todo el botín, que des-
pués fue cargado en las naves. Los rodios, además, asalta- 9
ron la cárcel y liberaron a los prisioneros que Filipo había
encerrado allí por considerarlo un lugar muy seguro para
su custodia. Tras derribar y mutilar las estatuas del rey 10
se dio la señal de retirada; embarcaron y regresaron al Pi-
reo, de donde habían partido. Si hubiera habido tropas 11
romanas suficientes para poder ocupar Calcis sin abando-
nar la defensa de Atenas, se le habrían arrebatado al rey
tanto Calcis como el Euripo, lo cual hubiera sido una ope-
ración importante en el inicio mismo de la guerra, pues 12
tal como el desfiladero de las Termópilas es la llave de
Grecia por tierra, así el estrecho de Euripo lo es por mar.

Filipo se encontraba entonces en Demetríade. Cuando 24
llegó allí la noticia del desastre de la ciudad aliada, aunque
era tarde para enviar ayuda porque todo estaba perdido,
buscando, sin embargo, la venganza, que es el mejor suce- 2
dáneo de la ayuda, salió inmediatamente con cinco mil sol-
dados de infantería ligera y trescientos de caballería y se
dirigió a Calcis casi a la carrera, plenamente convencido

3 de que podía aplastar a los romanos. Frustrada esta es-
peranza, pues al llegar se encontró únicamente con el ho-
rrible espectáculo de la ciudad aliada medio derruida y aún
humeante, dejó unos pocos hombres, los imprescindibles
para dar sepultura a los que habían muerto en el combate,
y con tanta celeridad como a la ida cruzó el Euripo por
el puente y se dirigió a Atenas a través de Beocia, pensan-
do que a la misma maniobra respondería el mismo resulta-
4 do. Y así hubiera sido de no ser porque un vigía —«he-
meródromos» los llaman los griegos, porque en un solo
día cubren corriendo una enorme distancia— divisó la co-
lumna del rey desde un puesto de observación y adelantán-
5 dose a ella llegó a Atenas a media noche. Reinaba allí
la misma entrega al sueño y la misma falta de precauciones
6 que había traicionado a Calcis pocos días antes. Desper-
tados por el despavorido mensajero, el pretor [54] de los ate-
nienses y Dioxipo, que mandaba la cohorte de los merce-
narios, reunieron a los soldados en el foro y ordenaron
que se diesen toques de trompeta desde la ciudadela para
7 hacer saber a todos que el enemigo se acercaba. De esta
forma, desde todas partes corrieron hacia las puertas y las
murallas. Algunas horas más tarde, pero bastante antes del
alba, Filipo se acercaba a la ciudad, y al ver los numerosos
puntos de luz y oír el barullo de la gente alarmada, lógico
8 en una conmoción semejante, detuvo la marcha y ordenó
a sus hombres hacer alto y descansar, decidido a emplear
la fuerza abiertamente ya que la sorpresa no había tenido
9 mucho éxito. Se acercó por el lado del Dipilón. Esta
puerta, situada por así decir en la embocadura de la ciu-
dad, es bastante más alta y ancha que las demás; las calza-
das que parten de ella tanto hacia dentro como hacia fuera

[54] Romanización del término *strategós*.

son amplias, de suerte que los habitantes podían formar sus tropas en orden de combate desde el foro hasta la puer-
ta, y en el exterior, una avenida de casi una milla que 10
iba hasta el gimnasio de la Academia, ofrecía espacio libre a la infantería y la caballería enemigas. Los atenienses, con la guarnición de Átalo y la cohorte de Dioxipo, se formaron en orden de batalla en el interior de la puerta
y salieron tras sus enseñas por esta avenida. Al ver esto 11
Filipo pensó que tenía a los enemigos a merced suya y que iba a saciar su ira con una matanza largo tiempo esperada, pues era la ciudad griega hacia la que sentía mayor hostili-
dad; exhortó a sus hombres a combatir mirándole a él, 12
y recordar que las enseñas y los combatientes debían estar allí donde estuviera el rey; y lanzó su caballo en dirección al enemigo, impulsado no sólo por la cólera sino por la
vanagloria, porque le parecía excepcional que lo viera 13
combatir la enorme multitud que abarrotaba las murallas
como ante un espectáculo. Lanzándose en medio de los 14
enemigos con unos pocos jinetes, bastante por delante de sus líneas, infundió gran ardor a los suyos y pánico a los
enemigos. Hirió a muchos con sus propias manos tanto 15
cuerpo a cuerpo como a distancia, rechazándolos hasta la puerta y persiguiéndolos; hizo una carnicería aún mayor entre los que se precipitaban al estrecharse el paso, y él pudo retirarse sin riesgo, a pesar de la temeridad de su
acción, porque los que estaban en las torres de la puerta 16
se abstenían de disparar sus dardos para no alcanzar a los
suyos, confundidos entre los enemigos. Después, como 17
los atenienses mantenían a sus combatientes dentro del recinto de las murallas, Filipo ordenó tocar a retirada y acampó en Cinosarges[55], donde había un templo de Hércules

[55] Al sur de la Acrópolis, fuera de las murallas.

18 y un gimnasio rodeado de un bosque sagrado. Pero Cinosarges y el Liceo [56] y todos los centros religiosos o de recreo de los alrededores de la ciudad fueron incendiados, quedando destruidos no sólo los edificios sino incluso las tumbas: nada de lo que ampara el derecho divino o humano se salvó de su rabia incontenible.

Filipo y la Liga Aquea. Tentativas en Eleusis. Los romanos y los pueblos macedonios

25 Al día siguiente, al principio las puertas estaban cerradas pero después fueron abiertas de repente porque habían entrado en la ciudad tropas de refuerzo enviadas desde Egina por Átalo y desde el Pireo por los romanos; entonces el rey retiró su campamento a unas tres millas
2 de la ciudad. De allí partió para Eleusis con la esperanza de tomar por sorpresa el templo [57] y la fortificación que lo domina y rodea; pero cuando advirtió que la vigilancia estaba bien asegurada y que llegaba del Pireo una flota como refuerzo, renunció a su intento dirigiéndose a Mégara y de allí, sin detenerse, a Corinto; enterado de que se celebraba en Argos la asamblea de los aqueos, se presentó
3 en plena reunión, con gran sorpresa de los aqueos. Se estaba discutiendo acerca de la guerra contra Nabis [58], tirano de los lacedemonios. Éste, viendo que las tropas de los aqueos se habían disgregado al pasar el mando de Filopemén [59] a Siclíadas [60], jefe de mucha menos talla, había

[56] Situado al oeste de la ciudad.

[57] El templo de los misterios de Deméter.

[58] Llegó a ser rey único de Esparta en 207. Propugnó medidas populares como el reparto de tierras. La denominación de tirano se debe a las fuentes hostiles. Roma lo reconoció como rey de Esparta (XXXIV 31, 13).

[59] Fue *hípparchos* de la Liga Aquea en 210, y *strategós* en 208, 206 y 201.

[60] *Strategós* en 210.

reemprendido la guerra devastando los territorios limítro-
fes, y ya constituía una amenaza incluso para las ciudades.
Cuando se discutía acerca de la cantidad de efectivos 4
que cada ciudad debía alistar para hacer frente a este ene-
migo, Filipo se comprometió a librarlos de toda preocupa-
ción en lo que a Nabis y los lacedemonios se refería:
no sólo impediría el saqueo de las tierras de sus aliados 5
sino que trasladaría a la propia Laconia los horrores de
la guerra conduciendo allí inmediatamente su ejército.
Estas palabras tuvieron una acogida entusiástica. «Es justo, 6
sin embargo —añadió— que mientras defiendo con mis
armas vuestras posesiones, no queden las mías desprotegi-
das. Por consiguiente, si estáis de acuerdo, preparad las 7
tropas que hagan falta para defender Óreo, Calcis y Co-
rinto, de forma que yo tenga las espaldas cubiertas y
pueda llevar sin riesgo la guerra a Nabis y a los lacedemo-
nios.» Los aqueos no se dejaron engañar acerca del propó- 8
sito de tan generosa promesa y del ofrecimiento de ayuda
frente a los lacedemonios: lo que se pretendía era sacar
del Peloponeso a la juventud aquea como rehén para im-
plicar a la nación en la guerra contra Roma. Ciclíadas, 9
el pretor de los aqueos, estimó que no valía la pena insistir
sobre ello y se limitó a decir que los estatutos de la confe-
deración aquea no permitían someter a debate cuestiones
distintas de aquellas para las que habían sido convocados;
una vez aprobado el decreto referente al alistamiento de 10
un ejército contra Nabis disolvió la asamblea que había
presidido con energía e independencia, a pesar de que has-
ta aquella fecha se le había contado entre los partidarios
del rey. Filipo, frustrada su gran esperanza, alistó algunos 11
voluntarios y retornó a Corinto y a tierras de Ática.

Durante las mismas fechas en que Filipo estuvo en 26
Acaya, Filocles, el prefecto del rey, salió de Eubea con

dos mil soldados tracios y macedonios para saquear el te-
rritorio ateniense en la zona de Eleusis y cruzó el paso
2 de Citerón [61]. A continuación envió la mitad de sus tropas
a saquear los campos en todas direcciones y él con la otra
mitad se apostó oculto en un lugar a propósito para una
3 emboscada, para atacar con prontitud y por sorpresa a los
enemigos dispersos en caso de que desde el fuerte de Eleu-
sis se produjera un ataque contra los suyos mientras sa-
4 queaban. Pero la emboscada fue descubierta. Así pues,
hizo volver a los hombres que se habían dispersado a la
carrera para saquear, los incorporó a la formación y mar-
chó al asalto del fuerte de Eleusis; de allí se retiró con
muchos heridos y se unió a Filipo que volvía de Acaya.
5 El rey intentó personalmente el asalto al mismo fuerte;
pero unas naves romanas que llegaron del Pireo y una guar-
nición que fue introducida en la plaza lo obligaron a desis-
6 tir de su propósito. Entonces el rey dividió el ejército
enviando a Filocles a Atenas con una parte del mismo y
él con la otra se dirigió al Pireo, que había quedado con
una débil guarnición, contando con la posibilidad de asal-
tarlo mientras Filocles mantenía a los atenienses en la ciu-
dad a base de acercarse a las murallas y amenazar con un
7 ataque. Pero el asalto del Pireo no le resultó más fácil
que el de Eleusis, pues los defensores de uno y otra eran
casi los mismos. Desde el Pireo marchó súbitamente a Ate-
8 nas. De allí fue rechazado por una salida brusca que hizo
la infantería y caballería por el estrecho paso del muro
semiderruido que une con sus dos brazos el Pireo y Ate-
9 nas; renunciando al asalto de la ciudad, repartió de nuevo
el ejército con Filocles y marchó a devastar los campos.
Como en la ocasión anterior se había dedicado a la des-

[61] Cadena montañosa entre Ática y Beocia.

trucción de los sepulcros de los alrededores de la ciudad,
ahora, para que no quedara nada sin profanar, mandó 10
destruir e incendiar los templos de los dioses que habían
consagrado en cada una de las aldeas. La tierra del Ática, 11
magníficamente embellecida con esta clase de monumentos
debido tanto a la abundancia de mármoles locales como
al genio de sus artistas, ofreció materia abundante para
su furor destructivo. Pues ni siquiera se contentó con des- 12
truir los propios templos y derribar las estatuas, sino que
además ordenó hacer añicos las piedras para que no per-
mitieran reconstruir las ruinas si quedaban enteras. Y cuan- 13
do su rabia aún insatisfecha no tuvo ya materia en que
desfogarse, salió del territorio enemigo en dirección a Beo-
cia, y ya no hizo en Grecia nada que merezca ser reseñado.

El cónsul Sulpicio tenía por entonces su campamento 27
junto al río Apso [62], entre Apolonia y Dirraquio. Hizo ve-
nir allí a su legado Lucio Apustio, y lo envió con parte
de sus tropas a saquear el territorio enemigo. Apustio, 2
después de saquear la zona fronteriza de Macedonia tomó
al primer asalto los poblados de Corrago, Gerrunio y Or-
geso [63] y llegó hasta Antipatrea [64], ciudad situada en un
estrecho desfiladero. Primero llamó a una entrevista a 3
los ciudadanos más importantes y trató de convencerlos
para que se pusieran bajo la protección [65] de Roma; luego,
en vista de que desdeñaban su sugerencia confiados en las
dimensiones, el emplazamiento y las murallas de la ciudad,

---

[62] El Apso (Semeni) desemboca en el Adriático entre Apolonia y Dirráquio (Durazzo, en griego Epidamno).

[63] No se conoce el emplazamiento preciso de estas plazas.

[64] ¿La moderna Berat?

[65] Equivale a una rendición incondicional, aunque con fundamento para confiar en la generosidad de Roma.

4 la atacó por la fuerza de las armas y la tomó; después de dar muerte a los adultos y entregar todo el botín a los soldados, hizo demoler las murallas e incendiar la ciudad.
5 El miedo a una suerte semejante hizo que Codrión [66], una ciudad bastante sólida y bien fortificada, se rindiera a los
6 romanos sin resistencia. Dejando allí una guarnición, tomó por la fuerza Cnido [67] —nombre más conocido por otra ciudad de Asia que por esta plaza—. Cuando el legado regresaba hacia el cónsul con un botín bastante considerable, un tal Atenágoras, prefecto del rey, atacó por retaguardia a la columna cuando atravesaba un río sembrando
7 el desconcierto entre los últimos. Ante los gritos y la confusión de los suyos acudió al galope el legado e hizo dar media vuelta, amontonar los bagajes en el centro y formarse en orden de combate. Los hombres del rey no resistieron la acometida de los soldados romanos: muchos de ellos fueron muertos, y muchos más cayeron prisione-
8 ros. El legado llevó de vuelta ante el cónsul su ejército intacto, e inmediatamente fue enviado de nuevo a la flota.

28 Iniciada la guerra con esta expedición relativamente afortunada, se presentaron en el campamento romano reyezuelos y jefes de pueblos colindantes con Macedonia: Pléurato [68], hijo de Escerdiledo; Aminandro [69], rey de los atamanes, y, de los dárdanos, Bato, hijo de Longaro.
2 Este Longaro ya había hecho por su cuenta la guerra a

[66] Tal vez *Rmait*, al nordeste de Antipatrea.

[67] En la Dasarecia, pero no se sabe dónde. La otra Cnido, en la Dóride, entre Cos y Rodas.

[68] Aparece como rey único cuando se negocia la paz de Fénice (XXIX 5, 14) en 205.

[69] En principio asociado a Teodoro, aparece sistemáticamente con el título de rey, por derecho propio a partir de 200.

Demetrio [70], el padre de Filipo. Ofrecieron su ayuda, y
el cónsul les contestó que recurriría a la colaboración de
los dárdanos y de Pléurato cuando entrase en Macedonia
con su ejército; en cuanto a Aminandro, le encargó la 3
tarea de empujar a los etolios a la guerra. A los enviados
de Átalo, que también habían llegado al mismo tiempo,
les dio el encargo de que el rey esperase en Egina, donde
pasaba el invierno, a la flota romana con la que se uniría
para poner en aprietos a Filipo, como anteriormente, hos-
tilizándolo por mar. También se enviaron embajadores 4
a los rodios para animarlos a tomar parte en la guerra.
Tampoco Filipo, que había llegado a Macedonia, andaba
menos activo preparando la guerra. Envió a su hijo Per- 5
seo [71], que era muy joven aún, a ocupar con una parte
de sus tropas los desfiladeros que llevan a Pelagonia, asig-
nándole algunos de sus amigos [72] para que lo orientasen
en su corta edad. Demolió Esciatos y Pepareto [73], ciuda- 6
des bastante conocidas, para evitar que se convirtieran en
botín y recompensa de la flota enemiga. Envió embajado-
res a los etolios, en prevención de que este pueblo inestable
cambiase de alianza por la llegada de los romanos.

Asamblea Panetólica

La asamblea de los etolios llamada 29
Panetólica se iba a celebrar en la fecha
señalada. Para poder asistir a ella los en-
viados del rey aceleraron la marcha; tam-
bién acudió el legado Lucio Furio Pur-
purión, enviado por el cónsul; asimismo asistió a dicha 2
asamblea una delegación ateniense. Tomaron la palabra

[70] Demetrio II, que reinó de 239 a 229.

[71] Rey de Macedonia desde 179 hasta 168 (batalla de Pidna).

[72] En el sentido técnico del término *(philoi),* consejeros de la corte, de varios niveles.

[73] Islas del Egeo, en el extremo sur de Magnesia.

en primer lugar los macedonios, con los que se había he-
3 cho el tratado más reciente [74]. Éstos dijeron que como
no había ocurrido nada nuevo, nada nuevo tenían que de-
cir; los mismos motivos que habían llevado a los etolios
a hacer la paz con Filipo después de experimentar la inuti-
lidad de la alianza con Roma, debían llevarlos a conservar
4 esa paz una vez acordada. «¿O es que preferís —dijo
uno de los delegados—, imitar la desvergüenza, por no de-
cir la frivolidad de los romanos? Aquellos que en Roma
dispusieron que se diese esta respuesta a vuestros embaja-
dores: '¿A qué acudís a nosotros, etolios, cuando habéis
hecho la paz con Filipo sin nuestro consentimiento?'»,
5 esos mismos ahora os piden que hagáis con ellos la guerra
contra Filipo. Antes pretendían haber empuñado las armas
contra él por causa vuestra y en favor vuestro, ahora os
6 impiden estar en paz con Filipo. Pasaron a Sicilia una
primera vez para ayudar a Mesina, y una segunda para
devolverle la libertad a Siracusa oprimida por los cartagi-
7 neses; ahora tienen en su poder tanto Mesina como Sira-
cusa y toda Sicilia, a la que han sojuzgado como provincia
8 tributaria bajo sus hachas y sus fasces. Seguramente,
igual que vosotros celebráis en Naupacto [75], de acuerdo
con vuestras leyes y con magistrados elegidos por vos-
otros, una asamblea en la que vais a elegir libremente a
quien queráis como aliado o enemigo y decidir la paz o
la guerra a vuestro arbitrio, de la misma manera, para las
ciudades de Sicilia, se convoca asamblea en Siracusa, en
9 Mesina o en Lilibeo. Pero es el pretor romano quien

[74] En 206, entre Filipo y los etolios; hubo otro anterior, entre etolios y romanos, cf. XXVI 24, 1-16.

[75] A la entrada del Golfo de Corinto, enfrente de Patras (cf. XXVII 29, 9).

preside la reunión; se reúnen convocados por su autori-
dad, se le ve a él impartir justicia con arrogancia desde
lo alto de su tribuna flanqueado por sus lictores, con la
amenaza de las varas sobre las espaldas y de las hachas
sobre los cuellos; año tras año la suerte les asigna un amo
tras otro. Y ello no debe ni puede causarles sorpresa, cuando 10
ven sometidas a la misma dominación ciudades de Italia
como Regio, Tarento y Capua [76], por no mencionar a las
más cercanas, sobre cuyas ruinas ha crecido la ciudad de
Roma. Cierto que sobrevive Capua, monumento sepulcral 11
del pueblo campano, con la población enterrada o echada
al destierro, como ciudad mutilada, sin senado, sin plebe,
sin magistrados, algo monstruoso que hubiera sido menos
cruel destruir que dejar habitable. Es un desatino confiar 12
en que algo va a permanecer como está si ocupan estas
tierras unos hombres de otra raza de los que nos separan
la lengua, las costumbres y las leyes en mayor medida que
un trecho de mar o de tierra. Os parece que el reino de 13
Filipo limita de algún modo vuestra libertad; y sin embar-
go, cuando se convirtió en enemigo por culpa vuestra, lo
único que os pidió fue la paz, y hoy sólo desea que se
respete el acuerdo de paz. Dejad que unas legiones ex- 14
tranjeras se habitúen a estas tierras y aceptad su yugo: tar-
de y en vano buscaréis a Filipo como aliado cuando ten-
gáis por amos a los romanos. A los etolios, acarnanes 15
y macedonios, gentes que hablan una misma lengua, los
unen o dividen causas poco importantes que surgen con
carácter transitorio; con los extranjeros, con los bárbaros,
todos los griegos están y estarán siempre en guerra perpe-
tua, pues son enemigos no por circunstancias que cambian

[76] Sobre las diferencias de *status* de estas tres ciudades véase J. Briscoe, *A Commentary...*, pág. 132.

de un día para otro sino por naturaleza, y ésta es perma-
16 nente. *Pero mi discurso concluirá por donde comenzó.*
En este mismo lugar, vosotros, las mismas personas, deci-
disteis hace tres años la paz con el mismo Filipo, una
paz que desaprobaban esos mismos romanos que quieren
desbaratarla ahora que está sellada y firmada. En cuan-
to a esta decisión, la fortuna no ha introducido ningún
elemento nuevo; no veo razón para que cambiéis vos-
otros.»

30 A continuación de los macedonios y con el consenti-
miento y a petición de los propios romanos se dio paso
a los atenienses, que al haber sufrido horrores podían con
mayor fundamento fustigar la despiadada crueldad del rey.
2 Deploraban la lamentable devastación y el pillaje de sus
tierras, pero no se quejaban de haber sido tratados como
enemigos por el enemigo, pues existían unos derechos de
guerra que legítimamente se padecían igual que se ejercían:
3 el que se prendiera fuego a los cultivos, se derruyeran las
casas, se llevaran hombres y animales como botín, eran
cosas más dolorosas que indignantes para quien las pade-
4 cía. Pero de lo que ellos estaban realmente quejosos era
de que quien llamaba bárbaros extranjeros a los romanos
hubiera violado simultáneamente todas las leyes divinas y
humanas hasta el extremo de hacer una guerra sacrílega
a los dioses de las profundidades en su primera correría,
5 y a los de las alturas en la segunda. Todos los monu-
mentos sepulcrales de su país habían sido destruidos, ha-
bían quedado al descubierto los manes de todos sus muer-
tos, la tierra no cubría los huesos de ninguno de ellos.
6 Ellos, antes, tenían santuarios que sus antepasados, cuan-
do antiguamente vivían en circunscripciones rurales, ha-
bían consagrado en aquellos pequeños poblados y aldeas
y que no habían dejado abandonados ni siquiera cuando

sus tribus se habían concentrado en una sola ciudad;
la hostilidad de Filipo había ido prendiendo fuego a aquellos 7
templos en todo el contorno; las estatuas de los dioses,
chamuscadas y mutiladas, yacían entre los pórticos derrui-
dos de los templos. Lo que había hecho con la tierra 8
del Ática, embellecida y rica en otro tiempo, lo haría con
Etolia y Grecia entera si se le dejaba hacer. Incluso su 9
ciudad habría ofrecido el mismo horrible aspecto si los ro-
manos no hubieran acudido en su ayuda, pues de forma
igualmente sacrílega habría atacado a los dioses tutelares
de la ciudad, y a Minerva, protectora de la ciudadela, y
al templo de Ceres en Eleusis, y a Júpiter y Minerva en
el Pireo. Rechazado, por la fuerza de las armas, tanto 10
de sus templos como de sus murallas, se había ensañado
con aquellos santuarios que no tenían más protección que
su carácter religioso. De modo, pues, que rogaban enca- 11
recidamente a los etolios que se compadecieran de los ate-
nienses y emprendieran la guerra guiados en primer lugar
por los dioses inmortales, y en segundo lugar por los ro-
manos, que, después de los dioses, eran los que más fuerza
tenían.

A continuación habló el delegado romano: «Los mace- 31
donios primero y después los atenienses me han hecho cam-
biar el planteamiento de mi discurso. Cuando yo había 2
venido a protestar por los desmanes de Filipo contra tan-
tas ciudades aliadas, los macedonios, adelantándose a in-
culpar a los romanos, me han obligado a dar más impor-
tancia a la defensa que a la acusación. Y en cuanto a 3
los atenienses, al relatar los abominables e inhumanos crí-
menes de Filipo contra los dioses de las profundidades y
de las alturas, ¿se han dejado algo que yo o cualquier otro
pueda aún achacarle? Haceos la idea de que los habitantes 4

de Cíos [77], de Abidos, de Eno, de Maronea, de Tasos, de Paros, de Samos, de Larisa, de Mesene, y de aquí, de Acaya, se quejan de cosas parecidas e incluso más graves y amargas porque las posibilidades que tuvo de hacerles da-
5 ño fueron mayores. Por lo que se refiere a los hechos que nos imputa, reconozco que no son defendibles, si es
6 que no constituyen un motivo de gloria. Nos acusa con Regio, Capua y Siracusa. En cuanto a Regio, durante la guerra con Pirro, una legión que enviamos como guarnición a petición de los propios reginos se apoderó criminalmente de la ciudad para cuya defensa había sido enviada.
7 ¿Aprobamos, acaso, aquella fechoría? ¿O perseguimos con las armas a la legión criminal, y tras reducirla a obediencia y obligarla a dar satisfacción a los aliados con sus espaldas y sus cabezas, les devolvimos a los reginos su ciudad, sus tierras y todos sus bienes, junto con la liber-
8 tad y sus propias leyes? A los siracusanos, oprimidos por tiranos extranjeros, lo cual era más indignante, les prestamos ayuda, y después de agotarnos a lo largo de casi tres años asediando una ciudad tan bien fortificada, a pesar de que los propios siracusanos preferían ya ser esclavos de los tiranos a caer en nuestro poder, les devolvimos la ciudad liberada por las mismas armas que la habían toma-
9 do. Y en cuanto a Sicilia, no vamos a negar que es una provincia nuestra, y que las ciudades que tomaron partido por los cartagineses y de acuerdo con ellos nos hicieron la guerra nos pagan tributos e impuestos; bien al contrario, queremos que sepáis, tanto vosotros como todos los pueblos, que cada uno tiene la suerte que ha merecido en
10 su relación con nosotros. ¿Es que vamos a arrepentirnos

[77] Referencias a ciudades y pueblos que sufrieron los efectos de las campañas de Filipo que se narran en el libro XXIX.

de haber infligido a los campanos un castigo del que ni siquiera ellos mismos pueden tener queja? Por este pueblo sostuvimos una guerra de cerca de setenta años [78] contra los samnitas, sufriendo graves reveses, lo unimos a nos- 11
otros primero por medio de una alianza, después por el derecho de matrimonio y el consiguiente parentesco, y por último con el derecho de ciudadanía; y ellos, en el mo- 12
mento de nuestra adversidad, fueron los primeros de todos los pueblos de Italia en pasarse a Aníbal después de dar una muerte ignominiosa a nuestra guarnición, y posteriormente, indignados porque los sitiábamos, enviaron a Aníbal a atacar Roma. Si de esta gente no sobreviviese ni 13
la ciudad ni un solo individuo, ¿podría alguien indignarse por ello como si se hubiera empleado con ellos mayor rigor del que se merecían? Fueron más los que, conscientes 14
de su culpa, se quitaron ellos mismos la vida, que los que nosotros mandamos al suplicio. A los que quedaban les quitamos la ciudad y los campos, pero les dimos una tierra y un lugar donde vivir, y dejamos que siguiera en pie 15
incólume la ciudad, que no tenía culpa, de forma que quien la vea hoy no encontrará en ella ni una huella del asedio o la conquista. Pero ¿a qué hablar de Capua, si a la vencida Cartago le hemos dado la paz y la libertad? El peli- 16
gro radica más bien en que, a base de perdonar con excesiva facilidad a los vencidos, animemos a muchos otros, por esa misma razón, a probar en contra nuestra la suerte de la guerra. Quede esto dicho en descargo nuestro y en 17
contra de Filipo. Sus crímenes familiares, sus asesinatos de parientes y amigos, su desenfreno, casi más monstruoso que su crueldad, vosotros los conocéis mejor en la medida en que estáis más cerca de Macedonia. Por lo que a 18

[78] De 343 a 272.

vosotros concierne, etolios, nosotros emprendimos la guerra contra Filipo por vosotros, y vosotros hicisteis la paz
19 con él sin nosotros. Diréis, tal vez, que, como nosotros estábamos absorbidos por la guerra púnica, el miedo os forzó a aceptar las condiciones de paz del que entonces era el más fuerte; y que nosotros, urgidos por otros problemas más graves, nos desentendimos también de la gue-
20 rra que vosotros habíais abandonado. Ahora, nosotros, que por la benevolencia de los dioses hemos puesto fin a la guerra púnica, nos hemos volcado con la totalidad de nuestras fuerzas sobre Macedonia, mientras que a vosotros se os ha presentado la ocasión de retornar a nuestra amistad y nuestra alianza, a menos que prefiráis sucumbir con Filipo a vencer con los romanos».

32 Tras esta intervención del romano, el sentir general se inclinaba a favor de los romanos; entonces Damócrito [79], el pretor de los etolios, que según rumores había recibido dinero del rey, sin pronunciarse a favor de ninguna de las
2 dos opciones dijo que en las decisiones de gran trascendencia no hay peor enemigo que la precipitación; enseguida llega el arrepentimiento, en efecto, pero tan tardío como inútil, cuando las decisiones tomadas precipitadamente no
3 pueden ser anuladas ni volver al punto de partida. Respecto a una toma de decisión como aquella, a su juicio había que esperar a que madurara, y se podía fijar ya una fecha sobre la base siguiente: puesto que, según los estatutos, solamente se podían tratar cuestiones referentes a la guerra o la paz en la asamblea Panetólica o en la de las
4 Termópilas, podían acordar en el acto que el pretor convocara legalmente la asamblea cuando quisiera tratar de la guerra y de la paz, y que lo que en ella se propusiese

[79] *Strategós* etolio en 200 y 193.

y decidiese tuviera plena validez legal como si hubiese sido
tratado en la asamblea Panetólica o en la de las Termópi-
las. Despedidos así los delegados sin decidir la cuestión, 5
Damócrito decía que se había adoptado una resolución ex-
celente para la nación, pues iban a poder inclinarse a favor
de la alianza con aquel de los dos bandos que mejor fortu-
na tuviese en la guerra. Así fue el desarrollo de la asam-
blea de los etolios.

Escaramuzas iniciales entre Sulpicio y Filipo

Filipo preparaba activamente la guerra 33
por tierra y por mar. Las fuerzas navales
las estaba concentrando en Demetríade,
en Tesalia. Convencido de que Átalo y 2
la flota romana saldrían de Egina al
comienzo de la primavera, confió el mando de la flota y
de la costa a Heraclides, al que ya se la había confiado
anteriormente. Él organizaba las fuerzas de tierra, conven- 3
cido de haber privado a los romanos de dos importantes
apoyos: los etolios por una parte, y por otra los dárdanos,
al haber bloqueado su hijo Perseo el desfiladero de acceso
a Pelagonia. El cónsul no preparaba la guerra sino que ya 4
la estaba haciendo. Llevaba su ejército a través del territo-
rio de los dasarecios, transportando el trigo que había sa-
cado de los cuarteles de invierno sin echar mano de él,
pues para las necesidades del ejército le bastaba con lo que
proporcionaban los campos. Ciudades y aldeas se le ren- 5
dían en unos casos voluntariamente y en otros por miedo;
algunas las tomaba por la fuerza, y otras las encontraba
abandonadas porque los bárbaros habían buscado refugio
en los montes cercanos. Estableció un campamento perma- 6
nente en las proximidades de Linco [80], cerca del río Be-

[80] Se trata no de una ciudad sino de una comarca situada al noroeste de Macedonia, al este de Dasarecia.

vo [81]; desde allí enviaba a recoger trigo por los alrededores, a los graneros de los dasarecios. Filipo advertía la agitación que reinaba en el contorno y el enorme pánico de la población, pero como no sabía a ciencia cierta qué dirección había tomado el cónsul, envió un escuadrón de caballería para descubrir hacia dónde habían dirigido su
7 marcha los enemigos. En la misma incertidumbre se encontraba el cónsul: sabía que el rey había abandonado los cuarteles de invierno, pero ignoraba qué dirección había tomado. También él envió unos jinetes en plan de reconocimiento. Estos dos destacamentos, que habían partido de direcciones opuestas, después de andar vagando largo tiempo sin rumbo fijo por territorio dasarecio, acabaron por
8 coincidir en la misma ruta. Al oír a distancia el ruido de hombres y caballos, unos y otros se percataron de que se acercaba el enemigo. Por eso, aun antes de avistarse ya habían preparado sus armas y caballos, y nada más divisar al enemigo se produjo el choque sin más tardar.
9 Dio la coincidencia de que estaban nivelados en número y en valor, puesto que unos y otros eran soldados escogidos, y combatieron durante varias horas en igualdad de fuerzas. El agotamiento de hombres y caballos hizo interrumpir el combate sin que la victoria se hubiera decanta-
10 do. Cayeron cuarenta jinetes macedonios y treinta y cinco romanos. Mas no por ello consiguieron enterarse mejor de dónde estaba el campamento enemigo e informar los
11 unos al rey y los otros al cónsul. Se tuvo conocimiento de ello a través de los desertores, cuya falta de carácter los lleva, en todas las guerras, a facilitar información acerca del enemigo.

---

[81] Río de Macedonia, hoy Molca, que desemboca en el lago de Ochrid.

Filipo, convencido de que ganaría algo en el afecto de 34
sus hombres, y por ello en su disposición a arrostrar el
peligro, si se preocupaba de que se diera sepultura a los 2
jinetes que habían caído en la expedición, mandó que los
llevaran al campamento a fin de que todos presenciaran
las honras fúnebres. Pero no hay nada tan poco seguro 3
ni tan imprevisible como los sentimientos de la masa. Lo
que parecía que les daría mayor resolución para afrontar
cualquier clase de combate, provocó en ellos miedo y falta
de decisión. Y es que, acostumbrados a luchar contra 4
griegos e ilirios, habían visto heridas producidas por jaba-
linas, flechas, y rara vez lanzas; pero cuando vieron los
cuerpos mutilados por la espada hispana [82], con los brazos
cortados con hombro y todo, los cuellos seccionados por
completo con las cabezas separadas del tronco, las vísceras
al aire y otras horribles heridas, se daban cuenta, en una 5
reacción general de pánico, de la clase de armas y guerre-
ros con que iban a tener que combatir. Incluso el propio
rey, que no se había enfrentado aún a los romanos en una
batalla en regla, quedó asustado. Llamó, pues, a su hijo 6
y a las tropas que defendían el desfiladero de Pelagonia
para reforzar con ellas sus propias fuerzas, abriendo así
a Pléurato y a los dárdanos el camino hacia Macedonia.
Él, con veinte mil soldados de a pie y dos mil de a ca- 7
ballo, emprendió la marcha en dirección al enemigo, guia-
do por los desertores, y a poco más de una milla del cam-
pamento romano fortificó con foso y empalizada una coli-
na cerca de Ateo [83]. Al ver allá abajo el campamento 8
romano quedó admirado, dicen, tanto del aspecto de con-
junto del mismo como de la distribución de cada una de

[82] La espada hispana, corta, era un arma de la infantería.

[83] No hay otras referencias que permitan precisar su localización.

sus partes, con las tiendas en hilera y las calles a intervalos
regulares, y aseguró que aquel campamento no le podía
9 parecer a nadie el de unos bárbaros. El cónsul y el rey
mantuvieron a los suyos durante dos días dentro de la em-
palizada, cada uno a la espera de los movimientos del otro;
al tercer día, el romano hizo salir a la totalidad de sus
tropas para formar en orden de batalla.

35 El rey, temiendo [84] aventurarse tan pronto a una ba-
talla con la totalidad de sus fuerzas, envió a cuatrocientos
trales —es éste un pueblo ilirio, como hemos dicho en otro
pasaje [85]—, y trescientos cretenses, a hostigar a la caballe-
ría enemiga, añadiendo a este contingente de infantería otro
igual de caballería al mando de Atenágoras, uno de sus
2 altos dignatarios. Los romanos, por su parte, cuyo frente
estaba a poco más de quinientos pasos, lanzaron vélites
y aproximadamente dos escuadrones de caballería, para
equilibrar también en número sus efectivos de caballería
3 infantería con los del enemigo. Los soldados del rey creían
que se iba a desarrollar el combate en la forma a la que
estaban habituados: que la caballería avanzaría y retroce-
dería alternativamente, unas veces haciendo uso de las ar-
mas y otras volviendo grupas; que iban a sacar provecho
de la rapidez de los ilirios para las salidas a la carrera y
las cargas repentinas, y que los cretenses dispararían sus
flechas contra un enemigo que avanzaría en desorden.
4 Esta táctica se vio desbaratada por el ataque de los roma-
5 nos, tan sostenido como denodado; en efecto, como si
combatiese la totalidad del ejército, los vélites lanzaban
sus jabalinas y después peleaban cuerpo a cuerpo con la
espada, mientras que los jinetes, una vez lanzados al con-

---

[84] Seguimos a Madvig, excluyendo el *non* de los mss.

[85] Véase XXVII 32, 4.

tacto con el enemigo, frenaban los caballos y peleaban unos desde las propias monturas y otros saltando al suelo y mezclándose entre la infantería. De esta forma, la ca- 6
ballería del rey, no habituada a combatir a pie firme, estaba en inferioridad frente a la romana, y su infantería, que atacaba corriendo de acá para allá muy mal protegida por su tipo de armamento, estaba en desventaja frente a los vélites romanos provistos de escudo y espada, armados por igual para la defensa y para el ataque. Por consiguiente, 7
no resistieron la confrontación y corrieron a refugiarse al campamento, poniéndose a salvo gracias únicamente a su velocidad.

Tras un día de intervalo, el rey que estaba dispuesto 36
a dar la batalla con todas las tropas de caballería y de infantería ligera, había apostado durante la noche emboscados en un lugar a propósito entre los dos campamentos unos soldados equipados con *caetra,* que los griegos llaman 'peltastas', y había ordenado a Atenágoras y sus 2
jinetes que sacaran provecho de la suerte si el combate en campo abierto se desarrollaba favorablemente; en caso contrario, que se replegasen poco a poco atrayendo al enemigo al lugar de la emboscada. La caballería, en efecto, 3
retrocedió, pero los jefes de la cohorte *caetrata* no esperaron lo bastante la señal, y poniendo en movimiento a sus hombres antes de tiempo, perdieron la ocasión de llevar a buen fin la operación. Los romanos, vencedores en la batalla a campo abierto y sin caer en la trampa de la emboscada, se retiraron al campamento.

Al día siguiente el cónsul salió con la totalidad de 4
sus tropas al campo de batalla y colocó los elefantes delante de la primera línea, siendo la primera vez que los romanos los utilizaron como apoyo, pues ya tenían un número aceptable que habían capturado durante la guerra púnica.

5 Cuando vio que el enemigo estaba escondido tras la empalizada, se adelantó hasta las colinas e incluso hasta el pie mismo de la empalizada, burlándose de su miedo. En vista de que ni siquiera así se ofrecía la posibilidad de combatir, como el aprovisionamiento de trigo era arriesgado debido a la proximidad de los campamentos, pues la caballería enemiga atacaría inmediatamente a sus hombres en
6 cuanto se dispersaran por los campos, trasladó el campamento a unas ocho millas de allí, a un lugar llamado Otolobo [86], con el objeto de que la distancia permitiera realizar
7 el aprovisionamiento con menor riesgo. Mientras los romanos se proveían de trigo en los campos cercanos, en un principio el rey mantuvo a sus hombres dentro del recinto atrincherado para que los enemigos se volvieran más
8 osados y a la vez más descuidados. Cuando los vio dispersos salió con toda la caballería y con los auxiliares cretenses, acelerando la marcha en la medida en que estos velocísimos soldados de a pie eran capaces de aguantar corriendo el ritmo de la caballería, y tomó posiciones en-
9 tre el campamento romano y los forrajeadores. A continuación dividió sus tropas y lanzó en persecución de los forrajeadores a una parte de las mismas dándoles la consigna de no dejar ni uno con vida; él, con el resto, se quedó allí bloqueando los caminos por donde se suponía que
10 los enemigos regresarían corriendo al campamento. Se había extendido ya por todas partes la matanza y la huida cuando aún no había llegado nadie al campamento romano con la noticia del desastre, porque los que volvían hu-
11 yendo iban a toparse con el destacamento del rey, y eran más los muertos a manos de los que bloqueaban los cami-

[86] Sólo aparece aquí y en 40, 10, y no podemos precisar su emplazamiento.

nos que a manos de los que habían sido enviados para acabar con ellos. Al fin, algunos lograron infiltrarse por entre los enemigos apostados, y, despavoridos, llevaron al campamento más confusión que información precisa.

Batalla favorable a los romanos. Críticas a los generales. El cónsul, en Macedonia

El cónsul dio orden a los jinetes de 37
acudir, por donde cada uno pudiera, en ayuda de los que estaban en el aprieto, y él sacó a las legiones del campamento y las llevó contra el enemigo en formación cuadrada. Los jinetes se dispersaron 2
por el campo y unos anduvieron de acá para allá, confundidos por los gritos que se oían en distintos puntos, y otros se encontraron con el enemigo. Se 3
inició el combate en muchos sitios a la vez. El destacamento donde estaba el rey era el que peleaba con más dureza, pues por una parte casi constituía un ejército en regla debido al gran número de combatientes de a pie y de a caballo, y por otra, como bloqueaban el acceso central, la mayoría de los romanos iban a dar contra ellos. Los macedonios 4
llevaban además la ventaja de que el propio rey estaba allí para animarlos y de que los auxiliares cretenses, que luchaban agrupados y ordenados frente a los que estaban dispersos y en desorden, herían a muchos por sorpresa. Y si se hubieran controlado en la persecución, habrían con- 5
seguido la gloria de aquel combate y además les habría sido muy útil para la guerra en su conjunto. En esos 6
momentos, sin embargo, en su sed de sangre se lanzaron a una persecución incontrolada y fueron a dar con las cohortes romanas que se habían adelantado con los tribunos militares, y los jinetes romanos que iban huyendo, en cuanto 7
avistaron las enseñas de los suyos, volvieron los caballos contra los enemigos y en un instante cambió la suerte de la batalla, emprendiendo la huida los que poco antes eran

8 los perseguidores. Muchos resultaron muertos en el choque
cuerpo a cuerpo, y muchos mientras huían; no cayeron
sólo por el hierro, sino que algunos se arrojaron a los pan-
tanos, siendo tragados con caballos y todo por el espeso
9 cieno. También el rey estuvo en peligro, pues su caballo,
herido, cayó dando con él en tierra de golpe, y estuvo a
10 punto de ser aplastado cuando estaba tendido. Lo salvó
un jinete que saltó a su vez al suelo con prontitud e izó
al amedrentado rey sobre su propio caballo mientras que
él, al no poder correr a pie tanto como los jinetes que
huían, sucumbió acribillado por los enemigos que habían
11 acudido a galope al caer el rey. Éste, bordeando las
marismas, por donde había camino y por donde no, llegó
hasta el campamento cuando la mayoría no contaba ya
con que escapase con vida, tras una huida angustiosa.
12 Doscientos jinetes macedonios sucumbieron en aquella
batalla, y unos cien fueron hechos prisioneros; se cogieron
al menos ochenta caballos con sus arreos, así como los
despojos de armamento.

38 Hubo quienes, a propósito de esta jornada, acusaron
al rey de temeridad y al cónsul de falta de decisión, pues
Filipo debería haberse quedado quieto, puesto que sabía
que el enemigo, tras haber agotado por completo el campo
de los alrededores, en pocos días se vería reducido a la
2 más absoluta falta de provisiones; y en cuanto al cónsul,
después de haber derrotado a la caballería y la infantería
ligera del enemigo y haber estado a punto de capturar al
propio rey, debería haber marchado directamente sobre el
3 campamento enemigo; quebrantados como estaban los
enemigos, en efecto, no habrían resistido, y se hubiera po-
4 dido resolver la guerra en un instante. Esto, como casi
siempre, era más fácil de decir que de hacer. Si, efectiva-
mente, el rey hubiese combatido con todas sus tropas in-

cluida la infantería, tal vez podría haber sido despojado
del campamento cuando, en plena confusión, todos ellos,
vencidos y presa del pánico, huyeron de la batalla hasta
dentro de la empalizada para huir, acto seguido, del ene-
migo victorioso que estaba pasando por encima de las
fortificaciones; pero desde el momento en que sus fuerzas 5
de infantería permanecieron íntegras en el campamento y
se situaron puestos de guardia delante de las puertas así
como retenes defensivos, ¿qué hubiera conseguido el cón-
sul salvo imitar la temeridad del rey que, poco antes, había
perseguido en desorden a los jinetes despavoridos? Y, por 6
otra parte, tampoco el plan inicial del rey de atacar a los
forrajeadores dispersos por los campos habría sido critica-
ble si hubiese puesto moderación a su victoria. Resulta, 7
además, menos sorprendente que probase fortuna si se tie-
ne en cuenta que corrían rumores de que Pléurato y los
dárdanos, que habían salido de su tierra con fuerzas muy
considerables, habían entrado ya en Macedonia; si estas 8
tropas llegaran a rodearlo por todas partes, era para pen-
sar que los romanos habrían terminado la guerra sin si-
quiera moverse. Considerando, pues, Filipo, que después 9
de las dos derrotas de la caballería iba a ser mucho menos
segura la permanencia en el mismo campamento, y que-
riendo salir de allí y que su partida pasase desapercibida
al enemigo, hacia la puesta del sol envió al cónsul un par-
lamentario con caduceo a pedir una tregua para dar sepul- 10
tura a los jinetes; engañado así el enemigo, emprendió la
marcha en silencio durante el segundo relevo de la guar-
dia, dejando muchos fuegos encendidos en todo el campa-
mento.

Estaba ya el cónsul reponiendo fuerzas cuando se le 39
informó de la llegada del parlamentario y del objeto de
la misma. Se limitó a responder que al día siguiente por 2

la mañana habría oportunidad de reunirse, que era lo que pretendía Filipo, y éste dispuso de la noche y parte del día siguiente para emprender la marcha con rapidez. Tomó el camino de las montañas, a sabiendas de que los romanos no se internarían por esa ruta con su pesado equipo.
3 Al despuntar el día el cónsul despidió al parlamentario tras concerderle la tregua, y poco después se percató de que el enemigo se había marchado; no sabiendo por dónde seguirlo, pasó algunos días en el mismo campamento ha-
4 ciendo acopio de trigo. Después se dirigió a Estuberra [87], adonde hizo traer desde Pelagonia el trigo que había en los campos. Desde allí avanzó hasta Pluina [88], sin haber descubierto aún a qué región se había dirigido el enemigo.
5 Filipo en un principio estuvo acampado en Bruanio [89]; de allí partió por caminos transversales provocando en el enemigo una alarma inesperada. Partieron, pues, de Pluina los romanos y establecieron el campamento junto al río
6 Osfago [90]. El rey se instaló no lejos de allí fortificándose a su vez a la orilla de un río que los habitantes del lugar
7 llaman Erígono. Luego, después de cerciorarse de que los romanos pensaban dirigirse a Eordea [91], les tomó la delantera y ocupó el desfiladero para que los enemigos no pudieran salvar el acceso encajonado entre las estrechas gar-
8 gantas. Fortificó por completo el enclave a toda prisa, en un punto con una empalizada, en otro con un foso, en otro con piedras amontonadas a guisa de muro, en otro

[87] La Estuberra de Macedonia estaba junto al río Erígono (actual Tcherna), en Bucinsko Kalé.

[88] Sobre Pluina no hay ninguna otra referencia.

[89] Estrabón la sitúa, al igual que Estuberra, junto al río Erígono.

[90] Afluente del Erígono, que a su vez lo es del Axio (Wardar).

[91] La Eordea macedónica estaba en el sur de la Lincestide, cerca del lago Ostrovo.

con una barrera de árboles, según lo requería el lugar o el material lo permitía, y levantando barreras artificiales 9 en todos los puntos de paso, hizo inexpugnable, según él creía, una ruta naturalmente difícil. Pero los alrededores 10 estaban casi por entero cubiertos de bosque, lo cual era un estorbo especialmente para la falange macedonia, que no es de ninguna utilidad si no forma una especie de empalizada con sus larguísimas lanzas levantadas delante de los escudos, para lo cual necesita campo libre. También 11 las «rumpias» de los tracios, enormemente largas a su vez, eran un estorbo para ellos entre las ramas que se cruzaban por todas partes. Únicamente la cohorte de cretenses era de 12 alguna utilidad; pero incluso ésta, a pesar de que podía disparar sus flechas a caballos y jinetes expuestos a los golpes si se lanzaban a la carga, sin embargo no era muy eficaz contra los escudos romanos, que no lograba traspasar, y no había punto alguno al descubierto adonde disparar. Por 13 eso, cuando se dieron cuenta de la inutilidad de aquella clase de armas arrojadizas, atacaban al enemigo con las piedras que había tiradas por todo el valle. El impacto de éstas contra los escudos, que causaba más ruido que heridas, contuvo unos instantes el avance de los romanos; luego, despreocupándose también de estos proyectiles, unos 14 formaron la tortuga y se abrieron paso en el frente enemigo y otros dieron un pequeño rodeo saliendo a lo alto 15 de la colina, y desalojaron de sus guarniciones y puestos de guardia a los aterrados macedonios, e incluso degollaron a un gran número al ser difícil la huida en un terreno lleno de obstáculos.

De esta forma se logró franquear el desfiladero con 40 menos lucha de la que habían previsto, y llegaron a Eordea; allí el cónsul devastó los campos en distintas direccio-

nes y se retiró a Elimea [92], desde donde hizo un intento contra Orestide [93] y atacó la plaza de Celetro [94], situada
2 en una península: un lago rodea sus murallas, y sólo un
3 estrecho istmo permite el acceso desde tierra firme. Confiados en su posición, al principio los habitantes cerraron las puertas y se negaron a rendirse; después, cuando vieron que avanzaban las líneas y se acercaban a la puerta en formación de tortuga y que el enemigo en masa ocupaba el
4 istmo, se rindieron por miedo sin intentar combatir. Desde Celetro el cónsul avanzó contra los dasarecios y tomó por la fuerza la ciudad de Pelión [95]. De allí se llevó a los esclavos con el resto del botín, soltó sin rescate a los hombres libres y les devolvió la ciudad; dejó allí una sólida guarni-
5 ción, pues además se trataba de una ciudad muy bien
6 situada para lanzar ataques contra Macedonia. Tras estas correrías por territorio enemigo, el cónsul condujo de nuevo sus tropas a la zona pacificada junto a Apolonia, punto de origen de su ofensiva.

Guerra entre Filipo, los dárdanos y los etolios

7 A Filipo lo habían mantenido alejado de allí los etolios, los atamanes, los dárdanos y tantos otros conflictos armados que habían estallado súbitamente en dis-
8 tintos sitios uno tras otro. Contra los dárdanos, que ya se retiraban de Macedonia, envió a Atenágoras con infantería ligera y la mayor parte de la caballería con la orden de marchar sobre ellos desde atrás en su retirada y hostigar su retaguardia, para hacerlos menos
9 proclives a sacar los ejércitos de sus fronteras. En cuanto

[92] Al sur de Eordea, junto al río Haliacmón.

[93] Al oeste de Eordea, en el curso alto del Haliacmón.

[94] La moderna Kastoria.

[95] Sobre Pelión no hay otras referencias.

a los etolios, su pretor Damócrito, el mismo que en Naupacto había propuesto el aplazamiento de la declaración de guerra, ahora en una asamblea reciente los había llamado a las armas al tener noticia del combate de caballería 10
de Otolobo y de la entrada de los dárdanos y de Pléurato con los ilirios en Macedonia, aparte de la llegada de la flota romana a Óreo y la consiguiente amenaza de un bloqueo marítimo añadida a la de tantos pueblos que jalonaban el contorno de Macedonia.

Estas razones habían hecho que Damócrito y los etolios 41
retornaran al lado de los romanos. Se pusieron en marcha junto con Aminandro, rey de los atamanes, y sitiaron Cercinio [96]. La ciudad había cerrado sus puertas, no se sabe 2
si de grado o por fuerza, porque tenía una guarnición del rey; el caso es que en cosa de pocos días Cercinio fue 3
tomada e incendiada. Los que sobrevivieron a este gran desastre, tanto esclavos como libres, fueron llevados con el resto del botín. El miedo a algo parecido forzó a todos 4
los que vivían en torno a la marisma de Bebe a abandonar las ciudades y dirigirse a las montañas. Ante la falta de 5
perspectivas de botín, los etolios se alejaron de allí dirigiéndose directamente a Perrebia [97]. Aquí tomaron por la fuerza Cirecia [98] y la saquearon de mala manera; a los habitantes de Malea [99] se les aceptó la rendición voluntaria y la entrada en la alianza. Aminandro era partidario de 6

[96] Población de la Pelagóstide situada, posiblemente, en las cercanías de la marisma de Bebe (actual lago Karla).

[97] Llanura bañada por el Europo, en el nordeste de Tesalia, colindante con Macedonia.

[98] Donde la actual Domeniko.

[99] También cerca del Europo, como la anterior, pero en la margen derecha. La moderna Analipsis o la moderna Paljokastro, en el valle del Titaresio.

dirigirse desde Perrebia a Gonfos [100], ciudad colindante con la Atamania que además parecía que podría ser tomada
7 sin gran esfuerzo. Pero los etolios se encaminaron a las llanuras de Tesalia, muy fértiles con vistas al botín, y Aminandro los siguió a pesar de que no estaba de acuerdo con los poco metódicos saqueos de los etolios ni con el sistema de instalar el campamento donde cuadraba, sin elegir el
8 sitio y sin preocuparse de fortificarlo. Para evitar, pues, que el temerario descuido de los otros fuese también causa de alguna desgracia para él y para los suyos, cuando vio que ellos instalaban su campamento en una llanura domi-
9 nada por la ciudad de Farcadón [101], él ocupó, a poco más de una milla de allí, una colina que podía ser segura
10 para los suyos incluso con una fortificación somera. Mientras los etolios, que parecían acordarse de que estaban en territorio enemigo sólo cuando saqueaban, los unos vagaban medio desarmados y los otros no hacían diferencia entre el día y la noche entregados al sueño y al vino en un campamento sin puestos de guardia, llegó Filipo co-
11 giéndolos por sorpresa. Cuando algunos que huían despavoridos de los campos llegaron con la noticia de su llegada, se azoraron Damócrito y los otros jefes —coincidía además que era la hora del mediodía, y la mayoría estaban
12 echados, cargados de comida y de sueño—; se despertaban unos a otros, mandaban coger las armas, enviaban a otros a llamar a los que se dedicaban al saqueo dispersos por los campos. Fue tal el desconcierto que algunos jinetes salieron sin espadas, y la mayoría sin ponerse la coraza.
13 Después de salir con esta precipitación, alcanzando apenas

[100] Importante desde el punto de vista estratégico por su posición en el confín entre Tesalia y Atamania, en la vertiente oriental del Pindo.

[101] Tal vez junto al Peneo, en la margen izquierda.

el número de seiscientos entre los de caballería y los de
infantería todos juntos, fueron a dar con la caballería del
rey, superior en número, armamento y combatividad.
Fueron, pues, derrotados al primer choque casi sin intentar 14
combatir, y se dirigieron de nuevo al campamento en una
huida vergonzosa; algunos, aislados de la columna de fugi-
tivos por la caballería, fueron muertos o hechos prisione-
ros.

Cuando sus hombres estaban ya cerca de la empalizada, 42
Filipo ordenó tocar a retirada, pues hombres y caballos
estaban agotados, no tanto por el combate como por lo
prolongado de la marcha y al mismo tiempo por la espe-
cial celeridad de la misma. Ordenó, pues, que se turnasen 2
los escuadrones de caballería y los manípulos de infantería
ligera para ir a buscar agua y comer, y retuvo a otros 3
de guardia, armados, a la espera de la columna de infante-
ría que avanzaba más lentamente debido al peso de su equi-
po. Apenas llegó, recibió orden, a su vez, de hacer alto, 4
dejar las armas a mano y comer a toda prisa, yendo a
lo sumo dos o tres de cada manípulo a coger agua; entre
tanto, la caballería y la infantería ligera permanecieron for-
madas y listas, por si el enemigo realizaba algún movi-
miento. Los etolios, a cuyo campamento habían retornado 5
ya todos los que andaban diseminados por los campos,
colocaron soldados en las puertas y a lo largo de la empa-
lizada como si estuvieran decididos a defender las fortifi-
caciones, observando con fiereza al enemigo desde seguro
mientras éste permanecía quieto. Pero en cuanto iniciaron 6
el avance los macedonios y comenzaron a acercarse a la
empalizada dispuestos en formación de ataque, todos aban-
donaron de pronto sus puestos y huyeron por la parte de
atrás del campamento hasta la colina donde estaba el de
los atamanes. También en esta huida atropellada fueron

7 hechos prisioneros o muertos muchos etolios. Filipo estaba seguro de que se podría tomar también el campamento de los atamanes si quedase día suficiente; pero como se había empleado toda la jornada en el combate y después en el saqueo del campamento, se detuvo al pie de la colina, en la zona más próxima de la llanura, dispuesto a ata-
8 car al enemigo al despuntar el día siguiente. Pero los etolios, presa del mismo pánico que los había llevado a abandonar el campamento, aquella misma noche se dispersaron huyendo. Aminandro les fue de gran ayuda; con él al frente, los atamanes, que conocían bien los caminos, los condujeron a Etolia por las crestas de los montes, por senderos desconocidos para el enemigo que iba tras ellos.
9 Fueron pocos, así, los que se extraviaron en aquella huida en desbandada y fueron a dar con los jinetes macedonios que Filipo con el fin de hostigar a la columna enemiga había enviado al amanecer cuando vio la colina abandonada.

43 Por aquellos días, también Atenágoras, el prefecto del rey, dio alcance a los dárdanos que se retiraban a sus fronteras; al principio creó desconcierto en su retaguardia;
2 luego, cuando los dárdanos dieron media vuelta y organizaron sus líneas, la lucha se equilibró en un combate regular. Cuando los dárdanos iniciaron de nuevo la marcha, la caballería y la infantería ligera del rey los hostigaban, carentes como estaban de ningún apoyo similar, y además cargados con armamento difícilmente manejable; incluso
3 el terreno favorecía a sus enemigos. Fueron poquísimos los muertos, más numerosos los heridos, ninguno hecho prisionero, porque no abandonan las filas sin más ni más sino que combaten y se repliegan en formación compacta.
4 De esta forma, Filipo había compensado los daños sufridos en la guerra contra Roma reprimiendo a dos na-

ciones con dos expediciones muy bien llevadas merced a
una valiente iniciativa, aparte de los favorables resultados.
Seguidamente, una circunstancia debida al azar se le pre-
sentó disminuyendo el número de sus adversarios etolios.
Escopas [102], un dirigente de aquel pueblo, enviado desde 5
Alejandría por el rey Tolomeo con una gran cantidad de
oro, llevó a Egipto seis mil soldados de a pie y quinientos
de a caballo reclutados como mercenarios. Y no habría 6
dejado en Etolia a nadie en edad militar si Damócrito, lla-
mando su atención unas veces sobre la guerra que amena-
zaba y otras sobre la despoblación que se produciría,
no hubiese retenido en la patria a una parte de los jóvenes 7
con sus recriminaciones; no está muy claro si actuó pre-
ocupado por su pueblo o por hacerle la contra a Escopas,
que no le había hecho los honores con regalos suficientes.

Operaciones navales

Éstas fueron las operaciones llevadas 44
a cabo por tierra durante aquel verano
por los romanos y Filipo. La flota que
había salido de Corcira a principios del
mismo verano comandada por el legado
Lucio Apustio, tras doblar el cabo Maleo [103] se unió a la
del rey Átalo cerca del Escileo [104] de la región de Hermío-
ne [105]. Pues bien, entonces el pueblo ateniense, ante la 2
esperanza de una ayuda inmediata, dio rienda suelta a to-
do el odio hacia Filipo que, por miedo, había regresado
desde hacía ya largo tiempo. Nunca faltan allí lenguas dis- 3
puestas para concitar a la plebe; es ésta una fauna que
se alimenta del favor de las masas en todas las ciudades

[102] *Strategós* en 220 y en 212, estrecho colaborador de Dorímaco.

[103] El promontorio del extremo sureste del Peloponeso.

[104] El promontorio más al este de la Argólide.

[105] En la costa sur de la Argólide.

libres, pero sobre todo en Atenas, donde el arte de la pala-
4 bra goza del mayor ascendiente. Inmediatamente presenta-
ron una propuesta de ley, que la plebe sancionó, a tenor
de la cual serían retiradas y destruidas todas las estatuas
y retratos de Filipo con sus inscripciones, e igualmente se-
rían retiradas y destruidas las de todos sus antepasados
de uno y otro sexo; serían privados de su carácter religioso
todos los días festivos, los ritos y los sacerdocios institui-
5 dos en honor suyo y de sus antepasados; también serían
execrados los lugares en que hubiese estado colocado algún
signo o alguna inscripción en su honor, sin que en adelante
fuese lícito colocar o dedicar en ellos nada de lo que la
religión sólo permite colocar o dedicar en lugar no conta-
6 minado; cada vez que los sacerdotes del culto público
hiciesen plegarias por el pueblo ateniense, por sus aliados,
por sus ejércitos y sus flotas, pronunciarían maldiciones
y execraciones contra Filipo, sus hijos y su reino, contra
sus fuerzas terrestres y navales, contra toda la raza y el
7 nombre de los macedonios. Se puso un añadido al decreto:
siempre que en lo sucesivo alguien hiciese una propuesta
que implicase una nota infamante para Filipo, el pueblo
ateniense votaría a favor de la misma en su totalidad;
8 si alguien decía o hacía algo en contra del decreto de infa-
mia o en honor de Filipo, quien diese muerte a ese alguien
estaría protegido por la ley. Una cláusula que se incluyó
al final establecía la plena vigencia con respecto a Filipo
de todo lo que en otro tiempo se había decretado en con-
9 tra de los hijos de Pisístrato. La verdad es que los ate-
nienses hacían la guerra contra Filipo a base de escritos
y de palabras, única cosa en que tienen fuerza.

45 Átalo y los romanos, desde Hermíone, primeramente
2 se dirigieron al Pireo. Allí permanecieron algunos días,
abrumados por los atenienses con decretos tan desmedidos

en honor de los aliados como lo habían sido en resenti-
miento contra el enemigo, y después zarparon del Pireo
rumbo a Andros [106]. Fondearon en el puerto, llamado 3
Gaurio [107], y enviaron mensajeros a sondear el estado de
ánimo de los habitantes, a ver si preferían entregar volun-
tariamente la ciudad en vez de experimentar la fuerza.
La respuesta fue que la ciudadela estaba ocupada por una 4
guarnición del rey, y que ellos no podían decidir por sí
mismos; entonces el rey y el legado romano, una vez de-
sembarcadas las tropas y todo el material de asedio de una
ciudad, avanzaron sobre ella desde distintos sitios. El es- 5
pectáculo nunca visto de las armas y las enseñas romanas
y la decisión de los soldados que subían tan resueltamente
hacia las murallas, infundieron en los griegos un miedo
más que considerable; se produjo, pues, una huida ins- 6
tantánea hacia la ciudadela, y la ciudad fue tomada por
el enemigo. Tras permanecer dos días en la ciudadela, con-
fiados más en la posición que en las armas, al tercero en-
tregaron la ciudad y la ciudadela tras llegar al acuerdo de
que tanto ellos como la guarnición serían trasladados a
Delio [108], en Beocia, con una vestimenta por persona.
Los romanos dejaron la ciudad y la ciudadela al rey Átalo, 7
y ellos se llevaron el botín y las obras de arte de la misma.
Átalo, para no verse dueño de una isla desierta, convenció
a casi todos los macedonios y parte de los andrios para
que se quedaran. Después volvieron también de Delio 8
los que se habían trasladado allí de acuerdo con lo pacta-
do, y ello gracias a las promesas del rey, en las que se

[106] Isla de las Cícladas que estaba ocupada por Filipo.

[107] En la parte noroccidental de la isla de Andros.

[108] En la costa de Beocia, cerca de Tanagra (hoy Dilisi); originariamente era un santuario de Apolo.

sentían inclinados a creer más fácilmente por la añoranza
de la patria.
9 De Andros pasaron a Citnos [109]. Allí perdieron varios
días en un vano intento de asaltar la ciudad, y como tam-
10 poco valía demasiado la pena, se retiraron. En Prasias [110],
localidad del Ática continental, se incorporaron a la flota
romana una veintena de embarcaciones [111] de los iseos [112].
Éstas fueron enviadas a devastar las tierras de los caris-
tios [113]; el resto de la flota zarpó rumbo a Geresto [114], co-
nocido puerto de Eubea, en tanto regresaban de Caristos
11 los iseos. Luego, se hicieron todos a la vela rumbo a alta
mar, y, dejando atrás la isla de Esciros por mar abierto
12 llegaron a Icos [115]. Allí estuvieron retenidos algunos días
por un violento Bóreas, y en cuanto llegó la primera bo-
nanza pasaron a Escíatos, ciudad que poco antes había
13 devastado y saqueado Filipo. Los soldados se esparcieron
por los campos y trajeron a las naves trigo y cualquier
otra cosa que pudiera servir de alimento; botín no lo había
en absoluto, y tampoco los griegos habían hecho nada que
14 justificara el saqueo. Navegando de allí hacia Casandrea [116],
abordaron primero a Mendeo, poblado costero de aquella
ciudad. Después, cuando una vez doblado el cabo, preten-

---

[109] Isla ocupada también por Macedonia.

[110] En la costa este del Ática.

[111] El término latino, *lembi*, puede corresponder a embarcaciones de transportes menor, lanchas o poco más, o a navíos ligeros, bajos y alargados, muy rápidos (40 remeros).

[112] De la isla de Isa (Lissa), en la costa de Iliria, sometida a Roma desde 229.

[113] De Caristos (Karystos), en el extremo suroccidental de Eubea.

[114] Puerto al norte del cabo Geresto (Mandilo), no lejos de Caristos.

[115] Esciros (al nordeste de Eubea) e Icos (Halonisos, al noroeste de Esciros), estaban bajo el control de Macedonia.

[116] Cf. XXVIII 8, 14, nota.

dían rodear con la flota las murallas mismas de la ciudad,
se desencadenó un violento temporal, y estuvieron a punto
de hundirse en el oleaje, dispersándose y perdiendo gran
parte de los aparejos hasta refugiarse en tierra firme.
Aquella tempestad del mar fue también un presagio para 15
las operaciones que se iban a desarrollar en tierra. En efec-
to, cuando atacaron la ciudad después de reagrupar las
naves y desembarcar las tropas, fueron rechazados, con
gran número de heridos, pues había allí una fuerte guarni-
ción del rey; fracasado el intento, se retiraron y navegaron
hacia Canastreo [117], en Palene; doblando luego el cabo de
Torona [118] navegaron en dirección a Acantos [119]. Allí 16
comenzaron por devastar el territorio y después tomaron
y saquearon la propia ciudad. No siguieron más allá, pues
ya tenían las naves cargadas de botín; dieron la vuelta ha-
cia el punto de partida dirigiéndose a Escíatos y de Escía-
tos a Eubea.

Toma de Óreo. Retorno de las flotas a las bases

Dejaron allí la flota y se adentraron 46
en el golfo Malíaco [120] con diez naves li-
geras para una conferencia con los eto-
lios sobre la forma de conducir la guerra.
Fue el etolio Pirrias [121] el jefe de la de- 2
legación que acudió a Heraclea [122] para intercambiar pun-
tos de vista con el rey y el legado romano. Se le pidió 3
a Átalo que, de acuerdo con el tratado, proporcionase un
millar de soldados, pues tantos eran los que debía a los

[117] Cabo situado en el extremo sur de Palene.

[118] El saliente de la península al sur de la ciudad de Torona.

[119] En la unión de la península con el continente.

[120] En la parte suroccidental de Tesalia, frente a Eubea (hoy Zeitun).

[121] *Strategós* en 210.

[122] Es la Heraclea fundada por Esparta (en 426), a la entrada del golfo Malíaco.

4 que hicieran la guerra contra Filipo. Pero se los negó a
los etolios basándose en que también ellos anteriormente
habían rehusado salir para devastar Macedonia en la oca-
sión en que, estando Filipo incendiando los edificios sagra-
dos y profanos en los alrededores de Pérgamo, habrían
podido alejarlo de allí para ocuparse de sus propios pro-
5 blemas. Así, los etolios se marcharon con más esperanzas
—los romanos hicieron toda clase de promesas— que ayu-
da. Apustio regresó a la flota con Átalo.

6 Se comenzó luego a barajar la posibilidad de atacar
Óreo. Esta ciudad estaba bien defendida tanto por sus mu-
rallas como por una fuerte guarnición debida al ataque
que había sufrido anteriormente; a los aliados se habían
unido, tras el asalto de Andros, veinte naves rodias, todas
7 ellas con cubierta, comandadas por Acesímbroto. Se envió
este contingente de naves a fondear en Zelasio —se trata
de un promontorio de la Ftiótide que domina Demetríade
muy oportunamente situado como barrera—, para que sir-
vieran de protección en caso de que las naves macedonias
8 hiciesen algún movimiento desde allí. Heraclides, prefecto
del rey, mantenía allí su flota más a la espera de alguna
oportunidad que le brindara un descuido del enemigo que
dispuesto a intentar un golpe de fuerza abiertamente.
9 En cuanto a Óreo [123], los romanos y el rey Átalo lo
atacaban desde puntos opuestos: los romanos desde la par-
te de la ciudadela marítima, los del rey dirigiéndose al va-
lle que se extiende entre las dos ciudadelas, donde además
10 la ciudad está protegida por un muro. Aparte de atacar
desde puntos opuestos, lo hacían también con técnicas di-
ferentes: los romanos se aproximaban a los muros forman-
do la tortuga, con manteletes y ariete; los del rey, lanzan-

[123] En XXVIII 6, 2 aparecen datos descriptivos de Óreo.

do proyectiles y piedras de gran peso por medio de ballestas, catapultas, y todo tipo de máquinas de lanzamiento. También hacían galerías y empleaban cualquier otro recurso cuya eficacia hubieran comprobado en el ataque anterior. Pero no sólo era mayor que la otra vez el número 11
de macedonios que defendían la ciudad sino que era mayor su resolución, pues se acordaban del castigo infligido por el rey por la traición cometida, así como de sus amenazas y al mismo tiempo sus promesas para el futuro. De modo, pues, que, como aquello iba para más largo de lo que habían pensado y había que confiar más en el bloqueo y los trabajos de asedio que en un asalto rápido, el legado pensó 12
que se podía, entretanto, emprender alguna otra operación; dejó los hombres que le parecían suficientes para llevar a término los trabajos de asedio, pasó a la zona continental más próxima y llegando por sorpresa tomó Larisa —no la renombrada ciudad de Tesalia sino la otra, la que llaman Cremaste [124]—, exceptuada la ciudadela. Átalo, por 13
su parte, tomó por sorpresa Ptéleon [125], estando muy lejos sus habitantes de temerse nada parecido durante el ataque a otra ciudad. En torno a Óreo estaban ya tocando a su 14
fin los trabajos de asedio, y, por otra parte, la guarnición que se hallaba en su interior se encontraba agotada debido al esfuerzo incesante, al hecho de estar alerta tanto de día como de noche, y a las heridas. Además, parte de la 15
muralla, minada en su base por los golpes de ariete, se había venido abajo ya en numerosos puntos, y por la brecha abierta con el derrumbe, los romano irrumpieron durante la noche en la ciudadela situada encima del puerto. Cuando, al amanecer, los romanos hicieron una señal 16

[124] Véase XXVIII 5, 2, nota.

[125] En la costa nororiental de Larisa.

desde la ciudadela, Átalo penetró a su vez en la ciudad, cuyos muros estaban en gran parte abatidos. La guarnición y los habitantes se refugiaron en la otra ciudadela, donde se rindieron dos días después. La ciudad fue para el rey, y los prisioneros para los romanos.

47 Estaba ya encima el equinoccio de otoño, y el golfo de Eubea, que llaman Cela [126], es inseguro para los navegantes. Queriendo, pues, salir de allí antes de los temporales de invierno, retornaron al Pireo, de donde habían par-
2 tido para la ofensiva bélica. Apustio dejó allí treinta naves y navegó hasta Corcira, dejando atrás el Maleo. El rey se quedó a la espera de la fecha señalada para los misterios de Ceres, a cuyos ritos quería asistir. Inmediatamente después de la celebración de los misterios se retiró, a su vez, a Asia, después de mandar a casa a Acesímbroto y los
3 rodios. Éstas fueron las operaciones llevadas a cabo durante aquel verano por tierra y mar contra Filipo y sus aliados por parte del cónsul y el legado romanos, con la colaboración del rey Átalo y de los rodios.

Roma y Occidente: discutido triunfo de Lucio Furio Purpurión. Juegos y nombramientos

4 El otro cónsul, Gayo Aurelio, que llegó a su provincia cuando la guerra había finalizado, no ocultó su resentimiento contra el pretor por haber combatido
5 durante su ausencia. Lo envió, pues, a Etruria, y él entró al frente de sus legiones en territorio enemigo llevando a cabo una campaña a base de saqueos que le reportó mayor bo-
6 tín que gloria. Lucio Furio, dado que no tenía nada que hacer en Etruria, y como, al mismo tiempo, pretendía el triunfo sobre los galos y pensaba que podría conseguirlo

[126] Puede referirse, de forma genérica, a las costas de la parte sur de Eubea.

más fácilmente si el irritado y envidioso cónsul estaba ausente, se presentó en Roma de improviso; reunió al senado 7
en el templo de Belona, hizo una exposición de sus acciones y solicitó autorización para entrar en triunfo en Roma.

Tenía el apoyo de una gran parte del senado, debido 48
a la magnitud de sus hazañas y a su ascendiente personal. Pero los senadores de más edad le negaban el triunfo 2
porque no había operado con un ejército propio y porque había abandonado la provincia en sus ansias de arrancar el triunfo aprovechándose de una oportunidad, comportamiento del que no había precedente alguno. Sobre todo 3
los excónsules consideraban que debía haber esperado al cónsul; podía, en efecto, haber mantenido la situación 4
hasta que éste llegara, emplazando el campamento cerca de la ciudad [127] para proteger la colonia sin necesidad de librar batalla; y lo que el pretor no había hecho, esperar al cónsul, debía hacerlo el senado. Una vez que hubieran 5
oído al cónsul y al pretor discutir en su presencia, podrían valorar la cuestión con más exactitud. Una gran parte de 6
los senadores opinaba que el senado debía fijarse exclusivamente en las empresas llevadas a cabo y en si habían sido realizadas por quien tenía mando y actuaba bajo sus propios auspicios; de las dos colonias puestas como barrera 7
para hacer frente a los ataques de los galos, una había sido saqueada e incendiada, y cuando el incendio iba a propagarse a la otra, tan cercana como si fuesen dos casas contiguas, ¿qué tenía que haber hecho, pues, el pretor? Ahora bien, si no procedía hacer cosa alguna sin el cónsul, 8
una de dos: o había hecho mal el senado al asignar un ejército al pretor —podía, en efecto, haber especificado en su senadoconsulto que dirigiese las operaciones el cón-

---

[127] Cremona.

sul y no el pretor, si su voluntad era que no se llevase a cabo la acción con el ejército del pretor sino con el del
9 cónsul—, o había obrado mal el cónsul, que después de haber ordenado que el ejército de Etruria pasase a la Galia, no había acudido personalmente a Arímino para inter-
10 venir en una guerra que no era legal hacer sin él. Las circunstancias de la guerra no admiten retrasos y aplazamientos de parte de los generales, y a veces es preciso combatir no porque se quiere sino porque el enemigo obliga
11 a ello. Había que fijarse en la batalla en sí y en los resultados de la batalla: el enemigo había sido abatido y destrozado, su campamento había sido tomado y saqueado, una colonia había sido liberada del asedio, los prisioneros de la otra colonia habían sido recuperados y devueltos a los suyos, se había puesto fin a la guerra en un solo com-
12 bate. No sólo se habían alegrado los hombres con aquella victoria, sino que también a los dioses inmortales se les había ofrecido un triduo de acción de gracias porque el pretor Lucio Furio había servido bien y con éxito al interés común, y no porque lo hubiera hecho mal y de cualquier manera. Una especie de fatalidad, por otra parte, había asignado a la familia Furia las guerras contra los galos [128].

49 Con discursos de este estilo, del propio Furio y de sus amigos, la influencia del pretor presente prevaleció sobre el prestigio del cónsul ausente, y el senado en masa
2 decretó el triunfo de Lucio Furio. El pretor Lucio Furio triunfó sobre los galos durante su magistratura, y aportó al tesoro público trescientos veinte mil ases de bronce y

---

[128] Referencia a Lucio Furio Camilo y la derrota de los galos en 390 (V 49), a su hijo Lucio y la derrota de los galos en 349 (VII 25-26), y a la intervención de Publio Furio Filón, el cónsul de 223 en la guerra con los galos.

ciento setenta y una mil monedas [129] de plata. Pero no 3
llevó ningún prisionero delante de su carro, ni lo precedieron los despojos, ni desfilaron tras él los soldados: estaba claro que todo le correspondía al cónsul, excepto la victoria.

Seguidamente se celebraron con gran pompa los juegos 4
que Publio Cornelio Escipión había prometido con voto, siendo cónsul, en África. En cuanto a la asignación de 5
tierras a sus soldados, se aprobó que cada uno de los que habían militado en Hispania o en África recibiese dos yugadas de tierra por año de servicio; unos decénviros se encargarían de la asignación de dicha tierra. Asimismo se 6
nombraron triúnviros para completar el número de colonos de Venusia [130], porque durante la guerra de Aníbal se habían visto mermados los efectivos de esta colonia; fueron Gayo Terencio Varrón, Tito Quincio Flaminino, y Publio Cornelio Escipión, hijo de Gneo, quienes enrolaron colonos para Venusia.

Aquel mismo año, Gayo Cornelio Cetego [131], que tenía 7
el mando en Hispania como procónsul, desbarató en territorio sedetano [132] un gran ejército enemigo. Se dice que resultaron muertos en aquella batalla quince mil hispanos y se capturaron setenta y ocho enseñas militares.

El cónsul Gayo Aurelio, que había vuelto de su pro- 8
vincia a Roma para los comicios, no se quejó, como se esperaba, de que el senado no le hubiera esperado y no 9
le hubiera dado al cónsul la posibilidad de discutir con

---

[129] Mantenemos el texto sin *bigati* del suplemento de McDonald.

[130] Venusia (Venosa) era una colonia latina fundada en 291 en la confluencia del Samnio, Lucania y Apulia, que se había mantenido leal en la guerra contra Aníbal.

[131] Sería cónsul en 197.

[132] Ver XXVIII 24, 4.

el pretor, sino de que el senado hubiera decretado un triunfo
oyendo sólo las declaraciones de quien pretendía triunfar
y no las de quienes habían intervenido en la acción bélica:
10 según la norma establecida por los antepasados, debían
estar presentes en el triunfo los legados, los tribunos, los
centuriones, y hasta los soldados, para que el pueblo ro-
mano viera a los testigos presenciales de las hazañas de
11 aquel a quien se tributara tan alto honor. Y bien, de
aquel ejército que había combatido contra los galos, ¿ha-
bía estado presente alguien, un vivandero al menos, si es
que no un soldado, a quien pudiese preguntar el senado
qué había de verdad y qué de falso en lo que declaraba
12 el pretor? A continuación fijó la fecha de los comicios,
en los que fueron elegidos cónsules [133] Lucio Cornelio Lén-
tulo y Publio Vilio Tápulo. Después fueron elegidos preto-
res Lucio Quincio Flaminino, Lucio Valerio Flaco, Lucio
Vilio Tápulo [134] y Gneo Bebio Tánfilo [135].

50 También durante aquel año bajó mucho el precio de
los alimentos. Los ediles curules Marco Claudio Marce-
lo [136] y Sexto Elio Peto [137] distribuyeron entre la pobla-
ción, al precio de dos ases el modio, una gran cantidad
2 de trigo llegado de África. Además celebraron con gran
fastuosidad los Juegos Romanos, reiniciándolos un día más;
con lo recaudado por multas erigieron cinco estatuas de
3 bronce en el erario. Los Juegos Plebeyos fueron reinicia-

[133] Para el año 199.

[134] Edil plebeyo en 213.

[135] Sería cónsul en 182. Sobre la posición política de los Bebios puede verse J. Briscoe, *A Commentary...*, pág. 70 s.

[136] Pretor en 198, cónsul en 196, censor en 189, pontífice desde 196 hasta 177.

[137] Cónsul en 198, censor en 194.

dos íntegramente por tres veces por los ediles Lucio Teren-
cio Masiliota [138] y Gneo Bebio Tánfilo, que era pretor
designado. También se celebraron aquel año durante cua- 4
tro días unos juegos fúnebres en el Foro con motivo de
la muerte de Marco Valerio Levino, ofrecidos por sus hi-
jos Publio y Marco, que dieron también un espectáculo
de gladiadores en el cual se enfrentaron veinticinco pare-
jas. Falleció el decénviro de los sacrificios Marco Aurelio 5
Cota, siendo reemplazado por Manio Acilio Glabrión [139].

Entre los ediles curules elegidos en los comicios coin- 6
cidió que había dos que no podían ocupar el cargo de in-
mediato. En efecto, Gayo Cornelio Cetego estaba ausente,
gobernando la provincia de Hispania, cuando fue elegido,
y Gayo Valerio Flaco [140], que sí estaba presente en el 7
momento de su elección, no podía jurar fidelidad a las
leyes porque era flamen de Júpiter, y un magistrado que
no hubiese prestado juramento no podía ejercer durante
más de cinco días. Flaco pidió quedar dispensado de este 8
vínculo, y el senado decretó que si el edil presentaba a
alguien que a juicio de los cónsules pudiese prestar jura-
mento por él, los cónsules, si lo estimaban oportuno, se
pondrían de acuerdo con los tribunos de la plebe para con-
sultar al pueblo. Lucio Valerio Flaco, el pretor designado, 9
fue presentado para prestar juramento en nombre de su
hermano. Los tribunos hicieron la consulta a la plebe y
ésta decidió que sería como si el propio edil prestase el
juramento. También el otro edil fue objeto de un plebis- 10
cito. Los tribunos preguntaron a la plebe qué dos personas
designaba para ir a Hispania con mando supremo sobre

[138] Pretor en 187, tribuno militar en Hispania de 182 a 180.

[139] Pretor en 196 y cónsul en 191.

[140] Pretor en 183.

los ejércitos, a fin de que el edil curul Gayo Cornelio vi-
11 niese a desempeñar su magistratura y Lucio Manlio Acidino [141] dejase la provincia después de tantos años; la plebe decidió que Gneo Cornelio Léntulo [142] y Lucio Estertinio asumiesen el mando supremo en Hispania en calidad de procónsules.

---

[141] Pretor en 210.

[142] Debe de tratarse de Gneo Cornelio Blasión, que recibió la ovación en 196 según los Fastos; fue pretor en 194 y tuvo mando en Hispania hasta 197.

LIBRO XXXII

SINOPSIS

AÑO 199 a. C.

Asignación de mandos. Prodigios. Medidas referentes a Cartago, Cádiz y Narnia (1-2).

Oriente: motín en el ejército de Macedonia. Filipo asedia Taumacos y prepara la guerra (3-5).

AÑO 198 a. C.

Movimientos de Vilio. Roma: elecciones, mandos, prodigios (6 - 9, 5).

El cónsul Tito Quincio Flaminino en Macedonia. Estratagema y victoria romana (9, 6 - 12).

Operaciones en Tesalia (13-15).

Operaciones navales (16-18).

Congreso de la Liga Aquea (19-22).

Intento sobre Corinto. Elacia en poder del cónsul, Argos en el de Filipo (23-25).

AÑO 197 a. C.

Roma: conato de revuelta de los esclavos. Elecciones. Mandos. Colonias (26 - 29, 4).

Campaña en la Galia Cisalpina (29, 5 - 31).

Oriente: negociaciones de paz con Filipo (32-34).

Segundo encuentro. Embajada al senado romano (35-37).

Nabis toma Argos y busca la alianza con Roma (38-40).

Asignación de mandos. Prodigios. Medidas referentes a Cartago, Cádiz y Narnia

1 Los cónsules y los pretores entraron en funciones el quince de marzo [143] y sor-
2 tearon las provincias. A Lucio Léntulo le tocó Italia; a Publio Vilio, Macedonia. En cuanto a los pretores, correspondió la jurisdicción urbana a Lucio Quincio, Arímino a Gneo Bebio, Sicilia a Lucio Valerio, y Cerdeña
3 a Lucio Vilio. El cónsul Léntulo recibió instrucciones de alistar nuevas legiones, y Vilio, de hacerse cargo del ejército de Publio Sulpicio, siendo autorizado a reclutar cuantos
4 soldados considerase necesario para completarlo. Al pretor Bebio le fueron asignadas las legiones que había mandado el cónsul Gayo Aurelio, debiendo mantenerlas a su cargo hasta que lo relevase el cónsul con el nuevo ejército.
5 Cuando éste llegase a la Galia, todos los soldados licenciados serían enviados a sus casas salvo cinco mil aliados: éstos eran suficientes para defender la provincia en torno
6 a Arímino. Se les prorrogó el mando a los pretores del año anterior; a Gayo Sergio, con el objeto de que se encargase de la asignación de tierras a los soldados que habían servido durante muchos años en Hispania, Sicilia y Cerdeña,
7 y a Quinto Minucio para que llevase hasta el final, en el Brucio, las investigaciones que como pretor había realizado con honestidad y celo referentes a las conjuras [144],
8 y enviase a Locros para su castigo a los convictos de sacrilegio que había mandado a Roma encadenados; también se ocuparía de que todo lo que había sido robado del templo de Prosérpina fuera restituido con las debidas expia-
9 ciones. Por decreto de los pontífices se reiniciaron las Fe-

[143] Del año 199.

[144] Véase XXXI 12.

rias Latinas [145] porque los delegados de Árdea habían presentado una protesta ante el senado por no habérseles entregado, siendo latinos, la acostumbrada porción de carne en el monte Albano.

De Suesa llegaron noticias de que un rayo había alcan- 10
zado dos puertas y el tramo de muralla que las unía. Lo mismo había ocurrido con los templos de Júpiter de Formia y de Ostia, según unos emisarios de una y otra, y con los templos de Apolo y Sanco, según unos enviados de Vélitras, donde además había nacido un cabello en el
templo de Hércules. Desde el Brucio había escrito el pro- 11
pretor Quinto Minucio diciendo que había nacido un potro con cinco patas, y tres polluelos con tres patas cada
uno. Desde Macedonia había llegado una carta del pro- 12
cónsul Publio Sulpicio en la que se hablaba, entre otras cosas, de un retoño de laurel que había brotado en la popa
de un navío de guerra. Con motivo de los primeros pro- 13
digios, el senado había decidido que los cónsules ofreciesen sacrificios con víctimas adultas a los dioses que consi-
derasen oportuno; sólo por el último portento fueron 14
llamados al senado los arúspices y a tenor de su dictamen se decretó un día de rogativa popular y se celebraron sacrificios en todos los altares.

Aquel año los cartagineses llevaron por primera vez a 2
Roma la plata correspondiente al tributo que se les había
impuesto [146]. Como los cuestores declararon que la plata 2
no era de ley, pues al someterla al fuego se había perdido la cuarta parte, pidieron en Roma dinero prestado y su-
plieron lo que faltaba de plata. Pidieron luego que se 3

[145] No tenían fecha fija. La señalaban los cónsules, habitualmente en primavera.

[146] Ver XXX 37, 5.

les devolvieran los rehenes si el senado lo estimaba ya opor-
tuno y les fue devuelto un centenar prometiéndoles la de-
4 volución del resto si se mantenían fieles. Ante su nueva
petición de que los rehenes que no eran devueltos fuesen
trasladados a otra localidad desde Norba, donde no se en-
contraban muy bien, se autorizó el traslado a Signia y a
5 Ferentino [147]. Igualmente, se accedió a la petición de los
gaditanos de que no se enviase prefecto a Gades, contra-
riamente al acuerdo a que habían llegado con Lucio Mar-
cio Séptimo [148] cuando se habían puesto bajo la tutela del
6 pueblo romano [149]. También, ante las quejas de una dele-
gación de los narnienses [150] en el sentido de que era insufi-
ciente el número de colonos, mientras que algunos que no
eran de los suyos se habían infiltrado entre los demás y
se hacían pasar por colonos, se dieron instrucciones al cón-
7 sul Lucio Cornelio para que nombrase triúnviros. Fueron
nombrados Publio y Sexto Elio —el sobrenombre de am-
bos era Peto— y Gneo Cornelio Léntulo. Lo que se les
había concedido a los narnienses, un incremento del núme-
ro de colonos, no lo consiguieron los cosanos [151], que tam-
bién lo solicitaron.

[147] La Ferentino hérnica, a unos 20 Km. al este de Signia; no la etrusca.

[148] A la muerte de los Escipiones tomó el mando de Hispania (cf. XXV 37).

[149] Dato referido en XXVIII 37, 10; sobre las distintas interpretaciones de este pasaje cf. J. Briscoe, *A Commentary...*, pág. 170 s.

[150] De Narnia (Narni), colonia fundada en Umbría en 299.

[151] De Cosa, colonia latina fundada en 273, en la costa de Etruria.

Oriente: motín en el ejército de Macedonia. Filipo asedia Taumacos y prepara la guerra

Una vez cumplimentado todo lo que 3
había que hacer en Roma, los cónsules
partieron para sus provincias. Cuando 2
Publio Vilio llegó a Macedonia lo espe-
raba una terrible sedición militar que se
había suscitado hacía ya tiempo y no ha-
bía sido debidamente sofocada en sus ini-
cios. Estaban implicados en ella dos mil 3
soldados que tras la derrota de Aníbal habían sido trasla-
dados de África a Sicilia y de aquí a Macedonia como vo-
luntarios aproximadamente un año después. Decían que 4
no se había contado con ellos para hacerlo, que los tribu-
nos los habían obligado a embarcar en contra de su volun-
tad, pero que en todo caso, fuese forzoso o voluntario el
servicio, el tiempo de servicio se había agotado y era justo
que se pusiera término al mismo. En muchos años no 5
habían visto Italia; se habían hecho viejos sirviendo a las
armas en Sicilia, en África, en Macedonia; estaban ya ago-
tados por los trabajos y fatigas, desangrados por tantas
heridas recibidas. El cónsul dijo que le parecían admisibles 6
las razones por las que pedían el licenciamiento siempre
y cuando se presentara la petición de forma moderada;
no era aquél, ni ningún otro, un motivo justificado para
un amotinamiento. Por consiguiente, si estaban dispuestos 7
a seguir prestando el servicio y obedecer las órdenes, él
escribiría al senado para proponer su licenciamiento; con
la disciplina conseguirían su propósito más fácilmente que
con el empecinamiento.

Mientras tanto, Filipo atacaba Taumacos [152] con el 4
mayor empeño a base de terraplenes y manteletes, y se dis-
ponía ya a aplicar el ariete a las murallas. Pero se vio for- 2

[152] Moderna Domoko.

zado a desistir de su intento debido a la inesperada llegada
de los etolios. Capitaneados por Arquidamo [153], habían pe-
netrado por entre los puestos de guardia macedonios, en-
trando en la plaza, y día y noche sin interrupción hacían
salidas, unas veces contra los puestos de guardia y otras
3 contra los trabajos de asedio de los macedonios. Se veían,
además, favorecidos por la configuración del terreno.
Taumacos, en efecto, está situada en un alto, según se vie-
ne de las Termópilas y del golfo Malíaco atravesando La-
mia [154], dominando la garganta de acceso a la Tesalia que
4 llaman Cele. Cuando se cruzan los parajes boscosos y
los caminos tortuosos de los valles y se llega a esta ciudad,
se abre de pronto toda la llanura como un ancho mar,
de forma que no resulta fácil abarcar con la vista la cam-
5 piña que se extiende allá abajo. De esta maravilla [155]
proviene el nombre de Taumacos. La ciudad debe su segu-
ridad no sólo a la altura sino a que la roca sobre la cual
6 se asienta está cortada a pico en todo su contorno. Estas
dificultades y el hecho de que la recompensa no justificaba
tan grandes esfuerzos y peligros, hicieron que Filipo desis-
7 tiera de su empeño. Además, se echaba ya encima el in-
vierno cuando se alejó de allí y llevó sus tropas de vuelta
a Macedonia, a los cuarteles de invierno.

5 Allí, los demás disfrutaban de un período de descanso
más o menos duradero relajándose mental y físicamente;
2 A Filipo, en cambio, cuanto más liberaba su ánimo de la
tensión ininterrumpida de las marchas y los combates, ma-
yores eran las preocupaciones que lo inquietaban, pendien-
te del resultado de la guerra en su conjunto; temía no sólo

153 *Strategós* etolio por tres veces.

154 Próxima al golfo Malíaco por su orilla norte.

155 En griego *thaûma*.

la presión de los enemigos por tierra y mar sino la actitud 3
tanto de sus aliados como de sus propios compatriotas, no fuesen aquéllos a abandonarlo ante las perspectivas de amistad con los romanos, y éstos, los macedonios, a ser presa de un afán revolucionario. Envió, pues, emisarios 4
a Acaya a exigir el juramento de fidelidad a Filipo que se habían comprometido a renovar todos los años, y al mismo tiempo a devolverles a los aqueos Orcómeno [156] y Herea así como Trifilia, que les había sido arrebatada a los eleos, y devolverles Alifera a los megalopolitas [157].
Estos últimos pretendían que esta ciudad nunca había per- 5
tenecido a Trifilia y que debía serles devuelta a ellos porque era una de las ciudades que por decisión de la asamblea de los árcades había contribuido a la fundación de Megalópolis. Con estas medidas afianzaba además, segura- 6
mente, la alianza con los aqueos. En cuanto a la actitud 7
de los macedonios, como veía que la razón principal de su impopularidad era su amistad con Heraclides, cargó sobre éste multitud de acusaciones y lo metió en la cárcel, con enorme satisfacción por parte de sus compatriotas.
Hizo los preparativos para la guerra con gran dedicación, 8
mayor que en ninguna otra ocasión anterior, ejercitando en las armas tanto a los macedonios como a las tropas mercenarias, y a comienzos de la primavera [158] puso todas 9
las tropas auxiliares extranjeras y todo el contingente de

[156] Orcómeno, primero aquea y después etolia, había sido tomada por Dosón en 224. Herea, en la Arcadia occidental. Trifilia denomina la zona del oeste del Peloponeso entre el Alfeo y el Neda. Al igual que Alifera, que estaba al sur de Herea, había sido tomada por Filipo a los eleos en 219.

[157] De Megalópolis, que había sido fundada en 370 c. y había entrado en la Liga Aquea en 225.

[158] Del año 198.

infantería ligera a las órdenes de Atenágoras y las mandó a Caonia [159] a través del Epiro para ocupar los pasos de acceso a Antigonea [160] —Estena, los llaman los griegos—.
10 Él los siguió pocos días después con las tropas pesadas y, tras estudiar la configuración de toda la comarca, llegó al convencimiento de que la posición más apropiada para
11 fortificarse era más allá del río Áoo. Fluye éste por un angosto valle entre dos montañas que los habitantes del lugar llaman Meropo a una y Asnao a la otra, y tiene un estrecho paso a lo largo de la orilla. Ordenó a Atenágoras ocupar y fortificar el Asnao con las tropas ligeras, y él
12 emplazó su campamento en el Meropo. Donde había rocas cortadas a pico apostó un destacamento armado poco numeroso; fortificó los puntos menos protegidos, con fosos en unos casos, con una empalizada en otros, y en otros
13 con torres. Emplazó además gran cantidad de máquinas de lanzamiento en lugares apropiados, para mantener alejado al enemigo con sus proyectiles. La tienda del rey fue colocada delante de la empalizada, en la elevación de terreno más visible, para infundir pánico a los enemigos y aliento a los suyos con tal muestra de confianza.

Movimientos de Vilio. Roma: elecciones mandos, prodigios

6 Por su parte el cónsul, informado por el epirota Caropo acerca de los pasos que había ocupado el rey con su ejército, después de pasar el invierno en Corcira se trasladó al continente a principios de la primavera y marchó en dirección al ene-
2 migo. Cuando estaba a unas cinco millas de distancia del campamento del rey, dejó las legiones en una posición for-

[159] Nombre de la región nororiental del Epiro desde los montes Acroceraunos al lago Butrinto.

[160] Aunque es habitual identificarla con la moderna Tepelene, podría haber estado unos 25 Km. más al sur, cerca de Saraginishtë.

tificada y él se adelantó con tropas ligeras para hacer un
reconocimiento del terreno. Al día siguiente reunió el con-
sejo de guerra para decidir si intentaba el paso a través 3
del desfiladero ocupado por el enemigo, a pesar de los enor-
mes trabajos y peligros que eran de prever, o si daba un
rodeo y llevaba las tropas por el mismo camino por donde
Sulpicio había penetrado en Macedonia el año anterior.
La discusión de esta disyuntiva se prolongó durante mu- 4
chos días, y entretanto llegó la noticia de que Tito Quincio
había sido elegido cónsul, de que le había tocado en suerte
la provincia de Macedonia y que había llegado ya a Corci-
ra tras una rápida travesía.

Valerio Anciate relata que Vilio, como no pudo mar- 5
char en línea recta al estar toda la zona ocupada por el
rey, siguió el valle por cuyo centro discurre el río Áoo,
tendió un puente a toda prisa, cruzó a la orilla donde 6
estaba el campamento del rey y libró batalla; el rey fue
derrotado y puesto en fuga, perdiendo el campamento;
fueron muertos en aquella batalla doce mil enemigos, 7
cayeron prisioneros dos mil doscientos, y se capturaron cien-
to treinta y dos enseñas militares y doscientos caballos;
también durante la batalla se prometió con voto un templo
a Júpiter si el resultado era favorable. Los demás his- 8
toriadores griegos y latinos, al menos aquellos cuyos ana-
les yo he leído, refieren que Vilio no hizo nada digno de
mención y le dejó íntegra la guerra a Tito Quincio, el cón-
sul que lo sucedió.

Mientras en Macedonia se desarrollaban estos aconte- 7
mientos, el otro cónsul, Lucio Léntulo, que había quedado
en Roma, convocó los comicios para la elección de censo-
res. De los muchos varones ilustres que presentaron su 2
candidatura fueron elegidos Publio Cornelio Escipión Afri-
cano y Publio Elio Peto. Éstos, muy bien avenidos entre 3

sí, completaron una nómina de senadores libres todos ellos de nota censoria; adjudicaron en arriendo los impuestos sobre tráfico de mercancías en Capua y Putéolos [161], así como los derechos de portazgo de Castro [162], lugar donde hoy hay una ciudad, y adonde enviaron trescientos colonos —pues ésta era la cifra límite fijada por el senado—; y pusieron en venta el terreno público de Capua al pie del Tifata.

4 Por la misma época Lucio Manlio Acidino, de regreso de Hispania, entró en Roma como simple ciudadano: el tribuno de la plebe Publio Porcio Leca [163] se opuso a que entrase con los honores de la ovación, a pesar de habérselo concedido el senado. Aportó al tesoro público seis mil libras de plata y unas treinta libras de oro.

5 Aquel mismo año Gneo Bebio Tánfilo, que había recibido la provincia de la Galia del cónsul del año anterior Gayo Aurelio, se internó temerariamente en territorio de los galos ínsubres y quedó rodeado con casi todo su ejérci-
6 to. Perdió más de seis mil setecientos hombres: tan importante fue el descalabro sufrido, en una guerra que ya
7 había dejado de suscitar temores. Este hecho hizo que saliera de Roma el cónsul Lucio Léntulo; cuando llegó a la provincia, en la que reinaba la confusión, asumió el mando del desmoralizado ejército, increpó con dureza al pretor y le ordenó abandonar la provincia y dirigirse a Roma.
8 Tampoco el cónsul llevó a cabo ninguna acción reseñable, al ser llamado a Roma con motivo de los comicios; los

---

[161] Putéolos (Pozzuoli), al norte de Nápoles, formaba parte del *ager publicus* de Roma.

[162] Sobre las dificultades que plantea este texto puede verse J. Briscoe, *A Commentary...*, pág. 177 ss.

[163] El pretor de 195 que dio nombre a la *Lex Porcia de prouocatione.*

tribunos de la plebe Marco Fulvio [164] y Manio Curio po-
nían trabas a los mismos, porque no consentían que Tito 9
Quincio Flaminino presentara su candidatura al consulado
inmediatamente después de ser cuestor. Ahora, decían, se 10
menospreciaba la edilidad y la pretura, y los hombres de
relieve no aspiraban ya al consulado demostrando su capa-
cidad en cargos cada vez más altos sino que querían pasar
directamente de los inferiores a los superiores saltándose
los intermedios. El problema pasó del Campo de Marte 11
al senado. Los senadores dictaminaron que era justo que
el pueblo tuviera la facultad de elegir a quien quisiera siem-
pre que el candidato pretendiese un cargo que la ley le
permitiera asumir. Los tribunos acataron la decisión del 12
senado. Fueron elegidos cónsules [165] Sexto Elio Peto y
Tito Quincio Flaminino. Se celebraron a continuación las 13
elecciones de pretores. Resultaron elegidos Lucio Cornelio
Mérula [166], Marco Claudio Marcelo, Marco Porcio Ca-
tón [167], y Gayo Helvio, que habían sido ediles plebeyos.
Éstos celebraron los Juegos Plebeyos, y con motivo de los
juegos se celebró un banquete en honor de Júpiter. Tam- 14
bién ofrecieron unos Juegos Romanos muy suntuosos los
ediles curules Gayo Valerio Flaco, flamen de Júpiter, y
Gayo Cornelio Cetego. Fallecieron aquel año los pontífices 15
Servio y Gayo Sulpicio Galba, y fueron reemplazados por
Marco Emilio Lépido y Gneo Cornelio Escipión [168].

Después de tomar posesión de su cargo los cónsules 8
Sexto Elio Peto y Tito Quincio Flaminino convocaron al

---

164 Podría ser Flaco, el comisionado de 201 (XXXI 4, 3), o Nobílior, el cónsul de 189.

165 Para el año 198.

166 Cónsul en 193.

167 Catón el Censor. Cuestor en 204, cónsul en 195, censor en 184.

168 Probablemente el cónsul de 176, hermano de Escipión Nasica.

senado en el Capitolio. Éste decidió que los cónsules se repartieran de mutuo acuerdo o por sorteo las provincias
2 de Macedonia e Italia; aquel a quien correspondiera Macedonia reclutaría, como complemento de las legiones, tres mil romanos de infantería y trescientos de caballería, así como cinco mil aliados latinos de infantería y quinientos de caballería. Para el otro cónsul se decretó un ejército
3 nuevo por completo. Al cónsul del año anterior Lucio Léntulo se le prorrogó el mando por un año, con orden de no abandonar la provincia ni sacar de ella el antiguo ejército hasta que llegase el cónsul con las nuevas legiones.
4 Los cónsules sortearon las provincias; a Elio le tocó Italia,
5 y a Quincio, Macedonia. En cuanto a los pretores, a Lucio Cornelio Mérula le correspondió la pretura urbana; a Marco Claudio, Sicilia; Cerdeña a Marco Porcio, y la Galia a Gayo Helvio. A continuación comenzó el recluta-
6 miento, pues aparte de los ejércitos consulares se había dispuesto que también se alistaran tropas para los pretores:
7 para Marcelo, cuatro mil aliados y latinos de infantería y trescientos de caballería, para Sicilia. Para Catón, dos mil hombres de infantería y doscientos de caballería, del
8 mismo origen, para Cerdeña. Ambos pretores, al llegar a sus provincias, licenciarían a la infantería y caballería veteranas.

9 Después, los cónsules presentaron ante el senado a los embajadores del rey Átalo. Expusieron éstos que el rey estaba colaborando con la causa romana con su flota y todas sus tropas por tierra y mar, y hasta aquella fecha había cumplido pronta y dócilmente todas las órdenes de los
10 cónsules romanos y añadieron que se temía que el rey Antíoco no le permitiera seguir haciéndolo; Antíoco, en efecto, había invadido el reino de Átalo, desprovisto de

defensas tanto por mar como por tierra. Átalo, por con- 11
siguiente, rogaba a los senadores que le enviaran refuerzos para defender su reino, si querían contar con su flota y su colaboración para la guerra de Macedonia, y si no querían hacerlo, que le permitieran a él volver para defender sus dominios con su flota y el resto de sus tropas. La 12
respuesta que se dio a los embajadores por orden del senado fue la siguiente: el senado agradecía que el rey Átalo hubiera ayudado a los generales romanos con su flota y demás fuerzas; no se enviarían refuerzos a Átalo en 13
contra de Antíoco, aliado y amigo del pueblo romano, pero tampoco se retendría a las tropas auxiliares de Átalo más allá de lo conveniente para el rey; el pueblo romano 14
siempre había utilizado lo que pertenecía a otros de acuerdo con el criterio de esos otros; tanto el principio como el fin de la colaboración estaba en manos de aquellos que querían que los romanos contaran con ella; se enviarían 15
embajadores a Antíoco para significarle que el pueblo romano se estaba valiendo de la colaboración de Átalo, de sus navíos y sus soldados, en contra de Filipo, su enemigo común, y que el senado vería con buenos ojos que él res- 16
petara el reino de Átalo y cesara en sus hostilidades, pues era razonable que unos reyes aliados y amigos del pueblo romano mantuvieran la paz también entre ellos.

El cónsul Tito Quincio, que había realizado el reclu- 9
tamiento escogiendo preferentemente a los soldados que se habían distinguido por su valor militando en Hispania y en África, tenía prisa por dirigirse a su provincia, pero lo retuvo en Roma la expiación de extraños fenómenos de los que habían llegado noticias. Habían caído rayos en 2
Veyos en la vía pública, en Lanuvio en el foro y en el templo de Júpiter, en Árdea en el templo de Hércules, y

en Capua en la muralla, las torres, y el templo llamado
3 Albo. En Arrecio se había visto arder el cielo; en Vélitras
se había abierto en la tierra una enorme sima de tres yugadas de extensión; según noticias, en Suesa Aurunca había
nacido un cordero con dos cabezas y en Sinuesa un cerdo
4 con cabeza humana. Con motivo de estos portentos se
celebró un día de rogativas y los cónsules se entregaron
a las prácticas religiosas, partiendo para sus provincias una
5 vez aplacados los dioses. Elio marchó a la Galia con el
pretor Helvio; el ejército que Lucio Léntulo le entregó y
que debía licenciar se lo confió al pretor, para hacer la
guerra con las legiones nuevas que había llevado consigo.
Pero no hizo nada digno de mención.

El cónsul Tito Quincio Flaminino en Macedonia. Estratagema y victoria romana

6 El otro cónsul, Tito Quincio, zarpó
de Brundisio con mayor rapidez de lo
acostumbrado por los cónsules anteriores,
y puso rumbo a Corcira con ocho mil soldados de a pie y quinientos de a caballo.
7 Desde Corcira cruzó en una quinquerreme al punto del Epiro más cercano y se dirigió al cam-
8 pamento romano a marchas forzadas. Despidió a Vilio
y se detuvo allí unos cuantos días dando tiempo a que las
tropas le siguieran desde Corcira y reunió al consejo para
decidir entre intentar un golpe de fuerza marchando en
9 línea recta a través del campamento enemigo, o no intentar siquiera una acción tan dificultosa y arriesgada y entrar
en Macedonia dando un rodeo sin peligro a través de Da-
10 sarecia y Lineo. Se hubiera dado preferencia a esta opción
de no ser por miedo a que, si se alejaba del mar, se le
escapara de las manos el enemigo en el caso de que el rey
quisiese ponerse a salvo en bosques y parajes solitarios como había hecho anteriormente; con ello malgastaría el ve-

rano sin resultado alguno. Saliera lo que saliera, pues, 11
se decidió atacar al enemigo incluso desde una posición
tan desventajosa como aquélla. Pero era más clara la
decisión de hacerlo que la idea de cómo ponerlo en prác-
tica.

Habían permanecido quietos durante cuarenta días a 10
la vista del enemigo sin intentar ningún movimiento. Esto
dio a Filipo esperanzas respecto a una tentativa de paz a
través de la mediación del pueblo epirota. Se celebró un 2
consejo, y el pretor Pausanias y el jefe de la caballería
Alejandro, elegidos para llevar adelante dicho proyecto,
reunieron al cónsul y al rey en una entrevista en un punto
donde las orillas del río Áoo se estrechan al máximo.
Las peticiones del cónsul se resumían en que el rey retirase 3
sus guarniciones de las ciudades; que devolviese a aquellos
cuyos territorios y ciudades había saqueado los bienes que
se encontrasen y se hiciese una valoración del resto con
un arbitraje imparcial. Filipo respondió que eran diferen- 4
tes las circunstancias de cada ciudad, que estaba dispuesto
a liberar las que él había tomado, pero no iba a renunciar
a la posesión, legítima y hereditaria, de las que le habían
legado sus antepasados; si las ciudades con las que había 5
guerreado se quejaban de algún daño sufrido en la guerra,
se sometería al arbitraje de alguno de los pueblos, el que
ellos quisieran, con los que unos y otros estaban en paz.
El cónsul replicó que para eso ciertamente no había nin- 6
guna necesidad de árbitro ni juez, pues a cualquiera le re-
sultaba evidente que la injusticia está del lado de quien
inicia las hostilidades, y que Filipo había sido el primero
en atacar en todos los casos sin que mediara provocación
armada por parte de nadie. Cuando se pasó a discutir qué 7
ciudades debían ser liberadas, el cónsul citó en primer lu-
gar a los tesalios. Ante esto el rey se encendió de indigna-

ción hasta el extremo de exclamar: «¿Qué condición más
dura me impondrías, Tito Quincio, si fuese un vencido?»
8 Y con esto abandonó precipitadamente la entrevista, fal-
tando poco para que se enzarzaran en un combate, con
9 armas de lanzamiento al estar el río de por medio. Al
día siguiente, primero se produjeron numerosas escaramu-
zas, a base de salidas desde los puestos de guardia, en una
10 explanada cuyas dimensiones lo permitían. Luego, los sol-
dados del rey se replegaron hacia parajes angostos y abrup-
tos en los que también se internaron los romanos enardeci-
11 dos por las ansias de combate. Éstos tenían a su favor
la disciplina militar y el tipo de armamento, apropiado pa-
ra cubrir el cuerpo; los enemigos contaban con la ventaja
de la posición y las catapultas y ballestas emplazadas casi
12 en cada roca como sobre una muralla. Hubo por ambas
partes muchos heridos y también algunos muertos, como
en un combate en regla, y la noche puso fin a la ba-
talla.

11 Así estaba la situación cuando fue conducido ante el
cónsul un pastor enviado por Caropo, un jefe de los epiro-
2 tas. Dijo que él solía apacentar su rebaño en la cañada
que entonces ocupaba el campamento del rey, y que cono-
cía todos los recovecos y senderos de aquellas montañas;
3 si el cónsul quería enviar con él algunos hombres, los
llevaría por una senda no demasiado empinada ni difícil
4 hasta una posición por encima del enemigo. El cónsul,
cuando oyó esto, mandó a preguntar a Caropo si a su jui-
cio se podía confiar plenamente en el campesino en un asun-
to de tanta importancia. La respuesta remitida por Caropo
fue que confiase, pero de forma que el control de toda
5 la operación lo tuviera él y no el otro. El cónsul quería
fiarse pero no se atrevía, entrecruzándose en su ánimo la
euforia y la prevención; animado por la garantía de Caro-

po decidió probar la posibilidad que se le ofrecía. Para 6
evitar que el rey sospechara, durante los dos días siguientes no cesó de hostigar al enemigo disponiendo tropas por todas partes y reemplazando a los que estaban agotados con otros de refresco. Seguidamente, entregó a un tribuno 7
militar cuatro mil soldados escogidos de infantería y trescientos de caballería. Le ordenó que llevara a los jinetes hasta donde el terreno lo permitiera; que, una vez llegados al terreno impracticable para la caballería, apostara a los jinetes en algún espacio llano, y que los de a pie siguieran el camino que el guía les indicara. Cuando, como éste 8
prometía, hubiesen llegado al punto que dominaba la posición del enemigo, que hiciese una señal de humo, pero que no lanzase el grito de guerra hasta recibir de él la señal y poder deducir que la batalla había comenzado. Le dio 9
orden de efectuar la marcha durante la noche —coincidía, además, que era luna llena— y dedicar el día a comer y descansar. Colmó al guía de promesas para el caso de que se cumpliera su palabra, pero se lo entregó maniatado al tribuno. Una vez despedido así el cuerpo expedicionario, 10
el romano acentuó la presión sobre[169] los puestos enemigos por todas partes.

Entre tanto, al cabo de tres días los romanos anun- 12
ciaron con señales de humo que habían alcanzado y ocupaban la altura a que se dirigían. Entonces el cónsul dividió sus tropas en tres cuerpos y avanzó por el centro del valle con lo mejor de sus hombres, dirigiendo las alas, por derecha e izquierda, hacia el campamento; los enemigos les salieron al paso con igual prontitud. Mientras com- 2
batían fuera de las fortificaciones impulsados por sus ansias de pelea, los soldados romanos eran bastante superio-

[169] Seguimos la propuesta *apud*, de Madvig.

res tanto por su valor como por su técnica y tipo de
3 armamento; pero cuando los hombres del rey, tras sufrir
muchas bajas entre heridos y muertos, se replegaron hacia
posiciones protegidas por las fortificaciones o la naturale-
za del terreno, el peligro se volvió contra los romanos que
habían avanzado temerariamente hasta posiciones desfavo-
rables y lugares angostos de los que no era fácil volver
4 atrás. No se habrían retirado sin pagar cara su temeridad
si no fuera porque primero el grito de guerra que se oyó
a su espalda y después el ataque que se desencadenó enlo-
quecieron a los hombres del rey con un pánico repentino.
5 Parte de ellos huyeron en desbandada; otros permanecie-
ron en su puesto de combate, más por falta de una salida
por donde escapar que por presencia de ánimo, y fueron
envueltos por el enemigo que estrechaba el cerco por el
6 frente y por la espalda. Podría haber sido destruido todo
el ejército si los vencedores hubieran perseguido a los fugi-
7 tivos, pero la caballería se vio obstaculizada por la estre-
chez y la aspereza del terreno, y la infantería por el peso
8 de las armas. El rey en un principio se lanzó a una huida
desenfrenada sin mirar hacia atrás; después, tras recorrer
cinco millas, supuso que el enemigo no podría seguirlo de-
bido a las dificultades del terreno, como de hecho ocurría,
se detuvo en una de las colinas y envió a sus hombres por
todas las cimas y valles para reagrupar a los que andaban
9 dispersos. Las pérdidas no superaron los dos millares de
hombres; todos los demás, como obedeciendo alguna se-
ñal, se reagruparon en un solo cuerpo y se dirigieron a
10 Tesalia en columna compacta. Los romanos, mientras
pudieron hacerlo sin riesgo, los persiguieron dándoles muer-
te y despojando a los muertos; después saquearon el cam-
pamento del rey, de difícil acceso aun estando sin defenso-
res, y aquella noche la pasaron en su propio campamento.

Operaciones en Tesalia

Al día siguiente el cónsul salió tras el 13
enemigo cruzando los encajonamientos a
través de los cuales serpentea el río por
el valle. El rey llegó en la primera jor- 2
nada hasta el Campamento de Pirro [170].
El paraje así denominado está en Trifilia [171], en la región
de Molótide. En la jornada siguiente llegó hasta los mon-
tes Lincon [172], enorme caminata para un ejército en mar-
cha, pero el miedo acuciaba. Pertenecen al Epiro, y se 3
extienden entre Macedonia y Tesalia. La vertiente que da
a Tesalia mira al Este, y la cara norte queda frente a Ma-
cedonia. Están cubiertos de espesos bosques, pero en lo
alto de las cumbres hay llanos amplios y aguas perennes.
El rey mantuvo allí un campamento durante varios días 4
dudando si se retiraría directamente a su reino o si podría
reemprender el camino de Tesalia. Prevaleció la opción 5
de bajar con su ejército a Tesalia, y se dirigió a Trica [173]
por el camino más corto. Desde allí hizo un rápido recorri-
do por las ciudades que encontró en su camino. Sacaba 6
de sus casas a los hombres que podían seguirle, e incendia-
ba las poblaciones. Se les daba a sus dueños la posibilidad
de llevarse consigo todos los bienes que pudieran, y el res-
to quedaba para botín de los soldados: en nada hubieran 7
recibido los habitantes peor trato de unos enemigos que
el que les hacían sufrir sus aliados. Estas medidas le 8
resultaban también penosas al propio Filipo, que las apli-
caba, pero de una tierra que bien pronto iba a pertenecer

[170] Cerca de Konitsa, a unos 50 Km. de la salida de la garganta hacia el sureste.

[171] La Trifilia del Epiro, homónima de la del Peloponeso.

[172] Discutida su identificación.

[173] Situada a unas diez millas al norte de Gonfos.

al enemigo quería sacar al menos las personas de los alia-
9 dos. Fueron así arrasadas las plazas de Facio, Piresias, Evi-
drio, Eretria y Palefársalo [174]. Al acercarse a Feras encon-
tró resistencia, y como, si quería tomarla, la empresa re-
quería tiempo y no lo tenía, renunció al intento y pasó
a Macedonia, pues corrían rumores de que se estaban acer-
10 cando también los etolios. Éstos, al tener noticia de la
batalla librada a orillas del río Áoo, devastaron los alrede-
dores de Esperquias y Macra —que ellos llaman Come—,
y después pasaron a Tesalia y se apoderaron de Ctimene
11 y Angeia [175] al primer asalto. De Metrópoli [176] fueron
rechazados, pues mientras ellos devastaban los campos, los
habitantes corrieron todos a una a defender las murallas.
Atacaron luego Calítera, y sostuvieron con mayor tenaci-
dad una salida similar de los habitantes de la plaza;
12 rechazados murallas adentro los que habían efectuado la
salida, ellos se retiraron dándose por contentos con este
triunfo, porque no había absolutamente ninguna esperan-
za de tomarla al asalto. A continuación tomaron los po-
13 blados de Teuma y Celatara, y se hicieron con Acarras [177]
por rendición. El miedo a algo parecido hizo que Xinias
14 fuera abandonada por sus habitantes. La columna de estos
refugiados se topó con un destacamento de tropas que se
dirigía a Taumacos para asegurar en mayor medida el apro-

[174] Pelefársalo podría ser la parte vieja de Fársalo, no una población diferente. Eretria, al este de Fársalo, a casi 30 Km. Feras, a unos 20 Km. al nordeste de Fársalo.

[175] Es discutida la localización de estas cuatro poblaciones.

[176] A unas diez millas al sureste de Gonfos, con Calitera un poco más al suroeste.

[177] Acarras podría identificarse con Ekkara. Xinias, en la orilla este del lago del mismo nombre. Es desconocida la posición de Teuma y Celatara.

visionamiento de trigo; la multitud desorganizada y desarmada, en la que se entremezclaba una masa de gente no apta para las armas, fue masacrada por los hombres armados. Xinias, abandonada, fue saqueada. Los etolios, des- 15
pués, tomaron Cifera [178], posición fortificada muy bien situada dominando Dolopia. Todas estas acciones las llevaron a cabo los etolios con gran celeridad en cosa de pocos días. Tampoco Aminandro y los atamanes permanecieron inactivos tras la noticia de la victoria de los romanos.

Pero dado que Aminandro no confiaba demasiado en 14
sus tropas, pidió al cónsul un pequeño refuerzo y se dirigió a Gonfos, tomando por la fuerza sobre la marcha una plaza llamada Feca, situada entre Gonfos y las gargantas que separan Tesalia de Atamania. Después atacó Gonfos, cu- 2
yos defensores ofrecieron una tenaz resistencia durante varios días; pero cuando ya se aplicaban escalas a los muros, el miedo consiguiente los llevó a rendirse. Esta rendición 3
de Gonfos provocó un miedo cerval entre los tesalios y unos tras otros se rindieron los habitantes de Argenta, Ferinio, Timaro, Liginas, Estrimón y Lampso [179], así como otras plazas igualmente poco conocidas.

Mientras los atamanes y los etolios, perdido el miedo 4
a los macedonios, sacaban su propio botín de una victoria ajena, y Tesalia sufría la devastación de tres ejércitos simultáneamente sin que pudiera saber con certeza a quién considerar enemigo y a quien aliado, el cónsul cruzó a la 5
región del Epiro por el paso que habían abierto los enemigos en su huida. Aunque sabía perfectamente a qué bando habían apoyado los epirotas —excepción hecha del jefe

---

[178] Al oeste del lago Xinias, en Kaitsa.

[179] No hay referencias que permitan establecer el emplazamiento de estas poblaciones.

6 Caropo—, no obstante, viendo que en su afán por satisfa-
cerlo ponían gran empeño en seguir sus órdenes, los juzgó
más por su comportamiento presente que por el pasado,
y precisamente con esa buena disposición para el perdón
7 se ganó sus voluntades para el futuro. Después mandó
mensajeros a Corcira para que las naves de carga se diri-
gieran al golfo de Ambracia; él siguió adelante en etapas
cortas y al cuarto día acampó en el monte Cercecio [180],
donde había citado a Aminandro con sus tropas auxiliares
8 no tanto porque necesitase sus fuerzas como por contar
con guías para Tesalia. Con el mismo propósito fueron
enrolados entre las milicias auxiliares muchos epirotas
voluntarios.

15 La primera ciudad de Tesalia que atacó fue Faloria [181].
Tenía una guarnición de dos mil macedonios que al princi-
pio se resistieron con gran tenacidad defendiéndose lo me-
2 jor que podían con sus armas y murallas. Pero el ininte-
rrumpido ataque, que no daba tregua de día ni de noche
porque el cónsul estaba convencido de que cambiaría la
actitud de los demás etolios si los primeros no resistían
la acometida de los romanos, quebró la tenacidad de los
3 macedonios. Tras la caída de Faloria llegaron diputados
de Metrópoli y de Cierio [182] a rendir sus ciudades; pedían
4 clemencia, y se les dio. Faloria fue saqueada e incendiada.
A continuación atacó Eginio [183]. Viendo que su posición
era segura y casi inexpugnable incluso contando con una
guarnición pequeña, tras disparar algunas armas arrojadi-
zas contra el puesto de vigilancia más próximo cambió el

[180] En la frontera entre el Epiro y Tesalia.

[181] Al oeste del Peneo.

[182] A unos 20 Km. de Metrópoli, hacia el este.

[183] ¿Kalabaka?

rumbo de la marcha hacia la comarca de Gonfos. Después 5
de bajar a las llanuras de Tesalia, como su ejército andaba
ya falto de todo porque había respetado las tierras de los
epirotas, averiguó primero si las naves de carga se habían
dirigido a Léucade o al golfo de Ambracia y envió por
turno las cohortes a Ambracia para aprovisionarse de trigo.
Si bien el camnio de Gonfos a Ambracia es difícil y lleno 6
de obstáculos, con todo es muy corto. De modo que en 7
cosa de pocos días el campamento quedó abundantemente
provisto de todo gracias a los suministros transportados
desde la costa. Salió luego hacia Atrage [184], que se encuen- 8
tra a unas diez millas de Larisa; su población es oriunda
de Perrebia, y la ciudad está situada sobre el río Peneo.
Al principio los tesalios no se alarmaron en absoluto ante 9
la llegada de los romanos: si bien Filipo no se atrevía a
adentrarse él mismo en Tesalia, sin embargo había estable-
cido su campamento en los límites de Tempe [185], y cada
vez que una localidad era amenazada por el enemigo, en-
viaba refuerzos según exigía el caso.

Operaciones navales

Aproximadamente por la misma época 16
en que el cónsul estableció por primera
vez su campamento frente a Filipo en las
gargantas del Epiro, también Lucio Quin- 2
cio, hermano del cónsul, a quien el sena-
do había confiado la responsabilidad de la flota y el man-
do de las costas, cruzó a Corcira con dos quinquerremes.
Cuando se enteró de que la flota había partido de allí 3
pensó que no había tiempo que perder, le dio alcance en
la isla de Same, y desde allí, después de despedir a Gayo
Livio, al que reemplazaba, llegó al Maleo con lentitud, 4

[184] En Alifaka, al sur del Peneo.

[185] Es el valle del Peneo.

pues a menudo tenía que remolcar a las naves que lo se-
5 guían con el aprovisionamiento. Dando orden a los demás
de que lo siguieran todo lo aprisa que pudieran desde el
Maleo, se adelantó hasta el Pireo con tres quinquerremes
y tomó el mando de las naves [186] que había dejado allí
el legado Lucio Apustio para la defensa de Atenas.
6 Al mismo tiempo salieron de Asia dos flotas, una con el
rey Átalo formada por veinticuatro quinquerremes, y otra,
rodia, de veinticinco naves cubiertas mandada por Acesím-
7 broto. Estas flotas se unieron cerca de la isla de Andros
y de allí zarparon hacia Eubea, separada por una estrecha
8 lengua de mar. Primero devastaron las tierras de los caris-
tios; después, como Caristos les pareció bien defendida al
haber sido enviada a toda prisa una guarnición desde Cal-
9 cis, se acercaron a Eretria. También Lucio Quincio, ente-
rado de la llegada del rey Átalo, acudió allí con las naves
que estaban en el Pireo y dejó instrucciones de que todas
las naves de su flota que llegaran se dirigieran a Eubea.
10 Eretria era objeto de un violentísimo ataque, pues las
naves de las tres flotas que se habían unido portaban toda
clase de máquinas de lanzamiento y artilugios para des-
truir ciudades, y además el campo suministraba madera
abundante para la construcción de nuevas obras de asedio.
11 Los habitantes de la plaza al principio defendían las mura-
llas denodadamente; después, extenuados y heridos buen
número de ellos, y viendo además que una parte de la mu-
ralla había sido derribada por las máquinas de asedio del
12 enemigo, pensaron en rendirse [187]. Pero estaba la guarni-
ción de macedonios, a los que temían tanto como a los
romanos, y Filocles, el prefecto del rey, mandaba mensaje-

[186] Treinta, según XXXI 47, 2.

[187] Seguimos la propuesta de Tränkle, *inclinarunt*.

ros desde Calcis diciendo que llegaría a tiempo si aguanta-
ban el asedio. Esta mezcla de miedo y esperanza los 13
forzaba a prolongar la resistencia más de lo que querían
y podían; después, cuando se enteraron de que Filocles 14
había sido rechazado y se había refugiado en Calcis presa
del pánico, inmediatamente enviaron parlamentarios a Átalo
a pedir su protección y clemencia. Mientras que, con la 15
atención puesta en la expectativa de paz, relajaban el cui-
dado de las tareas bélicas limitándose a colocar fuerzas
armadas allí donde la muralla había sido abatida sin ocu-
parse de los otros puntos, Quincio lanzó un ataque duran-
te la noche por donde menos era de esperar y tomó la
ciudad por medio de escalas. La población en masa, in- 16
cluidos mujeres y niños, se refugió en la ciudadela, y des-
pués se rindió. El botín de dinero, oro y plata, la verdad 17
es que no fue mucho; pero se encontraron estatuas, cua-
dros de artistas antiguos y obras de arte por el estilo en
mayor número del que correspondía a las proporciones y
demás recursos de la ciudad.

El siguiente objetivo fue de nuevo Caristos, cuyos 17
habitantes abandonaron en masa la ciudad y se refugiaron
en la ciudadela antes de que las tropas desembarcasen.
Desde allí enviaron parlamentarios al romano para que los 2
acogiera bajo su protección. A los ciudadanos se les conce-
dió de inmediato la vida y la libertad; a los macedonios
se les exigió el pago de trescientas monedas por cabeza,
permitiéndoseles marchar previa entrega de las armas.
Tras el abono de esta suma por su rescate, fueron traslada- 3
dos a Beocia desarmados. Después de tomar en pocos días
dos eminentes ciudades de Eubea, las fuerzas navales bor-
dearon el Sunio, promontorio del Ática, y pusieron rumbo
a Cencreas, puerto mercantil de los corintios.

4 Entretanto el cónsul encontró el ataque a Atrage más
largo y sangriento de lo que nadie hubiera esperado; los
enemigos ofrecían una resistencia con la que no había con-
5 tado en absoluto. Había creído, en efecto, que la única
dificultad radicaría en derribar la muralla, que una vez
abierta brecha para que entraran las tropas en la ciudad,
inmediatamente se produciría la huida y la matanza de ene-
migos que son habituales cuando es tomada una ciudad.
6 Pero cuando los arietes derribaron un tramo de la muralla
y las tropas penetraron en la ciudad saltando por encima
de los escombros, ello fue el inicio, por así decir, de una
7 nueva tarea que estaba por hacer. Pues los macedonios
que componían la guarnición, muy numerosos y escogidos,
convencidos de que sería un nuevo timbre de gloria si de-
fendían la ciudad con las armas y a base de valor más
8 que con las murallas, reforzaron su cerrada formación
con varias filas hacia dentro y cuando vieron a los roma-
nos pasando por encima de los escombros los obligaron
a salir por el mismo sitio, lleno de obstáculos que hacían
9 difícil la retirada. Esto significó una seria contrariedad
para el cónsul, que estaba convencido de que una humilla-
ción como aquella no sólo representaba un retraso en el
asalto de una ciudad concreta sino que repercutía en el
resultado de la guerra en su conjunto, que a menudo de-
10 pende de circunstancias poco importantes. Hizo limpiar
el sitio donde se habían acumulado los escombros del mu-
ro parcialmente derruido, e hizo avanzar una torre muy
alta que portaba un gran número de hombres armados dis-
11 tribuidos en numerosos pisos, y lanzó una tras otra sus
cohortes en formación para que rompieran por la fuerza,
si eran capaces, la formación en cuña de los macedonios
12 —«falange», la llaman ellos—. Pero, aparte de lo angosto
del espacio, pues el tramo de muralla derruida no era muy

ancho, también el tipo de armamento y de combate resultaban más favorables para el enemigo. Cuando los mace- 13
donios, en formación compacta, extendieron ante sí sus larguísimas lanzas, los romanos desenvainaron las espadas después de lanzar en vano sus jabalinas contra una especie
de coraza formada por los escudos adosados; pero no 14
podían ni acercarse más ni seccionar las lanzas, y si despuntaban alguna, el propio trozo roto, aguzado, formaba una especie de empalizada entre las puntas de las lanzas
enteras. Además de esto, la parte de la muralla que seguía 15
en pie a ambos lados protegía también sus flancos, y no era preciso retroceder o atacar desde larga distancia, ma-
niobra que suele crear desorden en las filas. Contribuyó 16
además a elevarles la moral un incidente fortuito: cuando se hacía avanzar una torre por un terraplén de tierra poco
compacta, una de las ruedas se hundió en un surco bas- 17
tante hondo e hizo que la torre se inclinara tanto que los enemigos tuvieron la impresión de que se iba a caer, e hizo enloquecer de pánico a los soldados que iban encima.

Como no se adelantaba gran cosa en ningún sentido, 18
el cónsul tenía que soportar, mal que le pesara, que se establecieran comparaciones entre unos y otros soldados
y tipos de armamento; al propio tiempo, no veía ni pers- 2
pectivas de asaltar la ciudad a corto plazo ni forma alguna de establecer un campamento de invierno lejos del mar y en parajes arruinados por las calamidades de la guerra.
Renunció, pues, al asedio, y como no había en toda la 3
costa de Acarnania o de Etolia ningún puerto que tuviese cabida para todas las naves de carga que transportaban los suministros para el ejército y al mismo tiempo ofreciese
alojamiento para las legiones en el invierno, pensó que 4

la mejor situada a tal efecto era Antícira [188], en la Fócide,
5 frente al golfo de Corinto, porque no quedaba lejos de
Tesalia y de las posiciones enemigas, y además tenía en-
frente el Peloponeso, separado por una estrecha lengua de
mar, a su espalda tenía Etolia y Acarnania, y a los lados
6 la Lócride y Beocia. Al primer intento y sin tener que
combatir tomó Fanotea [189], en la Fócide. El asalto de An-
7 tícira no le llevó mucho tiempo. A continuación se le
rindieron Ambriso e Hiámpolis [190]. Dáulide [191], debido a
su situación sobre una altura considerable, no podía ser
conquistada ni con escalas ni con trabajos de asedio;
8 a base de hostigar a la guarnición con lanzamientos de
proyectiles los empujaron a hacer salidas; retrocediendo
y avanzando alternativamente, con ligeras escaramuzas po-
co resolutivas, los romanos los llevaron a despreocuparse
y sentirse superiores hasta tal extremo que irrumpieron por
una de las puertas confundidos con ellos cuando se batían
9 en retirada. Igualmente otras plazas poco importantes de
la Fócide cayeron en poder de los romanos más por efecto
del miedo que de las armas. Elacia [192] cerró sus puertas
y no parecía que estuvieran dispuestos a dejar entrar den-
tro de sus murallas al general y a su ejército si no eran
obligados por la fuerza.

---

[188] En la costa sur de la Fócide, en una entrada del golfo de Corinto.

[189] Cerca de Queronea, al norte.

[190] Cerca de Abas, en la Fócide este.

[191] Actual Davlia.

[192] La ciudad más importante de la Fócide.

Congreso de la liga aquea

Cuando el cónsul estaba sitiando Ela- 19
cia, brilló para él la esperanza de una ope-
ración de mayor alcance: desviar al pue-
blo aqueo de la alianza con el rey a la
amistad con los romanos. Habían expul- 2
sado a Giclíadas, líder de la facción partidaria del apoyo
a Filipo; era pretor Aristeno [193], que quería la unión de
su nación con los romanos. La flota romana estaba fon- 3
deada en Cencreas con Átalo y los rodios, y de común
acuerdo preparaban entre todos el ataque a Corinto. Se 4
pensó, pues, que antes de abordar esta empresa, lo mejor
era enviar embajadores al pueblo de los aqueos compro-
metiéndose a hacer que Corinto entrase en la Liga Aquea,
como antiguamente, si ellos abandonaban al rey y se pasa-
ban a los romanos. Por iniciativa del cónsul, su hermano 5
Lucio Quincio, Átalo, los rodios y los atenienses enviaron
una embajada a los aqueos. Se reunió el congreso en Si-
ción para recibirla. Ahora bien, la situación anímica entre 6
los aqueos era compleja, sin duda: temían a Nabis, el lace-
demonio, enemigo enconado y constante; les causaban
espanto las armas romanas; estaban obligados a los mace- 7
donios por sus buenos servicios antiguos y recientes; sen-
tían recelo hacia el propio rey debido a su crueldad y per-
fidia, y sin sacar conclusiones de lo que entonces estaba 8
haciendo por oportunismo, tenían claro que después de 9
la guerra iba a ser un amo más duro. Y aparte de no saber
qué opinión exponer cada uno en el senado de su propia
ciudad o en las asambleas generales de la nación, ni siquie- 10
ra en sus reflexiones a solas estaban muy seguros de lo
que querían o consideraban lo mejor. Se introdujo a los
embajadores y se les dio oportunidad de hablar ante una

[193] *Strategós* en 198.

11 audiencia agitada por esta incertidumbre. Habló primero
el diputado romano Lucio Calpurnio, después los repre-
sentantes del rey Átalo, y a continuación de éstos, los ro-
12 dios. Se concedió luego la palabra a los representantes de
Filipo; y los últimos en ser oídos fueron los atenienses,
para que contestasen a las afirmaciones de los macedo-
nios, y se despacharon en contra del rey en términos enor-
memente duros porque nadie había sufrido injusticias tan
13 numerosas ni tan amargas. A la puesta del sol se disolvió
aquella asamblea después de una jornada dedicada a los
interminables discursos de tantos delegados.

20 La asamblea fue convocada de nuevo al día siguiente.
Cuando los magistrados, según es costumbre entre los grie-
gos, ofrecieron por medio del pregonero la posibilidad de
presentar propuestas a todo el que quisiera hacerlo, nadie
se adelantó, y durante largo rato guardaron silencio mi-
2 rándose unos a otros. Y no es de extrañar, pues sus
mentes se habían obnubilado ya en alguna medida a base
de barajar internamente razones contrapuestas, y encima
habían contribuido a un mayor aturdimiento los discursos
pronunciados a lo largo de toda una jornada en los que
se exponían y subrayaban dificultades en uno y otro senti-
3 do. Finalmente, Aristeno, el pretor de los aqueos, para
no disolver la asamblea sin que nadie se pronunciara,
dijo: «¿Dónde están, aqueos, esos apasionados debates en
los que casi llegáis a las manos en banquetes y reuniones
4 cuando se hace alusión a Filipo y a los romanos? Ahora,
en una asamblea convocada exclusivamente para esa cues-
tión, cuando habéis escuchado las palabras de los delega-
dos de ambas partes, cuando los magistrados someten la
cuestión a debate, cuando el pregonero llama a hacer pro-
5 puestas, ¡os habéis quedado mudos! ¿No puede sacarle
una palabra a nadie no ya la preocupación por la salvación

común sino ni siquiera la pasión que os inclinaba hacia esta o aquella opción? Sobre todo si nadie es tan obtuso 6
como para ignorar que es ahora, antes de que tomemos ninguna decisión, el momento de exponer o proponer lo que cada uno desea o considera lo mejor. Cuando se haya tomado una decisión, todos, incluso aquellos que al principio no estaban de acuerdo con ella, deberán defenderla como buena y ventajosa.» Esta incitación del pretor no 7
logró que nadie hiciera una propuesta; es más, ni siquiera suscitó un comentario o un murmullo en una asamblea tan numerosa que congregaba a tantos pueblos.

Entonces habló de nuevo el pretor Aristeno: «Vosotros, 21
jefes de los aqueos, no andáis más cortos de ideas que de lengua; pero nadie quiere que se tome una decisión tendente al interés común a costa de su riesgo personal. Posiblemente también yo guardaría silencio si fuese un ciudadano de a pie; pero en mi actual condición de pretor veo que no se debía haber dado audiencia a los delegados, o bien no se les debe dejar marchar sin una respuesta. Ahora bien, ¿cómo puedo responder si no es a partir de 2
una decisión vuestra? Pero ya que ninguno de vosotros, que habéis sido convocados a esta asamblea, quiere o se atreve a decir algo como propuesta, examinemos los discursos pronunciados ayer por los delegados como si de propuestas se tratara, partiendo de la base de que no pre- 3
sentaban demandas en su propio interés sino que aconsejaban lo que consideraban útil para vosotros. Los romanos, 4
los rodios, y Átalo piden de nosotros alianza y amistad, y consideran justo que les prestemos ayuda en la guerra que sostienen contra Filipo. Filipo nos recuerda nuestra 5
alianza con él, y nuestro juramento, y únicamente pide que estemos a su lado; dice que se da por satisfecho con que no intervengamos en la lucha armada. ¿A nadie se le 6

ocurre por qué los que aún no son aliados piden más que nuestro aliado? Esto no se debe, aqueos, ni a moderación por parte de Filipo ni a pretenciosidad por parte de los
7 romanos; es su situación la que da o quita confianza a quienes hacen demandas. De Filipo no vemos nada más que un representante; la flota romana está en Cencreas ostentando los despojos de las ciudades de Eubea; vemos al cónsul y sus legiones, separados de nosotros por un estrecho brazo de mar, recorriendo de un extremo a otro la
8 Fócide y la Lócride. ¿Os sorprende la poca convicción con que Cleomedonte, el delegado de Filipo, ha tratado ahora de que empuñáramos las armas en favor del rey y
9 en contra de los romanos? Si nosotros, basándonos en el mismo tratado y el mismo juramento cuyo carácter sagrado nos recordaba, le pidiésemos que Filipo nos defienda de Nabis y sus lacedemonios y de los romanos, no encontraría no ya una guarnición con que protegernos sino
10 ni siquiera una respuesta que darnos; lo mismo, por Hércules, que ocurrió el año pasado con el propio Filipo, que intentó llevarse de aquí a Eubea a nuestra juventud prome-
11 tiendo hacerse él cargo de la guerra contra Nabis, y cuando vio que nosotros no aprobábamos esa ayuda armada ni queríamos vernos implicados en una guerra contra los romanos, se olvidó de esa alianza en la que ahora pone énfasis y nos dejó expuestos a la devastación y el pillaje
12 de Nabis y los lacedemonios. A mí, la verdad, me ha parecido que había una total falta de coherencia en el discurso de Cleomedonte. Quitaba importancia a la guerra con los romanos, y afirmaba que éstos iban a obtener el mismo resultado que en su anterior guerra contra Filipo.
13 Entonces, ¿por qué pide desde lejos nuestra ayuda en vez de estar aquí para defendernos a nosotros, sus aliados de antiguo, contra Nabis y a la vez contra los romanos? ¿A

nosotros, digo? ¡Pero si permitió que Eretria y Caristos
fuesen tomadas! ¿No ocurrió lo mismo con tantas ciuda-
des de Tesalia? ¿No ocurrió así con la Lócride y la Fóci-
de? ¿No está permitiendo igualmente ahora el asedio de 14
Elacia? ¿Por qué abandonó las gargantas del Epiro y los
reductos inexpugnables del río Áoo, y dejando el desfila-
dero que tenía ocupado se retiró al interior de su reino?
O fue por fuerza mayor, o por miedo, o por propia volun-
tad. Si abandonó voluntariamente a tantos aliados ex- 15
puestos al pillaje del enemigo, ¿cómo puede oponerse a
que los aliados se ocupen de su propia seguridad? Si fue 16
por miedo, que comprenda que también nosotros tenga-
mos miedo. Si se retiró vencido por las armas, ¿cómo va-
mos a resistir los aqueos, Cleomedonte, las armas romanas
que vosotros no resististeis? Cuando dices que los romanos
no emplean en esta guerra de ahora más tropas ni más
recursos que en la anterior, ¿hemos de creerte a ti en lugar
de fijarnos en la realidad misma? En aquella ocasión 17
apoyaron a los etolios con una flota; no participaron en
la guerra con un cónsul como jefe ni con un ejército con-
sular. Entonces, la conmoción y la alarma afectaban a las
ciudades costeras de los aliados de Filipo, pero la zona
de tierra adentro estaba tan a salvo de las armas romanas
que Filipo pudo saquear a los etolios mientras imploraban
en vano la ayuda de los romanos. Ahora, en cambio, los 18
romanos, que se ven libres de la guerra púnica que durante
dieciséis años soportaron, podríamos decir que en las en-
trañas de Italia, no han enviado refuerzos armados a los
etolios en guerra sino que se han puesto ellos mismos al
frente de la ofensiva y han atacado Macedonia por tierra
y por mar simultáneamente. Es ya el tercer cónsul que 19
dirige la guerra con la mayor energía. Sulpicio combatió
contra el rey en la propia Macedonia derrotándolo y po-

niéndolo en fuga, y entró a saco en la comarca más rica
20 de su reino; ahora Quincio lo despojó de su campamento
cuando ocupaba las gargantas del Epiro confiado en la posición, en las fortificaciones y en el ejército, lo persiguió en su huida hacia Tesalia, y casi a la vista del propio rey tomó al asalto las ciudades aliadas de éste con sus guarniciones.»

21 «Supongamos que no es cierto lo que ha expuesto hace poco el delegado ateniense acerca de la crueldad, la codicia y el desenfreno del rey; supongamos que no nos conciernen en absoluto los crímenes perpetrados en tierra ática contra los dioses de las alturas y de las profundidades,
22 y mucho menos los que sufrieron los cianos y los abidenos, que están tan lejos de nosotros; olvidémonos, si queréis,
23 de nuestras propias heridas, y de las matanzas y rapiñas perpetradas en Mesena, en pleno Peloponeso; olvidemos que Cariteles, huésped de Filipo en Ciparisia, fue asesinado casi en pleno banquete contra todo derecho divino y humano, y que fueron muertos los Arato de Sición, padre e hijo, a pesar de que Filipo solía llamar padre al desdi-
24 chado anciano, siendo además llevada a Macedonia la esposa del hijo para satisfacer sus bajos instintos; reléguense al olvido las violaciones de tantas otras doncellas y matro-
25 nas. Supongamos que la cosa no va con Filipo, cuya crueldad os ha hecho enmudecer de espanto —¿qué otra razón hay, en efecto, para que guardéis silencio cuando habéis sido convocados a una asamblea?—; imaginemos que nuestro debate es con Antígono, el más atento y justo de los reyes, que se ha portado inmejorablemente con todo nosotros; ¿nos pediría acaso que hiciésemos algo que es imposi-
26 ble? El Peloponeso es una península unida al continente por la estrecha franja del Istmo, expuesta y a propósito
27 para un ataque naval más que para ningún otro. Si cien

naves cubiertas, cincuenta más ligeras descubiertas, y treinta lanchas de Isa se ponen a devastar las costas y atacar las ciudades que están casi asomadas a la orilla misma, ¡nos retiraremos, claro está, a las ciudades del interior como si no nos devorara una guerra intestina enquistada en nuestras mismas entrañas! Cuando nos acosen Nabis y los 28
lacedemonios por tierra y la flota romana por mar, ¿cómo vamos a implorar la alianza con el rey y los refuerzos macedonios? ¿O es que vamos a defender de los romanos como enemigos, nosotros mismos con nuestras armas, las ciudades que sufrirán el ataque? ¡Defendimos muy bien Dimas [194] durante la guerra anterior, en efecto! Bastantes 29
ejemplos tenemos en los desastres de otros, no andemos buscando la forma de ser un ejemplo para los demás.»

«Ya que los romanos toman la iniciativa solicitando 30
nuestra amistad, no desdeñéis lo que vosotros debíais haber deseado y pedido con el mayor encarecimiento. ¡Cla- 31
ro, como el miedo los acucia y están atrapados en tierra extranjera, como quieren esconderse a la sombra de vuestra protección, buscan refugio en una alianza con vosotros para tener entrada en vuestros puertos, para tener a mano suministros! Son dueños del mar; por dondequiera que 32
avanzan lo someten todo a su dominio inmediatamente; lo que piden lo pueden imponer por la fuerza; como quieren que estéis a salvo, no permiten que hagáis algo que os acarree la ruina. Porque la salida política de no in- 33
tervenir ni recurrir a las armas, salida que Cleomedonte os apuntaba hace poco como intermedia y como la más segura, no es una solución intermedia ni es solución alguna. Pues aparte del hecho de que tenéis que aceptar o 34
rechazar la alianza con los romanos, ¿qué otra cosa vamos

[194] En la costa oeste del Peloponeso, en la orilla sur del golfo de Patras.

a ser más que el botín del vencedor si en ningún momento
mantenemos una adhesión estable, como si estuviéramos
a la espera del resultado para acomodar nuestras decisio-
35 nes a la suerte? No toméis a mal el que se os ofrezca
espontáneamente lo que debíais pedir con todo encareci-
miento. No siempre tendréis la posibilidad de optar entre
un partido y otro como la tenéis ahora: una oportunidad
como ésta no se presentará a menudo ni por mucho tiem-
36 po. Desde hace ya tiempo tenéis ganas de liberaros de Fili-
po pero no os atrevéis. Sin esfuerzo ni riesgo por vuestra
parte, otros han cruzado el mar con grandes flotas y ejér-
37 citos para reivindicar vuestra libertad. Si los despreciáis
como aliados, no estáis en vuestros cabales; pero habréis
de tenerlos por aliados o por enemigos.»

22 Tras el discurso del pretor se produjo un murmullo
de los que aprobaban y de los que increpaban con acritud
2 a quienes daban muestras de aprobación; al poco la discu-
sión no era entre individuos sino entre pueblos enteros.
Enseguida, la disputa entre los magistrados de la nación
—los llaman «damiurgos», y se eligen en número de diez—
3 era tan viva como entre la masa. Cinco de ellos afirmaban
que presentarían una propuesta de alianza con Roma y la
someterían a votación; cinco manifestaban que no estaban
legalmente facultados ni los magistrados para proponer ni
la asamblea para aprobar nada que fuese en contra de la
alianza con Filipo. También aquel día se pasó en violentas
discusiones.

4 Quedaba un solo día de asamblea reglamentaria, pues
los estatutos establecían que el tercer día había que tomar
una decisión. Para ese día era tal el acaloramiento de las
distintas posturas que faltó poco para que los padres pu-
5 sieran la mano encima a sus hijos. Había un tal Pisias,
de Pelene, que tenía un hijo «damiurgo» llamado Mem-

nón en la facción opuesta a que se propusiera y votara
la moción. El tal, después de rogar larga y encarecidamen- 6
te a su hijo que permitiera a los aqueos velar por la salva-
ción común y no llevara a la ruina con su empecinamiento
a la nación entera, como con ruegos no adelantaba mucho, 7
juró que lo mataría con sus propias manos, considerándo-
lo no un hijo sino un enemigo, y logró con sus amenazas 8
que al día siguiente se uniera a los que estaban a favor
de presentar la moción. Éstos, obtenida así la mayoría,
presentaron la proposición, dando casi todos los pueblos
de forma clara su aprobación a la iniciativa y dejando en-
trever qué iban a votar. Pero antes de que se procediera 9
a la votación, los dimeos, los megalopolitanos y algunos
argivos se levantaron a la vez y abandonaron la asamblea
sin que nadie se sorprendiera ni lo censurara. Los mega- 10
lopolitanos, en efecto, habían sido expulsados de su patria
por los lacedemonios en tiempos de sus abuelos y Antígo-
no los había devuelto a ella; los dimeos, recientemente he-
chos prisioneros y saqueados por el ejército romano, ha-
bían sido rescatados de la esclavitud, cualquiera que fuese
su paradero, por orden de Filipo, que les había devuelto
la patria además de la libertad; y los argivos, en fin, 11
aparte de estar persuadidos de que los reyes macedonios
son oriundos de su país, estaban además gran parte de ellos
ligados a Filipo por lazos de hospitalidad y estrecha amis-
tad. Por estos motivos abandonaron una asamblea que se 12
inclinaba a favor de imponer la alianza con Roma, aban-
dono que les fue disculpado dadas las obligaciones que te-
nían por tan grandes y recientes servicios.

Intento sobre Corinto. Elacia en poder del cónsul, Argos en el de Filipo

23 Los otros pueblos aqueos, cuando se les pidió que se pronunciaran, aprobaron la alianza con Átalo y los rodios con
2 un decreto de efectos inmediatos; en cuanto a la alianza con los romanos, como no podía ser firme sin el mandato del pueblo, quedó pospuesta hasta el momento en que fuese
3 posible enviar embajadores a Roma, acordándose de momento enviar tres representantes a Lucio Quincio y concentrar todo el ejército aqueo en Corinto, pues tras haber tomado Cencreas, Quincio estaba atacando ya la ciudad misma.

4 Estas fuerzas aqueas acamparon en las cercanías de la puerta que lleva a Sición [195]. Los romanos atacaban por el lado de la ciudad que da a Cencreas [196], y Átalo lo hacía por el Lequeo [197], puerto del otro mar, después de pasar su ejército por el Istmo. Al principio no atacaban con mucha intensidad, a la espera de que se produjeran disensio-
5 nes entre los habitantes y la guarnición del rey. En vista de que, todos de común acuerdo, los macedonios defendían la plaza como si fuera la patria común y los corintios dejaban que el jefe de la guarnición Andróstenes tuviese plena autoridad sobre ellos como si se tratara de un con-
6 ciudadano elegido por sufragio, a partir de ahí todas las esperanzas de los atacantes se cifraban en la fuerza de las armas y los trabajos de asedio. Por todas partes se construían terraplenes en torno a las murallas, a las que no
7 era fácil acceder. El ariete había derribado un tramo de la muralla por el lado que atacaban los romanos; al acudir

[195] En el lado oeste.

[196] Por el este.

[197] Por el norte.

a la carrera los macedonios para defender con sus armas este punto que había quedado desprovisto de defensa se entabló un encarnizado combate entre ellos y los romanos.
8 En un principio los romanos, en inferioridad numérica, eran rechazados con facilidad; después, al incorporarse refuerzos de los aqueos y de Átalo, equilibraron el combate, y estaba claro que no iban a tener dificultad en desalojar de la posición a los macedonios y los griegos. 9 Pero había un gran número de desertores itálicos, procedentes unos del ejército de Aníbal que habían seguido a Filipo por miedo a las represalias de los romanos, y otros, aliados navales, que habían desertado de la flota poco antes y se habían pasado al enemigo con expectativas de un servicio mejor pagado; todos éstos, como no tenían esperanzas de salvación si los romanos vencían, estaban inflamados de rabia más que de audacia.

10 Frente a Sición se adentra en el mar el promontorio[198] de Juno —Acrea es su advocación—; desde allí a Corinto hay una travesía de unas siete millas. 11 Filocles, otro prefecto del rey, condujo hasta allí a través de Beocia mil quinientos soldados; desde Corinto se pusieron a su disposición unas lanchas para embarcar y trasladar a Lequeo dicho contingente armado. 12 Átalo era partidario de prender fuego a las obras de asedio y abandonar inmediatamente el sitio; Quincio insistía en mantener la operación con mayor tenacidad. Pero al ver que había vigilancia armada apostada en todas las puertas y que no iba a ser fácil resistir los ataques de los que hicieran salidas bruscas, se sumó también él a la propuesta de Átalo. 13 Frustrado así el intento despidieron a los aqueos y volvieron a sus naves; Átalo se dirigió al Pireo, y los romanos a Corcira.

[198] Punta situada al noreste de la bahía de Corinto.

24 Durante el desarrollo de estas operaciones por las
fuerzas navales el cónsul acampó cerca de Elacia, en la
Fócide, e hizo una primera tentativa con negociaciones a
2 través de los elatenses principales. Ante la respuesta de que
ellos no podían hacer nada, que los hombres del rey eran
más numerosos y tenían más fuerza que los ciudadanos,
atacó la ciudad con armas y trabajos de asedio desde todos
3 los flancos simultáneamente. Después de entrar en acción
el ariete, todo un tramo de muralla entre dos torres se vino
abajo con enorme estrépito dejando la ciudad al descubier-
to; de forma simultánea una cohorte romana irrumpió por
4 la brecha abierta con el derrumbamiento reciente y desde
todos los puntos de la ciudad acudieron a la carrera los
defensores, dejando cada uno su puesto, hacia el lugar que
5 sufría el agobio del ataque enemigo. Al mismo tiempo los
romanos pasaban por encima de los escombros del muro
y otros aplicaban escalas a la muralla que seguía en pie;
y mientras el combate centraba las miradas y la atención
del enemigo en una sola dirección, la muralla fue asaltada
con escalas por muchos puntos y los asaltantes penetraron
6 en la ciudad. Al oír el alboroto que ello provocó, los
enemigos, aterrados, abandonaron la posición que defen-
día en bloque y corrieron todos a refugiarse en la ciudade-
la, yendo también tras ellos la multitud no combatiente.
7 De esta forma tomó el cónsul la ciudad; después de sa-
quearla mandó emisarios a la ciudadela garantizando la
vida a los hombres del rey, si aceptaban marchar, previa
entrega de las armas, y a los elatenses la libertad. Al reci-
bir garantías acerca de estas condiciones, a los pocos días
se entregó la ciudadela.

25 Pero la llegada a Acaya de Filocles, prefecto del rey,
significó no sólo la liberación de Corinto del asedio sino
además la entrega a Filocles de la ciudad de Argos por

obra de algunos principales que previamente habían sondeado la disposición de ánimo de la plebe. Era costumbre 2
que el primer día de los comicios los pretores pronunciaran en voz alta los nombres de Júpiter, Apolo y Hércules como señal de buen augurio; una regulación posterior establecía que se añadiera a éstos el nombre del rey Filipo.
Como el pregonero, al haberse pactado la alianza con los 3
romanos, no añadió este último nombre, se suscitó entre
la multitud primero un murmullo y después un clamor 4
añadiendo el nombre de Filipo y reclamando que se le tributase el honor legalmente establecido; al final su nombre
fue pronunciado entre grandes aplausos. Con la confianza 5
que daban estas muestras de popularidad se hizo venir a Filocles, que durante la noche ocupó una colina que domina la ciudad —altura que llaman Larisa—; apostó allí una guarnición, y cuando al clarear el día bajó en formación ofensiva al foro que se extiende al pie de la colina, le hizo frente una formación de combate que salió a su encuentro.
Era una guarnición aquea estacionada allí hacía poco: unos 6
quinientos jóvenes escogidos de todas las ciudades manda-
dos por Enesidemo de Dimas. El prefecto del rey envió 7
un portavoz para ordenarles que se alejaran de la ciudad, pues ni siquiera se podían equiparar a los ciudadanos que estaban de acuerdo con los macedonios, cuanto menos si a ellos se sumaban los macedonios, a los que ni siquiera los romanos habían podido resistir en Corinto. Al principio el mensaje no hizo el menor efecto ni en el jefe ni
en los soldados. Cuando poco después vieron que también 8
llegaban armados los argivos desde el lado opuesto formando una gran columna, a pesar de ver que era seguro su exterminio parecían dispuestos a afrontar cualquier trance
si su jefe hubiera sido más inflexible. Enesidemo, para 9

evitar que además de la ciudad se perdiera la flor de la juventud aquea, llegó a un acuerdo con Filocles para que pudieran marchar pero él se quedó con unos pocos seguidores, armado, en la posición en que había hecho alto.
10 Filocles mandó un hombre a preguntarle qué pretendía. Sin hacer el menor movimiento, erguido, con el escudo cubriéndole por delante, respondió que quería morir armado defendiendo la ciudad que le había sido confiada. Entonces, a una orden del prefecto, los tracios dispararon
11 sus armas arrojadizas y los mataron a todos. Así, aun después de la alianza pactada entre aqueos y romanos, las dos ciudades más notables, Argos y Corinto, estaban en
12 poder del rey. Éstas fueron las operaciones llevadas a cabo por los romanos aquel verano en Grecia por tierra y por mar.

Roma: conato de revuelta de los esclavos Elecciones. Mandos. Colonias

26 El cónsul Sexto Elio no hizo nada realmente digno de mención en la Galia.
2 Tenía en la provincia dos ejércitos, uno que quedó retenido y debía ser licenciado, a cuyo mando había estado el procónsul Lucio Cornelio y él puso al pre-
3 tor Gayo Helvio, y otro el conducido por él a la provincia; aun así, empleó casi todo el año en hacer que los cremonenses y placentinos volvieran a sus colonias desde donde andaban dispersados por los avatares de la guerra.

4 Así como la Galia, en contra de lo que era previsible, permaneció tranquila aquel año, en cambio en los alrededores de Roma estuvo a punto de estallar una revuelta
5 de esclavos. Los rehenes de los cartagineses estaban bajo custodia en Secia; con ellos había un gran número de es-
6 clavos, pues eran hijos de ciudadanos principales. Este número se veía incrementado con bastantes esclavos com-

prados por los propios setinos entre el botín procedente de la reciente guerra de África, pertenecientes a dicho pueblo. Tramaron una conjura, enviaron a algunos de entre 7
ellos a sublevar a los esclavos del territorio de Secia [199] primero y de las cercanías de Norba y Cerceyos [200] después, y una vez ultimados todos los preparativos, acordaron atacar a la población durante los juegos que iban a celebrarse en fecha próxima en Secia cuando la atención estuviera centrada en el espectáculo; después de tomar 8
Secia, aprovechando la sorpresa del ataque y la matanza, ocuparían Norba y Cerceyos para liberar de su custodia a los rehenes y prisioneros cartagineses y hacer que se unieran a ellos los esclavos que los acompañaban. Esta intentona tan infame fue denunciada en Roma ante el pretor urbano Lucio Cornelio Léntulo [201]. Antes del amanecer 9
se presentaron a él dos esclavos y le expusieron detallada y ordenadamente todo lo que se había hecho y estaba a punto de hacerse. El pretor dio orden de retenerlos en 10
su casa bajo custodia, convocó al senado y lo informó de la denuncia recibida. Se le dieron instrucciones de que se pusiera en camino para investigar la conspiración y reprimirla; partió con cinco delegados, y a cuantos encontra- 11
ba por el campo los obligaba a empuñar las armas y seguirlo, tras pedirles que prestaran juramento. Con esta 12
apresurada leva armó unos dos mil hombres y llegó a Secia sin que nadie supiera adónde se dirigía. Allí el arresto 13
inmediato de los cabecillas de la conspiración hizo que los esclavos huyeran de la ciudad. A continuación envió ras-

[199] Secia (cf. VI 30, 9), fundada en 312, era una de las colonias que se habían «rebelado» en 209 (ver XXVII 9, 7).

[200] En los libros anteriores aparece en la forma Circeyos. Cf. I 56, 3.

[201] Error por Mérula: cf. 7, 13.

14 treadores por los campos [202]... Muy valiosa resultó la
colaboración de dos esclavos denunciantes y de un hombre
libre. Los senadores dispusieron que se les entregaran a
éste cien mil ases librales y a los esclavos veinticinco mil
ases a cada uno y la libertad, siéndoles abonado a sus amos
el precio del rescate con cargo al tesoro público.

15 No mucho más tarde, y como secuela de la misma
conjura, se tuvo noticia de que los esclavos se disponían
16 a ocupar Preneste [203]. Allá se fue el pretor Lucio Cornelio
y llevó al suplicio a unos quinientos hombres implicados
en aquella trama. En la ciudad se temió que los responsa-
bles de la maquinación fueran los rehenes y prisioneros
17 cartagineses. De ahí que también en Roma se establecieran
guardias en los barrios y se diera a los magistrados meno-
res orden de hacer rondas de vigilancia, y a los triúnvi-
ros [204] de la cárcel de las «lautumias» de intensificar la
18 vigilancia; además, el pretor mandó cartas a las ciudades
latinas con instrucciones de que se mantuviese a los rehe-
nes en domicilios particulares sin autorizarlos para apare-
cer en público, y que los prisioneros estuviesen custodia-
dos exclusivamente en cárceles públicas aherrojados con
cadenas de peso no inferior a las diez libras.

27 Aquel mismo año unos embajadores del rey Átalo
depositaron en el Capitolio una corona de oro de doscien-
tas cuarenta y seis libras y dieron las gracias al senado
por el hecho de que Antíoco hubiera retirado su ejército

---

[202] Hay una laguna en el texto. La traducción de la propuesta de McDonald para suplirla sería: «en busca de los fugitivos... el propio pretor llevó la investigación... llevó al suplicio a cerca de dos mil hombres...».

[203] Véase II 19, 2, nota.

[204] Los *IIIuiri capitales*.

del territorio de Átalo gracias a la intervención de los embajadores romanos.

Durante aquel mismo verano le llegaron al ejército 2
que se hallaba en Grecia doscientos jinetes, diez elefantes y doscientos mil modios de trigo enviados por el rey Masinisa. Asimismo, desde Sicilia y Cerdeña se le enviaron al ejército importantes remesas de vituallas y ropas. En 3
Sicilia gobernaba Marco Marcelo, y en Cerdeña, Marco Porcio Catón, hombre recto e íntegro, al que sin embargo se consideraba un tanto duro en la represión de la usura: los usureros tuvieron que abandonar la isla, y se recorta- 4
ron o suprimieron los gastos que solían hacer los aliados para agasajar al pretor.

El cónsul Sexto Elio regresó de la Galia a Roma con 5
motivo de los comicios y proclamó cónsules[205] a Gayo Cornelio Cetego y Quinto Minucio Rufo. Dos días más 6
tarde se celebraron las elecciones de pretores. Por primera vez aquel año se eligieron seis pretores, pues el número de provincias iba en aumento y las fronteras del imperio se ensanchaban. Éstos fueron, pues, los elegidos: Lucio 7
Manlio Volsón, Gayo Sempronio Tuditano, Marco Sergio Silo, Marco Helvio, Marco Minucio Rufo y Lucio Atilio, de los cuales Sempronio y Helvio eran ediles de la plebe; Quinto Minucio Termo[206] y Tiberio Sempronio Longo 8
fueron elegidos ediles curules. Aquel año se reiniciaron cuatro veces los Juegos Romanos.

El primer asunto en ser tratado siendo cónsules Gayo 28
Cornelio y Quinto Minucio fue la asignación de provincias a los cónsules y pretores. Se comenzó por los pretores, 2
porque se podía resolver la cuestión mediante sorteo. A

[205] Para el año 197.

[206] Sería pretor en 196 y cónsul en 193.

Sergio le tocó la jurisdicción urbana, y a Minucio la de
los extranjeros. Cerdeña le correspondió a Atilio, Sicilia
a Manlio, la Hispania citerior a Sempronio y la ulterior
3 a Helvio. Los cónsules se disponían a sortear Italia y
Macedonia, pero los tribunos de la plebe Lucio Opio y
Quinto Fulvio se oponían alegando que Macedonia era una
4 provincia muy lejana y hasta aquella fecha el mayor obs-
táculo para la guerra había sido el hecho de que, apenas
iniciadas las operaciones, precisamente cuando más metido
estaba en la dirección de la guerra el cónsul saliente tenía
5 que volver; se estaba ya en el cuarto año desde que se
había declarado la guerra a Macedonia; Sulpicio se había
pasado la mayor parte del año a la búsqueda del rey y
de su ejército; Vilio había tenido que venirse cuando se
estaba enfrentando al enemigo, dejando inconclusa la ope-
6 ración; Quincio, retenido en Roma la mayor parte del
año por cuestiones religiosas, aun así había llevado tan bien
las operaciones que podía haber resuelto la guerra si hu-
biera llegado antes a la provincia o se hubiera retrasado
7 el invierno; ahora, aunque casi retirado a los cuarteles
de invierno, estaba preparando de tal forma la guerra, se-
gún se decía, que daba pie a pensar que le pondría fin
8 en el próximo verano si el relevo no se lo impedía. Con
estos razonamientos lograron que los cónsules se declara-
sen dispuestos a someterse a la decisión del senado si lo
hacían también los tribunos de la plebe. Unos y otros deja-
ron al senado libertad de decisión; los senadores asignaron
9 por decreto a ambos cónsules la provincia de Italia, y a
Tito Quincio le prorrogaron el mando hasta que un decre-
to del senado le enviase un sucesor. Se le asignaron dos
legiones a cada uno de los cónsules, con orden de hacer
la guerra contra los galos cisalpinos que se habían subleva-
10 do contra el pueblo romano. A Quincio, para Macedonia,

le fue aprobado un suplemento de seis mil soldados de infantería, trescientos de caballería, y tres mil aliados para la armada. Lucio Quincio Flaminino recibió orden de con- 11
tinuar al mando de la flota que ya tenía a su cargo. Para las Hispanias se le concedieron a cada uno de los pretores ocho mil aliados y latinos de infantería y cuatrocientos de caballería para que licenciaran a los veteranos de las Hispanias; también se les dieron instrucciones para que definieran los límites entre las provincias ulterior y citerior. Además fueron enviados como legados a Macedonia Pu- 12
blio Sulpicio y Publio Vilio, que habían estado como cónsules en dicha provincia.

Antes de que los cónsules y los pretores partieran 29
hacia sus provincias se decidió expiar los prodigios: habían sido alcanzados por rayos en Roma el templo de Vulcano y el de Sumano [207], y en Fregenas [208] la muralla y una puerta; en Frusinón había brillado la luz en plena noche; 2
en Éfula [209] había nacido un cordero con dos cabezas y cinco patas; en Formias habían entrado en la ciudad dos lobos y habían destrozado a varias personas que se habían cruzado en su camino, mientras que en Roma había entrado un lobo no sólo en la ciudad sino incluso en el Capitolio.

A propuesta del tribuno de la plebe Gayo Atinio se 3
enviaron cinco colonias a la costa: dos a las desembocaduras de los ríos Volturno y Literno [210], una a Putéolos, una

---

207 El templo de Vulcano estaba en el Campo de Marte, y el de Sumano (posible denominación primitiva de Júpiter) en el Circo Máximo.

208 En Fregenas (Maccarese), situada a unos 15 Km. al norte de Ostia, se había fundado una colonia en 245 (cf. *Per.* XIX).

209 Cf. XXVI 9, 9.

210 Las colonias recibieron los nombres de Volturno (actual Castelvolturno) y Literno (a orillas del Lago di Patria).

4 al Castro de Salerno [211], y otra más a Buxento [212], disponiendo que se enviaran trescientas familias a cada una de las colonias. Para su fundación fueron nombrados triúnviros, con tres años de duración en su mandato, Marco Servilio Gémino, Quinto Minucio Termo, y Tiberio Sempronio Longo.

Campaña en la Galia Cisalpina

5 Una vez realizado el reclutamiento y demás asuntos divinos y humanos que debían ser atendidos personalmente por los cónsules, partieron ambos para la Galia.
6 Cornelio se fue directamente al territorio de los ínsubres, que entonces estaban levantados en armas junto con los cenomanos, y Quinto Minucio torció hacia el oeste de Italia en dirección al mar inferior, y después de llegar a Génova al frente de su ejército comenzó la
7 guerra contra los lígures. Las plazas de Clastidio [213] y Litubio, ambas pertenecientes a los lígures, y otras dos comunidades de este mismo pueblo, los celeyates y los cerdiciates, se rindieron. Desde ese momento estaba sometida toda la zona del lado de acá del Po a excepción de los
8 boyos, entre los galos, y los ilvates, entre los lígures. Se hablaba de que se habían rendido quince plazas con veinte mil hombres. A continuación marchó al frente de sus legiones al territorio de los boyos.

30 No hacía mucho que el ejército de los boyos había cruzado el Po y se había unido a los ínsubres y
2 cenomanos, pues habían oído que los cónsules pensaban operar con sus legiones juntas, y ellos a su vez querían for-

[211] Actual Salerno.

[212] En el mar Tirreno, cerca de la actual Policastro. La ciudad fue fundada en 467.

[213] Actual Casteggio, en la alta Liguria, igual que Litubio.

talecerse reuniendo sus fuerzas. Pero cuando llegaron ru- 3
mores de que uno de los cónsules estaba incendiando las
tierras de los boyos, inmediatamente surgieron las disen-
siones: los boyos pedían que todos los efectivos acudiesen
en ayuda de los que estaban en aprietos, y los ínsubres
aseguraban que no abandonarían sus dominios. Se pro- 4
dujo así la división de las tropas; los boyos marcharon
a defender su territorio, y los ínsubres con los cenomanos
tomaron posiciones a las orillas del Mincio. A su vez el 5
cónsul Cornelio emplazó su campamento dos millas más
abajo de esta posición a orillas del mismo río. Desde 6
allí envió emisarios a los poblados de los cenomanos y a
su capital Brixia, y cuando tuvo datos suficientes de que
la juventud estaba en armas sin el consentimiento de los
mayores y que los cenomanos no se habían unido a la su-
blevación de los ínsubres por decisión oficial, convocó a 7
los ciudadanos más importantes e inició tentativas y pasos
tendentes a que los cenomanos se separaran de los ínsubres
y emprendieran la marcha volviendo a casa o pasándose
a los romanos. Bien es verdad que esto no fue capaz 8
de conseguirlo, pero sí se comprometieron ante el cónsul
a que en el momento de la batalla no intervendrían, o in-
cluso ayudarían a los romanos si la ocasión se presentaba.
Los ínsubres ignoraban que se hubiera llegado a este 9
acuerdo; no obstante, les habían entrado algunas sospe-
chas de que la lealtad de los aliados se tambaleaba. Consi-
guientemente, cuando se formó el orden de combate no
se arriesgaron a asignarles ninguna de las alas, por temor
a que cediese toda la formación si ellos retrocedían come-
tiendo traición, y los colocaron en la reserva detrás de las
enseñas. Al comenzar la batalla el cónsul prometió con 10
voto un templo a Juno Sóspita si aquel día eran derrota-
dos y puestos en fuga los enemigos; los soldados prorrum-

pieron en gritos diciendo que ellos harían que el cónsul cumpliera su promesa, y se produjo la carga contra el ene-
11 migo. Los ínsubres no aguantaron el primer choque. Según algunos historiadores, tuvieron que combatir en dos frentes, pues inesperadamente los atacaron también los cenomanos por retaguardia, y entre los dos frentes cayeron treinta y cinco mil enemigos y fueron cogidos vivos cinco mil
12 doscientos, entre ellos Amílcar el general de los cartagineses que había sido el causante de la guerra; se captura-
13 ron ciento treinta enseñas militares y más de [214]... carros; ...ciudades de los galos, que habían secundado la rebelión de los ínsubres, se rindieron a los romanos.

31 El cónsul Minucio, primero, había recorrido el territorio de los boyos saqueándolo a lo largo y ancho; luego, cuando éstos abandonaron a los ínsubres para defender sus dominios, se mantuvo dentro del campamento, convencido de que tendría que enfrentarse al enemigo en batalla cam-
2 pal. De hecho los boyos no hubieran rehusado el combate de no haberles quebrantado la moral la noticia de la derrota de los ínsubres. Dejaron, pues, general y campamento dispersándose por las aldeas para defender cada uno sus propiedades, y obligaron al enemigo a cambiar la estrate-
3 gia bélica. El cónsul, en efecto, perdidas las esperanzas de resolver la guerra en una sola batalla, comenzó de nuevo a saquear los campos, incendiar las casas, y asaltar
4 los poblados. Por aquellos mismos días fue incendiado Clastidio. De allí las legiones marcharon contra los ligusti-
5 nos ilvates, los únicos que no estaban sometidos. Pero también éstos se sometieron cuando se enteraron de que los ínsubres habían sido derrotados y que los boyos estaban atemorizados hasta el extremo de no atreverse a probar

[214] Se han perdido los numerales.

suerte en un combate. Las cartas de los cónsules infor- 6 mando de sus éxitos en la Galia llegaron a Roma al mismo tiempo. El pretor urbano Marco Sergio las leyó al senado, y después, con autorización del senado, las leyó al pueblo. Se decretaron cuatro días de pública acción de gracias.

Oriente: negociaciones de paz con Filipo

Por entonces había comenzado ya el 32 invierno y Tito Quincio, una vez tomada Elacia, había dispuesto los cuarteles de invierno en la Fócide y la Lócride. Entonces se originó un enfrentamiento interno en Opunte: un sector llamaba a los etolios, que 2 estaban más cerca, y el otro a los romanos. Llegaron 3 primero los etolios, pero la otra facción, más poderosa, no les dejó entrar, envió un mensaje al general romano y mantuvo controlada la ciudad hasta la llegada de éste. La ciudadela estaba ocupada por una guarnición del rey, 4 y ni las amenazas de los opuncios ni la autoridad del general romano consiguieron que la abandonaran. El ataque 5 no fue inmediato debido al retraso que supuso la llegada de un parlamentario con caduceo enviado por el rey para solicitar lugar y fecha para una entrevista. Se accedió a 6 la petición del rey con cierta renuencia, no porque Quincio no deseara dar la impresión de haber resuelto la guerra en parte con las armas y en parte con negociaciones; aún no sabía, en efecto, si se enviaría a uno de los nuevos 7 cónsules para relevarle o si se le prorrogaría el mando —cosa que sus amigos y allegados intentarían por todos los medios por encargo suyo—; por otra parte, estaba 8 convencido de que una entrevista le vendría bien para tener la posibilidad de inclinar la situación hacia la guerra, si él se quedaba, o hacia la paz, si tenía que irse. El lugar 9 elegido fue la playa del golfo Malíaco cerca de Nicea. El rey se desplazó allí desde Demetríade con cinco lanchas

10 y una nave de espolón; lo acompañaban dos importantes macedonios y un exiliado aqueo, Giclíadas, notable perso-
11 naje. Con el general romano estaban Aminandro; Dionisodoro, en representación de Átalo; Acesímbroto, comandante de la flota rodia; Feneas [215], jefe etolio, y dos aqueos,
12 Aristeno y Jenofonte. Escoltado por ellos el romano se adelantó hasta la orilla, y cuando el rey avanzó hasta la
13 proa de la nave, que estaba anclada, le dijo: «Si saltas a tierra, desde cerca hablaremos y nos oiremos con mayor comodidad el uno al otro». Como el rey manifestó que no pensaba hacerlo, Quincio preguntó: «¿De quién tienes miedo, pues?» El otro replicó, en el tono altivo de los
14 reyes: «No temo a nadie en absoluto, salvo a los dioses inmortales; pero no me fío de la buena fe de todos los que veo a tu alrededor, y de los etolios de los que menos».
15 «Ése, dijo el romano, es un riesgo que corre todo el que acude a una entrevista con el enemigo si no hay buena
16 fe». «Sin embargo, Tito Quincio, replicó el rey, no son equiparables Filipo y Feneas como recompensa a la mala fe si se actúa a traición, pues no tendrán las mismas dificultades los etolios para encontrar otro pretor que los macedonios para encontrar un rey con que sustituirme.»

33 Tras estas palabras se hizo el silencio, pues el romano consideraba lógico que hablase primero quien había pedido la entrevista, y el rey pensaba que correspondía hablar antes al que dictaba las condiciones de paz, no al que las
2 recibía. Por fin el romano dijo que su discurso era muy simple, pues iba a exponer las condiciones sin cuyo cum-
3 plimiento no habría posibilidad alguna de paz: el rey tenía que retirar sus guarniciones de todas las ciudades griegas, devolver a los aliados del pueblo romano los prisione-

[215] *Strategós* en 198 y 192.

ros y desertores, devolver a los romanos las localidades
de Iliria que hubiera ocupado después del acuerdo de paz
hecho en el Epiro, y devolverle a Tolomeo, rey de Egipto, 4
las ciudades que había tomado después de la muerte de
Tolomeo Filópator; éstas eran las condiciones suyas y del
pueblo romano, pero era justo que se oyeran también las
demandas de los aliados. El representante del rey Átalo 5
reclamó las naves y los prisioneros capturados en la batalla
naval de Quíos [216], y la restitución a su primitivo estado
del Niceforio y el templo de Venus que había expoliado
y devastado. Los rodios reclamaban la Perea —comarca 6
continental, dominada por ellos desde muy antiguo, situa-
da enfrente de su isla—, y pedían la retirada de las guarni-
ciones de Jaso, de Bargilias y de la ciudad de los euromen-
ses [217], y de Sesto y Abidos en el Helesponto; la devolu- 7
ción de Perinto a los bizantinos de acuerdo con la fórmula
de sus antiguos derechos; y la apertura de todos los merca-
dos y puertos de Asia. Los aqueos reclamaban Corinto 8
y Argos. Después que intervino el pretor de los etolios Fe-
neas pidiendo casi lo mismo que los romanos —la retirada
de Filipo de Grecia, y la devolución a los etolios de las
ciudades que anteriormente habían estado bajo su juris-
dicción—, habló Alejandro, un notable etolio tenido por 9
hombre elocuente entre los suyos. Dijo que llevaba largo 10
rato callado no porque pensase que aquella entrevista iba
a dar algo de sí sino por no interrumpir a alguno de los
aliados en uso de la palabra; Filipo no era sincero cuando
negociaba la paz, ni había demostrado nunca verdadero
valor en la guerra; en las negociaciones tendía trampas y

[216] De 201 (cf. POLIBIO XVI 2-9).

[217] Tomadas todas ellas en el año 201, y Sesto en el 200. Perinto, tal vez en el 202.

11 se mantenía al acecho, y en la guerra no se enfrentaba
en terreno abierto ni combatía en batalla campal sino que
incendiaba y saqueaba las ciudades al batirse en retirada:
12 vencido, destruía el premio de los vencedores; sin embargo,
no era así como habían actuado los antiguos reyes mace-
donios, sino que solían hacer la guerra en el campo de
batalla y respetar en lo posible las ciudades para tener un
13 imperio más floreciente; pero ¿qué estrategia era aquella
de destruir los objetivos por los que se combate no dejan-
14 do tras de sí más que la guerra? En Tesalia el año ante-
rior Filipo había arrasado más ciudades que todos los ene-
15 migos que Tesalia había tenido jamás; incluso a los pro-
pios etolios les había causado mayores pérdidas como alia-
do que como enemigo: había tomado Lisimaquia después
16 de echar al pretor y la guarnición etolia; había destruido
y arruinado completamente Cíos, ciudad igualmente de su
jurisdicción; de la misma forma traicionera tenía en su po-
der Tebas, Ptía, Equino, Larisa y Fársalo.

34 Alterado por las palabras de Alejandro, Filipo acercó
2 más a tierra la nave para que se le oyese mejor y cuando
había comenzado a hablar, contra los etolios especialmen-
te, Feneas lo interrumpió bruscamente diciendo que no era
cuestión de palabras, que había que vencer en la guerra
3 o bien obedecer a los que eran superiores. «Eso es evidente
hasta para un ciego» dijo Filipo ironizando con una afec-
ción de la vista de Fineas, pues era por naturaleza más
mordaz de lo conveniente en un rey y ni siquiera en los
4 momentos graves controlaba el humor. A continuación
comenzó a mostrar su indignación por el hecho de que
los etolios, igual que los romanos, le exigían que se retirase
de Grecia, ellos que no eran capaces de decir cuáles eran
las fronteras de Grecia, pues dentro de la propia Etolia
no pertenecían a Grecia los agreos, los apódotos ni los an-

fílocos, o sea, una parte muy importante de los etolios.
«¿O es que tienen razón al quejarse de que yo no he respe- 5
tado a sus aliados, cuando ellos mismos hacen ley de su
inveterada costumbre de permitir que su juventud combata
contra sus propios aliados con el simple expediente de que
no medie autorización oficial, y con mucha frecuencia dos
ejércitos enfrentados tienen uno y otro tropas auxiliares
etolias? Y yo no asalté Cíos, sino que colaboré en su 6
asedio con mi aliado y amigo Prusias [218]; liberé Lisima-
quia de los tracios, y si hoy éstos la tienen en su poder
es porque me vi obligado a desatender su defensa para aten-
der a esta guerra. Esto por lo que se refiere a los etolios. 7
En cuanto a Átalo y los rodios, en estricta justicia nada
les debo, pues no fui yo sino ellos quienes dieron origen
a la guerra. Ahora bien, en honor a los romanos devolveré 8
Perea a los rodios y a Átalo las naves con los prisioneros
que se encuentren. Por lo que se refiere, pues, al Niceforio 9
y la restauración del templo de Venus, ¿qué otra cosa 10
puedo responder a los que hacen tales demandas sino que
estoy dispuesto a correr con los gastos de una nueva plan-
tación, única forma en que se pueden restaurar los bos-
ques y arboledas taladas? Éstas son las demandas y las
respuestas que los reyes tienen a bien hacerse mutuamen-
te». La última parte de su discurso fue dirigida contra 11
los aqueos; en ella comenzó recordando los motivos de gra-
titud de este pueblo en primer lugar para con Antígono,
y en segundo lugar para con él mismo, y luego mandó
dar lectura a los decretos en los que se recogían todos los
honores divinos y humanos, y les echó en cara el decreto 12
reciente con que habían roto con él. Y después de atacar
con dureza su falta de lealtad dijo que a pesar de todo

[218] Prusias I de Bitinia.

13 estaba dispuesto a devolverles Argos, y en cuanto a Corinto, que lo trataría con el general romano y al mismo tiempo le preguntaría si le parecía justo que tuviera que retirarse no sólo de las ciudades que había tomado y ocupaba por derecho de guerra sino también de aquellas que había recibido de sus antepasados.

Segundo encuentro. Embajada al senado romano

35 Los aqueos y los etolios se disponían a contrarreplicar, pero como el sol estaba próximo al ocaso se pospuso la entrevista para el día siguiente; Filipo regresó a la base de donde había partido, y
2 los romanos y sus aliados retornaron al campamento. Al día siguiente, Quincio llegó a Nicea —pues éste era el lugar convenido— a la hora prefijada; pasaron varias horas y Filipo no daba señales de vida, ni él ni mensajero alguno, y ya no se contaba con que fuera a venir cuando de pronto
3 aparecieron las naves. Él aseguraba que había dedicado el día entero a reflexionar, pues las exigencias presentadas eran graves e injustas, y no había llegado a una conclusión;
4 pero todos estaban convencidos de que había dejado a propósito el encuentro para última hora con el objeto de que los aqueos y los etolios no tuvieran tiempo para repli-
5 car, opinión que él mismo confirmó al pedir que se retiraran los demás y se le permitiera entrevistarse a solas con el general romano para no perder el tiempo en discusiones
6 y poder llegar a alguna conclusión. En un principio no
7 se aceptó esta petición para que no pareciera que los aliados quedaban al margen de la entrevista; después, como insistía en su solicitud, por acuerdo entre todos se retiraron los demás y el general romano se adelantó hasta el final de la playa con el tribuno militar Apio Claudio [219].

---

[219] Nerón, el pretor de 195.

El rey bajó a tierra con los dos acompañantes de la vís- 8
pera. Allí hablaron en privado durante algún tiempo, y
no se sabe con certeza qué información llevó Filipo a los
suyos acerca de lo tratado. Quincio informó a los aliados 9
de que Filipo cedía a los romanos toda la costa de Iliria,
y devolvía los desertores y prisioneros que hubiera; a Átalo 10
le devolvía las naves y las tripulaciones capturadas con ellas,
y a los rodios la región llamada Perea, pero no pensaba
retirarse de Jaso y Bargilias; a los etolios les devolvía Fár- 11
salo y Larisa, pero no Tebas; a los aqueos les dejaba libre
tanto Argos como Corinto. Esta concreción de los sitios 12
que dejaría y de los que no dejaría no gustaba a nadie
en absoluto, pues así se perdía más que se ganaba, y si 13
no retiraba de toda Grecia sus guarniciones nunca iban
a faltar motivos de conflictos.

Como todos gritaban a cuál más desde toda la asam- 36
blea expresando estas razones, las voces llegaron incluso
a oídos de Filipo, que se encontraba lejos. Pidió, pues, 2
a Quincio que aplazase todo el asunto para el día siguien-
te, que con toda seguridad le convencería o se dejaría con-
vencer. Se eligió como lugar de la entrevista la costa cerca-
na a Tronio, y allí se presentaron puntualmente. En la 3
entrevista, Filipo comenzó rogando a Quincio y a todos
los presentes que no desbarataran las expectativas de paz,
y concluyó pidiendo un plazo para poder enviar embaja- 4
dores a Roma, al senado: o bien conseguiría la paz en las
condiciones expresadas, o bien aceptaría cualquier condi-
ción de paz que pusiera el senado. Esta propuesta no 5
les gustaba nada a los otros, pues pensaban que su único
objetivo era un aplazamiento con que ganar tiempo para
reunir tropas; Quincio en cambio decía que esto sería 6
cierto si fuese verano, época de operaciones militares, pero
ahora que se acercaba el invierno no se perdía nada dando

7 tiempo para el envío de embajadores, pues sin el refrendo
del senado ninguno de los acuerdos a los que ellos llegaran
con el rey tendría validez, y se podía aprovechar el obliga-
do paréntesis bélico que imponía el invierno para sondear
8 la voluntad del senado. Los otros jefes aliados se inclina-
ron también a favor de esta idea; se concedió una tregua
de dos meses, y acordaron enviar también ellos un embaja-
dor cada uno para poner sobre aviso al senado a fin de
9 que no cayera en una trampa del rey. Al acuerdo de tregua
se añadió una cláusula estipulando que las guarniciones
del rey se retirarían inmediatamente de la Fócide y la Ló-
10 cride. Quincio, por su parte, envió a Aminandro, rey de los
atamanes, junto con los embajadores aliados para dar ma-
yor relieve a la embajada, así como a Quinto Fabio —hijo
de una hermana de su mujer—, y a Quinto Fulvio y Apio
Claudio.

37 Una vez llegados a Roma se dio audiencia a los emba-
jadores de los aliados antes que a los del rey. El resto de
su discurso lo emplearon en invectivas contra el rey, pero
2 lo que llamó especialmente la atención de los senadores
fueron sus explicaciones acerca de la geografía marítima
3 y terrestre de la zona, de las cuales se desprendía con
claridad para todos que si el rey retenía Demetríade en
4 Tesalia, Calcis en Eubea, y Corinto en Acaya, Grecia no
podría ser libre, tanto que el propio Filipo, con no menos
acierto que insolencia, llamaba a estas plazas los grilletes
5 de Grecia. A continuación fueron introducidos los emba-
jadores del rey; iniciaron un largo discurso, y cortó su in-
tervención una simple pregunta: ¿estaba el rey dispuesto
a retirarse de aquellas ciudades? Contestaron que no se les
habían dado instrucciones expresas al respecto. Así, sin que
se formalizara acuerdo de paz, fueron despedidos los em-
bajadores del rey y se dejó a libre criterio de Quincio la

decisión acerca de la paz o la guerra. Cuando éste tuvo 6
la certeza de que el senado no estaba cansado de la guerra, como él deseaba más la victoria que la paz, a partir de ese momento no le concedió ninguna entrevista a Filipo y declaró que no pensaba recibir más embajada que la que anunciase que se retiraba de toda Grecia.

Nabis toma Argos y busca la alianza con Roma

Filipo comprendió que habría que re- 38
solver la cuestión en el campo de batalla y que precisaba concentrar bajo su mando fuerzas traídas de todas partes. Especialmente preocupado por las ciudades de Acaya, región muy lejana para él, y más preocupado por Argos que por Corinto, pensó que lo mejor era con- 2
fiársela como en usufructo a Nabis, tirano de los lacedemonios, de forma que si él resultaba vencedor se la devolviera, y si las cosas salían mal se quedara con ella. Escribió pues a Filocles, que gobernaba Corinto y Argos, para que se entrevistara personalmente con el tirano. Filocles, que se presentó llevando un presente, añadió 3
que además el rey quería unir en matrimonio a sus hijas con los hijos de Nabis como prenda de su futura amistad con el tirano. El tirano al principio afirmaba que sólo 4
aceptaría aquella ciudad si los propios argivos lo llamaban oficialmente en ayuda de la misma; luego, cuando se enteró 5
de que en una concurrida asamblea habían despreciado e incluso execrado el nombre del tirano, pensó que había encontrado una coartada para expoliarlos e indicó a Filocles que le entregara la ciudad cuando quisiera. Durante 6
la noche y sin que nadie se enterara se le franqueó al tirano la entrada en la ciudad; al amanecer las zonas altas estaban ocupadas y se cerraron las puertas. Algunos ciuda- 7
danos importantes escaparon aprovechando la confusión de los primeros momentos, y las fortunas de los que se

habían ausentado fueron saqueadas; a los que se habían
quedado se les confiscó el oro y la plata y se les exigieron
8 grandes sumas de dinero. A quienes hicieron la entrega
sin demora se les dejó marchar sin insultos ni malos tratos
físicos; los que infundieron sospechas de que ocultaban to-
do o una parte fueron maltratados y torturados como si
9 fueran esclavos. Después convocó asamblea y promulgó dos
disposiciones referentes una a la cancelación de las deudas
y otra a la distribución de tierras a cada ciudadano: las
dos teas con que los revolucionarios inflaman a la plebe
en contra de la aristocracia.

39 Una vez en su poder la ciudad de Argos, el tirano
olvidó por completo de quién había recibido la ciudad y
2 con qué condición y envió emisarios a Quincio que estaba
en Elacia y a Átalo que invernaba en Egina para informar-
los de que Argos estaba en su poder y que estaba seguro
de llegar a un acuerdo total con Quincio si éste acudía
3 allí para una entrevista. Con la intención de quitarle tam-
bién a Filipo aquella posición defensiva, Quincio dijo que
iría, y mandó aviso a Átalo para que saliera de Egina a
4 encontrarse con él en Sición. Con las diez quinquerremes
que precisamente aquellos días había traído su hermano
Lucio Quincio de la base de Corcira él cruzó de Antícira
5 a Sición. Aquí se encontraba ya Átalo; éste le dijo que
era el tirano quien debía presentarse ante el general roma-
no y no el romano ante el tirano, y convenció a Quincio
6 para que no fuera a la ciudad misma de Argos. No lejos
de la ciudad hay una localidad llamada Micénica; se acor-
7 dó que se celebrara allí la reunión. Quincio acudió con
su hermano y varios tribunos militares, Átalo con su sé-
quito real, y el pretor de los aqueos Nicóstrato [220] lo hizo

[220] *Strategós* en 198.

acompañado de un reducido número de auxiliares. Allí se 8
encontraron al tirano esperándolos con todas sus tropas.
Armado y escoltado por un cuerpo de guardia armado se
adelantó hasta el centro de la explanada que los separaba.
Quincio, junto con su hermano y dos tribunos militares,
iba desarmado, y también iba desarmado el rey, al que
flanqueaban el pretor de los aqueos y unos de sus dignata-
rios. Comenzó a hablar el tirano disculpándose por haber 9
acudido a la entrevista armado y escoltado por hombres
armados, mientras que al general romano y al rey los veía
desarmados; no es que tuviera miedo de ellos, en efecto,
sino de los exiliados argivos. Cuando a continuación se 10
comenzó a negociar acerca de las condiciones para una
alianza, el romano pedía dos cosas: una, que pusiera fin 11
a la guerra contra los aqueos, y la otra, que mandase con
él tropas auxiliares contra Filipo. Dijo que las mandaría,
y en cuanto a la paz con los aqueos consiguió una tregua
hasta que finalizara la guerra con Filipo.

A propósito de Argos el rey Átalo suscitó una nueva 40
discusión acusando a Nabis de estar ocupando por la fuer-
za la ciudad entregada a traición por Filocles, mientras que
él se defendía diciendo que había sido llamado por los pro-
pios argivos. El rey pedía una asamblea de los argivos 2
para poder aclarar este punto, y el tirano no se oponía.
Pero el rey decía que había que asegurar la libertad de
la asamblea retirando de la ciudad la guarnición, y así,
sin la injerencia de los lacedemonios, revelaría cuál era la
voluntad de los argivos; y el tirano dijo que no la retira- 3
ría. No se encontró una salida a este contraste. La entre- 4
vista se disolvió tras la entrega de seiscientos cretenses al
romano por parte del tirano y la formalización de una tre-
gua de cuatro meses entre el pretor de los aqueos Nicóstra-
to y el tirano de los lacedemonios.

5 Quincio partió de allí hacia Corinto y se acercó a la puerta con la cohorte de cretenses para que Filocles, el prefecto de la ciudad, tuviera la evidencia de que el tirano
6 había abandonado a Filipo. Filocles acudió a entrevistarse también personalmente con el general romano, y cuando éste lo instó a que cambiase de bando de inmediato y entregase la ciudad, dio una respuesta que parecía más un
7 aplazamiento de la decisión que una negativa. Quincio marchó de Corinto a Antícira, y desde allí envió a su hermano a
8 tantear al pueblo de los acarnanes. Átalo marchó de Argos a Sición. Allí la ciudad añadió nuevos honores a los ya concedidos al rey, y éste, que ya en una ocasión anterior había rescatado para ellos con una fuerte suma
9 de dinero el terreno sagrado de Apolo, también esta vez, para no pasar por la ciudad aliada y amiga sin dejar alguna muestra de munificencia, hizo una donación de diez talentos de plata y diez mil medimnos de trigo, hecho lo
10 cual retornó a sus naves a Cencreas. Nabis, por su parte, reforzó la guarnición de Argos y después regresó a Lacedemonia. Como a los hombres de Argos los había despojado
11 él, para despojar a las mujeres envió a su esposa. Ésta, a base de invitar a las damas distinguidas, individualmente en unos casos y por grupos afines en otros, con buenas maneras o con amenazas las dejó sin oro y al final hasta sin las ropas y todos los artículos de belleza femeninos.

LIBRO XXXIII

Sinopsis

Año 197 a. C.

Ocupación de Tebas. Alianza de los beocios con Roma (1 - 2).
Pasos previos a la batalla de Cinoscéfalas (3 - 7).
Cinoscéfalas (8 - 10),
Embajada y sumisión de Filipo. Discusiones en la asamblea de los aliados (11 - 13).
Acción en Corinto. Derrota de los macedonios. Rendición de los acarnanes (14 - 17).
Rodios, dárdanos, Antíoco. Muerte de Átalo (18 - 21, 5).
Insurrección en Hispania. Roma: triunfo disputado (21, 6 - 23).

Año 196 a. C.

Elecciones. Ratificación del acuerdo de paz con Filipo. Mandos y ovación (24 -27, 5).
Problemas con los beocios: episodio de Braquiles (27, 5- 29).
Condiciones de la paz con Filipo: reacciones de etolios y griegos (30 - 33).
Advertencias a Antíoco. Remate de la guerra con Filipo (34 - 35).
Acciones militares en Etruria y en la Galia. Triunfo del cónsul Marcelo (36 - 37).
Antíoco: operaciones, conferencia, desastre de la flota (38 - 41).

AÑO 195 a. C.

Roma: nombramientos, mandos, noticias de Hispania (42 - 44).
El fantasma de Aníbal. Huida de Cartago al encuentro de Antíoco (45 - 49).

Ocupación de Tebas. Alianza de los beocios con Roma

1 Esto fue lo que ocurrió durante el invierno. A comienzos de la primavera [221], Quincio, deseoso de someter a su dominio al pueblo beocio que hasta entonces se había mantenido indeciso en una actitud vacilante, llamó a Átalo a Elacia, avanzó a través de la Fócide, y acampó a cinco millas de Tebas [222], la capital
2 de Beocia. Desde allí, al día siguiente se dirigió a la ciudad con los soldados de un solo manípulo, con Átalo, y con las numerosas delegaciones que habían acudido de todas partes, dejando orden de que lo siguieran a una milla de distancia los *hastati* de una legión, que eran unos dos mil
3 hombres. Aproximadamente a mitad de camino salió a su encuentro el pretor de los beocios, Antífilo; el resto de la población observaba desde las murallas la llegada del
4 general romano y del rey. Eran escasas las armas y pocos los soldados que se veían en torno a éstos; la revueltas del camino y los valles que había en medio ocultaban a
5 los *hastati* que los seguían de lejos. A medida que se iba acercando a la ciudad, Quincio caminaba más despacio, como para saludar a las gentes que salían a su encuentro, pero el motivo de retrasarse era dar tiempo a los *has-*
6 *tati* para que le dieran alcance. Como iba mucha gente

[221] Del año 197.

[222] Primera mención que hace Livio a la Tebas de Beocia, la ciudad refundada por Casandro en 316.

delante del lictor, los habitantes de la plaza no avistaron
a la columna de hombres armados que venía detrás a toda
prisa hasta que se llegó al lugar de recepción del general.
Entonces quedaron todos paralizados como si la ciudad 7
hubiese sido entregada a traición por el pretor Antífilo y
tomada; era evidente, por otra parte, que no le quedaba
ninguna libertad de decisión a la asamblea de los beocios
convocada para el día siguiente. Ocultaron un malestar 8
que hubiera sido inútil y arriesgado poner de manifiesto.

En la asamblea fue Átalo el primero en hablar. Había 2
comenzado a recordar los buenos servicios prestados por
sus antepasados y por él a toda Grecia en general y a los
beocios en particular, cuando, demasiado viejo y débil como 2
para soportar los esfuerzos del discurso, se quedó sin ha-
bla y se desplomó. La asamblea quedó interrumpida mo- 3
mentáneamente mientras se llevaban al rey, afectado por
una parálisis parcial, y le ayudaban a recuperarse. Después 4
habló Aristeno, el pretor de los aqueos, y sus palabras tu-
vieron tanto mayor eco por cuanto hacía a los beocios las
mismas recomendaciones que había hecho a los aqueos.
El propio Quincio añadió algunas palabras poniendo én- 5
fasis más en la lealtad de los romanos que en sus armas
o su poderío. A continuación, Dicearco de Platea presentó 6
y leyó una propuesta referente a la formalización de una
alianza con Roma; nadie se atrevió a pronunciarse en con-
tra, y fue admitida y aprobada con el voto de todas las
ciudades de Beocia. Una vez disuelta la asamblea Quincio 7
se quedó en Tebas sólo el tiempo requerido por el inespe-
rado achaque de Átalo; en cuanto se estimó que la enfer- 8
medad no entrañaba un peligro inmediato para su vida si-
no que se trataba de un debilitamiento físico, lo dejó para
que se le prodigaran los cuidados necesarios y retornó a
Elacia, de donde había partido. Una vez incorporados 9

también los beocios a la alianza, como antes los aqueos, y puesto que a su espalda quedaba asegurada y pacificada toda la zona, sus pensamientos se centraban ahora por entero en Filipo y la guerra aún pendiente.

Pasos previos a la batalla de Cinoscéfalas

3 También Filipo, una vez de vuelta de Roma los embajadores sin ninguna perspectiva de paz, a comienzos de la primavera decidió hacer una leva en todas las ciudades de su reino en vista de la gran
2 escasez de jóvenes. En efecto, las guerras ininterrumpidas durante muchas generaciones habían diezmado a los mace-
3 donios y durante su propio reinado era considerable el número de caídos tanto en los combates navales contra Átalo y los rodios como en los terrestres contra los roma-
4 nos. De modo que movilizaba jóvenes reclutas desde los dieciséis años y llamaba de nuevo a filas a algunos que habían cumplido el servicio de las armas sólo con que con-
5 servaran algo de su antigua fortaleza física. Así completó su ejército, y después del equinoccio de primavera concentró todas sus tropas en Dío [223], donde estableció su campamento permanente y aguardaba al enemigo entrenando
6 a diario a sus soldados. Quincio, por su parte, salió de Elacia aproximadamente por las mismas fechas y llegó a
7 las Termópilas atravesando Tronio y Escarfea [224]. Allí se detuvo esperando a la celebración de la asamblea de los etolios convocada en Heraclea para debatir el número de tropas auxiliares con que colaborarían con los romanos en
8 la guerra. Conocida la decisión de los aliados, dejó Heraclea avanzando hacia Xinias y al tercer día acampó en la frontera entre los enianes y los tesalios, a la espera de los

[223] Junto al monte Olimpo, por su cara norte.

[224] En el golfo Malíaco, al oeste de Tronio.

refuerzos etolios. Éstos no se hicieron esperar en absoluto; 9
capitaneados por Feneas llegaron seis mil hombres de a pie con cuatrocientos de a caballo. Quincio, para que no quedase duda acerca del objeto de su espera, se apresuró a levantar el campamento. Cuando entró en territorio de 10
la Ftiótide se unieron a él quinientos gortinios de Creta comandados por Cidante y trescientos apoloniatas con un armamento similar, y también, no mucho después, Aminandro con mil doscientos atamanes de infantería.

Enterado de que los romanos habían partido de Elacia, 11
Filipo, consciente de la proximidad de la batalla decisiva, consideró que había que dirigir unas palabras de aliento a sus hombres; les habló del valor de los antepasados 12
tantas veces recordado y de la gloria militar de los macedonios, y después llegó al punto que mayores temores suscitaba en sus ánimos en aquel momento y a aquello que podía despertar en ellos algún motivo de esperanza.

A la derrota sufrida en los desfiladeros del río Áoo 4
contraponía la de los romanos, repelidos a viva fuerza por dos veces en Atrage por la falange macedonia. Además, 2
la culpa de que no hubieran retenido el paso del Epiro que tenían ocupado había sido en primer lugar de los que habían descuidado la vigilancia, y en segundo lugar, ya 3
durante el combate, de la infantería ligera y de los soldados mercenarios; en cambio la falange de los macedonios se había mantenido entonces y siempre se mantendría invicta en terreno llano y en batalla regular. Constaba ésta 4
de dieciséis mil hombres, lo más selecto de todas las tropas de su reino. Además estaban los dos mil *caetrati,* que ellos llaman peltastas, e igual número —dos mil en cada caso— de tracios e ilirios (el pueblo de los llamados trales), y unos mil quinientos auxiliares mercenarios y dos mil 5
jinetes, mezcla de muchos pueblos. Con estas tropas espe-

6 raba el rey al enemigo. Los romanos tenían aproximada-
mente el mismo número de hombres, sólo lo rebasaban
en aquel momento en los efectivos aportados por los etolios.

5 Quincio trasladó su campamento de Ftiótide a Tebas,
y abrigando la esperanza de que se le entregase la ciudad
por obra de Timón, *el ciudadano más importante*, se acer-
có a las murallas con un reducido número de jinetes y sol-
2 dados de armamento ligero. En este caso sus esperanzas
se vieron frustradas hasta el extremo de que no sólo tuvo
que combatir contra los habitantes de la ciudad que hicie-
ron una salida, sino que además hubiera corrido un grave
peligro de no haber llegado a tiempo para ayudarle tropas
de infantería y caballería sacadas rápidamente del campa-
3 mento. En vista de que no se cumplían en absoluto las
esperanzas concebidas un poco a la ligera, de momento
renunció a un intento sobre la ciudad en el que había que
4 emplearse más a fondo; sabedor, por otra parte, de que
el rey se encontraba ya en Tesalia, pero desconociendo aún
a qué parte se había dirigido, envió a los soldados por
los campos con la orden de cortar y preparar estacas para
la empalizada.

5 Tanto los macedonios como los griegos utilizaron la
empalizada, pero no adaptaron su utilización ni para faci-
litar el transporte ni para asegurar la fortificación en sí,
6 pues talaban árboles demasiado grandes y con demasiadas
ramas como para que pudiera transportarlos un soldado
armado, y cuando los hincaban formando una barrera en
torno al campamento era fácil derribar la empalizada.
7 En efecto, como los troncos de los árboles de gran tamaño
se alzaban distanciados unos de otros, y sus numerosas
8 y fuertes ramas ofrecían fácil asidero, el esfuerzo de dos
o como mucho tres jóvenes bastaba para arrancar un tron-
co, y una vez arrancado uno, inmediatamente quedaba

abierto un espacio como una puerta y no tenían a mano
con qué taponarlo. Los romanos cortan palos ligeros, la 9
mayoría de ellos bifurcados o con tres o a lo sumo cuatro
ramas, de forma que un soldado puede llevar sin dificultad
varios a la vez, portando además las armas colgadas a la
espalda. Y los hincan tan juntos y entrecruzan sus ramas 10
de tal forma que no se puede distinguir a qué tronco perte-
nece cada rama y viceversa; además, las ramas están tan 11
aguzadas y se entrelazan unas con otras de tal manera que
no dejan hueco para meter la mano, no siendo posible ni
asir ni tirar, pues las ramas entrecruzadas se sostienen unas 12
a otras; y si por casualidad una estaca resulta arrancada
no abre mucho hueco y además es muy fácil poner otra
en su lugar.

Quincio, al día siguiente, hizo una pequeña marcha 6
portando los soldados las estacas para la empalizada con
el fin de estar listos para plantar el campamento en cual-
quier lugar; hizo alto a unas seis millas de Feras y envió 2
patrullas de reconocimiento para averiguar en qué parte
de Tesalia se encontraba el enemigo y cuáles eran sus pla-
nes. El rey estaba en las cercanías de Larisa [225], e infor- 3
mado a su vez de que el romano se había desplazado de
Tebas a Feras, deseoso a su vez de un combate que deci-
diera cuanto antes, encaminó su marcha directamente ha-
cia el enemigo y acampó a cuatro millas de Feras aproxi-
madamente. Al día siguiente salieron tropas ligeras de 4
uno y otro campamento para tomar las colinas que domi-
nan la ciudad; cuando estaban más o menos a la misma
distancia de la cima que debían ocupar, se avistaron mu-
tuamente; hicieron alto y enviaron mensajeros de vuelta 5
al campamento a preguntar qué debían hacer, dado que

[225] La de Tesalia.

se habían encontrado inesperadamente con el enemigo, y
se mantuvieron a la espera sin realizar ningún movimiento.
6 Aquel mismo día fueron llamados de vuelta al campamen-
to sin que se entablara ningún combate. Al día siguiente
hubo un combate ecuestre al pie de las mismas colinas en
el que fueron puestos en fuga y rechazados hasta el cam-
pamento los hombres del rey, a lo cual contribuyeron de
7 modo especial los etolios. Para el desarrollo de la acción
constituyeron un serio obstáculo para unos y otros los
numerosos árboles plantados en aquel terreno, los huertos
—cosa corriente en los alrededores de una ciudad—, y los
caminos encerrados y en algunos puntos cortados por las
8 tapias. Consiguientemente, los dos generales tomaron la
misma decisión: salir de aquella comarca; y como si se hu-
biesen puesto de acuerdo se dirigieron ambos a Escotusa,
Filipo con la esperanza de abastecerse allí de trigo, y el
romano con la intención de adelantarse al enemigo y arrui-
9 narle las cosechas. Marcharon durante el día entero sin
que en ningún sitio se avistaran entre sí las columnas por-
que los separaba una serie ininterrumpida de colinas.
10 Acamparon los romanos cerca de Eretria, en territorio de
11 la Ftiótide, y Filipo a orillas del río Onquesto. Tampoco
al día siguiente, cuando Filipo emplazó su campamento
en un lugar llamado Melambio en territorio de Escotusa
y Quincio en las cercanías de Tetideo, en tierras de Farsa-
lia, supieron con certeza ni unos ni otros dónde se encon-
12 traba el enemigo. Al tercer día cayó un chaparrón seguido
de una niebla densa como la noche que mantuvo a los ro-
manos inactivos por miedo a una emboscada.

7 Filipo quería apresurar la marcha y dio orden de poner-
se en camino sin asustarse lo más mínimo por las nubes
que habían descendido hasta tierra después de la lluvia.
2 Pero la niebla que oscurecía el día era tan espesa que no

veían ni los portaestandartes el camino ni los soldados las enseñas, y la columna iba de un lado a otro desconcertada entre los gritos inciertos como si se hubiese extraviado en la noche. Después de rebasar las colinas llamadas Cinos- 3
céfalas[226], donde dejaron un fuerte destacamento de infantería y caballería, acamparon. El romano permanecía 4
en el mismo campamento de Tetideo; sin embargo envió diez escuadrones de caballería y un millar de hombres de infantería a averiguar dónde se encontraba el enemigo, advirtiéndoles que fuesen atentos a las emboscadas que la oscuridad del día podría propiciar incluso en parajes abiertos. Cuando llegaron a las colinas ocupadas, ellos y los 5
enemigos se asustaron mutuamente y quedaron como paralizados. Después enviaron mensajes a sus jefes a los campamentos y cuando se serenó la primera reacción de pánico provocada por el inesperado encuentro no tardaron mucho en entablar combate. En un principio se enzarzaron 6
en una refriega unos pocos que se adelantaron a la carrera; luego, al sumarse más hombres para apoyar a los que eran rechazados, la pelea se amplió. Los romanos, claramente inferiores, enviaban un mensajero tras otro a su general diciendo que se encontraban en un aprieto. Inmediata- 7
mente se enviaron quinientos hombres de caballería y dos mil de infantería, etolios en su mayoría, con dos tribunos militares, y reequilibraron un combate que se decantaba en contra; la suerte cambió, y los macedonios, ahora en 8
apuros, pedían ayuda al rey por medio de mensajeros. El rey, que lo último que esperaba era un combate debido a la niebla que se había extendido aquel día, había mandado a forrajear a buena parte de sus hombres, de todas

[226] El pasaje de POLIBIO que sirve de fuente para la batalla de Cinoscéfalas es XVIII 19-27.

las armas, y quedó algún tiempo desconcertado sin saber
9 qué decisión tomar. Luego, como los mensajeros insistían
y la niebla había dejado al descubierto las cimas de los
montes y se podía ver que los macedonios, rechazados has-
ta la cima que más sobresalía entre el resto, se defen-
10 dían gracias a la posición más que con las armas, pensó
que era preciso correr el albur de un enfrentamiento decisi-
vo, pasara lo que pasara, para no perder una parte de sus
11 fuerzas por dejarla indefensa, y envió al jefe de los mer-
cenarios, Atenágoras, con todas las tropas auxiliares ex-
cepto los tracios, y con la caballería macedonia y tesalia.
12 Al llegar éstos, los romanos fueron desalojados de la colina
y no se detuvieron hasta llegar a la parte más llana del
13 valle. Si no se lanzaron a una huida desenfrenada fue
sobre todo gracias a la labor defensiva de la caballería eto-
lia. Éstos eran entonces, con gran diferencia, los mejores
jinetes de Grecia; en cambio en infantería les ganaban los
pueblos vecinos.

Cinoscéfalas

8 Las noticias del combate, pues de él
llegaban un hombre tras otro diciendo a
gritos que los romanos huían despavori-
dos, eran más halagüeñas que la realidad,
2 y decidieron sacar todas sus tropas al
campo de batalla a un Filipo que se mostraba renuente
e indeciso y decía que era una imprudencia, que no le pa-
3 recían ni el lugar ni el momento apropiados. Lo mismo
hizo el romano, empujado más por lo inevitable que por
lo oportuno de la batalla. Colocó los elefantes delante de
las enseñas, dejó el ala derecha como reserva, y con la
izquierda avanzó frente al enemigo con todas las tropas
4 ligeras, al tiempo que recordaba a sus hombres que iban
a pelear contra los mismos macedonios a los que habían
derrotado en el campo de batalla superando las dificulta-

des de la naturaleza del terreno, tras desalojarlos de las
gargantas del Epiro donde estaban protegidos por montes
y ríos [227]; los mismos a los que habían vencido ya antes [228], 5
a las órdenes de Publio Sulpicio, cuando tenían ocupado
el acceso a Eordea; que era la fama, y no la fuerza, lo
que había mantenido al reino de Macedonia en pie, y al
final también esa fama se había desvanecido. Entretanto 6
habían llegado ya junto a sus hombres que resistían en
lo hondo del valle; éstos, a la llegada de su ejército y su
general, reanudan la lucha, se lanzan a la carga y obligan
al enemigo a dar la vuelta. Filipo, con los *caetrati* y con 7
el ala derecha de la infantería —lo más consistente del ejér-
cito macedonio, la llamada falange— se lanza contra el
enemigo casi a la carrera y ordena a Nicanor, uno de los 8
oficiales de su corte, que le siga de inmediato con el resto
de las tropas. En un primer momento, cuando llegó a la 9
cima de la colina y por las pocas armas y cadáveres de
enemigos que yacían tendidos allí, comprendió que había
tenido lugar un combate en aquella posición, que los ro-
manos habían sido desalojados de ella y que se estaba lu-
chando cerca del campamento enemigo, se sintió invadi-
do por una viva alegría; pero muy pronto, cuando los 10
suyos emprendieron la huida y cambió de campo el páni-
co, pasó unos momentos de confusión dudando si retirar
sus tropas al campamento. Después, como el enemigo se 11
estaba acercando, y aparte de que los suyos eran destroza-
dos por la espalda y no tenían escapatoria si no acudía
en su defensa, y ya ni siquiera él tenía un lugar seguro adon-
de retirarse, se vio constreñido a jugárselo todo cuando 12
aún no había llegado hasta él la otra parte de sus hombres.

[227] Referencia a la batalla narrada en XXXII 11-12.

[228] Batalla narrada en XXXI 39.

Colocó junto a los *caetrati* en el ala derecha a la caballería
y a las tropas de armamento ligero que habían intervenido
13 en el combate, y ordenó a los hombres de la falange
macedonia que abandonaran las picas, cuya longitud era
14 una traba, y combatieran con la espada. Al mismo tiempo,
para evitar que el frente sufriera cortes con facilidad, lo
redujo a la mitad duplicando las filas hacia dentro para
presentar una formación más en profundidad que a lo an-
cho; simultáneamente, dio orden de cerrar las filas de for-
ma que quedaran juntos hombre con hombre y arma con
arma.

9 Una vez integrados en las filas y bajo las enseñas los
que ya habían combatido, Quincio manda dar la señal con
2 la trompeta. Dicen que pocas veces se alzó con tanta
fuerza el grito de combate al comienzo de una batalla, pues
coincidió que lo dieron a la vez los dos ejércitos, y no
sólo los combatientes sino las fuerzas de reserva y especial-
mente los que en ese momento entraban en combate.
3 El rey llevaba ventaja en el lado derecho, gracias sobre
todo a la posición, pues luchaba desde la parte más alta
de las colinas; en el flanco izquierdo, precisamente donde
se estaba incorporando la parte de la falange que había
formado en la retaguardia, reinaba el desorden y el des-
4 concierto; el centro de la formación que estaba más próxi-
mo al ala derecha estaba inmóvil, como presenciando el
espectáculo de una lucha en la que no tenía nada que ver.
5 La falange, que había llegado en columna más que en lí-
nea y estaba más preparada para una marcha que para
un combate, apenas había alcanzado la cima de la colina.
6 Quincio, a pesar de ver que los suyos cedían terreno en el
ala derecha, mandó a los elefantes por delante contra el
enemigo y lanzó un ataque contra estas tropas desorgani-
zadas, en la idea de que, si era derrotada una parte, arras-

traría consigo a los demás. Así ocurrió de hecho. Los 7
macedonios, nada más ver las bestias, dieron la vuelta aterrados y emprendieron la huida de inmediato. Los demás, por su parte, siguieron a estos que habían sido puestos en fuga. Uno de los tribunos militares trazó un plan al 8
hilo de los acontecimientos: dejando aquel sector de los suyos que estaba venciendo claramente, con los soldados de veinte manípulos dio un breve rodeo y cayó por la espalda sobre el ala derecha del enemigo. Un ataque por 9
la retaguardia habría creado confusión en cualquier ejército, pero al desconcierto lógico ante semejante circunstancia se sumó el hecho de que la falange macedonia, pesada y 10
con dificultades de maniobrabilidad, no era capaz de girarse ni se lo permitían los que poco antes retrocedían y ahora acosaban a su vez de frente a quienes eran presa del pánico. Aparte de esto pasaban también apuros a cau- 11
sa de la naturaleza del terreno, porque al perseguir pendiente abajo a los que retrocedían, habían dejado la cima en la que habían iniciado la lucha en poder del enemigo que había dado un rodeo cogiéndolos por la espalda. Durante algún tiempo fueron destrozados entre dos fuegos; después la mayor parte de ellos abandonaron las armas y emprendieron la huida.

Filipo, con un reducido número de hombres de infan- 10
tería y caballería, primero ocupó una colina más alta que las demás desde donde poder observar cuál era la suerte de sus tropas en el ala izquierda; luego, cuando se dio 2
cuenta de que la huida era general y que en todas las colinas circundantes rebrillaban las enseñas y las armas, abandonó también él el campo de batalla. Quincio, que se 3
había lanzado en persecución de los que huían, cuando de pronto vio que los macedonios levantaban las lanzas, no sabiendo muy bien qué se proponían detuvo la marcha

4 unos instantes ante aquel extraño gesto. Luego se enteró de que ese era el gesto habitual de los macedonios al rendirse, y entonces pasó por su ánimo la idea de perdonar
5 a los vencidos. Pero como sus hombres no sabían que el enemigo renunciaba a la lucha y desconocían las intenciones de su general, se lanzaron a la carga, y al caer los
6 primeros, los demás huyeron en desbandada. El rey, en una desenfrenada carrera, se dirigió a Tempe donde estuvo un solo día, junto a Gonos, a la espera de los posibles supervivientes de la batalla. Los romanos victoriosos irrumpieron en el campamento enemigo esperando encontrar botín, y lo encontraron en buena parte saqueado ya por los
7 etolios. Fueron ocho mil los enemigos muertos en aquella jornada, y cinco mil los prisioneros. Los vencedores tuvieron
8 alrededor de los setecientos caídos. De creer a Valerio, que aumenta todas las cifras de forma exagerada, aquel día fueron muertos cuarenta mil enemigos, cayeron prisioneros —aquí la exageración es más moderada— cinco mil setecientos, y se capturaron doscientas cuarenta y nueve
9 enseñas militares. También Claudio[229] consigna la cifra de treinta y dos mil enemigos muertos y cuatro mil tres-
10 cientos prisioneros. Nosotros no hemos dado por buena precisamente la cifra más baja sino que hemos seguido a Polibio, autor fiable en todo lo referente a la historia de Roma y de modo especial en la que se desarrolló en Grecia.

Embajada y sumisión de Filipo. Discusiones en la asamblea de los aliados

11 Filipo reagrupó tras la huida a los que habían seguido sus huellas después de haberse dispersado en las diferentes peripecias de la batalla; envió hombres a Larisa para quemar los documentos reales a fin de evitar que cayesen en poder del
2 enemigo, y se retiró a Macedonia. Quincio puso en venta

[229] Cuadrigario.

una parte de los prisioneros y del botín, y la otra parte
se la dejó a los soldados y partió para Larisa sin saber
muy bien qué dirección había tomado el rey o qué se pro-
ponía. Allí acudió un emisario del rey, aparentemente 3
para conseguir una tregua mientras eran retirados y ente-
rrados los caídos en el campo de batalla, pero en realidad
con el propósito de conseguir autorización para el envío
de parlamentarios. El romano hizo ambas concesiones. Aña- 4
dió también una frase, animando al rey a no desesperar,
que molestó especialmente a los etolios, que ya andaban
enfadados y quejosos de que el general había experimenta-
do un cambio con la victoria: antes de la batalla, según 5
ellos, solía hacer partícipes a sus aliados de todos los asun-
tos importantes o no; ahora los tenía al margen de todas
las decisiones, lo hacía todo él de acuerdo con su propio
parecer; ahora buscaba congraciarse con Filipo personal- 6
mente, y de esta forma los etolios habían cargado con los
trabajos y las dificultades de la guerra mientras que el ro-
mano acaparaba en exclusiva la gratitud y los frutos de
la paz. Era indudable que en cierta medida habían perdido 7
el favor de que gozaban, pero ignoraban por qué se les
daba de lado. Estaban convencidos de que estaba pendien-
te de los obsequios del rey aquel hombre cuyo carácter
no se había dejado dominar por una pasión así. Él, a su 8
vez, estaba molesto con los etolios, y no sin motivo, a cau-
sa de su insaciable codicia de botín y su arrogancia al atri-
buirse el mérito de la victoria, presuntuosidad que resulta-
ba ofensiva a los oídos de todo el mundo, y por otra 9
parte veía que una vez quitado de enmedio Filipo y que-
brantado el poder del reino macedonio los etolios debían
ser considerados los dueños de Grecia. Por estas razones, 10
muchas de sus actuaciones iban cuidadosamente encamina-

das a que la importancia y el peso de los etolios fuese y pareciese menor a los ojos de todos.

12 Se le habían concedido al enemigo quince días de tregua y se había fijado una entrevista con el propio rey; antes de que llegase la fecha de la misma, Quincio llamó a los aliados a consejo. Propuso que se expusieran las con-
2 diciones de paz que querían que se pusiesen. Aminandro, rey de los atamanes, expuso su opinión en pocas palabras: había que llegar a un acuerdo de paz tal que incluso en ausencia de los romanos fuese Grecia suficientemente ca-
3 paz de defender tanto la paz como la libertad. Más duro fue el discurso de los etolios. Éstos, tras una breve introducción para decir que el general romano obraba de forma correcta y regular al trazar un plan de paz en común con
4 quienes habían sido sus aliados en la guerra, dijeron que estaba completamente equivocado si creía que iba a dejar tras de sí una paz para los romanos o una libertad para Grecia suficientemente estables sin que Filipo fuera muerto o expulsado de su reino, cosas ambas factibles si quería
5 sacar provecho de la suerte. A esto respondió Quincio diciendo que la pretensión manifestada por los etolios no se compaginaba con la forma de comportarse de los roma-
6 nos ni se ajustaba a sus propias propuestas: ellos, en todas las asambleas y reuniones anteriores, simpre habían hablado de condiciones de paz, no de que se hiciese una guerra
7 de exterminio, y los romanos, aparte de su inveterada política de perdón para los vencidos, habían dado su más importante prueba de clemencia al conceder la paz a Aní-
8 bal y los cartagineses; y dejando aparte a los cartagineses, ¿cuántas veces no se había acudido a entrevistas con el propio Filipo? Y nunca se había tratado de su renuncia al trono. ¿Acaso se había vuelto implacable la guerra por
9 el hecho de que había sido vencido en una batalla? Contra

un enemigo armado hay que combatir con ánimo hostil,
pero frente a los vencidos la benignidad debe ser mayor
cuanto mayor es la grandeza de espíritu; parecía que los 10
reyes macedonios eran una amenaza para la libertad de
Grecia, pero si se quitaba del medio este reino y este pue-
blo, se volcarían sobre Macedonia y sobre Grecia los tra-
cios, los ilirios, y después los galos, pueblos salvajes e in-
dómitos; no fuera a ocurrir que echando abajo todo lo 11
que estaba cerca franqueasen la entrada a males mayores
y más graves. Cuando el pretor de los etolios Feneas lo 12
interrumpió aseverando que Filipo reemprendería una gue-
rra más dura sin tardar mucho si se les escapaba en aque-
llos momentos, replicó: «Basta de alborotar cuando hay 13
que deliberar; se amarrará al rey con unas condiciones ta-
les que no le sea posible iniciar la guerra».

Con esto se disolvió el consejo, y al día siguiente el 13
rey acudió al desfiladero que conduce a Tempe, lugar se-
ñalado para la entrevista; al tercer día se le dio audiencia 2
en una concurrida asamblea de romanos y aliados. En ella, 3
Filipo, con un tacto extraordinario, espontáneamente y sin
esperar a que se las arrancasen en la negociación hizo aque-
llas concesiones sin las que no había posibilidad de conse-
guir la paz; dijo que estaba de acuerdo en todo lo que 4
le habían exigido los romanos y pedido los aliados de éstos
en la entrevista anterior, y que se remitiría al senado para
lo demás. Aunque parecía que había dejado a todos, inclu- 5
so a los más hostiles, sin nada que decir, sin embargo Fe-
neas el etolio, en medio del silencio general, dijo: «¿Qué, 6
Filipo? ¿Por fin nos devuelves Fársalo y Larisa Cremaste,
y Equino y Tebas Ftías?» Filipo dijo que las recuperarían 7
sin demora alguna, y entonces se originó una discusión en-
tre el general romano y los etolios a propósito de Tebas.
En efecto, Quincio decía que había pasado al pueblo 8

romano por derecho de guerra, porque antes de la ruptura
de hostilidades él se había acercado con el ejército y les
había ofrecido amistad, y siendo plenamente libres para
separarse del rey habían preferido la alianza de éste a la
9 de los romanos. Feneas consideraba justo, en nombre de
la alianza bélica, que les fuera devuelto a los etolios lo
10 que tenían antes de la guerra, aparte de que se había
estipulado en el primer tratado de alianza que, del botín
de guerra, correspondería a los romanos lo que pudiese
ser transportado o conducido, y a los etolios el territorio
11 y las ciudades conquistadas. «Fuisteis vosotros mismos,
replicó Quincio, quienes no respetasteis los términos de esa
alianza en el momento en que nos abandonasteis y ajustas-
12 teis la paz con Filipo. Aunque estuviese en vigor la alianza,
esa condición, en todo caso, sería aplicable a las ciudades
conquistadas, pero las ciudades de Tesalia se sometieron a
13 nosotros por su propia voluntad». Estas palabras, que
contaron con la aprobación de todos los aliados, no sólo
resultaron duras a los oídos de los etolios en aquel mo-
mento sino que fueron poco después causa de la guerra
y de las grandes calamidades que de ella se derivaron para
14 ellos. Con Filipo se llegó al acuerdo de que entregaría,
además de doscientos talentos, a su hijo Demetrio y algu-
nos de sus amigos como rehenes; en cuanto a lo demás,
enviaría embajadores a Roma, para lo cual habría una tre-
15 gua de cuatro meses. Para el caso de que no obtuviera
del senado la paz, se dieron garantías de que el dinero y
los rehenes le serían devueltos a Filipo. El motivo principal
que tuvo el general romano para agilizar las negociaciones
de paz fue, dicen, el hecho de que había constancia de
que Antíoco preparaba la guerra y el paso a Europa.

Acción en Corinto. Derrota de los macedonios. Rendición de los acarnanes

En la misma época, y el mismo día 14
según algunos han transmitido, los aqueos
derrotaron en Corinto a Andróstenes, un
general del rey, en batalla regular. Filipo 2
tenía intención de hacer de aquella ciu-
dad un baluarte frente a las ciudades de
Grecia y había convocado a sus prin-
cipales con el pretexto de discutir cuántos jinetes podían
aportar los corintios a la guerra, y los había retenido como
rehenes; además, aparte de los quinientos macedonios y 3
los ochocientos auxiliares de todas clases que ya se encon-
traban allí anteriormente, había enviado otros mil mace- 4
donios y mil doscientos ilirios y tracios y ochocientos cre-
tenses, que combatían en uno y otro bando. Sumados a 5
éstos un millar de beocios y acarnanes, todos ellos arma-
dos de escudo, y setecientos jóvenes de los propios corin-
tios, de forma que se llegó a un total de seis mil comba-
tientes, hicieron que Andróstenes cobrara confianza para
someterse a la decisión de una batalla. Nicóstrato, el 6
pretor de los aqueos, se encontraba en Sición con dos mil
soldados de infantería y cien de caballería, pero, viéndose
inferior tanto por el número como por la calidad de sus
soldados, no salía fuera de las murallas. Tropas reales 7
de infantería y caballería andaban acá y allá saqueando
los territorios de Pelene, Fliunte [230] y Cleonas [231], y últi- 8
mamente entraban en el de Sición echando en cara al ene-
migo su miedo, e incluso bordeaban con sus naves y sa-
queaban toda la costa de Acaya. Como los enemigos, al 9
llevar a cabo estas acciones, andaban bastante dispersos
y descuidados como es habitual cuando hay excesiva con-

[230] Ver XXVIII 7, 16.

[231] Cerca de Fliunte, al este.

fianza, Nicóstrato concibió esperanzas de atacarlos por sor-
10 presa y mandó secretamente un mensajero a las ciudades
vecinas señalando la fecha y el número de hombres arma-
dos de cada una de las ciudades que debían acudir a Ape-
11 lauro [232], localidad ésta perteneciente a Estinfalia. Una vez
hechos todos los preparativos para el día fijado emprendió
la marcha inmediatamente, cruzó las fronteras de Fliunte,
y llegó a Cleonas de noche sin que nadie supiera qué se
12 proponía. Tenía consigo cinco mil hombres de infantería,
de ellos... con armamento ligero, y trescientos de caballe-
ría. Con estos efectivos permanecía a la espera después de
enviar hombres a explorar por dónde andaban los enemigos.

15 Ignorante de todo ello Andróstenes partió de Corinto
y estableció su campamento junto al Nemea, río [233] que
2 discurre entre los territorios de Corinto y Sición. Una vez
allí envió la mitad de la infantería, dividida en tres cuer-
pos, y toda la caballería, con orden de tomar distintas di-
recciones y saquear simultáneamente los territorios de Pe-
3 lene, Sición y Fliunte. Estas tres columnas salieron con
rumbos diferentes. Cuando Nicóstrato recibió noticia de
ello en Cleonas, envió por delante de forma inmediata un
numeroso contingente de mercenarios a ocupar el paso que
4 conduce al territorio de Corinto, y colocando delante a
la caballería para que pudiera adelantarse salió él detrás
a toda prisa con su ejército dividido en dos columnas.
5 En una iban tropas mercenarias con las de armamento
ligero, y en la otra los soldados armados de escudo; éste
era el componente más importante de los ejércitos de aque-

---

[232] Monte situado al sureste de Estinfalia, que estaba a su vez al oeste de Fliunte, a menos de 20 Km.

[233] El río, moderno Kutsomodi, discurría entre Nemea y Sición desembocando en el golfo de Corinto.

llos pueblos. Cuando infantería y caballería estaban ya 6
a corta distancia del campamento y algunos tracios habían atacado a los que andaban merodeando dispersos por los campos, cundió de pronto la alarma en el campamento.
El general estaba desconcertado, pues nunca había visto 7
a los enemigos más que en pequeños grupos sobre las colinas de enfrente de Sición sin atreverse a bajar al llano, y ciertamente nunca hubiera creído que llegarían hasta allí
desde Cleonas. Da orden de que se haga volver a toque 8
de trompeta a los que andan dispersos fuera del campamento, ordena a sus soldados que empuñen las armas a toda prisa, sale por la puerta con sus mermados efectivos
y forma el frente de combate a la orilla del río. El resto 9
de sus tropas, que a duras penas habían logrado reagruparse y alinearse, no aguantaron la primera carga del enemigo.
Los macedonios fueron los más numerosos en acudir 10
junto a las enseñas y mantuvieron largo tiempo incierta
la expectativa de victoria; finalmente, desguarnecidos por 11
la huida de los demás, como eran ya dos las formaciones enemigas que presionaban sobre ellos desde puntos diferentes —los de armamento ligero por el flanco y los armados con *clipeus* y *caetra* por el frente—, comenzaron a
retroceder también ellos al llevar las de perder y después, 12
al verse arrollados, volvieron la espalda y la mayoría de ellos arrojaron las armas y, perdida toda esperanza de conservar el campamento, se dirigieron a Corinto. Nicóstrato 13
envió a los soldados mercenarios en su persecución, y a la caballería y los tracios auxiliares contra los que devastaban los campos de Sición, causando entre unos y otros una gran matanza, mayor casi que en la batalla misma.
También, parte de los que habían estado saqueando en 14
Pelene y Fliunte se metieron en los puestos de guardia enemigos al confundirlos con los suyos cuando regresaban al

campamento en desorden e ignorantes de todo lo ocurrido,
15 y otra parte, que sospecharon lo que pasaba por las
carreras en distintas direcciones, se dispersaron huyendo
por todas partes de tal forma que los propios campesinos
16 los atraparon cuando andaban sin rumbo. Los caídos
aquel día fueron mil quinientos, y los prisioneros, trescientos. Todo Acaya se sintió liberada de un acusado
temor.

16 Con anterioridad a la batalla de Cinoscéfalas, Lucio
Quincio había convocado en Corcira a los jefes de los acarnanes, único pueblo de Grecia que había permanecido fiel
a la alianza con los macedonios, y había sembrado en ellos
2 en cierto modo un germen de rebelión. Los motivos que
los habían mantenido en buenas relaciones con el rey eran
sobre todo dos: el primero, la lealtad innata en aquel pue-
3 blo, y el segundo, el miedo y el odio a los etolios. Se
convocó una asamblea en Léucade. No asistieron a ella
todos los pueblos acarnanes ni todos los que acudieron pensaban lo mismo. Pero entre dos principales y un magistrado consiguieron que se aprobara un decreto particular de
4 alianza con Roma. Esto sentó mal a todos aquellos que
no habían participado, y aprovechando este malestar general Filipo envió a dos jefes acarnanes, Androcles y Eque-
5 demo, los cuales consiguieron no sólo que se anulase el
decreto de alianza con Roma sino que además fuesen condenados por la asamblea como traidores los promotores de la iniciativa, Arquelao y Bianor, personas ambos muy cualificadas dentro de su pueblo, y que se le quitara el mando al pretor Zeuxida que había presentado la propues-
6 ta sobre el particular. Los condenados dieron un paso
arriesgado pero al final salió bien. En efecto, mientras que sus amigos les aconsejaban que se plegasen a las circunstancias y se fueran a Corcira al lado de los romanos,

ellos decidieron ponerse en manos de la multitud y aplacar 7
sus iras con ese gesto o bien afrontar lo que les deparase
la suerte. Cuando se presentaron en la asamblea, muy 8
concurrida, primero surgieron murmullos y muestras de sor-
presa y enseguida se hizo el silencio, por respeto a su
anterior dignidad y al mismo tiempo por conmiseración
hacia su actual situación. Después se les dio también opor- 9
tunidad de hablar; al principio su tono fue suplicante, pe-
ro a medida que avanzaba su discurso, cuando llegaron
a la refutación de las acusaciones se expresaron con toda
la firmeza que les daba el saberse inocentes; al final tuvie- 10
ron incluso el valor de expresar algunas quejas y protestas
por el trato injusto y cruel que habían recibido, y causaron
tal impresión en los ánimos que todas las medidas tomadas
contra ellos fueron anuladas por una gran mayoría, cosa 11
que no impidió, no obstante, que se decidiera retornar a
la alianza con Filipo y rechazar la amistad de los ro-
manos.

Éstas fueron las resoluciones adoptadas en Léucade, 17
que era la capital de Acarnania donde se reunían en asam-
blea todos los pueblos. Así pues, el legado Flaminino, 2
cuando recibió en Corcira la noticia de este cambio repen-
tino, salió inmediatamente con la flota hacia Léucade y
atracó las naves en un sitio llamado Hereo [234]. Desde allí 3
se acercó a las murallas con toda la variedad de máquinas
de lanzamiento y de asedio que se emplean en el asalto
de las ciudades, convencido de que ante la primera amena-
za se produciría un cambio de actitud. Después, en vista 4
de que no había el menor indicio de que quisieran la paz,
comenzó a montar manteletes y torres y aplicar el ariete
a las murallas.

[234] Desconocido su emplazamiento.

5 Toda Acarnania, situada entre Etolia y el Epiro, mira
6 hacia el oeste, hacia el mar Sículo. Leucadia [235] es ahora
una isla separada de Acarnania por un estrecho vadeable
excavado artificialmente; entonces [236] era una península uni-
da a Acarnania en la parte occidental por una estrecha
7 franja de unos quinientos pasos de largo y no más de cien-
to veinte de ancho. En esta franja está situada Léucade,
recostada sobre una colina que da al este, hacia Acarnania;
8 la parte baja de la ciudad es llana y se extiende hasta
el mar que separa Leucadia de Acarnania. Es posible, pues,
asaltarla por tierra y por mar, porque las aguas parecen
más las de un estanque que las del mar, y la zona llana
es toda de tierra y a propósito para los trabajos de asedio.
9 Así pues, los muros se venían abajo en muchos puntos
a la vez al socavarlos o batirlos con el ariete; pero cuanto
más fácil de asaltar era la ciudad en sí, más inexpugnable
10 era el valor de los enemigos. Día y noche permanecían
atentos a rehacer los tramos abatidos de la muralla, tapo-
nar las brechas abiertas por los derrumbes, entablar com-
bate infatigablemente, y defender los muros con sus armas
11 en vez de protegerse a sí mismos con los muros; y hubieran
prolongado el asedio más tiempo del que calculaban los
romanos si unos exiliados de origen itálico que vivían en
Léucade no hubiesen franqueado el acceso a los soldados
12 desde la ciudadela. Con todo, cuando éstos bajaron a la
carrera en medio de un gran alboroto desde la posición
más elevada, los leucadios, formados en orden de combate
en el foro, les hicieron frente durante algún tiempo en una
13 batalla en toda regla. Entretanto se tomaron las murallas
con escalas en numerosos puntos y además se produjo la

[235] Otra denominación para la isla de Léucade.

[236] En realidad, en el año 197 ya era isla.

irrupción en la ciudad saltando por encima de los montones de piedras y escombros, y el propio legado ya había 14
rodeado a los combatientes con un largo cordón. Parte de ellos murieron entonces entre los dos fuegos, y otros arrojaron las armas y se rindieron al vencedor. Y en cosa 15
de pocos días se sometieron al legado todos los pueblos de Acarnania al tener conocimiento de la batalla librada en Cinoscéfalas.

Rodios, dárdanos, Antíoco. Muerte de Átalo

Por las mismas fechas, cuando la es- 18
trella de Filipo declinaba en todos los campos al mismo tiempo, también los rodios, para reclamarle la región del continente llamada Perea, que había pertenecido a sus antepasados, enviaron al pretor Pausístrato con 2
ochocientos aqueos de infantería y unos mil ochocientos hombres armados sacados de entre los auxiliares de diversa procedencia: eran galos y mniesutas, pisuetas, tarmia- 3
nos, y tereos de Perea y laudicenos de Asia. Con estas 4
fuerzas, Pausístrato ocupó la estratégica posición de Tendeba, en territorio de Estratonicea, sin que se percataran las tropas del rey que había en Tera [237]. En momento opor- 5
tuno llegó un refuerzo que se había pedido para ese fin preciso: mil aqueos de infantería y un centenar de jinetes, a las órdenes de Teoxeno. Dinócrates, prefecto del rey, 6
desplazó sus tropas primero hacia la propia Tendeba, a fin de recuperar este enclave fortificado, y de allí a otro llamado Astragón, perteneciente asimismo al territorio de Estratonicea. Hizo que se concentraran allí todas las guar- 7
niciones que estaban diseminadas por muchos sitios y los auxiliares tesalios de la propia Estratonicea y se dirigió di-

[237] Poblaciones de Caria; sobre Estratonicea puede verse J. Briscoe, *A Commentary...*, pág. 283.

rectamente hacia Alabanda [238], donde se encontraba el ene-
8 migo. Los rodios, a su vez, no rehusaron el combate.
Emplazados así los campamentos cerca uno del otro, salie-
9 ron rápidamente al campo de batalla. Dinócrates colocó
a quinientos macedonios en el ala derecha, a los agrianes
en la izquierda, en el centro metió a los que había hecho
venir de los enclaves fortificados —eran sobre todo de
Caria—, y rodeó los flancos con la caballería y los auxilia-
10 res cretenses y tracios. Los rodios tenían en el ala derecha
a los aqueos, en la izquierda a los soldados mercenarios,
11 contingente de infantería escogida, en el centro a las
tropas auxiliares mezcla de numerosos pueblos, y en torno
a los flancos la caballería y las tropas que había de arma-
12 mento ligero. Aquel día se limitaron a permanecer forma-
dos ambos ejércitos en las orillas de un pequeño torrente
que entonces discurría con poco caudal, retirándose a los
campamentos después de disparar unas cuantas armas arro-
13 jadizas. Al día siguiente, formados de la misma manera,
entablaron una batalla de proporciones bastante mayores
de lo que correspondía al número de combatientes, pues
no eran más de tres mil hombres de infantería y unos cien
14 de caballería por cada bando; pero se batieron con igual
coraje e igual moral, aparte de la igualdad numérica y del
15 tipo de armamento. Los aqueos cruzaron el riachuelo los
primeros y se lanzaron al ataque contra los agrianes; a con-
tinuación cruzó el cauce todo el ejército casi a la carrera.
16 La lucha se mantuvo largo tiempo incierta. Apoyados en
el número, los aqueos, que eran casi un millar, desaloja-
ron de su posición a cuatrocientos enemigos, y cuando re-
trocedió el ala izquierda, todos centraron sus esfuerzos so-
17 bre la derecha. A los macedonios no hubo forma de

[238] Situada cerca de 50 Km. al norte de Estratonicea.

moverlos de su puesto mientras no se descompusieron sus filas y la falange estuvo como protegida por los flancos. Luego, al quedar desguarnecido su flanco izquierdo, in- 18
tentaron volver sus lanzas en torno contra el enemigo que atacaba transversalmente y muy pronto se descompusieron creando la confusión entre ellos mismos, después volvieron la espalda, y por último arrojaron las armas y se dispersaron en una huida precipitada. Huyeron en dirección a 19
Bargilias, donde también buscó refugio Dinócrates. Los rodios los persiguieron durante el resto del día y se retiraron al campamento. Se puede dar por seguro que si los vencedores hubiesen atacado rápidamente Estratonicea, se hubiera podido tomar esta ciudad sin combatir. Se dejó 20
pasar la oportunidad de hacerlo, mientras se perdía tiempo reconquistando fuertes y aldeas de Perea. Entretanto se 21
fortaleció la moral de la guarnición que ocupaba Estratonicea; al poco tiempo, además, entró Dinócrates en el recinto amurallado con las tropas supervivientes de la batalla. A partir de ese momento, el asedio y los sucesivos ata- 22
ques resultaron infructuosos, y sólo bastante más tarde fue posible, por obra de Antíoco, tomar la ciudad. Éstas fueron las operaciones que se desarrollaron en Tesalia, en Acaya y en Asia casi por las mismas fechas.

Enterado Filipo de que los dárdanos, en un gesto de 19
menosprecio hacia su entonces quebrantado reino, habían traspasado sus fronteras y estaban devastando la zona norte de Macedonia, a pesar del acoso que por imperativo 2
del destino estaban sufriendo él y los suyos por todos lados en casi todo el mundo, estimó que el hecho de ser 3
desposeído de Macedonia era un infortunio peor que la muerte; hizo un precipitado llamamiento a filas en todas las ciudades de Macedonia, y cayó de improviso sobre el enemigo con seis mil hombres de a pie y quinientos de

a caballo en las proximidades de Estobos [239], en Peonia. 4 Fue grande el número de muertos durante la batalla, y mayor aún entre los que se habían dispersado por los campos en su afán de botín. Los que tuvieron campo libre para huir retornaron a su territorio sin intentar siquiera 5 la eventualidad de un combate. Fortalecida la moral de sus hombres con esta expedición, la única que no estuvo en consonancia con su suerte restante, Filipo se retiró a Tesalónica.

6 Si la guerra púnica había finalizado justo a tiempo para no tener que simultanearla con la guerra contra Filipo, más oportuna aún fue la derrota de Filipo en el momento en que Antíoco estaba ya desencadenando la guerra 7 desde Siria; porque aparte del hecho de que fue más fácil hacer la guerra con cada uno de ellos por separado que si se hubieran unido las fuerzas de ambos en un solo bloque, hubo además en Hispania por la misma época una insurrección armada de grandes proporciones.

8 Durante el verano anterior Antíoco, después de hacer pasar del dominio de Tolomeo al suyo propio a todas las ciudades de Celesiria [240], se había retirado a Antioquía a los cuarteles de invierno, y desde ellos tuvo que desplegar 9 tanta actividad como desde los de verano. Poniendo en juego, en efecto, todas las fuerzas de su reino, había reunido un gran contingente de tropas terrestres y navales; a comienzos de la primavera envió por delante con el ejército de tierra a sus dos hijos Ardie y Mitridates con orden 10 de esperarlo en Sardes; él zarpó con una flota de cien

---

[239] Estobas (Pustogradsko) estaba situada en la confluencia de los ríos Axio y Erígono.

[240] Denominación, aquí, de la región situada al sur de Siria objeto de disputa entre Siria y Egipto.

naves cubiertas y doscientas embarcaciones ligeras, botes [241]
y lanchas, con un doble propósito: tantear las ciudades 11
que había bajo el dominio de Tolomeo a lo largo de toda la costa de Cilicia, Licia, y Caria, y ayudar a Filipo con el ejército y la flota, pues la guerra no había llegado aún a su punto final.

Los rodios llevaron a cabo muchas y brillantes accio- 20
nes por tierra y por mar como prueba de lealtad hacia el pueblo romano y a favor del conjunto de la nación griega.
Pero la más espléndida tuvo lugar cuando, en unas cir- 2
cunstancias como aquéllas, sin atemorizarse ante la perspectiva de una guerra como la que se avecinaba, enviaron una diputación al rey para advertirle que no fuera más allá de Quelidonias [242] —se trata de un promontorio de Cilicia célebre por un antiguo tratado entre los atenienses y los reyes persas—; si no mantenía dentro de ese límite
a su flota y su ejército, ellos le saldrían al paso, no por 3
odio de ninguna clase sino para impedir que se uniera a Filipo y obstaculizase a los romanos en su acción liberadora de Grecia.
En ese momento Antíoco estaba atacando 4
Coracesio [243] con obras de asedio después de haber rendido Zefirio [244], Solos [245], Afrodisíade [246] y Córico, y, doblado ya el Anemurio [247], que es otro promontorio de Cilicia, Selinunte [248]. Todas estas plazas, y otras de la misma 5

[241] El término latino *cercuri* se refiere a unas embarcaciones originarias de Chipre según Plinio (*NH* VII 208) de mayor tamaño que los *lembi*.

[242] Pequeñas islas de Licia, más allá del golfo de Panfilia.

[243] En Cilicia, al oeste.

[244] En Cilicia, al este, cerca de Tarso.

[245] Al oeste de Cefirio.

[246] En el promontorio de Cefirio, con Córico al este.

[247] Cabo del suroeste de Cilicia.

[248] Al noroeste del Anemurio.

costa, se le sometieron de grado o por miedo sin oponer resistencia, pero Coracesio, contra lo que era de esperar,
6 había cerrado sus puertas y detenía su avance. Allí fueron oídos los embajadores de los rodios. Y aunque se trataba de una embajada como para crispar el ánimo del rey, contuvo su cólera y respondió que enviaría embajadores a Ro-
7 das y les encomendaría la misión de renovar los lazos establecidos desde antiguo con aquella ciudad por él y sus antepasados, y decirles que no estuviesen inquietos por la llegada del rey, pues no iba a significar daño o perjuicio
8 alguno para ellos o para sus aliados ya que no tenía intención de dañar la amistad con los romanos puesta de manifiesto en su reciente embajada a Roma y en los honrosos decretos y respuestas del senado con respecto a su persona.
9 Precisamente entonces acababan de regresar de Roma sus embajadores, que habían sido escuchados y despedidos con la cortesía que las circunstancias exigían al ser aún incierto
10 el resultado de la guerra con Filipo. Cuando los embajadores estaban exponiendo estos extremos ante la asamblea de los rodios llegó la noticia de que se había llegado al fin de la guerra en Cinoscéfalas. Al recibir esta noticia, los rodios, que ya no tenían nada que temer de Filipo, renunciaron a su propósito de salir al paso de Antíoco con
11 la flota, si bien no se desentendieron de su otro motivo de preocupación, el de salvaguardar la libertad de las ciudades aliadas de Tolomeo sobre las que se cernía la
12 amenaza de la ofensiva bélica de Antíoco. A unas las ayudaron, en efecto, con tropas auxiliares, y a otras, manteniéndose atentos a los movimientos del enemigo y advirtiéndolas de ellos con antelación, y gracias a los rodios conservaron su libertad Cauno[249], Mindo, Halicarnaso y

[249] Cauno, en la costa de Caria, enfrente casi del extremo norte de Roda. Mindo y Halicarnaso, en la orilla norte del golfo de Cos.

Samos. No es cosa de seguir al detalle el desarrollo de 13
todos los hechos ocurridos en estas localidades, cuando apenas me basto para lo que guarda relación directa con la guerra romana.

Por la misma época, el rey Átalo, que había sido 21
trasladado enfermo de Tebas [250] a Pérgamo, murió cuando tenía setenta y un años y había reinado durante cuarenta y cuatro. Aparte de la riqueza, la fortuna no le había 2
dado a este hombre nada en que basar sus aspiraciones al trono. Haciendo uso de ella con prudencia y a la vez con generosidad, logró parecer digno del trono primero ante sus propios ojos y después ante los de los demás. Cuando más adelante venció en una sola batalla a los 3
galos, el pueblo que acababa de llegar y era entonces el más temido en Asia, tomó el título de rey y siempre mostró un talante a la altura de la grandeza de ese título. Gobernó a su pueblo con la mayor justicia, se mostró leal 4
como nadie con sus aliados, fue atento con su mujer y sus hijos, cuatro de los cuales le sobrevivieron, y cortés y generoso con sus amigos. Dejó un reino tan estable y 5
consolidado que su posesión se transmitió hasta la tercera generación.

Insurrección en Hispania. Roma: triunfo disputado

Así estaban las cosas en Asia, Grecia 6
y Macedonia apenas finalizada la guerra con Filipo y obviamente con la paz sin formalizar aún, cuando estalló en la Hispania ulterior una guerra de gran envergadura. El mando en aquella provincia lo tenía Marco 7
Helvio; éste informó por carta al senado de que los régulos Culca [251] y Luxinio se habían levantado en armas; que 8

[250] La Tebas de Beocia.

[251] Cf. XXVIII 13, 3.

estaban con Culca diecisiete plazas fortificadas, y con Luxinio las importantes ciudades de Carmone[252] y Bardón[253]; que a lo largo de toda la costa podrían unirse a la insurrección de sus vecinos los malacinos y sexetanos[254] y toda la Beturia[255], y los que aún no habían desvelado sus intenciones.
9 ciones. Leída esta carta en voz alta por el pretor Marco Sergio, al que correspondía la jurisdicción en los litigios entre ciudadanos y extranjeros, el senado decretó que se celebrasen elecciones de pretores y que el pretor al que hubiese correspondido la provincia de Hispania sometiese cuanto antes a la deliberación del senado la cuestión de la guerra de Hispania.

22 Los cónsules llegaron a Roma más o menos al mismo tiempo. Convocaron al senado en el templo de Belona, y solicitaron el triunfo como premio a sus éxitos bélicos.
2 Entonces los tribunos de la plebe Gayo Atinio Labeón y Gayo Afranio pidieron que los cónsules trataran por separado la cuestión del triunfo, que ellos no estaban dispuestos a permitir que se tratase el asunto de forma conjunta, para evitar que fuese igual el honor cuando los méritos
3 eran desiguales. Quinto Minucio decía que la provincia de Italia les había correspondido a los dos, y que las operaciones habían sido dirigidas por él y su colega con un mis-
4 mo sentir y pensar; Gayo Cornelio añadió que cuando los boyos se les habían enfrentado y habían cruzado el Po para ayudar a los ínsubres y cenomanos, su colega, arrasando sus campos y aldeas, los había obligado a dar la
5 vuelta para defender sus dominios. Los tribunos admitían que Gayo Cornelio había llevado a cabo tales gestas béli-

[252] Carmona.
[253] Desconocida.
[254] Malaca (Málaga) y Sexi (Almuñécar) eran antiguas colonias fenicias.
[255] Región comprendida entre el Guadiana y el Guadalquivir.

cas que sin lugar a dudas se le debía conceder el triunfo,
e igualmente indudable era el deber de dar gracias a los
dioses inmortales, pero ni él ni ningún otro ciudadano, 6
aun consiguiendo para sí un triunfo merecido, había teni-
do tanto ascendiente ni tanto poder como para conceder
el mismo honor a un colega que tenía el atrevimiento de
solicitarlo sin haberlo merecido. Según ellos Quinto Minu- 7
cio en Liguria había librado combates intrascendentes ape-
nas dignos de mención, y en la Galia había perdido un
gran número de hombres; citaban incluso los nombres de 8
los tribunos militares Tito Juvencio y Gneo Ligurio de la
cuarta legión, caídos junto con otros muchos valerosos gue-
rreros, ciudadanos y aliados, en una batalla adversa;
se había llegado a falsear la rendición de varias plazas 9
y aldeas, simulada por algún tiempo, sin entrega de rehe-
nes. Estos altercados entre los cónsules y los tribunos se 10
prolongaron durante dos días, y los cónsules, vencidos por
la tenacidad de los tribunos, presentaron su petición por
separado.

A Gayo Cornelio se le concedió el triunfo por unani- 23
midad, y los placentinos y cremonenses hicieron mayor la
popularidad del cónsul al darle las gracias y recordar que 2
gracias a él habían sido liberados del asedio, y también
habían sido rescatados de la esclavitud muchos que estaban
en poder del enemigo. Quinto Minucio sólo hizo un intento 3
de presentar la petición, y al percatarse de que todo el sena-
do estaba en contra declaró que él celebraría el triunfo en
el monte Albano por el derecho de la suprema autoridad
consular y de acuerdo con el precedente de muchos hombres
ilustres [256]. Gayo Cornelio triunfó sobre los ínsubres y 4

256 LIVIO sólo ha referido un caso, el de Marcelo en 211 (XXVI 21, 6), y añadirá otro en 172 (XLII 21, 7).

cenomanos cuando aún desempeñaba su cargo. Hizo desfilar muchas enseñas militares, y transportar en carros cap-
5 turados muchos despojos de los galos, y llevó delante de su carro a muchos nobles galos, entre los cuales, según algunos historiadores, iba el jefe de los cartagineses Amíl-
6 car. Pero lo que más atrajo las miradas fue el gran número de colonos cremonenses y placentinos que seguían su
7 carro tocados con el píleo [257]. Llevó en su desfile triunfal doscientos treinta y siete mil quinientos ases de bronce y setenta y nueve mil monedas de plata acuñada. Repartió entre los soldados setenta ases de bronce a cada uno; a
8 los jinetes y centuriones, el doble. El cónsul Quinto Minucio triunfó sobre los lígures y los boyos galos en el monte Albano. Si bien este triunfo resultó menos honroso en razón del lugar y de las hazañas celebradas, aparte de que todos sabían que no había corrido con los gastos el erario público, sin embargo casi igualó al otro en enseñas, carros y
9 despojos. También la suma de dinero fue aproximadamente la misma en el desfile: doscientos cincuenta y cuatro mil ases de bronce y cincuenta y tres mil doscientas monedas de plata acuñada; a cada uno de los soldados, centuriones, y jinetes, les dio la misma cantidad que había dado su colega.

[257] El gorro característico del esclavo manumitido.

Elecciones. Ratificación del acuerdo de paz con Filipo. Mandos y ovación

A continuación del triunfo se celebraron los comicios consulares [258]. Resultaron elegidos cónsules Lucio Furio Purpurión y Marco Claudio Marcelo. Al día siguiente fueron elegidos pretores Quinto Fabio Buteón, Tiberio Sempronio Longo, Quinto Minucio Termo, Manio Acilio Glabrión, Lucio Apustio Fulón y Gayo Lelio [259]. 24 2

Hacia finales de año llegó una carta de Tito Quincio informando de que había combatido con Filipo en Tesalia en batalla campal, y que el ejército enemigo había sido derrotado y puesto en fuga. Esta carta fue leída primeramente en el senado por el pretor Marco Sergio, y después, por decisión del senado, en la asamblea del pueblo, y se decretaron cinco días de pública acción de gracias por los éxitos obtenidos. Poco tiempo después llegaron las embajadas enviadas tanto por Tito Quincio como por el rey Filipo. Los macedonios fueron conducidos a la *villa* pública [260], en las afueras de la ciudad, donde se les dio alojamiento y fueron agasajados. El senado les dio audiencia en el templo de Belona. En este caso no se pronunciaron largos discursos, pues los macedonios manifestaron que el rey estaba dispuesto a hacer lo que el senado acordara. Se nombró una comisión de diez miembros, de acuerdo con una antigua costumbre, con cuyo asesoramiento expondría Tito Quincio a Filipo las condiciones para la paz; una cláusula adicional del decreto establecía que entre esos diez figurarían Publio Sulpicio y Publio Vilio, que habían 3 4 5 6 7

[258] Para el año político 196 a. C.

[259] El cónsul de 190, amigo del Africano, que sirvió en Hispania; había sido cuestor en 202.

[260] En IV 22, 7, aparece la primera referencia a la misma.

estado como cónsules al frente de la provincia de Macedonia.

8 En aquella época los cosanos solicitaron que se incrementase el número de componentes de su colonia, y se dis-
9 puso que se les asignaran mil, con la condición de que ninguno de éstos hubiese sido enemigo de guerra con posterioridad al consulado de Publio Cornelio y Tiberio Sempronio [261].

25 Los ediles curules Publio Cornelio Escipión [262] y Gneo Manlio Volsón [263] dieron aquel año en el circo y en el teatro unos Juegos Romanos más espléndidos que los de otras veces; resultaron éstos más gratos a los espectadores por los éxitos obtenidos en la guerra, y fueron repetidos desde
2 un principio tres veces. Siete veces se repitieron los Juegos Plebeyos ofrecidos por Manio Acilio Glabrión y Gayo Le-
3 lio, que además erigieron, con el dinero ingresado por multas, tres estatuas de bronce a Ceres, Líber y Líbera [264].

4 Cuando entraron en funciones los cónsules Lucio Furio y Marco Claudio Marcelo, al debatirse la cuestión de las provincias y asignarles el senado a los dos la provincia de Italia, ellos intentaban que junto con Italia entrase en el
5 sorteo Macedonia. Marcelo, que tenía mayores aspiraciones a esta provincia, dijo que la paz era ficticia y engañosa, que el rey iniciaría de nuevo la guerra si era retirado de allí el ejército, y dejó a los senadores con la duda sobre
6 qué propuesta hacer; probablemente se habría llevado el

---

[261] El consulado del 218, de Publio Cornelio Escipión (padre del Africano) y Tiberio Sempronio Longo.

[262] Escipión Nasica.

[263] El que sería pretor en 195 y cónsul de 189; oponente de los Escipiones.

[264] El templo, dedicado en 493, estaba al pie del Aventino.

cónsul la provincia si los tribunos de la plebe Quinto Mar-
cio Rala y Gayo Atinio Labeón no hubieran declarado que
pondrían el veto a no ser que ellos tuviesen previamente
la posibilidad de preguntar a la asamblea del pueblo si que-
ría y mandaba que se acordase la paz con Filipo. Esta 7
cuestión fue presentada al pueblo en el Capitolio; las trein-
ta y cinco tribus votaron todas afirmativamente. Una 8
triste noticia llegada de Hispania hizo que la alegría gene-
ral por la confirmación de la paz en Macedonia fuese ma-
yor, pues se hizo pública una carta según la cual el pro- 9
cónsul Gayo Sempronio Tuditano había sido derrotado en
una batalla en la Hispania citerior, su ejército había sido
deshecho y puesto en fuga, muchos guerreros famosos ha-
bían caído en el campo de batalla, y Tuditano había sido
retirado del combate gravemente herido falleciendo poco
después. Se decretó que Italia fuese la provincia de los 10
dos cónsules con las legiones que habían estado a las órde-
nes de los cónsules salientes, y que se alistasen cuatro le-
giones nuevas, dos para la ciudad y dos para ser enviadas
donde el senado decidiera; se dispuso que Tito Quincio 11
Flaminino siguiera en su provincia con el mismo ejército,
y en cuanto al mando, se consideró que con la prórroga
anterior era suficiente.

A continuación sortearon sus provincias los pretores, 26
correspondiendo a Lucio Apustio Fulón la jurisdicción ur-
bana; a Manio Acilio Glabrión, la referente a ciudadanos
y extranjeros; a Quinto Fabio Buteón la Hispania ulte- 2
rior; a Quinto Minucio Termo, la citerior; Sicilia, a Gayo
Lelio, y Cerdeña, a Tiberio Sempronio Longo. Un decreto 3
dispuso que de las cuatro legiones que habían reclutado
los cónsules entregaran a Quinto Fabio Buteón y a Quinto
Minucio, a los que habían correspondido las provincias de
Hispania, una a cada uno, la que ellos estimaran, así 4

como cuatro mil soldados aliados y latinos de infantería
y trescientos de caballería a cada uno de ellos, que recibie-
ron orden de partir cuanto antes para sus provincias.
5 La guerra recomenzó en Hispania cuatro años después de
haber finalizado a la vez que la guerra púnica.

6 Antes de que estos pretores partieran para una guerra
hasta cierto punto nueva, porque por primera vez en este
caso los hispanos habían tomado las armas por su propia
cuenta sin ejército ni general cartaginés alguno, y antes
de que los cónsules mismos salieran de la ciudad, se dieron
instrucciones de proceder, como de costumbre, a la expia-
7 ción de los prodigios de que se tenía noticia. Publio Vilio,
un jinete romano que se dirigía a la Sabina había sido ful-
8 minado por un rayo él y su caballo; en territorio capenate,
el templo de Feronia había sido alcanzado por un rayo;
junto al templo de Moneta [265] habían ardido las puntas
9 de hierro de dos lanzas; un lobo había penetrado por la
puerta Esquilina, había bajado hasta el foro por la zona
más poblada de la ciudad, y siguiendo por el barrio Tusco
y luego por el Cermalo había escapado por la puerta Cape-
na casi ileso. Estos portentos fueron expiados con víctimas
adultas.

27 En las mismas fechas, Gneo Cornelio Blasión, que
había tenido a su cargo la Hispania citerior antes que Ga-
yo Sempronio Tuditano, entró en Roma recibiendo la ova-
2 ción por decreto del senado. Desfiló llevando delante mil
3 quinientas quince libras de oro, veinte mil de plata, y
treinta y cuatro mil quinientos denarios de plata acuñada.
Lucio Estertinio, que venía de la Hispania ulterior, ni si-
4 quiera tanteó la posibilidad del triunfo y aportó al erario
público cincuenta mil libras de plata, y con el producto

[265] De Juno Moneta, en el Capitolio.

de la venta del botín construyó dos arcos en la plaza de
los bueyes [266], delante de los templos de la Fortuna y de
Mater Matuta, y otro en el Circo Máximo, y sobre estos 5
arcos colocó estatuas doradas. Esto fue a grandes rasgos
lo que se hizo durante el invierno.

Problemas con los beocios: episodio de Braquiles

Estaba entonces Tito Quincio pasando
el invierno en Elacia, y los aliados le ha-
cían muchas peticiones; los beocios pidie-
ron y consiguieron que les fueran devuel-
tos todos aquellos que pertenecían a su
pueblo y habían combatido al lado de Filipo. No tuvieron 6
dificultad en conseguir esto de Quincio, no porque él con-
siderase que tenían suficientes méritos para ello sino porque
el rey Antíoco suscitaba ya recelos y era preciso granjearse
el favor de aquellas poblaciones. Efectuada la devolución, 7
quedó enseguida patente que no se había logrado en abso-
luto el reconocimiento de los beocios. En efecto, enviaron
diputados a Filipo para darle las gracias por la devolución
de sus compatriotas, como si se tratase de una concesión
hecha a ellos directamente y no a través de Quincio y de
los romanos; además, en los comicios siguientes eligieron 8
beotarca a un tal Braquiles por la única razón de haber
sido prefecto de los beocios que habían militado en el ejér-
cito del rey, y dieron de lado a Zeuxipo, Pisístrato y 9
otros que se habían mostrado partidarios de la alianza con
los romanos. Éstos se sintieron molestos entonces, y ade- 10
más cogieron miedo de cara al futuro, pues si esto ocurría
con el ejército romano acampado prácticamente a las puer-
tas de la ciudad, ¿qué iba a ser de ellos cuando los roma-
nos partieran para Italia y Filipo ayudase desde cerca a 11

[266] Entre el Circo Máximo y el Tíber.

sus aliados y mostrase su hostilidad a los que habían perte-
necido al bando contrario?

28 Aprovechando que tenían cerca al ejército romano deci-
dieron eliminar a Braquiles, líder de los partidarios del rey.
2 Eligieron el momento apropiado. Cuando, después de
haber asistido a un banquete público, regresaba borracho
a casa acompañado por unos calaveras que habían asistido
3 al banquete por diversión, lo rodearon seis hombres arma-
dos, tres itálicos y tres etolios, y lo mataron. Luego vinie-
ron la huida de sus acompañantes, los gritos de socorro,
el alboroto de los que corrían de un lado a otro con antor-
chas por toda la ciudad. Los agresores escaparon por la
4 puerta más próxima. Al amanecer estaba reunida en el
teatro una asamblea tan concurrida como si estuviese fija-
da con antelación o hubiese sido convocada por la voz del
5 pregonero. Externamente, los asistentes manifestaban que
había sido muerto por aquellos crápulas que lo acompaña-
ban, pero para sus adentros consideraban a Zeuxipo res-
6 ponsable del asesinato. De momento se decidió coger a
los que habían estado con él e iniciar a partir de ellos una
7 investigación. Mientras eran buscados, Zeuxipo, firmemente
decidido a alejar de sí las sospechas, se presentó ante la
asamblea y dijo que estaban equivocados quienes creían
que en un crimen tan atroz estaban implicados aquellos
8 medio hombres, y expuso muchos argumentos que abona-
ban esa tesis; con ellos hizo que muchos creyeran que, de
saberse culpable, nunca se habría presentado ante la multi-
tud ni habría hecho alusión a aquella muerte de no verse
9 forzado a ello por alguien. Otros estaban convencidos de
que trataba de desviar las sospechas saliendo cínicamente
al paso de la acusación. Sometidos luego a tortura los que
no tenían culpa, que realmente no sabían nada, tomaron
como base la creencia general y dieron los nombres de Zeu-

xipo y Pisístrato sin añadir ninguna prueba que hiciera pen-
sar que sabían algo. Sin embargo Zeuxipo huyó durante 10
la noche a Tanagra [267] con un tal Estratónida, temeroso
más por saberse personalmente culpable que por la dela-
ción de unos hombres que nada sabían. Pisístrato no se 11
preocupó por los delatores y se quedó en Tebas. Zeuxipo
tenía un esclavo que había sido intermediario y participan-
te directo en aquel asunto; Pisístrato temía su delación,
y precisamente por ese temor lo empujó a la delación. En-
vió una carta a Zeuxipo para que eliminara al esclavo cóm-
plice, pues no le parecía tan capaz para mantener el hecho 12
en secreto como lo había sido para su realización. El que
había llevado la carta con orden de entregarla a Zeuxipo
cuanto antes, como no pudo encontrarse enseguida con él 13
se la entregó precisamente a aquel esclavo, al que conside-
raba el más fiel a su amo, y añadió que era de Pisístrato
y que se refería a algo de gran importancia para Zeuxipo.
El otro, puesto en guardia, aseguró que entregaría inmedia- 14
tamente la carta, la abrió, la leyó hasta el final, huyó a
Tebas presa del pánico y presentó la denuncia ante los ma-
gistrados. Zeuxipo, por su parte, alarmado por la huida
del esclavo, se trasladó a Antedón [268] por considerarlo
lugar más seguro para su exilio. Pisístrato y los demás 15
fueron interrogados bajo tortura y castigados con la pena
capital.

Aquel asesinato desencadenó en todos los tebanos y 29
beocios un odio implacable hacia los romanos, pues esta-
ban convencidos de que Zeuxipo, personalidad destacada
de su pueblo, no habría cometido un crimen semejante sin
la instigación del general romano. Para emprender una gue-

[267] Al este de Tebas, a unos 25 Km.

[268] En la costa, al norte del Euripo.

2 rra no tenían ni fuerzas ni caudillo, y se dedicaron a lo más parecido a la guerra, el bandidaje; a unos soldados los cogían por sorpresa cuando estaban como huéspedes, a otros cuando andaban por los cuarteles de invierno aten-
3 diendo a diversos menesteres. Algunos eran sorprendidos en los caminos mismos por gentes emboscadas en escondrijos que conocían, y otros lo eran después de ser atraí-
4 dos con engaños a refugios abandonados; al final no era sólo el odio lo que hacía que se cometieran estos atentados sino también la codicia, porque los soldados que estaban de permiso llevaban en sus cinturones dinero para traficar.
5 Al principio eran pocos los que desaparecían, después iban siendo más cada día; las malas noticias afectaban a toda Beocia, y los soldados salían del campamento con mayor
6 prevención que si estuvieran en territorio enemigo. Entonces Quincio envió emisarios a las ciudades para interesarse por los actos de bandidaje. Se descubrió que había habido muchas muertes en torno al pantano de Copaide [269], donde fueron desenterrados del fango o sacados del agua cadáveres que tenían atadas piedras o ánforas para que el peso los arrastrara al fondo. Se iban descubriendo muchos
7 crímenes perpetrados en Acrefia y Coronea. Quincio comenzó por exigir que le fueran entregados los culpables y que los beocios pagasen quinientos talentos por los quinientos
8 soldados, pues ese era el número de muertos. Como no se hizo ninguna de las dos cosas, pues las ciudades se limitaron a excusarse con que en ninguno de aquellos actos había mediado decisión oficial, envió diputados a Atenas y Acaya para poner a los aliados por testigos de que era justa y legítima la guerra que iba a emprender contra los

[269] Al noreste de Tebas, con Acrefia al este y Coronea al oeste.

beocios; después ordenó a Apio Claudio [270] que se dirigiera a Acrefia con la mitad de las tropas, y él con la otra mitad puso sitio a Coronea, siendo previamente devastados los campos que había en la ruta de las dos columnas salidas de Elacia en distinta dirección. Los beocios, muy 10 afectados por este azote, pues el pánico y la huida cundían ya por todas partes, enviaron embajadores. Como no se les dio entrada en el campamento, intervinieron los aqueos y los atenienses. Fue más efectiva la petición de los aqueos, 11 porque habían decidido que si no conseguían la paz para los beocios harían la guerra junto a ellos. Gracias a la 12 intervención de los aqueos se les concedió a los beocios la posibilidad de ver al general romano y hablar con él. Se les concedió la paz y se levantó el asedio tras exigirles la entrega de los culpables y el pago de treinta talentos como sanción.

Condiciones de la paz con Filipo: reacciones de etolios y griegos

Pocos días más tarde llegaron de Roma 30 los diez miembros de la comisión, de acuerdo con cuyo consejo se le concedió la paz a Filipo con las condiciones siguientes: todas las ciudades griegas de Europa 2 y de Asia gozarían de libertad y tendrían sus propias leyes; Filipo retiraría sus guarniciones de aquellas ciudades que habían estado bajo su dominio y que entregaría libres a los romanos antes de la fecha de los Juegos Ístmicos; retiraría asimismo, en Asia, las guar- 3 niciones de las ciudades de Euromo, Pedasos, Bargilias, Jaso, Mirina [271], Abidos, Tasos y Perinto, pues se pretendía que también éstas fuesen libres; en cuanto a la libertad 4 de los cianos, Quincio escribiría a Prusias, rey de Bitinia,

[270] Apio Claudio Pulcro, el cónsul de 185.

[271] En la isla de Lemnos.

informándole de lo que habían decidido el senado y los
5 diez comisionados; Filipo devolvería a los romanos los
prisioneros y desertores y entregaría todas las naves cu-
biertas a excepción de cinco y de la nave real, poco manio-
brable a causa de su tamaño, impulsada por dieciséis ban-
6 cadas de remos; no conservaría ningún elefante ni más
de cinco mil hombres armados; no haría la guerra fuera
de las fronteras de Macedonia sin la autorización del sena-
7 do; entregaría mil talentos al pueblo romano, la mitad
8 al contado y la otra mitad en diez anualidades. Valerio
Anciate habla de un tributo de cuatro mil libras de plata
anuales impuesto al rey para un período de diez años, y
Claudio, de cuatro mil doscientas libras a pagar durante
9 treinta años y veinte mil en el acto. Este mismo escribe
que se añadió una cláusula prohibiendo expresamente a
Filipo hacer la guerra a Éumenes, el hijo de Átalo que
10 era entonces el nuevo rey [272]. Como garantía de estas
condiciones se tomaron diez rehenes, entre ellos Demetrio,
hijo de Filipo. Valerio Anciate añade que se le dieron co-
mo regalo a Átalo, que estaba ausente, la isla de Egina
11 y los elefantes; a los rodios, Estratonicea y otras ciudades
de Caria que había ocupado Filipo, y a los atenienses, las
islas de Lemnos, Imbros, Delos y Esciros.

31 Todas las ciudades de Grecia estaban de acuerdo con
este convenio de paz, únicamente los etolios criticaban en
privado la decisión de los diez comisionados murmurando
2 que se trataba de palabras vacías envueltas bajo vana apa-
riencia de libertad. En efecto, si unas ciudades eran entre-
gadas a los romanos sin nombrarlas y otras eran mencio-
3 nadas y se las declaraba libres sin entregarlas, ¿qué otra
razón había sino dejar libres a las de Asia, más segu-

---

[272] Eumenes II reinó de 197 a 159.

ras gracias precisamente a su lejanía, y coger las de Gre-
cia, que ni siquiera eran nombradas, Corinto, Calcis y
Oreo junto con Eretria y Demetríade? Y no era del todo 4
infundada la crítica. Había dudas, en efecto, respecto
a Corinto, Calcis y Demetríade, porque en la resolución
del senado con la que habían sido enviados de Roma los
diez diputados, las demás ciudades de Grecia y Asia eran
declaradas libres sin lugar a dudas, mientras que en lo 5
referente a estas tres ciudades los diputados tenían instruc-
ciones de hacer y decidir, en bien del Estado y de acuerdo
con su conciencia, lo que demandaran las circunstancias
del interés común. Se trataba del rey Antíoco, que, no 6
cabía duda, tenía intención de pasar a Europa en cuanto
le pareciera que sus fuerzas eran las adecuadas, y no se
quería dejar a su merced unas ciudades tan a propósito
para ser ocupadas. Quincio salió de Elacia hacia Antícira 7
con los diez diputados, y de aquí cruzó a Corinto. Allí
dedicaba los días casi por entero a barajar, en reunión con
los diez diputados, planes para la liberación de Grecia.
Quincio insistía una y otra vez en que debía quedar libre 8
toda Grecia si se quería tapar la boca a los etolios y que
el nombre de Roma gozase de la estima y el respeto since-
ro de todos, si se quería hacer creíble que él había cru- 9
zado el mar para liberar a Grecia y no para hacerse con
el dominio que tenía Filipo. Los otros no ponían ninguna 10
objeción en lo referente a la liberación de las ciudades,
pero sostenían que era más seguro para las propias ciuda-
des permanecer algún tiempo bajo la tutela militar de Ro-
ma en lugar de recibir como dueño a Antíoco en vez de
Filipo. Finalmente se llegó a la decisión siguiente: Corinto 11
sería devuelto a los aqueos, pero con la condición de que
siguiese la guarnición en el Acrocorinto; y Calcis y Deme-

tríade seguirían retenidas hasta que desapareciese la pre-
ocupación por Antíoco.

32 Se acercaba la fecha señalada para los Juegos Ístmicos,
que siempre habían sido muy concurridos debido tanto a
la afición al espectáculo innata en aquel pueblo, que lo
lleva a asistir a todo tipo de competiciones artísticas, de
2 fuerza o de agilidad, como a las ventajas de su emplaza-
miento. En efecto, su situación, a caballo entre dos mares
opuestos, facilitaba a las gentes el acceso a toda clase de
mercancías, y aquel centro comercial era un lugar de en-
3 cuentro de Asia y Grecia. Pero en esta ocasión habían
acudido gentes de todas partes no sólo por el interés de
costumbre sino por la expectación despertada acerca de cuál
iba a ser en el futuro la situación de Grecia y cuál la suerte
que ellos iban a correr. Las opiniones acerca de lo que
harían los romanos eran diversas y no sólo las pensaban
en silencio sino que las exponían en sus conversaciones;
casi todos estaban convencidos de que no se retirarían de
4 toda Grecia. Habían tomado asiento para el espectáculo
y el pregonero, acompañado como de costumbre por el
trompetero, se adelantó hasta el centro del espacio desde
el que suele darse inicio a los festejos con una fórmula
tradicional; una vez que la trompeta impuso silencio hizo
5 esta proclama: «El senado romano y el general Tito Quin-
cio, después de haber sido derrotados el rey Filipo y los
macedonios, disponen que sean libres, queden exentos de
tributos, y tengan sus propias leyes los corintios, los focen-
ses, todos los locrenses y la isla de Eubea, y los magnetes,
6 los tesalios, los perrebos y los aqueos ftiotas». Había
citado a todos los pueblos que habían estado bajo el domi-
nio de Filipo. Al oír las palabras del pregonero la alegría
de la gente fue tan grande que no podían asimilarla en
7 toda su intensidad. Apenas podían creer lo que habían

oído y se miraban unos a otros asombrados como ante
la ilusión de un sueño; sin acabar de fiarse de sus propios
oídos, cada uno preguntaba a los que tenía más próximos
acerca de lo que a él le concernía. Se reclamó de nuevo 8
la presencia del pregonero, pues todos estaban ansiosos
no sólo de oír sino de ver al mensajero de su libertad,
y otra vez repitió la misma proclama. Ahora, al no haber 9
duda acerca del motivo de su alegría, prorrumpieron en
unos aplausos tan clamorosos y tantas veces repetidos que
resultaba fácilmente evidente que para la gente el más pre-
ciado de todos los bienes es la libertad. A continuación 10
se celebraron los festejos con tal rapidez que el espectáculo
no atrajo las miradas ni la atención de nadie; hasta ese
extremo un solo motivo de alegría había acaparado la sen-
sibilidad frente a todos los demás disfrutes.

Finalizados pues los juegos, casi todo el mundo corrió 33
hacia el general romano, de forma que corrió cierto peligro 2
al irrumpir en masa los que querían llegar hasta él para
estrecharle la mano y arrojarle coronas y cintas de honor.
Pero andaba en torno a los treinta años de edad, y aparte 3
del vigor de la juventud le daba fuerzas también la euforia
por el fruto de una gloria tan brillante. La efusión de 4
alegría no fue sólo momentánea sino que se repitió mu-
chos días con una gratitud sentida y manifestada en los
comentarios: existía sobre la tierra un pueblo que cargaba 5
con los gastos, las fatigas y los riesgos de la guerra por
la libertad de otros, y no prestaba este servicio en favor 6
de gentes vecinas o cercanas o pertenecientes a su mismo
continente sino que cruzaba los mares para que no existie- 7
ra ningún dominio injusto en ninguna parte del orbe y pa-
ra que prevaleciera en todas partes la fuerza del derecho
divino y humano y de la ley; con una simple proclama
de un pregonero habían quedado en libertad todas las ciu-

8 dades de Grecia y Asia; hacía falta un espíritu audaz
para proponerse un objetivo como éste, y una gran dosis
de valor y buena suerte para llevarlo a efecto.

Advertencias a Antíoco. Remate de la guerra con Filipo

34 Inmediatamente después de los Juegos
Ístmicos, Quincio y los diez diputados re-
cibieron a las delegaciones de reyes, pue-
2 blos y ciudades. Los primeros en ser
convocados fueron los embajadores del
rey Antíoco. Cuando pronunciaron las mismas nada con-
3 vincentes palabras que habían dicho en Roma, esta vez
no se emplearon rodeos como en el caso anterior cuando
la situación era incierta al no haber sido aún vencido Fili-
po, sino que se les conminó abiertamente a que Antíoco
saliera de las ciudades de Asia que hubiesen pertenecido
a los reyes Filipo o Tolomeo, y que respetara las ciudades
libres y no hiciese objeto de una agresión armada a ningu-
na de ellas: las ciudades griegas debían permanecer en paz
4 y libertad todas y en todas partes; se le instó sobre todo
5 a que no pasara a Europa ni él ni sus tropas. Una vez
despedidos los embajadores del rey comenzaron a celebrar-
se reuniones respecto a ciudades y pueblos, y la tarea avan-
zaba con gran rapidez porque simplemente se daba lectura
a las decisiones de los diez diputados para cada ciudad
6 en concreto. A los orestas —es un pueblo de Macedonia—
les fueron restituidas sus propias leyes por haber sido los
primeros en abandonar la causa del rey. También fueron
declarados libres los magnetes, los perrebos y los dólopes.
7 Al pueblo tesalio se le concedió, aparte de la libertad,
el territorio aqueo de la Ftiótide con excepción de la Tebas
Ftiótide y de Fársalo. Los etolios, que pedían la devolu-
ción de Fársalo y Léucade en virtud de la alianza, fueron
8 remitidos al senado, siéndoles adjudicados los territorios
focense y locrense, que anteriormente les habían perteneci-

do, con la garantía adicional de un decreto. Corinto, 9
Trifilia y Herea —ciudad ésta que también pertenece al
Peloponeso— fueron devueltas a los aqueos. Los diez di- 10
putados eran partidarios de dar Óreo y Eretria al rey Éume-
nes, hijo de Átalo, y Quincio no estaba de acuerdo; fue
el único punto que se sometió a la decisión del senado;
éste concedió la libertad a aquellas ciudades, así como a
Caristos. A Pléurato se le concedieron Licnido y el terri- 11
torio de los partinos, pueblos ilirios ambos que habían es-
tado bajo el dominio de Filipo. Aminandro fue autorizado
a quedarse con las plazas que había conquistado arreba-
tándoselas a Filipo en el transcurso de la guerra.

Finalizadas las reuniones los diez diputados se repar- 35
tieron el trabajo y marcharon a formalizar la liberación
de las ciudades de la región que le correspondió a cada
uno. Publio Léntulo [273] a Bargilias, Lucio Estertinio a He- 2
festia [274] y Taso y las ciudades de Tracia, Publio Vilio y
Lucio Terencio a encontrarse con Antíoco, y a reunirse
con Filipo, Gneo Cornelio. Éste, después de dar traslado 3
a las cuestiones de importancia menor, preguntó al rey si
estaba dispuesto a prestar oídos a un consejo no ya útil
sino de importancia vital. El rey contestó que incluso le 4
daría las gracias si le hacía alguna sugerencia provechosa
para él; entonces puso gran empeño en convencerlo para 5
que, puesto que había conseguido la paz, enviase embaja-
dores a Roma a pedir un tratado de alianza y amistad,
a fin de evitar que pudiera parecer que se había man- 6
tenido a la expectativa y aprovechado la ocasión propicia
para reiniciar la guerra, en el caso de que Antíoco realizase
algún movimiento hostil. Se celebró en Tempe, en Tesalia, 7

[273] El pretor de 203, miembro de la comisión de los diez en Apamea.

[274] En Lemnos.

8 el encuentro con Filipo. Éste respondió que enviaría los
embajadores inmediatamente, y Cornelio se dirigió a las
Termópilas, donde suele celebrarse en unas fechas determi-
nadas la asamblea de los griegos llamada Pilaica, muy con-
9 currida. Advirtió sobre todo a los etolios que mantuvieran
la amistad con el pueblo romano constante y lealmente.
10 Algunos de los etolios principales se quejaron sin acritud
de que la actitud hacia su pueblo por parte de los romanos
no era la misma después de la victoria que durante la gue-
11 rra; otros fueron más duros en sus acusaciones y recrimi-
naciones, diciendo que sin los etolios no hubieran podido
los romanos no ya vencer a Filipo, sino ni siquiera pasar
12 a Grecia. El romano, evitando responder a estas acusacio-
nes para que aquello no desembocase en un altercado, dijo
que conseguirían todo lo que fuera justo si presentaban
en Roma sus demandas. Y así, de acuerdo con su sugeren-
cia, se acordó el envío de una embajada. Éste fue el final
de la guerra con Filipo.

Acciones militares en Etruria y en la Galia. Triunfo del cónsul Marcelo

36 Mientras se desarrollaban estos acon-
tecimientos en Grecia, en Macedonia y en
Asia, una conjura de esclavos estuvo a
punto de convertir Etruria en territorio
2 enemigo. El pretor Manio Acilio Gla-
brión, al que había correspondido la
administración de justicia entre ciudadanos y extranjeros,
fue enviado para investigarla y aplastarla con una de las
dos legiones urbanas. A unos los cogió cuando andaban
dispersos, y a otros, ya organizados, los venció en comba-
3 te; muchos de éstos resultaron muertos, y muchos cayeron
prisioneros; a unos, que habían encabezado la conjura, los
hizo azotar y crucificar, y a otros los devolvió a sus amos.
4 Los cónsules partieron hacia sus provincias. Marcelo
se internó en el territorio de los boyos y después de agotar

durante todo el día a los soldados abriendo un camino,
cuando estaba emplazando el campamento sobre una lo-
ma, un tal Corolamo, régulo de los boyos, lo atacó con
una gran partida de hombres y le mató cerca de tres mil
soldados; cayeron además en aquel desordenado combate 5
algunos hombres brillantes, entre ellos Tiberio Sempronio
Graco y Marco Junio Silano, prefectos de los aliados, y
Marco Ogulnio y Publio Claudio, tribunos militares de la
legión segunda. Sin embargo los romanos se emplearon 6
a fondo en la fortificación del campamento y lo retuvieron
cuando el enemigo, crecido por su victoria, lo atacó sin
resultado. Después se mantuvo durante algunos días en 7
el mismo campamento estable mientras se curaba a los he-
ridos y se recuperaba la moral de los soldados del tremen-
do susto. Los boyos, que son un pueblo incapaz de sopor- 8
tar la inactividad de la espera, se dispersaron aquí y allá
por sus fuertes y aldeas. Marcelo cruzó el Po a toda 9
velocidad y marchó al frente de sus legiones a territorio
comense, donde tenían su campamento los ínsubres, que
habían levantado en armas a los comenses. Los galos, en-
valentonados por el combate de los boyos de pocos días
antes, entablaron la lucha durante la marcha misma y en
un primer momento cargaron con tal brío que hicieron re-
troceder a los hombres de vanguardia. Cuando Marcelo 10
se percató de esto temió que este movimiento desencadena-
se una huida y les puso delante una cohorte de marsos,
y después lanzó contra el enemigo todos los escuadrones
de jinetes latinos. La primera y la segunda carga de estos 11
jinetes contuvieron el furibundo ataque de los enemigos,
y el resto de las tropas romanas, recuperado el ánimo, pri-
mero dejó de retroceder y después cargó con brío. Los 12
galos no aguantaron el combate por mucho tiempo sino
que volvieron la espalda y huyeron en desbandada. Valerio 13

Anciate relata que murieron en aquella batalla más de cua-
renta mil hombres y se capturaron ochenta y siete enseñas
militares, setecientos treinta y dos carros y muchos collares
de oro, uno de los cuales, de gran peso, fue depositado
en el templo del Capitolio como ofrenda a Júpiter, según
14 escribe Claudio. El campamento de los galos fue asaltado
y saqueado, y pocos días más tarde fue tomada la plaza
de Como [275]. Seguidamente se rindieron al cónsul vein-
15 tiocho plazas fuertes. Hay otra cuestión que es objeto de
discusión entre los historiadores: si el cónsul marchó pri-
mero contra los boyos o contra los ínsubres al frente de
su ejército, y si borró una derrota con una victoria o por
el contrario la victoria obtenida en Como quedó afeada
por la derrota sufrida en el territorio de los boyos.

37 Coincidiendo con el desarrollo de estos acontecimientos
de suerte tan diversa, el otro cónsul, Lucio Furio Purpu-
rión, llegó al territorio de los boyos atravesando la tribu
2 Sapinia. Se estaba acercando ya al fuerte de Mútilo cuan-
do, temiendo verse atrapado simultáneamente por los bo-
yos y los lígures, dio la vuelta con su ejército por el mismo
camino por donde había venido, y describiendo un amplio
círculo por campo abierto y por tanto seguro, llegó hasta
3 su colega. Una vez reunidos los ejércitos, su primer movi-
miento fue recorrer el territorio de los boyos devastándolo
4 hasta la plaza de Felsina [276]. Esta ciudad y las demás
poblaciones fortificadas del contorno se sometieron, así co-
mo casi todos los boyos exceptuados los jóvenes que ha-
bían tomado las armas para saquear y entonces estaban
5 refugiados en bosques de difícil acceso. El ejército marchó

[275] No estaba donde la moderna Como sino más al suroeste, en las cercanías de Grandate.

[276] La actual Bolonia.

seguidamente al territorio de los lígures. Los boyos pensaron que iban a poder atacar por sorpresa a la columna romana, que marcharía bastante desprevenida por creerlos muy alejados, y la siguieron por rutas escondidas. Como 6
no le dieron alcance, repentinamente cruzaron el Po en lanchas y después de arrasar a conciencia el país de los levos y los libuos, se encontraron con la columna romana cuando regresaban, atravesando los últimos confines del país de los lígures, con el botín cogido en los campos.
Se entabló combate con más rapidez y violencia que si 7
hubiesen estado mentalmente preparados para enfrentarse en una batalla en momento y lugar determinados. Allí 8
quedó muy clara la enorme fuerza que tiene la rabia para estimular el coraje, pues los romanos pelearon con más sed de sangre que de victoria, hasta el extremo de que casi no dejaron ni un enemigo para llevar la noticia de la derrota. Al recibirse en Roma la carta de los cónsules se 9
decretaron tres días de acción de gracias por estas gestas. Poco tiempo después llegó a Roma el cónsul Marcelo, y el senado, por gran mayoría, le concedió el triunfo. Desem- 10
peñaba aún el cargo cuando celebró el triunfo sobre los ínsubres y los comenses; dejó para su colega la expectativa del triunfo sobre los boyos, pues en este país, propiamente había cosechado una derrota él solo, y una victoria juntamente con su colega. Muchos despojos enemigos y muchas 11
enseñas militares desfilaron en los carros capturados; se acarrearon trescientos veinte mil ases de bronce y doscientas treinta y cuatro mil monedas de plata acuñada; cada 12
soldado de infantería recibió ochenta ases de bronce, y el triple cada jinete y cada centurión.

Antíoco: operaciones, conferencia, desastre de la flota

38 Aquel mismo año, el rey Antíoco, que había pasado el invierno en Éfeso, intentó reducir de nuevo a la antigua fórmula de dependencia[277] a todas las ciudades
2 de Asia. Lo cierto es que veía que las demás ciudades estaban dispuestas a aceptar el yugo sin mayores dificultades, bien por estar situadas en terreno llano o bien porque no confiaban demasiado en sus murallas,
3 sus armas, o sus combatientes. Pero Esmirna y Lámpsaco[278] aspiraban a la libertad, y si a éstas se les concedía lo que pretendían, había el peligro de que otras ciudades siguieran el ejemplo de Esmirna en la Eólide y Jonia, y
4 de Lámpsaco en el Helesponto. Envió, pues, tropas desde Éfeso para sitiar Esmirna, y para atacar Lámpsaco dio orden de llevar las tropas que se encontraban en Abidos,
5 dejando sólo una pequeña guarnición. Y no se limitaba a intimidar mediante el empleo de la fuerza, sino que, a través de emisarios, se dirigía a sus ciudadanos en tono persuasivo o de reconvención por su temeridad y obstinación, en un intento de infundirles esperanzas de que conse-
6 guirían en breve lo que pretendían siempre y cuando quedase patente para ellos y para todos los demás que la libertad se la debían al rey y no la habían arrancado apro-
7 vechando una oportunidad. A esto contestaban que Antíoco no debía extrañarse ni irritarse por el hecho de que ellos no acabaran de resignarse a aceptar un aplazamiento en sus aspiraciones de libertad.

8 Antíoco, a principios de la primavera, partió de Éfeso con su flota y se dirigió al Helesponto dando orden a las fuerzas terrestres de desplazarse de Abidos al Quersoneso.

---

277 Consecuente a la victoria de Seleuco de 281.

278 En Lidia y en Misia (al noreste de Abidos) respectivamente.

Después de unirse los ejércitos de tierra y de mar en el
Quersoneso cerca de la ciudad de Maditos, como ésta 9
había cerrado sus puertas, rodeó las murallas de hombres
armados y estaba ya acercando las máquinas de asedio cuan-
do se produjo la rendición. El miedo a algo semejante hizo
que se rindieran los habitantes de Sesto y otras ciudades
del Quersoneso. A continuación se trasladó a Lisimaquia 10
con todas las fuerzas navales y terrestres al mismo tiempo.
Al encontrarla abandonada y reducida a escombros casi
por completo, pues había sido tomada, saqueada e incen- 11
diada por los tracios hacía pocos años, sintió deseos de
reconstruir aquella renombrada ciudad estratégicamente si-
tuada. De modo, pues, que se entregó de lleno a la tarea 12
de restaurar edificios y muros y a la vez de rescatar a los
lisimaquenses reducidos a la esclavitud, de buscar y traer
a otros que la huida había dispersado por el Helesponto
y el Quersoneso, y también de atraer nuevos colonos 13
presentándoles la perspectiva de grandes ventajas, ponien-
do todos los medios para incrementar su población. Al 14
mismo tiempo, para alejar el temor a los tracios, participó
personalmente en una expedición con la mitad de las tro-
pas de tierra para devastar la zona de Tracia más próxima,
dejando la otra mitad y toda la marinería para los trabajos
de reconstrucción de la ciudad.

Mientras tanto, Lucio Cornelio [279], enviado por el se- 39
nado para dirimir los puntos de conflicto entre los reyes
Antíoco y Tolomeo, se detuvo en Selimbria [280], y tres de 2
los diez diputados se dirigieron a Lisimaquia, Publio Lén-
tulo desde Bargilias y Publio Vilio y Lucio Terencio desde
Taso. A Lisimaquia acudieron también Lucio Cornelio des-

[279] Léntulo.

[280] En la costa de Tracia, en la Propóntide.

de Selimbria y pocos días después Antíoco desde Tracia.
3 El primer encuentro con los diputados y la posterior invi-
tación fueron cordiales y acogedores. Pero en cuanto se
comenzó a hablar de la misión que traían y de la situación
4 de Asia en aquel momento, los ánimos se crisparon. Los
romanos no trataban de ocultar que al senado no le había
gustado nada de lo que Antíoco había hecho desde el mo-
mento en que había zarpado de Siria con la flota, y consi-
deraban justo que le fueran devueltas a Tolomeo todas las
5 ciudades que le habían pertenecido, pues con respecto a
aquellas otras que pertenecían a Filipo y que Antíoco ha-
bía tomado aprovechando la circunstancia de que aquél
6 estaba absorbido por la guerra con Roma, les parecía
realmente intolerable que los romanos hubieran afrontado
tantos peligros y tantos trabajos por tierra y mar a lo largo
de tantos años, y que Antíoco se llevase los frutos de la
7 guerra; y en la hipótesis de que pudieran los romanos
pasar por alto su llegada a Asia como si no les concernie-
ra, ¿qué decir del hecho de que hubiera pasado ya también
a Europa con la totalidad de sus tropas terrestres y nava-
les?, ¿qué diferencia había entre esto y una declaración
de guerra a los romanos? Cierto que él iba a negar esto
incluso si pasaba a Italia; pero los romanos no estaban
dispuestos a esperar a que pudiera hacerlo.

40 A esto respondió Antíoco diciendo que estaba sorpren-
dido de que los romanos se interesasen tanto por lo que
el rey Antíoco debía hacer o hasta dónde debía haber avan-
2 zado por tierra o por mar, y que en cambio no se parasen
a pensar que Asia no les incumbía a ellos, ni tenían
mayor derecho a inquirir qué hacía Antíoco en Asia que
Antíoco a interesarse por lo que hacía el pueblo romano
3 en Italia. En lo referente a Tolomeo y a su queja por las
ciudades que le había quitado, él tenía amistad con Tolo-

meo y trataba de que en breve los unieran además lazos
de parentesco. Ni siquiera había pretendido sacar prove- 4
cho alguno de la suerte adversa de Filipo, ni su paso a
Europa era una ofensiva contra los romanos, pero consi-
deraba que formaba parte de sus dominios el territorio que
anteriormente había sido del reino de Lisímaco, y que una
vez derrotado éste, todas sus posesiones habían pasado a
poder de Seleuco por derecho de conquista. Mientras sus 5
antepasados estaban ocupados en otros asuntos, primero
Tolomeo y después Filipo habían ocupado una parte de
estos dominios, apropiándose de lo que pertenecía a otro.
¿Podía alguien, en efecto, poner en duda que habían per-
tenecido a Lisímaco el Quersoneso y la zona adyacente de
Tracia que circundaba Lisimaquia? Él había venido a 6
recuperar su antiguo derecho sobre aquellos dominios y
refundar Lisimaquia, destruida en el asalto de los tracios,
para que su hijo Seleuco hiciese de ella la capital de su
reino.

Se habían prolongado durante varios días estas dis- 41
cusiones cuando llegó un rumor, cuya procedencia no esta-
ba muy clara, referente a la muerte del rey Tolomeo, impi-
diendo que las conversaciones se plasmaran en alguna con-
clusión. Ambas partes hacían como que no lo habían oído; 2
Lucio Cornelio, encargado de la gestión entre los dos re-
yes, Antíoco y Tolomeo, solicitaba un breve aplazamiento
para reunirse con Tolomeo, en realidad con el propósito 3
de llegar a Egipto antes de que se originara algún disturbio
ante la toma de posesión del nuevo rey, y Antíoco por su
parte estaba convencido de que Egipto sería suyo si lo ocu-
paba en aquellos momentos. Se despidió, pues, de los 4
romanos, dejó a su hijo Seleuco con todas las tropas de
tierra para reconstruir Lisimaquia tal como había decidido,
y él con toda la flota navegó hasta Éfeso después de enviar 5

unos emisarios a Quincio para darle seguridades de que el rey no cambiaría en nada en lo referente a la alianza. Bordeando la costa de Asia llegó hasta Licia, y al enterarse en Pátaras [281] de que Tolomeo seguía con vida renunció
6 a su propósito de navegar hasta Egipto. No obstante, se dirigió a Chipre [282], y cuando había doblado el promontorio de Quelidonias, un motín de los remeros lo tuvo retenido durante algún tiempo en Panfilia [283], en las proximida-
7 des del río Eurimedonte. Cuando reanudó la marcha, cerca de los llamados brazos del río Saro [284] lo sorprendió una tremenda borrasca que estuvo a punto de hundirlo con toda la flota. Muchas naves quedaron destrozadas, muchas se dispersaron, y otras muchas fueron tragadas por el mar de forma que nadie pudo salir a tierra a nado.
8 Perecieron allí un gran número de hombres, no sólo remeros y soldados de la masa anónima sino hombres de relieve
9 amigos del rey. Una vez reunidos los restos del naufragio, puesto que la situación no estaba como para intentar algo contra Chipre, regresó a Seleucia [285] con unos efectivos mucho menos completos que a la partida. Una vez allí ordenó sacar a tierra las naves, pues además se echaba ya encima el invierno, y él se retiró a Antioquía a los cuarteles de invierno. Ésta era la situación en que se encontraban los reyes.

---

[281] En la Licia meridional, con un famoso templo de Apolo.

[282] Chipre había pasado a manos de Tolomeo en 316, de Demetrio Poliorcetes en 306, otra vez de Tolomeo en 295, y de Antíoco Epífanes en la sexta guerra siria.

[283] Situada entre Cilicia y Licia.

[284] Desemboca en el mar cerca de Tarso.

[285] Seleucia Pieria, situada en la costa cerca de Antioquía, fundada, como ésta, por Seleuco I.

Roma: nombramientos, mandos, noticias de Hispania

Aquel año se nombraron triúnviros[286] epulones en Roma por primera vez, y fueron Gayo Licinio Lúculo, el tribuno de la plebe que había presentado la propuesta de ley sobre su creación, Publio Manlio y Publio Porcio Leca. A estos triúnviros se les concedió por ley el derecho a llevar toga pretexta igual que los pontífices. Pero hubo este año un grave enfrentamiento entre el conjunto de los sacerdotes y los cuestores urbanos Quinto Fabio Labeón[287] y Lucio Aurelio. Había falta de recursos económicos, porque se había decidido reembolsar a los particulares el último plazo del dinero que habían prestado para la guerra. Los cuestores reclamaban a los augures y pontífices la contribución que no hubieran ingresado durante la guerra. Los sacerdotes apelaron en vano a los tribunos de la plebe, y la exacción por todos los años en que no habían contribuido fue llevada a cabo. En este mismo año murieron dos pontífices, y otros nuevos ocuparon los puestos: el cónsul Marco Marcelo cubrió la plaza de Gayo Sempronio Tuditano, fallecido siendo pretor en Hispania, y Lucio Valerio Flaco la de Marco Cornelio Cetego[288]. También murió el augur Quinto Fabio Máximo, muy joven aún, antes de ejercer ninguna magistratura, y no se eligió augur aquel año para ocupar su puesto.

42 (línea 1) · 2 · 3 · 4 · 5 · 6

Los comicios consulares fueron presididos por el cónsul Marco Marcelo. Resultaron elegidos cónsules Lucio Valerio Flaco y Marco Porcio Catón. Seguidamente fueron elegidos pretores Gneo Manlio Volsón, Apio Claudio Nerón, 7

---

[286] Pasarían luego a siete, y a diez en tiempos de César.

[287] Que sería pretor en 189 y cónsul en 183.

[288] Pretor en 211, censor en 209 y cónsul en 204.

Publio Porcio Leca, Gayo Fabricio Luscino, Gayo Atinio Labeón y Publio Manlio.

8 Aquel año los ediles curules Marco Fulvio Nobílior [289] y Gayo Flaminio distribuyeron entre la población un millón de modios de trigo a dos ases. Lo habían enviado a Roma los sicilianos como homenaje personal a Gayo Fla-
9 minio [290] y a su padre, y Flaminio había querido compartir con su colega la popularidad del gesto. Los Juegos Romanos fueron preparados con suntuosidad y repetidos
10 desde el principio tres veces. Los ediles de la plebe Gneo Domicio Ahenobarbo [291] y Gayo Escribonio Curión [292] sometieron al juicio del pueblo a muchos arrendadores de pastos públicos; tres de éstos fueron condenados, y con el dinero de las multas que les fueron impuestas se cons-
11 truyó un templo en la isla de Fauno. Los Juegos Plebeyos fueron repetidos dos días, y se celebró un banquete con motivo de los mismos.

43 El quince de marzo [293], fecha en que entraron en funciones, los cónsules Lucio Valerio Flaco y Marco Porcio Catón sometieron a debate en el senado la asignación de
2 provincias. En vista de que la guerra de Hispania iba tomando tal incremento que se necesitaba ya un general y un ejército consular, el senado aprobó una resolución disponiendo que los cónsules se repartieran de mutuo acuerdo o por sorteo las provincias de Hispania citerior y de
3 Italia; aquel a quien correspondiera Hispania llevaría con-

---

[289] Pretor en 193, cónsul en 189, y censor en 179.

[290] Cuestor en 209, pretor en 193 y cónsul en 187.

[291] Pretor en 194 y cónsul en 192.

[292] Pretor en 193; curión máximo en 174, fecha en que podría haberse impuesto el *cognomen* de Curión.

[293] Del año 195.

sigo dos legiones y quince mil aliados latinos y ochocientos
jinetes, e iría al frente de veinte navíos de guerra; el otro 4
cónsul alistaría dos legiones; éstas eran suficientes para defender la provincia de la Galia, al haberse quebrantado la moral de los ínsubres y los boyos el año anterior.
El sorteo dio Hispania a Catón, e Italia a Valerio. Des- 5
pués sortearon sus provincias los pretores, correspondiendo a Gayo Fabricio Luscino la jurisdicción urbana y a Gayo Atinio Labeón la peregrina, Sicilia a Gneo Manlio Volsón, la Hispania ulterior a Apio Claudio Nerón, Pisa a Publio Porcio Leca, como contención de los lígures a su espalda. Publio Manlio fue asignado al cónsul como colaborador para la Hispania citerior. A Tito Quincio le fue 6
prorrogado el mando por un año, pues se recelaba tanto de Antíoco y los etolios como de Nabis, el tirano lacedemonio, y contaría con dos legiones; los cónsules recibieron instrucciones de alistar tropas complementarias y enviarlas
a Macedonia en caso de que hicieran falta. Apio Claudio 7
fue autorizado a reclutar dos mil soldados de infantería y doscientos de caballería nuevos, aparte de la legión que
había mandado Quinto Fabio. Igual número de hombres 8
de infantería y caballería nuevos le fue asignado a Publio Manlio para la Hispania citerior, además de la legión que había estado a las órdenes del pretor Quinto Minucio.
Un decreto asignó a Publio Porcio Leca, para las cerca- 9
nías de Pisa en Etruria, diez mil hombres de a pie y quinientos de a caballo procedentes del ejército de la Galia. En Cerdeña se le prorrogó el mando a Tiberio Sempronio Longo.

Distribuidas de esta forma las provincias, en virtud de 44
un dictamen de los pontífices se pidió a los cónsules que antes de salir de la ciudad celebrasen los ritos de la prima-

2 vera sagrada [294] que por mandato del pueblo y de acuerdo con el criterio del senado había prometido con voto el pretor Aulo Cornelio Mámula durante el consulado de Gneo
3 Servilio y Gayo Flaminio [295]. Fue celebrada veintiún años después de haber sido prometida. Por las mismas fechas, Gayo Claudio Pulcro [296], hijo de Apio, fue elegido y consagrado augur para ocupar la plaza de Quinto Fabio Máximo, que había fallecido el año anterior.

4 Cuando todo el mundo manifestaba sin rebozo su extrañeza por la pasividad ante la guerra desencadenada en Hispania, llegó una carta de Quinto Minucio en la que informaba de que se había enfrentado con éxito en una batalla campal a los generales hispanos Budare y Besadine cerca de la plaza de Turda [297]; que habían muerto doce mil enemigos, el general Budare había caído prisionero, y los demás habían sido derrotados y puestos en fuga.
5 Tras la lectura de esta carta era menor la alarma con respecto a Hispania, donde se había temido una guerra de grandes proporciones. Las preocupaciones se centraron por entero en el rey Antíoco, especialmente después de la
6 llegada de los diez diputados. Éstos comenzaron por dar cuenta de lo que se había negociado con Filipo y de las condiciones en que se había concedido la paz, y después hicieron ver que la amenaza de guerra representada por
7 Antíoco era igualmente grave: había pasado a Europa con una enorme flota y un respetable ejército de tierra, y si no lo hubiera llevado a cambiar de rumbo la ilusoria espe-

---

[294] Antiguo rito de origen sabélico sobre el cual se dan detalles en XXII 9-10.

[295] Año 217.

[296] Sería pretor en 180, cónsul en 177, censor en 169.

[297] Sin otras referencias. En otra variante, Turba.

ranza de invadir Egipto, generada por un rumor aún más ilusorio, bien pronto se habría visto Grecia envuelta en las llamas de la guerra; ni siquiera los etolios, un pueblo inquieto por naturaleza, y resentido, además, con los romanos, habrían dejado de intervenir; había también otro 8
gravísimo mal enquistado en las entrañas de Grecia: Nabis, tirano entonces de los lacedemonios, pronto lo sería de toda Grecia si se le dejaba, y además un tirano que igualaría en codicia y crueldad a todos los tiranos famosos; si se le permitía mantener Argos como ciudadela que 9
dominaba el Peloponeso, apenas retirados a Italia los ejércitos romanos iba a resultar inútil haber liberado de Filipo a Grecia, que en lugar de un rey por lo menos lejano iba a tener por amo a un tirano cercano.

El fantasma de Aníbal. Huida de Cartago al encuentro de Antíoco

Al escuchar estas palabras de labios 45
de personas de tanto peso que además hablaban de cosas que habían constatado por sí mismos en su totalidad, se con- 2
sideró que lo que se refería a Antíoco era más importante, pero era más urgente el debate con respecto al tirano, puesto que el rey, por la razón que fuera, se había retirado a Siria. Se discutió largo tiempo si 3
se consideraba que había motivo suficiente para una declaración inmediata de guerra o si se dejaba que Tito Quincio actuase de la forma que estimase más conveniente para el Estado en lo referente a Nabis el lacedemonio. Se hizo 4
esto último, en el convencimiento de que se trataba de una cuestión cuyo adelanto o retraso no tenía demasiada importancia para los intereses generales del Estado; más aten- 5
tos había que estar a cómo reaccionarían Aníbal y los cartagineses si estallaba una guerra con Antíoco.

6 Los miembros del partido contrario a Aníbal [298] escribían con frecuencia a los romanos importantes, cada uno a sus conocidos, diciendo que Aníbal había enviado cartas y mensajeros a Antíoco, y que habían llegado en secreto
7 enviados del rey; que así como no hay forma de amansar a algunas fieras, también el espíritu de aquel hombre seguía siendo salvaje e implacable, y se quejaba de que la población se estaba enervando por falta de actividad y amodorrando debido a la indolencia, y sólo con el ruido de
8 las armas era posible despertarla. El recuerdo de la última guerra, no sólo dirigida sino desencadenada por él solo, hacía creíbles estas referencias. Además, una de sus recientes disposiciones había crispado los ánimos de muchos poderosos.

46 En aquella época era dominante en Cartago el estamento judicial, debido sobre todo a que los jueces lo eran
2 de por vida. En su poder estaban la hacienda, la fama y la vida de todos; cualquiera que ofendiese a un solo miembro de aquel estamento los tenía a todos en contra, y con
3 unos jueces tan hostiles no faltaban acusadores. Cuando éstos detentaban un poder tan incontrolado, pues no hacían de sus desmedidas atribuciones un uso respetuoso con los derechos civiles, Aníbal, nombrado pretor, mandó lla-
4 mar a su presencia al cuestor. El cuestor hizo caso omiso, pues por una parte pertenecía al partido contrario y por otra, como de la cuestura se pasaba a la judicatura, estamento poderosísimo, adoptaba ya unas maneras acordes
5 con el poder que pronto iba a tener. Aníbal estimó que esto era francamente inadmisible y envió un subalterno a arrestar al cuestor. Una vez conducido ante la asamblea,

[298] Sobre el episodio de la huida de Aníbal de Cartago, que otras fuentes sitúan en el año anterior, véase J. Briscoe, *A Commentary...*, págs. 335 ss.

lanzó sus acusaciones tanto contra él en particular como contra el estamento de los jueces, cuya arrogancia y prepotencia eran la causa de que ni las leyes ni los magistrados sirvieran para nada. Cuando se percató de que su discurso 6
tenía una favorable acogida, y que hasta los más modestos sentían la arrogancia de los jueces como un peso para la libertad, inmediatamente propuso y sacó adelante una ley según la cual los jueces serían elegidos por un año, y 7
nadie lo sería dos años consecutivos. Pero todo lo que esta medida tuvo de popular entre la plebe lo tuvo de ofensiva entre gran parte de los influyentes. A ésta añadió otra 8
que sirvió al interés común pero suscitó animosidades en contra suya. Los recursos públicos se perdían en parte por dejadez y en parte repartidos como botín entre algunos principales y magistrados, llegando incluso a faltar dinero 9
para pagar cada año el tributo a los romanos, y parecía cernirse sobre los particulares la amenaza de una onerosa contribución.

Cuando Aníbal descubrió a cuánto ascendían las re- 47
caudaciones de impuestos de tierra y mar, en qué se invertían, cuánto se empleaba en los gastos corrientes del Estado, y qué cantidad era distraída hacia peculios privados, declaró ante la asamblea que el Estado tendría recursos 2
suficientes para hacer efectivo el tributo a los romanos, sin imponer contribuciones a los particulares, si se exigía todo el dinero atrasado; y cumplió lo prometido.

Pero entonces, todos aquellos que durante bastantes 3
años habían engordado a costa de los fondos públicos, ofendidos como si los hubieran despojado de bienes suyos en vez de hacerles soltar el botín de sus robos, instigaban en contra de Aníbal a los romanos que ya de por sí buscaban una coartada para su odio. Insistentemente se opuso Publio 4
Escipión Africano, que consideraba impropio del pueblo

romano implicarse en los odios de los acusadores de Aníbal y comprometer el prestigio del Estado en las banderías
5 de los cartagineses, y, no contentos con haber vencido a Aníbal en la guerra, actuar como acusadores prestando ju-
6 ramento y declarando contra él. Pero al fin consiguieron que se enviasen emisarios a Cartago para acusar a Aníbal, ante el senado cartaginés, de estar urdiendo planes con el
7 rey Antíoco para hacer la guerra. Los tres diputados enviados fueron Gneo Servilio, Marco Claudio Marcelo y Quinto Terencio Culeón [299]. Llegados a Cartago, cuando les preguntaron por el motivo de su visita, la respuesta que dieron, por consejo de los enemigos de Aníbal, fue
8 que habían venido para resolver las diferencias que hubiera entre Masinisa, el rey de los númidas, y los cartagineses.
9 Así lo creyó todo el mundo. Únicamente a Aníbal no se le escapaba que él era el objetivo de los romanos, y que se les había concedido la paz a los cartagineses con el propósito de que continuase una guerra implacable sólo
10 contra él. Decidió, pues, plegarse a las circunstancias y a la suerte; ya desde antes lo tenía todo preparado para la huida; aquel día se dejó ver por el foro para alejar los motivos de sospecha, y nada más oscurecer, en ropa de calle, llegó hasta la puerta con dos acompañantes que no estaban al tanto de sus planes y salió.

48 Los caballos estaban preparados en el lugar que había indicado. Durante la noche recorrió la región del país llamada Bizacio, y al día siguiente llegó a la costa, a una
2 torre de su propiedad, entre Acila y Tapso [300]. Allí lo esperaba una nave equipada y dotada de remeros. Así aban-

[299] Sería pretor en 187.

[300] Acila y Tapso, en la costa oriental de Túnez (al sur de Adrumeto), estaban a considerable distancia entre sí.

donó Aníbal el África, lamentando más la suerte de su patria que la suya propia. Aquel mismo día hizo la trave- 3
sía hasta la isla de Cercina [301]. Allí encontró en el puerto varias naves fenicias de transporte cargadas de mercancías, y en cuanto desembarcó, se arremolinó la gente para saludarlo, y a los que preguntaban mandó responderles que lo habían enviado a Tiro como embajador. No obstante, 4
ante el temor de que alguna de aquellas naves zarpara durante la noche y llevara a Tapso o Adrumeto [302] la noticia de que había sido visto en Cercina, mandó hacer los preparativos para un sacrificio e hizo invitar a los capitanes de los barcos y a los mercaderes y pedir las velas y antenas 5
de los navíos para hacer un quitasol —estaban en pleno verano— para los comensales en la playa. Se celebró el 6
banquete aquel día con todo el lujo que las circunstancias y el momento permitían, y el festín se prolongó hasta muy avanzada la noche con vino en abundancia. Aníbal, en 7
cuanto encontró un momento oportuno para pasar inadvertido a los que estaban en el puerto, soltó amarras a su nave. Los demás quedaron sumidos en el sueño y cuan- 8
do al día siguiente despertaron al fin, en plena resaca, aparte de que era ya tarde emplearon varias horas en transportar los aparejos a las naves, colocarlos y ponerlos en funcionamiento.

En Cartago, la multitud que solía visitar la casa de 9
Aníbal se conglomeró a la entrada del edificio. En cuanto 10
se hizo público que Aníbal no aparecía, la gente corrió al foro en masa preguntando por el primer ciudadano; unos decían que había emprendido la huida, cosa que en efecto ocurría; otros, cuyas voces predominaban, decían que 11

[301] Islas Kerkennah, al sur de Acila.
[302] Ver XXX 29, 1 nota.

había muerto en una trampa de los romanos. En los ros-
tros se podían ver expresiones diferentes, como es lógico
en una población compuesta por partidarios de opciones
diferentes divididos en facciones. Finalmente se supo que
había sido visto en Cercina con posterioridad.

49 Los enviados romanos expusieron ante el senado que
los senadores de Roma tenían constancia de que el rey Fili-
po primero había hecho la guerra al pueblo romano por
2 instigación sobre todo de Aníbal, y de que éste había
enviado recientemente cartas y mensajeros a Antíoco y a
los etolios y urdido planes para empujar a Cartago a la
rebelión; que no se había dirigido a ninguna otra parte
más que a presencia del rey Antíoco, y que no descansaría
3 hasta desencadenar la guerra en el mundo entero; no debían
los cartagineses dejar esto impune si querían demostrar al
pueblo romano que nada de todo ello se había hecho con
4 su consentimiento ni por decisión oficial. Los cartagineses
respondieron que estaban dispuestos a hacer cualquier co-
sa que los romanos considerasen adecuada.

5 Aníbal, en una travesía sin problemas, llegó a Tiro y
fue recibido por los fundadores de Cartago como un hom-
bre distinguido con toda clase de honores procedente de
su segunda patria. Se quedó unos pocos días y navegó ha-
6 cia Antioquía. Allí se enteró de que el rey había marchado
ya para Asia y se reunió con su hijo, que estaba celebran-
do los tradicionales Juegos de Dafne. Fue objeto de una
acogida cordial por parte de éste y siguió su travesía sin
7 la menor demora. En Éfeso dio alcance al rey, que andaba
aún con dudas y vacilaciones con respecto a la guerra con
Roma; pero la llegada de Aníbal influyó no poco en su
ánimo para que acabara de decidirse.

8 También por aquella época la actitud de los etolios
se hizo más distante con respecto a la alianza con Roma;

enviaron una diputación a reclamar Fársalo y Léucade y algunas otras ciudades tomando como base el tratado primigenio, y el senado los remitió a Tito Quincio.

LIBRO XXXIV

Sinopsis

Año 195 a. C.

La abrogación de la ley Opia: discurso de Catón (1 - 4).
Discurso de réplica de Lucio Valerio (5 - 8, 3).
Catón en Hispania. Ampurias (8, 4 - 12).
Batalla cerca de Ampurias y victoria romana (13 - 16).
Turdetania. Lacetanos. Bergio (17 - 21).
Oriente: la guerra contra Nabis (22 - 25).
Ofensiva contra Esparta. Toma de Giteo (26 - 29).
Entrevista del tirano Nabis con Quincio Flaminino (30 - 34).
Condiciones de paz ofrecidas Nabis (35 - 37).
Asalto a Esparta. Nabis capitula (38 - 41).

Año 194 a. C.

Roma: elecciones, colonias, triunfo de Catón (42 - 46, 3).
Galia Cisalpina: batalla contra los boyos (46, 4 - 47).
Fin de la campaña en Grecia (48 - 51).
Roma: triunfo de T. Quincio Flaminino (52 - 53).

Año 193 a. C

Elecciones, juegos, mandos. Embajada de Antíoco (54 - 59).
Aníbal y Antíoco. Repercusiones en Cartago (60 - 62).

La abrogación de la ley Opia: discurso de Catón

1 En medio de las preocupaciones ocasionadas por grandes guerras apenas finalizadas o ya inminentes ocurrió un episodio poco importante en sí mismo pero que desembocó en un grave enfrentamien-
2 to por la pasión que suscitó. Los tribunos de la plebe Marco Fundanio y Lucio Valerio presentaron al pueblo una
3 propuesta de derogación de la ley Opia [303]. Había sido promulgada a propuesta del tribuno de la plebe Gayo Opio en pleno fragor de la Guerra Púnica durante el consulado de Quinto Fabio y Tiberio Sempronio [304], y establecía que ninguna mujer poseería más de media onza de oro ni llevaría vestimenta de colores variados ni se desplazaría en carruajes tirados por caballos en ciudades o plazas fuertes o a una distancia inferior a una milla salvo con motivo
4 de un acto religioso de carácter público. Los tribunos de la plebe Marco y Publio Junio Bruto [305] estaban a favor de la ley Opia y declaraban que no permitirían que fuese derogada. Muchos nobles intervenían en el debate para hablar a favor o en contra. Una multitud de partidarios y
5 contrarios a la ley llenaba el Capitolio. Ni la dignidad ni el pudor ni las órdenes de sus maridos podían de ninguna forma mantener a las matronas en casa; se apostaban en todas las calles de la ciudad y en los accesos del foro, y pedían a los hombres que acudían al foro que en vista del florecimiento del Estado y de que todas las fortunas privadas crecían de día en día, permitieran que también a las
6 matronas les fuera devuelto su antiguo esplendor. El nú-

[303] Sobre los problemas referentes a la derogación de la ley Opia puede verse J. Briscoe, *A Commentary on Livy, Books XXXIV-XXXVII*, Oxford, 1981, págs. 39-43.

[304] Fabio Máximo Cunctátor y Sempronio Graco, año 215.

[305] Marco, el pretor de 191 y cónsul de 178. Publio, el pretor de 190.

mero de mujeres que afluían aumentaba cada día, pues acudían también desde las poblaciones y centro rurales.
Se atrevían incluso a acercarse a los cónsules y pretores 7
y a otros magistrados y rogarles; pero se encontraban con que eran absolutamente inflexibles, al menos uno de los cónsules, Marco Porcio Catón, que pronunció el siguiente discurso en apoyo de la ley cuya derogación se proponían:

«Si cada uno de nosotros, Quirites, hubiese aprendido 2
a mantener sus derechos y su dignidad de marido frente a la propia esposa, tendríamos menos problemas con las
mujeres en su conjunto; ahora, nuestra libertad, vencida 2
en casa por la insubordinación de la mujer, es machacada y pisoteada incluso aquí en el foro, y como no fuimos capaces de controlarlas individualmente, nos aterrorizan to-
das a la vez. Yo, la verdad, pensaba que era una fábula, 3
una historia de ficción lo de que todo el sexo masculino había sido suprimido de raíz en cierta isla [306] por una cons-
piración de las mujeres. Cualquier clase de gente represen- 4
ta un gravísimo peligro si se consiente que haya reuniones, conciliábulos y encuentros clandestinos. Y yo en mi fuero interno no llego a establecer si es peor el hecho por sí mis-
mo o por el precedente que sienta; en el primer sentido 5
nos concierne a nosotros los cónsules y magistrados, y en el segundo a vosotros, Quirites. Es a vosotros, en efecto, a los que vais a emitir vuestro voto, a quienes corresponde valorar si la propuesta que se presenta es o no conforme
a los intereses del Estado. Este tumulto mujeril, tanto si 6
se ha producido de forma espontánea como si lo ha sido por instigación vuestra, Marco Fundanio y Lucio Valerio, y que sin duda tiene que ver con la responsabilidad de los magistrados, no sé si va más en desdoro vuestro, tribunos,

[306] Leyenda de la isla de Lemnos donde las mujeres dieron muerte a sus maridos.

7 o de los cónsules; vuestro, si habéis llegado ya al extremo de llevar a las mujeres a avivar los disturbios tribunicios; nuestro, si ahora tenemos que aceptar leyes de una secesión de mujeres igual que en otro tiempo de una secesión
8 de la plebe. La verdad, he sentido cierto rubor cuando hace poco he llegado hasta el foro por entre un ejército de mujeres. Y si, por respeto a la dignidad de cada una en particular más que de todas en conjunto, no me hubiese contenido por reparo a que se dijese que el cónsul les ha-
9 bía llamado la atención, les habría dicho: '¿Qué manera de comportaros es ésta de salir en público a la carrera, invadir las calles e interpelar a los maridos de otras? ¿No pudisteis hacer este mismo ruego en casa cada una al suyo?
10 ¿O es que sois más convincentes en público que en privado, y con los extraños más que con los vuestros? Y eso que, si el recato contuviera a las matronas dentro del ámbito de sus propios derechos, ni siquiera en casa debíais ocuparos de qué leyes se aprueban o se derogan aquí'.
11 Nuestros mayores quisieron que las mujeres no intervinieran en ningún asunto, ni siquiera de carácter privado, más que a través de un representante legal; que estuvieran bajo la tutela de sus padres, hermanos o maridos. Nosotros, si así place a los dioses, incluso les estamos permitiendo ya intervenir en los asuntos públicos y poco menos que inmiscuirse en el foro, en las reuniones y en los comicios.
12 Porque, ¿qué otra cosa hacen por calles y cruces sino influir en la plebe a favor de la propuesta de los tribunos y manifestar su criterio de que la ley debe ser derogada?
13 Soltad las riendas a una naturaleza indisciplinada, a un animal indómito, y esperad, que ellas mismas pondrán co-
14 to a su desenfreno. Si vosotros no lo ponéis, ésta es una pequeñísima muestra de lo que, impuesto por la costumbre o por las leyes, soportan las mujeres a regañadientes. Lo

que añoran es la libertad total, o más bien, si queremos decir las cosas como son, el libertinaje. Realmente, si en esto se salen con la suya, ¿qué no intentarán?».

«Examinad todas las leyes referentes a la mujer con 3
las que vuestros mayores pusieron freno a su incontinencia y la sometieron a su marido; aun constreñidas por todas
ellas, a duras penas podéis dominarlas. Qué, si dejáis que 2
desgajen una a una y os arranquen de las manos esas ataduras y se equiparen completamente a sus maridos, ¿creéis
que podréis aguantarlas? Desde el momento mismo en que 3
comiencen a ser iguales, serán superiores. Pero, ¡por Hércules!, no es que se resistan a que se apruebe una medida nueva contra ellas, que se opongan a un desafuero y no a
una ley; más bien se trata de que deroguéis una ley que 4
fue aprobada y sancionada con vuestros votos, sometida por vosotros a la prueba de la experiencia práctica de tantos años; es decir, se trata de que aboliendo una ley debili-
téis todas las demás. Ninguna ley es del todo ventajosa 5
para todos; lo único que se pretende es que sea útil a la mayoría, y en su conjunto. Si cada cual destruye y echa abajo una ley que personalmente le perjudica, ¿de qué servirá que la colectividad apruebe unas leyes que al poco tiempo pueden ser derogadas por aquellos contra quienes
van dirigidas? Quisiera, no obstante, que se me dijera cuál 6
es el motivo que ha llevado a las matronas a presentarse en público a la carrera de forma tumultuosa, faltando poco para que entrasen en el foro e interviniesen en las
asambleas. ¿Para que se rescate a sus padres, maridos, hi- 7
jos, hermanos, prisioneros de Aníbal? Semejante trance está lejos, y ojalá lo esté siempre, de nuestra nación; pero sin embargo, cuando se dio el caso, dijisteis que no a sus pia-
dosos ruegos. Pero no fue la piedad ni la preocupación 8
por los suyos lo que las ha congregado, sino la religiosi-

dad: se disponen a recibir a la Madre del Ida que llega de Pesinunte, de Frigia [307]. ¿Qué excusa, que al menos pueda ser manifestada sin rubor, se aduce para este amotina-
9 miento de las mujeres? 'Queremos estar radiantes con el oro y la púrpura, se dice, y desplazarnos en carruaje por la ciudad los días de fiesta y los de diario, en una especie de desfile triunfal sobre la ley vencida y abrogada y sobre vuestros sufragios, apresados y anulados; queremos que no haya límite alguno para el gasto y el despilfarro'».

4 «A menudo me habéis oído quejarme de los gastos de las mujeres y también de los hombres, no sólo de los parti-
2 culares sino de los magistrados, y de que la ciudad estaba aquejada de dos vicios contrarios, la codicia y el despilfarro, plagas estas que dieron al traste con todos los grandes
3 imperios. Cuanto mejor y más boyante es cada día que pasa la situación del país, cuanto más se ensancha nuestro imperio —y ya hemos penetrado en Grecia y en Asia [308], llenas de todos los atractivos del placer, e incluso ponemos nuestras manos sobre los tesoros de los reyes—, más me estremezco por temor a que todo esto nos esclavice en lu-
4 gar de hacernos nosotros sus dueños. Las estatuas procedentes de Siracusa, creedme, fueron enseñas enemigas introducidas en nuestra ciudad. Son ya demasiadas las personas a las que oigo ponderar en tono admirativo las obras de arte de Corinto y Atenas y reírse de las antefijas de
5 arcilla de los dioses romanos. Yo prefiero que nos sean propicios estos dioses, y confío en que seguirán siéndolo
6 si permitimos que permanezcan en sus moradas. Nuestros padres recuerdan cómo Pirro, por medio de su emisario Cineas, trató de ganarse a base de regalos la voluntad no

[307] Cf. XXIX 14, 10 ss.

[308] La entrada del ejército romano en Asia ocurrió en 190.

sólo de los hombres sino de las mujeres. Todavía no se había promulgado la ley Opia para refrenar el despilfarro femenino, y sin embargo ninguna aceptó. ¿Cuál creéis que 7
fue la razón? La misma por la que nuestros mayores no consideraron necesario legislar nada sobre este particular: no había despilfarro que refrenar. De la misma manera 8
que hace falta conocer las enfermedades antes que sus remedios, también las pasiones aparecen antes que las leyes destinadas a ponerles límites. ¿Qué fue lo que dio origen 9
a la ley Licinia referente a las quinientas yugadas, sino el afán desmedido de juntar tierras con tierras? ¿Por qué surgió la ley Cincia referente a regalos y compensaciones sino porque la plebe había comenzado ya a ser tributaria y estipendiaria del senado? No es nada de extrañar, por 10
consiguiente, que no se echase entonces en falta ni la ley Opia ni ninguna otra para contener el gasto de las mujeres cuando rechazaban los regalos de oro y púrpura que se les ofrecían sin haberlos pedido. Si Cineas recorriera ahora 11
la ciudad con aquellos regalos, encontraría de pie en las calles mujeres dispuestas a aceptarlos. Por lo que a mí respecta, hay algunos afanes cuya causa o explicación no alcanzo ni siquiera a imaginar. Pues así como el hecho de 12
que a otro se le permita lo que a ti no te está permitido genera probablemente un sentimiento natural de vergüenza o de indignación, también, si la norma sobre el vestir es la misma para todas, ¿cómo puede temer ninguna de vosotras que nadie se fije en ella? Lo que más humilla es sin 13
duda la tacañería o la pobreza; pero la ley os elimina este doble motivo de humillación, puesto que no tenéis aquello que no está permitido tener. 'Precisamente ese igualitaris- 14
mo es lo que no soporto', dice la que es rica. '¿Por qué no puedo llamar la atención, distinguirme con el oro y la púrpura? ¿Por qué la indigencia de las demás se esconde

bajo la cobertura de esta ley de modo que pueda parecer
que, si estuviera permitido, poseerían lo que no poseen?'
15 ¿Queréis provocar esta rivalidad entre vuestras esposas, Qui-
rites, de forma que las ricas quieran tener lo que no está
al alcance de ninguna otra, y las pobres, para no sentirse
humilladas precisamente por ese motivo, vayan más allá
16 de sus posibilidades? Una vez que comiencen a avergon-
zarse de lo que no deben, dejarán de avergonzarse de lo
que deben. La que tenga posibilidades por sí misma, hará
esas adquisiciones; la que no pueda, pedirá a su marido.
17 Desdichado de ese marido si accede a las peticiones, y des-
dichado si no accede, cuando vea que otro ha concedido
18 lo que él no concedió. Ahora hacen peticiones en público
a los maridos de otras, y, lo que es más grave, solicitan
el voto respecto a una ley, y de algunos lo consiguen. Eres
receptivo ante sus súplicas en perjuicio tuyo, de tu patri-
monio y de tus hijos; en cuanto deje la ley de poner límite
19 a los gastos de tu mujer, tú nunca se lo pondrás. No pen-
séis, Quirites, que la situación será en el futuro la misma
que era antes de promulgarse una ley sobre este particular.
20 Es menos peligroso no llevar a juicio a un malvado que
absolverlo, y el afán de despilfarro sería más tolerable no
habiendo sido excitado que lo va a ser ahora si, como un
animal salvaje, queda libre después de haber sido exas-
21 perado por sus cadenas. Mi opinión es que la ley Opia
de ningún modo debe ser derogada; y quisiera que los dio-
ses todos hagan que sea para bien lo que vosotros decidáis.»

Discurso de réplica de Lucio Valerio

5 Después de este discurso añadieron también algunas palabras en el mismo sentido los tribunos de la plebe que habían manifestado su intención de poner el veto. A continuación habló así Lucio Valerio en favor de la proposición de ley que él mismo ha-

bía presentado: «Si sólo hubiesen salido ciudadanos privados a hablar en favor o en contra de la cuestión sometida a nuestra consideración, también yo habría esperado en silencio vuestros votos, por considerar que se ha hablado lo suficiente en ambos sentidos. Pero ya que el cónsul Marco 2
Porcio, un hombre tan brillante, se ha lanzado contra nuestra propuesta no sólo con su autoridad, que habría tenido bastante peso aun sin expresarse de palabra, sino además con un largo y estudiado discurso, es necesario dar una breve respuesta. Sin embargo, sus palabras han ido enca- 3
minadas en mayor medida a reprender a las matronas que a pronunciarse en contra de nuestra propuesta, dejando además en la duda, por cierto, si lo que censuraba lo habrían hecho las matronas por iniciativa propia o por instigación nuestra. El objeto de mi defensa será la proposi- 4
ción de ley, no nuestras personas, contra las que ha lanzado esas acusaciones de palabra más que yendo al fondo del asunto. Ha calificado de conciliábulo, sedición, y a ve- 5
ces secesión mujeril el hecho de que las matronas os hayan pedido públicamente que ahora, en tiempos de paz, cuando la república está floreciente y próspera, derogaseis una ley promulgada contra ellas en las difíciles circunstancias de la guerra. Sé que son éstas y otras por el estilo las gran- 6
des palabras que se buscan para magnificar un hecho, y todos sabemos que Marco Catón es un orador enérgico y a veces incluso violento, aun siendo suave de carácter. Porque en definitiva, ¿qué han hecho de extraordinario las 7
matronas por haberse presentado en público masivamente en una causa que las afecta directamente? ¿Nunca aparecieron en público hasta ahora? Volveré contra ti tus *Origines* [309]. Observa cuántas veces lo hicieron, y siempre por 8

[309] Se trata de una referencia anacrónica, pues en realidad Catón comenzó sus *Origines* siendo ya de edad avanzada.

el bien común, por cierto. Ya en un principio, cuando reinaba Rómulo, en el momento en que se combatía en medio del foro tras la toma del Capitolio por los sabinos, ¿no cesó la batalla al precipitarse las matronas en medio
9 de los dos ejércitos? Bien, y después de la expulsión de los reyes, cuando las legiones volscas capitaneadas por Marco Coriolano acamparon a cinco millas, ¿no fueron las matronas quienes hicieron dar la vuelta a aquel ejército que hubiera aplastado esta ciudad? Y cuando Roma había sido ya tomada por los galos, ¿no fueron las matronas las que por acuerdo unánime pusieron a disposición de to-
10 dos el oro con que fue rescatada la ciudad [310]? Durante la última guerra, para no irme tan atrás, cuando hubo falta de dinero, ¿no fueron las viudas las que ayudaron al tesoro con sus aportaciones económicas [311]? Y cuando se llamó a nuevos dioses para que nos ayudasen en unos momentos de crisis, ¿no salieron todas las matronas hasta la
11 costa para recibir a la Madre del Ida? Se trata de casos diferentes, dirás. Tampoco es mi intención equipararlos; me basta con demostrar que no se trata en absoluto de
12 un hecho sin precedentes. Ahora bien, lo que hicieron sin que nadie se sorprendiera en situaciones que afectaban indistintamente a hombres y mujeres, ¿nos sorprende que lo hayan hecho en un caso que las afectaba a ellas específi-
13 camente? Después de todo, ¿qué han hecho? Muy altivos son nuestros oídos, válgame Júpiter, si nos indignamos ante los ruegos de unas mujeres decentes, cuando los amos no se sienten molestos por las súplicas de sus esclavos».
6 «Entro ya en la cuestión que se debate. Ahí, el discurso del cónsul ha tenido dos partes; se ha opuesto, indignado,

[310] Ver V 50, 7.

[311] Cf. XXIV 18, 14.

a la derogación de cualquier ley, por principio, y particularmente de la ley promulgada para refrenar el lujo de las
mujeres. En la primera parte, en favor de las leyes en ge- 2
neral, el discurso me pareció el propio de un cónsul, y
en la segunda, contra el despilfarro, el que correspondía
a una moralidad muy estricta. Por eso, si no ponemos de 3
manifiesto lo que hay de inconsistente en ambos razonamientos, hay el peligro de que os ofusque algún error de
apreciación. Yo, desde luego, admito que no se debe de- 4
rogar ninguna de aquellas leyes que han sido promulgadas para siempre, en razón de su utilidad permanente, y no para unas circunstancias concretas —salvo el caso de que la experiencia demuestre su nocividad, o que algún cambio
en la situación política las vuelva inoperantes—; pero al mis- 5
mo tiempo veo que las leyes que se han echado en falta en unas circunstancias particulares, son, por así decir, mor-
tales, y mudables con las propias circunstancias. Las más 6
de las veces, la guerra deroga las leyes aprobadas en tiempo de paz, y la paz, las aprobadas en tiempo de guerra, de la misma manera que para gobernar una nave son distintas las maniobras en momentos de bonanza o de borras-
ca. Siendo pues tan distintas las leyes por su propia natu- 7
raleza, ¿a cuál de las dos clases nos parece que pertenece
la ley cuya derogación proponemos? ¿Es antigua, acaso? 8
¿Es una ley de la época de los reyes nacida a la vez que la propia ciudad? ¿O de la época siguiente, y fue escrita en las doce tablas por los decénviros nombrados para sentar las bases del derecho, una ley sin la cual a juicio de nuestros antepasados no era posible preservar la decencia de las matronas, y cuya derogación deberíamos temer también nosotros para no abolir junto con ella la honestidad
y la dignidad de la mujer? Pues bien, ¿quién ignora que 9
esa es una ley reciente aprobada hace una veintena de años

cuando eran cónsules Quinto Fabio y Tiberio Sempronio?
Si las matronas han vivido sin ella durante tantos años
con una moralidad intachable, ¿qué peligro hay, realmen-
te, de que una vez derogada se entreguen al desenfreno?
10 Pues, si se tratara de una ley antigua o promulgada expre-
samente para poner coto a los excesos de las mujeres, sería
de temer que su supresión las incitase; pero precisamente
el momento de su aprobación nos descubrirá el por qué
11 de la misma. Aníbal estaba en Italia, y había vencido en
Cannas; tenía ya en su poder Tarento, Arpos y Capua;
era de prever que marcharía sobre Roma al frente de
12 su ejército; los aliados nos habían abandonado; no tenía-
mos reservas para completar el ejército, ni soldados de ma-
rina para mantener la armada, ni dinero en el erario público;
se compraban esclavos a los que entregar armas [312], con
la condición de pagar su precio a los amos una vez finali-
13 zada la guerra; con la misma condición en cuanto al cobro
se habían comprometido los publicanos a hacerse cargo
del suministro de trigo y lo demás que la guerra reque-
ría [313]. Contribuíamos con esclavos para el remo en núme-
ro fijado en proporción a la renta, y nosotros corría-
14 mos con los gastos; ingresábamos en el tesoro público [314]
todo el oro y la plata, dando ejemplo en esto los senadores
los primeros; las viudas y los menores llevaban su dinero
al erario; se había establecido el tope máximo de oro y
plata labrada y de monedas de plata y bronce que podía-
15 mos tener en casa. En unas circunstancias así, ¿estaban
tan preocupadas las matronas por el lujo y los adornos
que se sintió la necesidad de una ley Opia para poner coto
a ese afán? ¡Si fue entonces cuando el senado dispuso que

[312] Cf. XXII 57, 11.

[313] Ver XXIII 48, 5 ss. (año 215).

[314] Véase XXVI 36 (año 210).

se limitara el luto a treinta días porque se había suspendi-
do el sacrificio a Ceres debido a que todas las matronas
estaban de luto[315]! ¿Quién no ve claro que la falta de 16
recursos y la penuria de la población, que obligaban a de-
dicar a las necesidades públicas el dinero de todos los par-
ticulares, dictaron una ley destinada a durar lo que dura-
sen las causas de su redacción? Pues si todo lo que en 17
razón de las circunstancias decretó entonces el senado o
mandó el pueblo debe ser mantenido indefinidamente, ¿por
qué reembolsamos su dinero a los particulares? ¿Por qué
adjudicamos las obras públicas con pagos al contado?
¿Por qué no se compran esclavos para el servicio militar? 18
¿Por qué los particulares no suministramos remeros como
hicimos entonces?».

«¿Todos los demás estamentos sociales, todos los indi- 7
viduos van a notar el cambio a mejor en la situación del
país, y serán únicamente nuestras esposas quienes no se
beneficiarán de los frutos de la paz y tranquilidad pública?
Los hombres utilizaremos la púrpura vistiendo la pretexta 2
como magistrados y sacerdotes; nuestros hijos vestirán to-
gas ribeteadas de púrpura; a los magistrados en las colo-
nias y municipios y aquí en Roma a los jefes de distrito,
el más bajo de los cargos, les reconocemos el derecho a
llevar toga pretexta, y no sólo a que lleven en vida ese 3
distintivo sino a que sean quemados con él a su muerte;
¡solamente a las mujeres les vetaremos el uso de la púrpu-
ra! Y mientras que tú, marido, estarás autorizado para uti-
lizar la púrpura en la prenda que te cubre, ¿no dejarás
que la madre de familia lleve un pequeño adminículo pur-
púreo, y el jaez de tu caballo será más lujoso que el atuen-
do de tu mujer? Con todo, en el caso de la púrpura, que 4

[315] Ver XXII 56, 4 (año 216).

se deteriora y se gasta, veo una razón para ese empeño; que no se justifica, pero que de alguna manera es una razón; mas en el caso del oro, que no sufre más menoscabo que el de la mano de obra, ¿qué mezquindad es esa? Más bien representa una salvaguarda con vistas a necesidades tanto privadas como públicas, como sabéis por experiencia.
5 Decía Catón que no habría envidia alguna entre unas y otras, puesto que ninguna sería poseedora. Pero, por Hércules, todas ellas sufren y se sublevan cuando ven que a las mujeres de los aliados latinos se les permiten los orna-
6 tos que a ellas se les niegan, cuando las ven llamando la atención con el oro y la púrpura y yendo en coche por la ciudad mientras que ellas las siguen a pie, como si el imperio tuviera su sede en las ciudades de las otras y no
7 en la suya. Una cosa así bastaría para herir el orgullo de los hombres; ¿qué creéis que ocurre con el de las mujeres,
8 que son sensibles incluso a los pequeños detalles? En ellas no pueden recaer ni las magistraturas, ni los sacerdocios, ni los triunfos, ni las condecoraciones, recompensas o des-
9 pojos de guerra; la elegancia, los adornos, el atavío, éstos son los elementos de distinción de las mujeres; con esto disfrutan y se sienten orgullosas, esto constituye lo que nues-
10 tros mayores llamaron el "mundo femenino". ¿De qué otra cosa prescinden en señal de luto, más que de la púrpura y el oro? ¿Qué vuelven a ponerse cuando el luto ha terminado? En los momentos de alegría y de acción de gracias, ¿qué hacen más que engalanarse con mayor esplendidez?
11 Evidentemente, si derogáis la ley Opia, no tendréis autoridad en caso de que queráis prohibir algo de lo que ahora prohíbe esa ley; algunos tendrán además un menor control
12 sobre sus hijas, esposas y hermanas. Mientras viven los suyos, las mujeres nuncan dejan de estar bajo tutela, y ellas mismas detestan la libertad que les llega con la viude-

dad o la orfandad. Prefieren que su forma de engalanarse 13
dependa de vosotros antes que de la ley; y vosotros debéis
tenerlas bajo control y tutela, no en situación de esclavi-
tud, y preferir que os den el nombre de padres o maridos
antes que el de amos. El cónsul utilizaba hace muy poco 14
unos términos odiosos cuando hablaba de sedición y sece-
sión femenina. ¡Claro, hay el peligro de que ocupen el mon-
te Sacro o el Aventino, como en otro tiempo la plebe en-
colerizada! Esta situación de debilidad las obligará a so- 15
meterse a cualquier decisión que toméis. Cuanto mayor es
vuestro poder, mayor es la mesura con que debéis
ejercerlo».

Al día siguiente de pronunciarse estos discursos a favor 8
y en contra de la ley fue bastante mayor la afluencia de
mujeres que se desbordaron por los lugares públicos y to- 2
das ellas se agolparon en masa ante las puertas de los Bru-
tos, que se oponían a la propuesta de sus colegas; no de-
pusieron su actitud hasta que los tribunos renunciaron a
la interposición del veto. Después de esto ya no hubo duda 3
de que todas las tribus votarían por la derogación de la
ley. Ésta quedó derogada veinte años después de su
promulgación.

Catón en Hispania[316]. *Ampurias*

Inmediatamente después de la deroga- 4
ción de la ley Opia, el cónsul Marco Por-
cio partió hacia el puerto de Luna[317] con
veinticinco navíos de guerra, cinco de los
cuales eran de los aliados, dejando orden
de que se concentrara allí el ejército. Tras enviar un bando 5

[316] Sobre la campaña de Catón en Hispania (en la que probablemente la fuente de Livio es el propio Catón) ver J. Briscoe, *o. c.*, págs. 63-66, y J. M. Roldán, «Catón en Hispania», en *Historia de España Antigua*, II (v. *supra*, n. 303), Madrid, 1988, págs. 59 ss.

[317] Luna (Luni) está en la orilla sur del río Magra, separada del golfo

por todos los puntos de la costa reunió naves de todas clases y al partir de Luna les dio orden de seguirlo hasta el puerto de Pireneo [318], desde donde pensaba marchar con-
6 tra el enemigo con la numerosa flota. Dejando atrás los montes Ligustinos y el golfo Gálico [319], se encontraron en la fecha que había señalado. De allí pasaron a Roda [320], y desalojaron por la fuerza a la guarnición de hispanos
7 que había en la fortaleza. Desde Roda, con viento a favor, llegaron hasta Emporias. Allí desembarcaron todas las tropas excepto las de marina.

9 Todavía en aquella época Emporias estaba formaba por dos poblaciones separadas por una muralla. Una estaba habitada por griegos oriundos de Focea como los masilien-
2 ses [321], y la otra por hispanos. Pero la parte griega, que daba al mar, tenía una muralla cuyo perímetro no llegaba en total a los cuatrocientos pasos, mientras que la muralla de los hispanos, más alejada del mar, tenía una circunfe-
3 rencia de tres mil pasos. La colonia romana que después incorporó el divino César tras la derrota de los hijos de Pompeyo [322] constituyó un tercer tipo de población; actualmente están todos amalgamados en un solo cuerpo, al habérseles concedido la ciudadanía romana primero a los
4 hispanos y finalmente también a los griegos. Quien los observara entonces, se preguntaría extrañado qué era lo que los defendía, pues por un lado estaba el mar abierto y por otro tenían delante un pueblo tan fiero y belicoso como

---

de La Spezia por un cabo; se discute si el puerto estaba en la propia Luna o en dicho golfo.

[318] ¿El *portus Veneris,* Port Vendrés?

[319] El golfo de León.

[320] Rosas.

[321] Ampurias era a su vez una colonia de Masilia.

[322] Gneo y Sexto, derrotados en Munda en el 45 a. C.

el hispano. El guardián de su débil posición era la discipli-
na, que el miedo obliga a mantener cuando se está rodea-
do por otros más fuertes. Tenían muy bien fortificada la 5
parte de muralla que daba al campo, y por aquel lado so-
lamente habían puesto una puerta en la que siempre había
alguno de los magistrados de guardia permanente. Durante 6
la noche, una tercera parte de los ciudadanos vigilaba en
las murallas; y no lo hacían sólo por hábito o por obliga-
ción, sino que ponían tanto cuidado en los turnos de centi-
nela y en las rondas como si el enemigo estuviera a las
puertas. No dejaban entrar en la ciudad a ningún hispano, 7
ni tampoco salían ellos mismos sin una buena razón. La
salida hacia el mar era libre para todos. Por la puerta que 8
daba a la ciudad de los hispanos nunca salían sino en gru-
pos numerosos, generalmente la tercera parte a la que ha-
bía correspondido la vigilancia la noche anterior. El moti- 9
vo de la salida era el siguiente: los hispanos, que no tenían
experiencia en la navegación, se alegraban de comerciar
con ellos y a su vez querían comprar los artículos que se
importaban en barco y dar salida a los productos del cam-
po. Estas ventajas mutuas eran la causa de que los griegos
tuvieran libre acceso a la ciudad hispana. Éstos, por otra 10
parte, se sentían más seguros por estar a cubierto bajo la
protección de la amistad romana, que cultivaban con tanta
lealtad como los masilienses aunque sus recursos eran me-
nores. También en esta ocasión acogieron amable y gene-
rosamente al cónsul y al ejército. Catón se detuvo allí unos 11
pocos días mientras averiguaba dónde estaban y cuántas
eran las fuerzas del enemigo, y para evitar la inactividad
incluso durante la espera, dedicó todo este tiempo al entre-
namiento de sus hombres. Coincidió que era la época del 12
año en la que los hispanos tenían el trigo en las eras; dijo,
pues, a los abastecedores que no suministrasen trigo, y los

envió a Roma diciendo: «La guerra se autoabastecerá».
13 Salió de Emporias y quemó y devastó los campos del enemigo, haciendo cundir el pánico y la huida por todas partes.

10 Por la misma época, cuando Marco Helvio abandonaba la Hispania ulterior con una escolta de seis mil hombres que le había dado el pretor Apio Claudio, le salieron al paso los celtíberos cerca de la ciudad de Iliturgi [323] con
2 un enorme contingente de tropas. Valerio refiere que eran veinte mil hombres armados, que fueron muertos doce mil de ellos, que la plaza de Iliturgi fue reconquistada y pasa-
3 dos por las armas todos sus jóvenes. Desde allí Helvio se llegó hasta el campamento de Catón, y como la región estaba ya a salvo de enemigos mandó su destacamento de vuelta a la Hispania ulterior, marchó a Roma y entró en la ciudad recibiendo la ovación por el feliz resultado de
4 su acción. Ingresó en el erario catorce mil setecientas treinta y dos libras de plata en bruto, diecisiete mil veintitrés monedas de plata acuñada con la biga y ciento diecinueve mil cuatrocientas treinta y nueve de plata oscense [324].
5 La razón de que el senado le denegase el triunfo fue el hecho de haber combatido con los auspicios y en la provincia de otro. De hecho había vuelto pasados dos años, cuando ya había entregado la provincia a su sucesor Quinto Minucio [325], reteniéndolo allí durante todo el año si-
6 guiente una larga y grave enfermedad. Por eso Helvio entró en Roma y recibió la ovación sólo dos meses antes de
7 que entrase en triunfo su sucesor Quinto Minucio. Éste,

[323] Si se trata de una población de la Hispania citerior no puede ser la Iliturgi de Menjíbar (Jaén), de la ulterior, que aparece en XXIII 49, 5 etc.

[324] El denario acuñado en Hispania, tal vez desde 197.

[325] Pero, según XXXIII 26, 2, Quinto Minucio Termo tenía a su cargo la citerior.

a su vez, aportó treinta y cuatro mil ochocientas libras de plata, setenta y tres mil monedas acuñadas con la biga y doscientas setenta y ocho mil de plata oscense.

Entretanto, en Hispania, el cónsul tenía su campamen- 11
to cerca de Emporias. Allí acudieron tres representantes 2
del régulo ilergete [326] Bilistage —uno de ellos era su propio
hijo—, y se quejaron de que sus plazas fortificadas esta-
ban siendo atacadas y no tenían la menor esperaza de re-
sistir a no ser que el romano enviase refuerzos; con tres 3
mil hombres habría suficiente, y el enemigo se alejaría si
llegaba un contingente de este volumen. A ello respondió
el cónsul que sin duda era sensible tanto a su peligro como
a su temor, pero que en modo alguno podía dividir el ejér- 4
cito y disminuir sus fuerzas sin riesgo cuando a corta dis-
tancia había un gran contingente de enemigos con el que
previsiblemente tendría que enfrentarse en batalla campal
cualquier día sin tardar mucho. Al oír esta respuesta los 5
enviados se echaron a los pies del cónsul llorando y le su-
plicaron que no los abandonase en tan apurada situación;
¿adónde acudirían si los romanos los rechazaban? No te- 6
nían ningún aliado, ninguna otra esperanza en ningún lu-
gar de la tierra; habrían podido verse fuera de aquel peli- 7
gro si hubieran estado dispuestos a faltar a la lealtad y
hacer causa común con los otros rebeldes; ninguna amena-
za, ningún susto había hecho mella en ellos, confiando en
que
tenían en los romanos apoyo y ayuda suficiente; si ésta 8
era inexistente, si el cónsul se la negaba, ponían a los dio-
ses y a los hombres por testigos de que muy a su pesar
se veían obligados a una ruptura, para no correr la misma
suerte que habían sufrido los saguntinos, y que estaban

[326] Cf. XXI 22, 3 nota.

dispuestos a sucumbir junto con los demás hispanos en vez de ellos solos.

12 Al menos aquel día fueron despedidos así, sin respuesta. Durante la noche siguiente la inquietud mantuvo al cón-
2 sul en la incertidumbre: no quería abandonar a los aliados, y no quería reducir su ejército, porque esto podría suponer que tendría que retrasar el combate o implicaría un riesgo
3 si combatía. Prevaleció el criterio de no reducir las tropas, no fueran a infligirle entretanto alguna humillación los enemigos, y estimó que debía dar a los aliados la esperanza,
4 ya que no la realidad, de una ayuda, que muchas veces, y especialmente en la guerra, lo aparente surte los efectos de lo real, y el que está convencido de contar con algún apoyo se salva gracias precisamente a esa confianza que le da esperanzas y audacia como si el apoyo fuese real.
5 Al día siguiente respondió a los diputados que aun temiendo reducir sus tropas para favorecer a otros con ellas, tenía más en cuenta sin embargo la situación de peligro en
6 que ellos se encontraban que su propia situación. Manda dar instrucciones de que un tercio de los soldados de cada cohorte preparen con urgencia comida cocinada para cargarla en las naves y que éstas estén listas para dos días
7 después. Manda que dos de los diputados informen de ello a Bilistage y los ilergetes, y retiene a su lado al hijo del
8 reyezuelo a base de un trato cortés y de regalos. Los diputados no se pusieron en marcha hasta que vieron embarcados a los soldados; cuando informaron de ello como de algo ya indiscutible, la noticia de la inminente llegada de los romanos se extendió tanto entre los suyos como entre los enemigos.

Batalla cerca de Ampurias y victoria romana

El cónsul, cuando los indicios de lo que 13
quería hacer creer fueron suficientes, or-
denó que se hiciera desembarcar a los sol-
dados. Como estaba ya próxima la época 2
del año en que era posible el desarrollo
de las operaciones, él emplazó su campa-
mento de invierno a tres millas de Emporias. Desde allí,
según se presentaban las circunstancias, llevaba a sus sol-
dados unas veces en una dirección y otras en otra a sa-
quear los campos de los enemigos dejando una pequeña
guarnición para la defensa del campamento. Salían casi 3
siempre por la noche para alejarse lo más posible del
campamento y coger al enemigo por sorpresa. Estas accio-
nes servían de entrenamiento a los nuevos reclutas, y a
la vez caían prisioneros un gran número de enemigos, que
ya no se atrevían a salir fuera de las fortificaciones de
sus plazas. Una vez que puso a prueba suficientemente la 4
moral de los suyos y del enemigo convocó una reunión
de tribunos y prefectos, caballería en pleno y centuriones.
«Ha llegado el momento, tantas veces deseado por voso- 5
tros, dijo, de que se os diera la oportunidad de poner a
prueba vuestro valor. Hasta ahora habéis llevado una cam-
paña más al estilo de salteadores que de guerreros; ahora 6
vais a enfrentaros en una batalla en toda regla, enemigos
contra enemigos; a partir de ahora vais a poder no ya de-
vastar campos sino vaciar las ciudades de sus riquezas.
Nuestros padres, a pesar de que los cartagineses tenían ge- 7
nerales y ejércitos en Hispania y ellos no tenían ni un sol-
dado, quisieron, no obstante, añadir al tratado de alianza
una cláusula estipulando que la frontera de su imperio es-
taría en el río Ebro [327]. Ahora que Hispania está ocupada 8

[327] Referencia al tratado del Ebro de 226.

por dos pretores [328], un cónsul y tres ejércitos romanos
y desde hace ya casi diez años no hay ni un cartaginés
en estas provincias, hemos perdido el dominio del lado de
9 acá del Ebro. Es necesario que lo recuperéis con vuestras
armas y vuestro valor y obliguéis a estos pueblos, que más
que empeñarse en una guerra sostenida se rebelan de for-
ma temeraria, a aceptar de nuevo el yugo que se sacudie-
10 ron de encima». Después de arengarlos sobre todo con con-
sideraciones de esta guisa les anunció que por la noche
los llevaría hasta el campamento enemigo y con esto les
mandó marchar a reponer fuerzas.

14 A media noche, después de tomar los auspicios, el cón-
sul se puso en marcha al objeto de tomar la posición que
quería antes de que los enemigos se dieran cuenta; dando
un rodeo dejó atrás el campamento enemigo y al despun-
tar el día formó en orden de batalla y envió tres cohortes
2 hasta el pie mismo de la empalizada. Los bárbaros, sor-
prendidos ante la aparición de los romanos a su espalda,
3 corrieron a su vez a por las armas. Entretanto el cónsul
se dirigió a sus hombres diciendo: «Sólo en el valor hay
esperanza, y yo deliberadamente me he ocupado de que
4 así fuese. Entre nuestro campamento y nosotros se encuen-
tran los enemigos, y a nuestra espalda está el territorio
enemigo. Tener la esperanza puesta en el valor es lo más
hermoso y al mismo tiempo lo más seguro». Dicho esto
dio orden de que las cohortes retrocedieran simulando una
5 huida para atraer a los bárbaros. Ocurrió tal como había
previsto. Convencidos de que los romanos retrocedían pre-
sa del pánico, salieron de repente fuera de la puerta y cu-
brieron de combatientes todo el espacio que mediaba entre
6 su campamento y las líneas romanas. Mientras tratan de

[328] Apio Claudio Nerón y Publio Manlio.

formar atropelladamente el frente de combate y están aún desorganizados, los ataca el cónsul con todos sus hombres preparados y en orden. Lanzó primero al combate a la caballería desde las alas, pero en el flanco derecho fue rechazada al instante y al retroceder en tropel sembró también el pánico entre la infantería. Nada más percatarse de 7
ello el cónsul ordenó que dos cohortes escogidas rodearan al enemigo por su lado derecho y aparecieran por la espalda antes de que se produjera el choque entre los frentes de infantería. Al cernirse esta amenaza sobre el enemigo 8
se restableció el equilibrio perdido a causa del pánico de los jinetes romanos; pero la confusión en la infantería y la caballería del ala derecha era tal que el propio cónsul tuvo que echar mano a algunos y volverlos hacia el enemigo. De esta forma, la batalla se mantenía indecisa mientras 9
se combatió con la armas arrojadizas, mientras que en el ala derecha, donde se inició el pánico y la huida, los romanos resistían a duras penas; por el flanco izquierdo y por 10
el centro los bárbaros, acosados, veían aterrados las cohortes que los amenazaban por la espalda. Cuando, des- 11
pués de lanzar los venablos de hierro y las faláricas [329], desenvainaron las espadas, fue como si se iniciara de nuevo el combate; no recibían heridas por lanzamientos imprevisibles efectuados al azar desde lejos; en el cuerpo a cuerpo confiaban por entero en su valor y su fuerza.

Cuando sus hombres estaban ya agotados, el cónsul los 15
reanimó lanzando a la lucha a las cohortes de reserva desde la segunda línea. Se formó un nuevo frente. Los 2
hombres de refresco, atacando con sus armas de lanzamiento íntegras a unos enemigos extenuados, primeramente deshicieron su formación con una dura carga en forma de

[329] Descrita en XXI 8, 10 ss.

cuña, y después, una vez dispersados, les hicieron empren-
der la huida: corriendo en desbandada por los campos tra-
3 taban de llegar al campamento. Cuando vio que la huida
estaba generalizada, Catón cabalgó de nuevo hacia la se-
gunda legión que permanecía de reserva y le dio la orden
de marchar tras las enseñas a paso de carga para atacar
4 el campamento enemigo. Si algún soldado demasiado fo-
goso se adelantaba a la formación, él mismo le daba alcan-
ce a caballo, lo golpeaba con un pequeño venablo y orde-
5 naba a los tribunos y centuriones que lo castigasen. Cuan-
do ya se había iniciado el ataque al campamento, los ro-
manos eran mantenidos a distancia de la empalizada a ba-
se de piedras, palos y toda clase de proyectiles. Al llegar
la legión de refresco subió la moral de los atacantes al tiem-
po que los enemigos peleaban con más rabia en defensa
6 de la empalizada. El cónsul lo examinó todo con la vista
para lanzar el asalto por el punto en que la resistencia fue-
se menor. Vio que junto a la puerta izquierda había menos
defensores, y dirigió hacia allí a los *principes* y *hastati* de
7 la segunda legión. La guardia apostada junto a la puerta
no resistió el ataque, y los demás, al ver que el enemigo
estaba dentro de la empalizada y ellos habían perdido el
8 campamento, arrojaron las enseñas y las armas. Fueron
degollados en la estrechez de las puertas donde quedaban
atascados debido a su propio número. Los soldados de la
segunda legión descargaban tajos sobre las espaldas de los
9 enemigos, los demás saqueaban el campamento. Valerio
Anciate refiere que fueron muertos aquel día más de cua-
renta mil enemigos; el propio Catón, nada dado, por cier-
to, a rebajar sus propias hazañas, dice que los muertos
fueron muchos pero no da la cifra.

16 Se considera que el cónsul tomó aquel día tres decisio-
nes dignas de encomio. Una, el haber llevado al ejército

dando un rodeo lejos de sus naves y de su campamento, iniciando el combate con el enemigo de por medio donde la única esperanza era el valor. La segunda, el haber pues- 2
to las cohortes como barrera a la espalda del enemigo. La tercera, el haber ordenado que la legión segunda, mientras todas las demás andaban dispersas en persecución del enemigo, avanzase hasta la puerta del campamento a plena marcha, pero en perfecto orden y formación con las enseñas al frente. Ni siquiera después de la victoria hubo des- 3
canso. Una vez dada la señal de retirada llevó a sus hombres de vuelta al campamento cargados de botín, les concedió unas pocas horas de descanso durante la noche y los llevó a los campos a saquear. Como los enemigos se 4
habían dispersado en la huida, el saqueo se llevó a cabo en un radio más amplio. Esta circunstancia, no menos que la derrota sufrida el día anterior, indujo a la rendición a los hispanos de Emporias y a sus vecinos. También se 5
rindieron muchos de otras ciudades que estaban refugiados en Emporias; a todos éstos se dirigió en tono amable y los mandó a sus casas después de darles vino y comida. A continuación emprendió la marcha con rapidez, y en to- 6
das partes por donde pasaba la columna salían a su encuentro diputaciones de ciudades que se le rendían; cuando llegó a Tarragona, toda la Hispania del lado de acá del Ebro estaba sometida, y los bárbaros le traían al cón- 7
sul como regalo los prisioneros romanos y aliados latinos que habían sido sorprendidos en Hispania por diversas circunstancias. Corrió luego el rumor de que el cónsul pensa- 8
ba marchar a Turdetania al frente de su ejército, y a las montañas remotas llegó la falsa noticia de que había partido ya. Ante este infundado rumor que carecía de fuente 9
segura se sublevaron siete plazas fuertes del país bergista-

no [330]. El cónsul acudió allí con su ejército y los redujo de nuevo a obediencia sin batalla alguna digna de mención.
10 Pero el caso es que no mucho después, cuando el cónsul había regresado a Tarragona y antes de que marchase de allí a parte alguna, estos mismos se rebelaron. De nuevo fueron sometidos. Pero no hubo la misma indulgencia con los vencidos: todos ellos fueron vendidos como esclavos, para que no perturbasen la paz cada dos por tres.

Turdetania. Lacetanos. Bergio.

17 Entretanto, el pretor Publio Manlio marchó a Turdetania con el ejército que le había entregado su antecesor Quinto Minucio, al que se había unido también el ejército de veteranos de Apio Claudio
2 Nerón procedente de la Hispania ulterior. Los turdetanos son considerados los más ineptos para la guerra de todos los hispanos. Confiados, no obstante, en su superioridad
3 numérica, salieron al paso de la columna romana. Una carga de la caballería desbarató su formación en un instante. Apenas si hubo combate con la infantería: los soldados veteranos, que tenían experiencia bélica y conocían bien al enemigo, no dejaron ninguna duda acerca del resultado.
4 Sin embargo la guerra no quedó decidida con esta batalla. Los túrdulos [331] reclutaron diez mil mercenerios celtíberos
5 y preparaban la guerra con armas ajenas. El cónsul, entretanto, tras el susto de la rebelión de los bergistanos, suponía que también otras ciudades harían otro tanto si se les presentaba la ocasión, y desarmó a todos los hispanos del
6 lado de acá del Ebro. Este hecho les resultó tan intolerable

[330] Limitaban al norte con los ausetanos, y llegaban hacia el sur hasta la comarca lacetana, ocupando las comarcas de Berga (Bergio era su «capital»), Cardona y Solsona.

[331] Variante de turdetanos.

que muchos se quitaron la vida ellos mismos, pues aquel pueblo indómito estaba convencido de que la vida sin armas no es tal. Cuando se informó de esto al cónsul convo- 7
có a los senadores de todas las ciudades y les dijo: «El no rebelaros va en interés vuestro tanto como nuestro, puesto que hasta ahora la rebelión siempre ha supuesto 8
mayor daño para los hispanos que trabajo para el ejército romano. La única manera de evitar que ello ocurra es, a mi juicio, conseguir que no os sea posible rebelaros. Yo quiero conseguirlo por el procedimiento más suave. Ayu- 9
dadme también vosotros en este empeño con vuestros consejos; ninguno seguiré de mejor grado que aquel que vosotros mismos me deis». Como guardaron silencio, dijo que 10
les daba un plazo de algunos días para reflexionar. Convo- 11
cados a una segunda reunión tampoco dijeron nada, y entonces en un solo día derribó las murallas de todas las ciudades, marchó contra los que aún no se habían sometido, y a medida que iba llegando a cada comarca se le sometían todos los pueblos que habitaban en el contorno. La impor- 12
tante y opulenta ciudad de Segéstica [332] fue la única plaza que tomó con manteletes y parapetos.

Tenía mayores dificultades para someter a los enemigos 18
que los primeros [333] que habían llegado a Hispania, porque los hispanos se pasaban a aquéllos por estar hartos de la dominación cartaginesa, mientras que él es como si tu- 2
viera que reducirlos a esclavitud después que habían conseguido la libertad; y lo encontró todo tan revuelto que unos estaban en armas en tanto que otros eran asediados para obligarlos a rebelarse y no iban a resisitir mucho más si

[332] Se desconoce su emplazamiento.

[333] Gneo Cornelio Escipión, en 218 (XXI 60, 1-2), y Publio Cornelio Escipión, en 217 (XXII 22, 1).

3 no se acudía a tiempo en su auxilio. Pero el cónsul tenía tal fortaleza de espíritu y de carácter que se ocupaba personalmente de todos los asuntos, grandes y pequeños, y los resolvía, y no sólo pensaba y ordenaba lo que era pertinente sino que en la mayoría de los casos se ocupaba él mis-
4 mo de su ejecución; a nadie imponía una disciplina más
5 rigurosa y estricta que a sí mismo; en austeridad, velas y fatigas competía con el último de los soldados, y aparte del rango y el mando no tenía ningún privilegio en su ejército.

19 Más difícil le ponían la guerra en Turdetania al pretor Publio Manlio los celtíberos contratados como mercenarios por el enemigo, como antes se ha dicho. Por eso el cónsul marchó para allá con sus legiones cuando el pretor
2 le pidió en una carta que acudiera. En el momento de su llegada, los celtíberos y los turdetanos tenían campamentos separados. Con los turdetanos, los romanos entablaron inmediatamente pequeños combates atacando sus puestos de avanzada, y siempre salían victoriosos incluso de los
3 enfrentamientos iniciados de forma temeraria. En cuanto a los celtíberos, el cónsul dio instrucciones a unos tribunos militares para que fuesen a entrevistarse con ellos y les die-
4 sen a elegir entre tres opciones; la primera, pasarse a los romanos, si querían, recibiendo el doble de paga que ha-
5 bían pactado con los turdetanos; la segunda, marcharse a sus casas recibiendo públicas garantías de que no les acarrearía ningún perjuicio el hecho de haberse unido a los ene-
6 migos de los romanos; la tercera, si a toda costa optaban por la guerra, que fijasen el día y el lugar para medirse
7 con él en una batalla decisiva. Los celtíberos pidieron un día para deliberar. Celebraron una tumultuosa asamblea en la que participaron los turdetanos, razón de más para
8 que no se pudiera tomar ninguna decisión. Aunque no es-

taba muy claro si se estaba en guerra o en paz con los
celtíberos, los romanos traían provisiones de los campos
y plazas fuertes de los enemigos como en tiempo de paz,
cruzando a menudo sus trincheras en grupos de diez, como
si en una tregua particular hubieran pactado intercambios
recíprocos. El cónsul, en vista de que no era capaz de atraer 9
al enemigo a una batalla, primeramente llevó algunas co-
hortes ligeras a saquear los campos de una comarca aún
intacta, y después, enterado de que todos los bagajes y 10
el equipamiento de los celtíberos habían quedado en Se-
guncia[334], dirigió hacia allí su marcha para atacarla.
Como no hubo forma de ponerlos en movimiento abonó 11
la soldada tanto a sus hombres como a los del pretor y
regresó al Ebro con siete cohortes dejando el resto del ejér-
cito en el campamento del pretor.

Con estas fuerzas tan reducidas tomó algunas plazas. 20
Se pasaron a él los sedetanos, los ausetanos y los sueseta-
nos. Los lacetanos, pueblo remoto y salvaje, continua- 2
ban en armas, bien por su natural fiereza o bien por su
conciencia de haber saqueado a los aliados con incursio-
nes por sorpresa mientras el cónsul estaba ocupado con
su ejército en la guerra con los túrdulos. Por eso el cónsul, 3
para atacar su ciudad fortificada, además de las cohortes
romanas llevó también a la juventud de los aliados, justa-
mente resentidos hacia ellos. Tenían una ciudad muy ex- 4
tendida a lo largo pero mucho menos a lo ancho. Hizo
alto a unos cuatrocientos pasos de distancia. Dejó allí un 5
retén de cohortes escogidas y les dio orden de no moverse
de aquella posición hasta que él estuviese de vuelta; con
el resto de las tropas dio un rodeo hasta el extremo opues-
to de la ciudad. El contingente más numeroso de sus fuer-

[334] Sigüenza.

zas auxiliares estaba constituido por jóvenes suesetanos,
a los que dio orden de avanzar para atacar la muralla.
6 Cuando los lacetanos reconocieron sus armas y enseñas re-
cordaron con cuánta frecuencia se habían paseado impu-
nemente por su territorio y cuántas veces les habían derro-
tado y puesto en fuga en batallas campales, abrieron súbi-
tamente la puerta y se precipitaron en masa sobre ellos.
7 Los suesetanos apenas si resistieron su grito de guerra, cuán-
to menos su ataque. Cuando vio el cónsul que las cosas
8 se desarrollaban como había pensado que ocurriría galopó
a lo largo de la muralla enemiga hasta las cohortes, se las
llevó con él mientras andaban todos dispersos en persecu-
ción de los suesetanos, las metió en la ciudad por la parte
9 en que estaba silenciosa y desierta, y lo tomó todo antes
de que volvieran los lacetanos. Poco después, como única-
mente les quedaban las armas, se le rindieron.

21 Inmediatamente después el vencedor marchó hacia el
frente de Bergio. Éste era más que nada un refugio de sal-
teadores desde donde partían las incursiones a los territo-
2 rios ya pacificados de la provincia. Desde allí se pasó al
cónsul un jefe bergistano y comenzó a disculparse a sí mis-
mo y a los suyos diciendo que ellos no tenían el gobierno
en sus manos, que los bandidos a los que habían dejado
3 entrar se habían adueñado por completo del fuerte. El cón-
sul le dijo que volviese a casa y que inventase alguna expli-
4 cación plausible de su asencia; cuando viera que él estaba
al pie de las murallas y que los bandidos estaban concen-
trados en la defensa de las fortificaciones, que estuviese
atento para ocupar la ciudadela con los hombres que esta-
5 ban de su parte. Se hizo todo según sus instrucciones; de
repente cundió entre los bárbaros el pánico por un doble
motivo: por una parte, los romanos estaban escalando los
muros, y por otra, la ciudadela había sido ocupada. Due-

ño de esta posición el cónsul dispuso que quienes habían ocupado la ciudadela quedaran libres junto con sus parientes y conservaran sus bienes; dio órdenes al cuestor de po- 6
ner en venta a los demás bergistanos, y a los bandidos los hizo ejecutar. Pacificada la provincia, estableció un ele- 7
vado impuesto sobre las minas de hierro y plata, medida esta que supuso un enriquecimiento cada día mayor para la provincia. Con motivo de estas operaciones llevadas a 8
cabo en Hispania, los senadores decretaron un triduo de acción de gracias.

Oriente: la guerra contra Nabis

En el mismo verano, el otro cónsul, 22
Lucio Valerio Flaco, se enfrentó en batalla regular con un ejército de boyos cerca de la selva Litana[335], en la Galia, y el resultado le fue favorable. Se habla de 2
ocho mil galos muertos; los demás abandonaron la guerra y se diseminaron por sus campos y aldeas. Durante lo que 3
quedaba de verano, el cónsul mantuvo su ejército en las proximidades del Po, en Placencia y Cremona, y levantó de nuevo lo que la guerra había destruido en estas ciudades.

Así estaban las cosas en Italia e Hispania. En Grecia, 4
entretanto, Tito Quincio había pasado el invierno siendo ésta la situación: exceptuando los etolios, que no habían obtenido los frutos esperados de la victoria y no podían encontrarse a gusto con una inactividad prolongada, toda Grecia disfrutaba plenamente de su situación saboreando al mismo tiempo las ventajas de la paz y de la libertad, y admiraba tanto la valentía del general romano en la gue- 5
rra como su moderación, su equidad y su mesura después de la victoria. Entonces llegó el decreto del senado por

[335] Cf. XXIII 24, 7.

el que se declaraba la guerra contra el espartano Nabis.
6 Tras su lectura, Quincio anunció un congreso de las delegaciones de todas las ciudades aliadas, que se celebraría en Corinto en una fecha determinada. Acudieron a él de todas partes numerosos jefes, hasta el punto de que ni siquiera faltaban los etolios, y pronunció el siguiente discurso:
7 «Los romanos y los griegos hicieron la guerra contra Filipo de común acuerdo y con una única estrategia, pero unos
8 y otros tuvieron sus propias razones para la guerra. Pues por un lado él había faltado a la amistad con los romanos tanto al ayudar a sus enemigos los cartagineses como al
9 atacar aquí a nuestros aliados, y por otro se comportó con vosotros de forma tal que aunque nos olvidáramos de nuestros propios agravios, en los vuestros teníamos un motivo
10 que justificaba suficientemente una guerra. La decisión que hemos de tomar hoy depende por entero de vosotros. La cuestión que someto a vuestra consideración, en efecto, es si estáis dispuestos a consentir que Argos, ocupada, co-
11 mo bien sabéis, por Nabis, siga bajo su dominio, o si pensáis que es justo que una ciudad tan noble y tan antigua, situada en el centro de Grecia, recobre la libertad y goce del mismo estatuto que las demás ciudades del Pelopo-
12 neso y de Grecia. Como veis, se debate aquí una cuestión que os concierne de lleno a vosotros. A nosotros sólo nos afecta en el sentido de que la falta de libertad de una sola ciudad impide que sea plena y total la gloria de haber libe-
13 rado Grecia. Pero si a vosotros no os preocupa esa ciudad ni el riesgo de que este ejemplo y este peligro se propague contagiando el mal más ampliamente, nosotros lo damos por bueno y aceptable. Os pido que os pronunciéis sobre este punto, y me atendré a lo que decida la mayoría».

23 Después del discurso del general romano comenzó el
2 examen de las opiniones de los demás. El representante

de los atenienses puso el mayor énfasis en dar las gracias y resaltar los merecimientos de los romanos con respecto a Grecia —habían ayudado contra Filipo cuando se les había pedido, y se ofrecían espontáneamente para ayudar en 3
contra del tirano Nabis sin habérselo pedido— y mostró su indignación ante el hecho de que algunos en sus conversaciones criticaran estos merecimientos y pusieran en duda los futuros cuando más bien debían reconocerse agradeci- 4
dos por los pasados. Era evidente que el blanco de su ataque eran los etolios. Por eso, Alejandro, un jefe de este 5
pueblo, comenzó por lanzar sus invectivas contra los atenienses, otrora paladines y promotores de la libertad que ahora traicionaban la causa común buscando la adulación propia; después se quejó de que los aqueos, en otro tiempo 6
soldados de Filipo que habían desertado de su lado al declinar finalmente su estrella, tenían de nuevo Corinto en su poder y estaban maniobrando para hacerse con Argos, mientras que los etolios, los primeros enemigos de Filipo 7
y aliados permanentes de los romanos, se habían quedado sin Equino y Fársalo después de haberse suscrito el acuerdo de que una vez derrotado Filipo serían suyas sus ciudades y campos. Acusó a los romanos de fraude porque des- 8
pués de hacer ostentación del vacío título de libertadores estaban ocupando Cálcide y Demetríade con sus guarniciones; cuando Filipo se mostraba remiso en retirar de allí sus guarniciones, ellos siempre le objetaban que jamás se- 9
ría libre Grecia mientras estuviesen ocupadas Demetríade, Cálcide y Corinto; finalmente los acusó de poner a Nabis 10
y Argos como pretexto para mantenerse en Grecia reteniendo allí su ejército. Que se llevasen a Italia sus legiones, y los etolios garantizaban que Nabis retiraría de Argos 11
su guarnición de forma voluntaria y con condiciones, o

bien lo obligarían por la fuerza de las armas a someterse al poder de una Grecia unida.

24 Esta fatua palabrería provocó la reacción inmediata de
2 Aristeno, pretor de los aqueos. «Qué Júpiter Óptimo Máximo y Juno Reina, patrona de Argos, no permitan, dijo, que aquella ciudad sea el premio en disputa entre el tirano lacedemonio y los salteadores etolios, sometida al trance de recibir peor trato si vosotros la reconquistáis que cuan-
3 do aquél la tomó. El mar que nos separa no nos defiende de esos piratas, Tito Quincio; ¿qué va a ser de nosotros si se construyen una ciudadela en el centro del Peloponeso? De griegos sólo tienen la lengua, igual que de hombres
4 tienen únicamente la apariencia; viven de acuerdo con unas costumbres y unas prácticas más salvajes que las de cualquier bárbaro, peor incluso que las bestias salvajes. Por eso os rogamos, romanos, que le quitéis Argos de nuevo a Nabis y arregléis la situación de Grecia de forma que quede además suficientemente asegurada frente al bandi-
5 daje de los etolios esta zona». Todos lanzaban desde todas partes sus imprecaciones contra los etolios; entonces el romano dijo que habría dado a éstos una respuesta si no viera que todos estaban tan irritados contra ellos que era
6 preciso serenarlos en vez de encresparlos. Satisfecho, pues, del concepto en que se tenía a los romanos y a los etolios, dijo que les pedía que se pronunciasen acerca de la guerra contra Nabis en el caso de que no devolviera Argos a
7 los aqueos. Todos se manifestaron a favor de la guerra, y los instó a que enviasen tropas auxiliares según las posibilidades de cada ciudad. También mandó un emisario a los etolios, más con el objeto de descubrir su disposición de ánimo, como de hecho ocurrió, que con la esperanza de conseguir algo.

A los tribunos militares les dio orden de traer de Elacia 25
al ejército. Por las mismas fechas también llegaron emba- 2
jadores de Antíoco a negociar una alianza, y les respondió
que en ausencia de la comisión de los diez no tenía nada
que comentar, que tendrían que dirigirse a Roma, al senado.
Con las tropas llegadas de Elacia siguió en dirección a Ar- 3
gos, y en las proximidades de Cleonas salió a su encuentro
el pretor Aristeno con diez mil aqueos de a pie y mil de
a caballo; reunieron sus fuerzas y acamparon no lejos de
allí. Al día siguiente descendieron a las llanuras de Argos 4
y eligieron un emplazamiento para el campamento a unas
cuatro millas de la ciudad. El comandante de la guarnición 5
de lacones era Pitágoras, yerno del tirano a la vez que her-
mano de su mujer; éste, poco antes de la llegada de los
romanos, reforzó con sólidas defensas ambas ciudadelas
—pues Argos tiene dos— y otros puntos estratégicos o sus-
ceptibles de un ataque. Pero al tiempo que tomaba estas 6
medidas no lograba ocultar el pánico producido por la lle-
gada de los romanos.

A la alarma causada desde el exterior se sumó además
una revuelta en el interior. Había un argivo, Damocles, 7
un joven con más corazón que cabeza, que habló con otros
afines, previo juramento, acerca de la expulsión de la guar-
nición, y en su afán de conseguir mayores apoyos para
la conspiración pecó bastante de incauto al sopesar las leal-
tades. Cuando, en el momento en que estaba hablando a 8
los suyos, vino a buscarlo un asistente enviado por el pre-
fecto, se dio cuenta de que el plan había sido denunciado,
y animó a los conjurados que estaban presentes a seguirle
y empuñar las armas antes de morir torturados. Y así, con 9
unos pocos hombres, se dirigió directamente hacia el foro
pidiendo a gritos que los siguieran como defensor y adalid
de la libertad los que quisieran la salvación de la patria.

10 No reaccionó absolutamente nadie, porque no veían por
ninguna parte la menor posibilidad de un éxito inmediato,
11 y desde luego no veían fuerzas suficientes. Mientras grita-
ba de esta forma, los lacedemonios lo rodearon y le dieron
muerte junto con los suyos. Después fueron arrestados tam-
12 bién algunos otros; la mayoría de ellos fueron ejecutados,
unos pocos fueron encarcelados y otros se descolgaron con
cuerdas por las murallas y buscaron refugio entre los ro-
manos.

Ofesiva contra Esparta. Toma de Giteo

26 Éstos aseguraban que su acción no hu-
biera resultado fallida si el ejército roma-
2 no hubiera estado a las puertas, y que
los argivos no iban a quedarse quietos si
se acercaba el campamento a la ciudad.
Entonces Quincio envió tropas de infantería ligera y caba-
llería, y cerca de Cilarabi [336], una palestra situada a menos
de trescientos pasos de la ciudad, entablaron combate
3 con los lacedemonios que hicieron una salida por una de
las puertas, rechazándolos al interior de la ciudad sin ma-
yores dificultades. Y en el lugar mismo donde se había
desarrollado el combate, emplazó su campamento el general
4 romano. Durante todo el día siguiente estuvo a la expecta-
tiva por si se producía algún nuevo movimiento. Al ver
que la población estaba atenazada por el miedo convocó
5 el consejo para decidir si se ponía sitio a Argos. Todos
los jefes griegos excepto Aristeno eran del mismo parecer:
puesto que Argos era la única causa de la guerra, con ella
6 precisamente debía iniciarse la guerra. A Quincio esta pers-
pectiva no le gustaba nada, y escuchó a Aristeno con evi-
dentes muestras de asentimiento cuando éste se opuso a
7 la opinión general. Añadió, por su parte, que si se había

[336] Al sur de la ciudad.

emprendido la guerra en contra del tirano y a favor de los argivos, sería de lo más incoherente desentenderse del enemigo y atacar Argos; él apuntaría al centro de la gue- 8
rra, Lacedemón y su tirano. Y después de disolver el consejo mandó las cohortes ligeras a recoger trigo. El que había maduro por los alrededores fue segado y acarreado, el verde fue pisoteado y destrozado, para que el enemigo no se sirviera de él más adelante. A continuación levantó 9
el campamento y después de salvar el monte Partenio [337] dejó atrás Tegea [338] y al tercer día acampó cerca de Carias [339]. Allí esperó las tropas auxiliares aliadas antes de penetrar en territorio enemigo. Llegaron mil quinientos ma- 10
cedonios enviados por Filipo y cuatrocientos jinetes tesalios. Lo que ahora retenía al romano no eran las tropas auxiliares, de las que había más que suficiente, sino los suministros exigidos a las ciudades del contorno. Se iban 11
concentrando también numerosos efectivos navales: había llegado ya de Léucade Lucio Quincio con cuarenta navíos, había ya dieciocho naves rodias con cubierta, el rey Éumenes se encontraba ya cerca de las islas Cícladas con diez naves cubiertas, con treinta pinazas y con otras embarcaciones de menor tamaño. También se concentraron en el 12
campamento romano, con esperanzas de recuperar su patria, muchos de los exiliados de los propios lacedemonios injustamente expulsados por los tiranos. Eran ya muchos, 13
en efecto, lo que a lo largo de varias generaciones, desde que los tiranos dominaban Lacedemón, habían sido expulsados por unos o por otros. El principal desterrado era 14

[337] En la cadena montañosa entre la Argólide y Arcadia, al suroeste de Argos.

[338] Una de las más antiguas ciudades de la Arcadia.

[339] En Laconia, al norte, cerca del río Enunte.

Agesípolis, el heredero legítimo del trono lacedemonio, expulsado siendo aún niño por el tirano Licurgo tras la muerte de Cleómenes, que fue el primer tirano en Lacedemón.

27 A pesar de estar amenazado por una guerra de tanta envergadura por tierra y por mar y de que, si hacía una valoración realista de sus fuerzas y las del enemigo, casi
2 no tenía ninguna esperanza, aun así el tirano no dejó de preparar la guerra; hizo venir de Creta un millar de jóvenes escogidos, cuando ya tenía otros mil, y armó un ejército con tres mil soldados mercenarios, diez mil de su pro-
3 pio país y campensinos de las aldeas; y fortificó la ciudad con foso y empalizada. Para evitar que estallase alguna revuelta interna, dominaba los ánimos a base de miedo y castigos muy duros, ya que no podía esperar que quisie-
4 sen que el tirano estuviera a salvo. Como recelaba de algunos ciudadanos, hizo salir a todas las fuerzas armadas a
5 una llanura que ellos llaman Dromo [340], dio orden de que los lacedemonios se reunieran, sin armas, en una asamblea, y rodeó a los reunidos con sus guardias armados.
6 Después de explicar brevemente por qué en unas circunstancias como aquellas había que comprender que recelara de todo y tomara todas las precauciones, dijo que era por su propio interés si impedía que pudiesen tramar nada aquellos que las presentes circunstancias hacían sospechosos,
7 en lugar de castigarlos cuando tramasen algo; que tendría a algunos bajo custodia, por consiguiente, hasta que hubiese pasado la tormenta que se avecinaba; los dejaría libres inmediatamente una vez rechazados los enemigos; y por ese lado el peligro era menor si se tomaban las debidas
8 precauciones contra una traición desde dentro. Acto seguido mandó llamar por su nombre a unos ochenta jóve-

[340] Cerca del río Eurotas.

nes principales, y a medida que fueron contestando según
se los nombraba los hizo encarcelar. Durante la noche si-
guiente fueron ejecutados todos ellos. Después, algunos ilo- 9
tas —se trata de una población rural, campesinos ya desde
antiguo—, acusados de haber querido pasarse al enemigo,
fueron azotados mientras eran llevados de aldea en aldea
y luego se les dio muerte. El terror consiguiente paralizó
las mentes de las masas y cualquier tentativa revolucionaria.
El tirano mantenía sus tropas dentro del recinto fortifica- 10
do, convencido de su inferioridad en caso de pretender com-
batir en una batalla regular, por un lado, y temeroso, por
otro, de dejar la ciudad cuando estaban indecisos y en sus-
penso los ánimos de todos.

Quincio, una vez ultimados todos los preparativos, sa- 28
lió de los cuarteles y al día siguiente llegó a Selasia [341],
en el río Enunte [342], lugar donde, según se decía, el rey
de los macedonios Antígono había librado una batalla cam-
pal contra el tirano lacedemonio Cleómenes. Enterado de 2
que el descenso desde allí era por un camino difícil y estre-
cho, mandó hombres por delante para que abrieran una
ruta bordeando ligeramente los montes, y llegó, por un
sendero bastante ancho y despejado, hasta el río Eurotas,
que discurre casi al pie mismo de las murallas. Cuando 3
los romanos estaban haciendo el trazado del campamento
y el propio Quincio se había adelantado con la caballería
y la infantería ligera, las tropas auxiliares del tirano sem-
braron el pánico y la confusión con un ataque con el que
no contaban ni por asomo, porque durante toda la marcha
no se habían encontrado con nadie y habían atravesado
el territorio como si estuviera pacificado. Durante algún 4

[341] Al norte de Esparta a unos 12 Km.

[342] Afluente del Eurotas.

tiempo reinó el desconcierto; los soldados de infantería lla-
maban a los de caballería y éstos a los de infantería, pues
ni unos no otros confiaban demasiado en sus propias fuer-
5 zas. Al fin aparecieron las enseñas de las legiones, y al
entrar en combate las cohortes de cabeza de la columna,
los que poco antes habían sembrado el pánico fueron re-
chazados al interior de la ciudad en pleno desconcierto.
6 Los romanos se alejaron de la muralla lo justo para estar
fuera del alcance de las armas arrojadizas y después de
formar en orden de combate se mantuvieron así algún tiem-
po; luego, como no salía a enfrentárseles ningún enemi-
7 go, regresaron al campamento. Al día siguiente Quincio
marchó al frente de sus tropas formadas, siguiendo el cur-
so del río y dejando atrás la ciudad, en dirección a la falda
misma del monte Menelao [343]; abrían la marcha las cohor-
tes de la legión, y la cerraban la infantería ligera y la caba-
8 llería. Nabis tenía preparadas y alineadas bajo las ense-
ñas dentro del recinto amurallado sus tropas mercenarias,
en las que confiaba plenamente, con la intención de atacar
9 al enemigo por la espalda. Cuando hubieron pasado los
últimos de la columna, se lanzaron fuera de la ciudad, tan
tumultuosamente como en la salida del día anterior, por
10 muchos sitios a la vez. Cerrando la marcha iba Apio Clau-
dio, que había preparado a sus hombres con vistas a lo
que iba a ocurrir, para que no los cogiera por sorpresa;
inmediatamente cambió la dirección de las enseñas y diri-
11 gió toda la formación de cara al enemigo. Consiguiente-
mente, durante algún tiempo hubo una batalla regular, co-
mo si hubieran chocado dos frentes de combate en toda
línea. Finalmente los soldados de Nabis emprendieron la
huida. Ésta fue especialmente desastrosa y atropellada por-

[343] Al sur de Esparta.

que los persiguieron de cerca los aqueos, conocedores del terreno, que hicieron una gran carnicería y desarmaron a la mayoría cuando la huida los había dispersado en todas direcciones. Quincio acampó cerca de Amiclas [344]. Luego, 12
tras devastar completamente todas las pobladas y fértiles tierras de los alrededores de la ciudad, como ya no salía de puertas afuera ningún enemigo, trasladó el campamento junto al río Eurotas. Desde allí salió a devastar el valle que se extiende al pie del Taigeto [345] y los campos que llegan hasta el mar.

Más o menos por la misma época recibió Lucio Quincio 29
la sumisión de algunas poblaciones de la costa, en unos casos voluntaria y en otros consecuencia del miedo o de la fuerza. Enterado luego de que la plaza de Giteo [346] era 2
para los lacedemonios lugar de almacenamiento de toda clase de efectos navales y de que el campamento romano no estaba lejos del mar, decidió atacar la plaza con todas sus tropas. En aquella época era una ciudad poderosa de- 3
bido, por un lado, al gran número de ciudadanos y residentes, y por otro, al hecho de estar equipada con toda clase de material bélico. Muy oportunamente, cuando se estaba 4
preparando para su nada fácil empresa, llegaron el rey Éumenes y la flota de los rodios. El enorme contingente 5
de marinos procedentes de las tres flotas llevó a cabo en cosa de pocos días todos los trabajos que se requerían para el ataque a una ciudad bien defendida por tierra y por mar. Tras acercar las «tortugas» estaba ya siendo socava- 6
da la muralla, estaba ya siendo batida por los arietes. Fue, pues, derribada con los repetidos golpes una de las torres,

[344] Al este del Eurotas.

[345] Montaña que separa Laconia de Mesenia.

[346] En la costa occidental del *sinus Laconicus*.

y en su caída arrastró la parte de muro adosada a ella;
7 los romanos, para desviar la atención del enemigo de la zona más abierta, trataban de forzar la entrada por el lado del puerto, desde donde era más llano el camino de acceso, y, simultáneamente, de irrumpir por la brecha abierta con
8 el derrumbe. A punto estuvieron de penetrar por donde se lo habían propuesto; pero el asalto se retrasó al presentarse la posibilidad de que se rindiera la ciudad, esperanza que también se frustró poco después. Mandaban en la ciu-
9 dad Dexagóridas y Gorgopas con iguales poderes. Dexagóridas habían mandado un mensaje al legado romano diciendo que él estaba dispuesto a entregar la ciudad, y cuando ya se había convenido el momento y la forma de dicha operación, el traidor fue muerto por Gorgopas, y éste, en solitario, defendía la ciudad con mayor ahínco.
10 El asalto hubiera presentado mayores dificultades de no haber llegado Tito Quincio con cuatro mil soldados escogi-
11 dos. Cuando éste se dejó ver con sus tropas en formación, sobre la cima de una colina no muy distante de la ciudad, y desde el lado opuesto Lucio Quincio presionó a partir
12 de sus obras de asedio por tierra y mar, finalmente la desesperación obligó también a Gorgopas a tomar la misma decisión que había castigado con la muerte en el caso de
13 su colega, y entregó a Quincio la ciudad con la condición de que se le permitiera llevarse de allí los soldados que
14 tenía como guarnición. Antes de la rendición de Giteo, Pitágoras, que había quedado con el mando en Argos, confió la defensa de la ciudad a Timócrates de Pelene y fue a reunirse con Nabis, en Lacedemón, con mil soldados mercenarios y dos mil argivos.

Entrevista del tirano Nabis con Quincio Flaminino

Nabis se había alarmado con la llega- 30
da de la flota romana y la rendición de
las ciudades de la costa, y de igual modo
había albergado una pequeña esperanza
con la retención de Giteo por parte de
los suyos; pero cuando se enteró de que también se había 2
entregado esta plaza a los romanos, como por tierra no
había nada que esperar porque toda la zona circundante
era hostil y por mar estaba también completamente blo-
queado, consideró que era preciso rendirse a la suerte y 3
como primer paso envió un parlamentario al campamento
para enterarse de si los romanos permitirían que se les en-
viase una embajada. Obtenida la autorización se presentó 4
Pitágoras ante el general con una única petición: que el
tirano pudiese entrevistarse con el general. Reunido el con- 5
sejo, todos estaban de acuerdo en que se concediese la en-
trevista, y se fijó el día y el lugar. Llegaron a unas colinas 6
situadas en el centro de la comarca acompañados por una
reducida escolta armada, la dejaron de guardia en un sitio 7
bien visible desde ambos lados y descendieron acompaña-
dos Nabis por su escogida guardia personal y Quincio por
su hermano, por el rey Éumenes, el rodio Sósila, el pretor
aqueo Aristeno y unos pocos tribunos militares.

Se dejó elegir al tirano si prefería hablar primero o es- 31
cuchar, y comenzó así: «Si hubiera sido capaz de descubrir
por mí mismo, Tito Quincio, y vosotros los aquí presentes,
la razón de que me declaraseis e hicieseis la guerra, habría
esperado en silencio el desenlace de mi destino. Pero no 2
he podido contener mi deseo de saber, antes de sucumbir,
la razón por la que iba a sucumbir. Y, ¡por Hércules!, 3
si fueseis como dicen que son los cartagineses, entre los
cuales el compromiso de una alianza no es sagrado en nin-
gún sentido, no me sorprendería de que tampoco en mi

4 caso os preocupaseis demasiado por lo que hacíais. Pero
cuando os miro veo que sois romanos, para quienes lo más
sagrado en lo referente a los dioses son los tratados y en
lo referente a los hombres es la lealtad para con los aliados.
5 Si miro hacía mí, confío en ser el mismo que tiene con
vosotros un antiquísimo *tratado de alianza al igual* que
los demás lacedemonios, y, particularmente, un vínculo per-
sonal de alianza y amistad renovada recientemente durante
6 la guerra con Filipo. Y resulta que yo la he violado por
7 el hecho de ocupar la ciudad de Argos. ¿Cómo defender-
me de esta acusación? ¿Acudiendo a los hechos, o a las
circunstancias? Los hechos me defienden en un doble sen-
tido, pues me hice cargo de la ciudad, no la ocupé, porque
ellos mismos me llamaron y me la entregaron; y me hice
cargo de la ciudad cuando pertenecía a los partidarios de
8 Filipo y no estaba aliada con vosotros. Por lo que se refie-
re a las circunstancias, me exculpa el hecho de que ajusté
una alianza con vosotros cuando ya tenía Argos en mi po-
der, y lo convenido fue que os enviaría tropas auxiliares
para la guerra, no que retiraría de Argos mi guarnición.
9 Así que, ¡por Hércules!, en esta controversia concerniente
a Argos, la razón está de mi parte en mayor medida tanto
por la justicia de la acción en sí, puesto que acepté la en-
trega de una ciudad del enemigo, no vuestra, y por su pro-
10 pia voluntad, no obligada por la fuerza, como porque vo-
sotros así lo reconocisteis, puesto que al poner las condi-
11 ciones de la alianza me dejasteis Argos. Son, además, car-
gos contra mí el calificativo de tirano y algunos hechos:
el de llamar a los esclavos a la libertad, y el de llevar a
12 los campos a la plebe indigente. En cuanto al calificativo,
puedo responder que, cualquiera que sea mi condición, soy
el mismo que era cuando tú, Tito Quincio, pactaste conmi-
13 go una alianza. Recuerdo que entonces me llamabais rey;

veo que ahora me llamáis tirano. Pues bien, si hubiese cam-
biado yo el título en que se basa mi autoridad, yo debería
dar cuentas de mi falta de consistencia; como sois vosotros
los que lo cambiáis, vosotros debéis explicar la vuestra.
Por lo que se refiere al aumento del número de ciudadanos 14
con la liberación de los esclavos y al reparto de tierras en-
tre los necesitados, también en esto puedo, evidentemente,
cubrirme con la justificación que me dan las circunstancias.
Estas medidas, cualquiera que sea su valor, las había to- 15
mado ya cuando ajustasteis la alianza conmigo y aceptas-
teis mi ayuda en la guerra contra Filipo; pero aun en el 16
caso de que las hubiera tomado ahora, no os digo: '¿En
qué os habría perjudicado con ello o habría lesionado vues-
tra amistad?', sino que os digo que he obrado de acuerdo
con las costumbres y tradiciones de mis mayores. No mi- 17
dáis lo que se hace en Lacedemón con el patrón de vues-
tras leyes e instituciones. No hay ninguna necesidad de com-
parar los casos particulares. Vosotros escogéis la caballería
y la infantería a tenor de la renta, y queréis que sean pocos
los que destaquen por su riqueza y que la plebe esté some-
tida a ellos. Nuestro legislador no quiso que el Estado estu- 18
viese en manos de unos pocos, los que vosotros llamáis
senado, ni que prevaleciera una u otra clase social dentro
de la ciudadanía, sino que pensó que si se equiparaban
la riqueza y la posición social, serían muchos los que esta-
rían dispuestos a empuñar las armas por la patria. Reco- 19
nozco que me he extendido más de lo que corresponde a
la concisión característica de mi país; pude haber dicho
escuetamente que después de haber trabado amistad con
vosotros no hice nada por lo que tengáis que estar
pesarosos».

A esto replicó el general romano: «El tratado de alian- 32
za y amistad no lo hicimos contigo nunca, sino con Pélo-

2 pe, el rey legítimo y válido de los lacedemonios cuyos derechos usurparon además los tiranos que después se hicieron con el poder en Lacedemón por la fuerza aprovechando que nosotros estábamos empeñados en la Guerra Púnica, o en la de los galos, o en una tras otra sucesivamente; y lo mismo hiciste también tú cuando la reciente guerra
3 macedónica. ¿Habría acaso mayor incongruencia que establecer relaciones amistosas con un tirano quienes hacíamos la guerra contra Filipo por la libertad de Grecia? ¡Y precisamente con el tirano más cruel y violento para con los
4 suyos de cuantos han existido! Ahora bien, aun en el caso de que no hubieses ocupado Argos a traición ni la retuvieras fraudulentamente, nosotros, que nos proponíamos la liberación de toda Grecia, teníamos que devolverle también a Lacedemón su antigua libertad y sus propias leyes, las que tú acabas de mencionar como si emularas a Licurgo.
5 ¿Deberemos acaso preocuparnos de que sean retiradas de Jaso y de Bargilias las guarniciones de Filipo, y dejar bajo tus pies Argos y Lacedemón, esas dos famosísimas ciudades luminarias de Grecia en otro tiempo, para que su esclavitud nos afee el título de liberadores de Grecia?
6 Pero es que los argivos sintonizaron con Filipo. Te dispensamos del trabajo de indignarte por nosotros. Tenemos suficiente constancia de que esa responsabilidad es de dos o a lo sumo tres personas, no de toda la población,
7 igual, ¡por Hércules!, que, cuando se te llamó y se te dejó entrar en la ciudadela a ti y a tu guarnición, no se actuó
8 en ningún momento por decisión oficial. Sabemos que los tesalios, los focenses y los locrenses tomaron partido por Filipo por acuerdo unánime, y sin embargo los dejamos libres con el resto de Grecia. ¿Qué crees entonces que haremos en el caso de los argivos, que no son responsables
9 de una decisión pública? Decías que se aducen contra ti

los cargos de haber concedido la libertad a los esclavos
y haber repartido tierras entre la gente necesitada, cargos
estos que tampoco son irrelevantes, por cierto. Pero ¿qué
significan en comparación con las fechorías que cometéis
a diario una tras otra tú y los tuyos? Deja que se celebre 10
una asamblea libre en Argos o en Lacedemón si tienes el
gusto de escuchar verdaderas acusaciones contra tu despó-
tica tiranía. Dejando a un lado todos los otros crímenes 11
más antiguos, ¿qué masacre no perpetró en Argos, casi
ante mis propio ojos, ese yerno tuyo, Pitágoras? ¿Y la que
tú mismo llevaste a cabo cuando ya casi me encontraba
yo en tierra de Lacedemón? Anda, manda que presenten 12
maniatados a los que fueron presos en una asamblea, y
que tú anunciaste, de forma que lo oyeron todos tus con-
ciudadanos, que los tendrías bajo custodia; que sus desdi-
chados padres sepan que están vivos esos a los que lloran
equivocadamente. Pero aun en caso de que así sea, dirás, 13
¿qué os importa a vosotros, romanos? ¿Eso se lo vas a
decir a los libertadores de Grecia?, ¿a los que cruzaron
el mar e hicieron la guerra por tierra y mar para libertarla?
'Sin embargo, dices, a vosotros no os he agraviado; en 14
rigor, no he violado vuestra amistad y alianza'. ¿En cuán-
tas ocasiones quieres que pruebe que lo hiciste? Pero no 15
quiero extenderme; resumiré la cuestión en un punto: ¿con
qué hechos se viola la amistad? Sin duda, con estos dos
especialmente: si tratas como enemigos a mis aliados, y
si te unes a mis enemigos. Tú hiciste las dos cosas. En 16
efecto, tú, que también eras nuestro aliado, tomaste por
la fuerza de las armas una ciudad aliada nuestra, Mesene,
acogida a nuestra alianza con el mismo tratado y en los
mismos términos que Lacedemón; y con Filipo, nuestro ene- 17
migo, no sólo negociaste una alianza, sino que, si así place
a los dioses, estableciste relaciones de parentesco a través

18 de su prefecto Filocles; y como si estuvieses en guerra con-
tra nosotros, infestaste el mar en torno al Maleo con naves
piratas y apresaste y mataste casi más ciudadanos romanos
19 que el propio Filipo; y las costas de Macedonia eran más
seguras que el promontorio de Malea para las naves que
20 transportaban los suministros para nuestros ejércitos. Por
consiguiente, deja, por favor, de proclamar tu lealtad y
los vínculos de la alianza, deja a un lado ese tono oratorio
de compatriota, y habla como tirano y enemigo».

33 A continuación, Aristeno alternaba las advertencias a
Nabis con los ruegos de que velase por sí mismo y por
sus propios intereses mientras era posible, mientras tenía
2 la oportunidad; después comenzó a citar los nombres de
los tiranos de las ciudades vecinas que tras abandonar el
poder y devolver la libertad a sus conciudadanos habían
pasado una vejez no sólo tranquila sino respetada entre
3 sus compatriotas. Tras estas intervenciones alternativas,
la noche prácticamente puso fin a la conferencia. Al día
siguiente Nabis dijo que dejaba Argos, que retiraba su guar-
nición, puesto que ése era el deseo de los romanos,
4 y que devolvería los prisioneros y desertores; si había al-
guna otra demanda, pidió que la hicieran constar por es-
crito con el objeto de poder discutirlo con sus amigos.
5 Se le concedió así un plazo al tirano para consultar, y Quin-
cio celebró un consejo en el que participaron también los
6 jefes de los aliados. El criterio de una gran mayoría era
que se debía continuar la guerra y eliminar al tirano, pues
de lo contrario nunca estaría a salvo la libertad de Grecia;
7 que hubiera sido mucho mejor no iniciar la guerra contra
8 él que abandonarla una vez iniciada; por una parte, el pro-
pio tirano saldría fortalecido, al ser en cierto modo legiti-
mado su despotismo si recibía el respaldo del pueblo ro-
mano para su injusto poder, y, por otra parte, su ejemplo

incitaría a muchos de otras ciudades a maquinar contra
la libertad de sus conciudadanos. Personalmente, el gene- 9
ral, en su fuero interno, era más proclive a la paz. Veía,
en efecto, que después de haber encerrado al enemigo den-
tro de las murallas no quedaba más solución que el asedio,
pero que éste iba a ser prolongado, pues no se trataba de 10
tomar al asalto Giteo —que, por otra parte, no había sido
asaltado sino que se había rendido—, sino Lacedemón, ciu-
dad muy fuerte en hombres y armas. La única esperanza 11
habría radicado en la posibilidad de que surgiera dentro
de ella alguna escisión o alguna sublevación con la proxi-
midad del ejército, pero nadie se había movido a pesar
de ver que las enseñas avanzaban casi hasta las puertas.
Además, la paz con Antíoco no era muy fiable, según ma- 12
nifestaba el legado Vilio al volver de allí; aquél había pasa-
do a Europa con fuerzas de tierra y mar mucho más nu-
merosas que la vez anterior. Si el ejército estaba ocupado 13
con el asedio de Lacedemón, ¿con qué otras tropas harían
la guerra contra un rey tan fuerte y poderoso? Esto era 14
lo que exponía públicamente, pero más adentro tenía otra
preocupación que no expresaba: que un nuevo cónsul ob-
tuviera en suerte la provincia de Grecia, y que la victoria
bélica iniciada hubiera de ser entregada a su sucesor.

Como sus argumentos a la contra no surtían ningún 34
efecto en los aliados, aparentando que se adhería a su opi-
nión los llevó a todos a aceptar su propio planteamiento.
«Sitiemos Lacedemón enhorabuena, dijo, puesto que así 2
lo deseáis, siempre que no os malengañéis en esto: dado
que el asedio de una ciudad es una tarea que lleva tiempo,
como bien sabéis, y a menudo cansa antes a los sitiadores
que a los sitiados, conviene que desde ahora mismo os ha-
gáis a la idea de que habrá que pasar el invierno en torno
a las murallas de Lacedemón. Si esta espera implicara so- 3

lamente fatigas y peligros, yo os animaría a que estuvierais
4 mental y físicamente preparados para arrostrarlos. Pero requiere además considerables gastos para los trabajos y las máquinas de lanzamiento y de asedio necesarias para asaltar una ciudad tan grande, para habilitar suministros para
5 vosotros y para nosotros de cara al invierno. Por consiguiente, para que no os llevéis algún susto inesperado o paséis la vergüenza de renunciar a la empresa una vez iniciada, creo que primero debéis escribir a vuestras ciudades y sondear cuál es la actitud y cuáles las fuerzas con que
6 cuenta cada una. Tropas auxiliares tengo más que suficientes; pero cuantos más seamos, mayores serán nuestras necesidades. En la tierra enemiga ya no queda nada más que el suelo pelado. A esto se sumará la estación invernal, con
7 su dificultad para el transporte a larga distancia». Este discurso hizo que los pensamientos de todos se centraran por primera vez en la consideración de los problemas internos de cada uno: la inercia, la envidia y el resentimiento de los que se quedaban en casa con respecto a los combatien-
8 tes, la libertad que hacía difícil el acuerdo, la falta de recursos públicos, la cicatería de los particulares a la hora
9 de contribuir. Y así, en un súbito cambio de actitud, autorizaron al general a que hiciera lo que considerase conforme con el interés común del pueblo romano y de los aliados.

Condiciones de paz ofrecidas a Nabis

35 Entonces Quincio reunió únicamente a los legados y a los tribunos militares e hizo consignar por escrito las condiciones en que se haría la paz con el tirano,
2 que eran éstas: habría una tregua de seis meses entre Nabis y los romanos, el rey Éumenes y los rodios. Tito Quincio y Nabis enviarían inmediatamente embajadores a Roma, para que la paz fuese ratificada con
3 la autoridad del senado. La tregua comenzaría el mismo

día en que se le notificasen por escrito a Nabis las condiciones de la paz, y en un plazo de diez días a partir de esa fecha todas las guarniciones que hubiera en territorio argivo serían retiradas de Argos y del resto de las ciudades, que serían entregadas a los romanos desocupadas y libres, sin sacar de ellas ningún esclavo perteneciente al 4 rey, al Estado o a los particulares; y si se había sacado alguno anteriormente por medio de algún subterfugio oficial o particular, sería puntualmente devuelto a su dueño. Nabis devolvería las naves que hubiera quitado a las ciu- 5 dades de la costa, y él no conservaría nave alguna aparte de dos lembos, y éstos impulsados a lo sumo por dieciséis remos. Devolvería los tránsfugas y los prisioneros a todas 6 las ciudades aliadas del pueblo romano, y a los mesenios todas cuantas pertenencias apareciesen y fuesen indentificadas por sus propietarios. Asimismo, a los lacedemonios 7 exiliados les enviaría los hijos y las esposas que quisieran seguir a sus maridos; ninguna sería obligada a acompañar a un desterrado si no quería. A los mercenarios de Nabis 8 que hubiesen vuelto a sus ciudades o se hubiesen pasado a los romanos, les serían devueltas escrupulosamente sus pertenencias. En la isla de Creta no tendría ninguna ciu- 9 dad, y las que hubiera ocupado las entregaría a los romanos. No formaría alianza ni haría la guerra con ningún pueblo de Creta ni con ningún otro. Retiraría sus guarni- 10 ciones de todas las ciudades que hubiese devuelto él o que se hubieran puesto ellas con sus posesiones bajo la protección y el dominio del pueblo romano, y tanto él como los suyos se mantendrían alejados de ellas. No fortificaría nin- 11 guna plaza ni levantaría ninguna fortaleza en territorio propio ni ajeno. Como garantía de que todo iba a ser así, entregaría los cinco rehenes que eligiera el general romano, entre ellos su propio hijo. Pagaría cien talentos de plata

al contado, y cincuenta talentos anuales durante ocho años.

36 Estas condiciones, consignadas por escrito, fueron remitidas a Lacedemón después de trasladar el campamento más cerca de la ciudad. Lo cierto es que nada de todo
2 ello satisfacía demasiado al tirano salvo el hecho de que, contrariamente a lo que esperaba, no se hacía mención alguna a la vuelta de los exiliados. Pero lo que menos le gustaba era el que se le privara de las naves y de las ciuda-
3 des de la costa. El mar, en efecto, había sido de gran utilidad para él, que tenía hostilizada con sus navíos piratas toda la costa desde el Maleo; además, tenía en la juventud de las ciudades de la zona una reserva de soldados de la
4 mejor clase con mucho. Estas condiciones las había discutido en secreto personalmente con sus amigos, pero a pesar de ello todos las comentaban públicamente, dada la ligereza de carácter de los cortesanos de los reyes para la fidelidad en general, y en particular para guardar secretos.
5 Más que criticarlas todas todos en general, cada uno criticaba las que le afectaban particularmente. Los que se habían casado con las mujeres de los exiliados o estaban en posesión de alguno de sus bienes, se indignaban como si
6 se tratara de un expolio y no de una restitución. La perspectiva que se les presentaba a los esclavos liberados por el tirano era no sólo la futura anulación de su libertad, sino una esclavitud mucho más penosa que antes para quienes volverían a caer bajo el dominio de unos amos llenos
7 de rabia. Los mercenarios no se resignaban a la idea de que en una situación de paz iban a perder los ingresos del servicio de las armas, y veían que no tenían posibilidad alguna de volver a sus ciudades, tan hostiles a los lacayos de los tiranos como a los propios tiranos.

Al principio murmuraban entre ellos dejando caer estos 37
comentarios en los corrillos; después se precipitaron a las
armas repentinamente. Viendo, por este tumulto, que la 2
masa estaba ya de por sí bastante exasperada, el tirano
mandó convocar asamblea. En ella expuso las condiciones 3
exigidas por los romanos, a las que añadió algunas más
graves y humillantes, inventadas; cada una de ellas era re-
cibida con gritos unas veces por toda la asamblea y otras
por algún sector de la misma, y entonces preguntó qué
querían que respondiese o que hiciese. Casi al unísono 4
pidieron todos que no se respondiera nada y que se hiciese
la guerra. Todos a porfía, como suele ocurrir con la masa,
lo instaban a que no perdiese el ánimo ni la esperanza,
asegurando que la fortuna favorece a los valientes. Anima- 5
do con estas expresiones el tirano hace saber que contará
con la ayuda de Antíoco y de los etolios, y que, además,
él tiene fuerzas más que suficientes para resistir el asedio.
Cualquier idea de paz había desaparecido de las mentes 6
de todos y corrieron a sus puestos decididos a entrar en
acción de inmediato. La salida de unos pocos escaramu-
ceadores y un lanzamiento de venablos borraron también
en los romanos cualquier duda sobre la necesidad de com-
batir. En los primeros cuatro días siguientes se entablaron 7
combates ligeros sin ningún resultado decisivo. Al quinto 8
día, en una batalla casi regular, los lacedemonios fueron
rechazados presa del pánico al interior de las murallas has-
ta tal extremo que algunos soldados romanos penetraron
en la ciudad, descargando tajos sobre las espaldas de los
fugitivos, por las brechas que entonces había en las
murallas.

Asalto a Esparta. Nabis capitula

38 Entonces Quincio, considerando que este susto era suficiente para disuadir a los enemigos de hacer salidas y que sólo quedaba ya el asalto a la propia ciudad, mandó a buscar a Giteo a todas las fuerzas navales y mientras tanto él con los tribunos militares dio una vuelta alrededor de las murallas para estudiar la posi-
2 ción de la ciudad. Tiempo atrás, Esparta [347] no tenía murallas; hacía poco, los tiranos habían levantado un muro en los puntos abiertos y llanos; los sitios elevados y de difícil acceso se protegían con cuerpos armados en lugar
3 de fortificaciones. Después de inspeccionarlo todo convenientemente, estimó que había que atacar en círculo y rodeó la ciudad con todas sus tropas, que rondaban los cincuenta mil hombres entre romanos y aliados, infantería,
4 caballería, fuerzas terrestres y navales. Unos llevaban escalas; otros, antorchas; y otros, distintos elementos con los que atacar y además inspirar pánico. Recibieron orden de atacar desde todos los puntos al lanzar el grito de guerra, para que los lacedemonios no supiesen por dónde hacerles frente en primera instancia y por dónde enviar refuerzos.
5 El grueso del ejército fue dividido en tres cuerpos; uno recibió orden de atacar desde el Febeo [348], otro desde el Dictineo, y el tercero desde un lugar llamado Heptagonia
6 —todos estos son sitios abiertos, sin muralla—. Con la ciudad rodeada y tan seriamente amenazada por todas partes, el tirano al principio reaccionaba, ante los gritos repentinos y los mensajeros despavoridos, acudiendo personalmente o

[347] Sólo en este caso y en XXXIX 37, 3 aparece esta denominación en lugar de la habitual, *Lacedaemo*.

[348] Templo de Apolo, al sur de Esparta. El Dictineo, templo de Dictina, diosa cretense asimilada a Artemisa.

enviando algunos hombres a los puntos donde las dificultades eran mayores. Luego, al cundir la alarma en derre- 7
dor por todas partes, quedó tan paralizado que no era capaz de escuchar ni de dar las indicaciones apropiadas; no es ya que le faltasen ideas, es que casi tenía la mente en blanco.

Al principio los lacedemonios contenían a los romanos 39
en los pasos estrechos, y las tres divisiones combatían al mismo tiempo en sectores diferentes; luego, a medida que 2
se fue ampliando el combate, la lucha era completamente desigual. Los lacedemonios, en efecto, luchaban con armas arrojadizas, de las cuales se defendían los soldados romanos con gran facilidad gracias al tamaño de sus escudos, aparte de que unos lanzamientos no daban en el blanco y otros eran demasiado flojos. Y es que, debido a la 3
falta de espacio y a lo apiñados que estaban, no tenían sitio no ya para lanzar sus jabalinas tomando impulso, que es lo que les imprime mayor fuerza, sino ni siquiera para afirmar el pie con estabilidad y sin trabas. Por eso las ar- 4
mas lanzadas frente a frente no se clavaban nunca en el cuerpo, y en los escudos pocas veces; sí hirieron a algunos desde posiciones más elevadas los que estaban situados a los lados; al poco, también a los que iban avanzando los 5
alcanzaron con armas arrojadas desde los tejados e incluso con tejas, con lo que no contaban. Entonces alzaron los 6
escudos sobre la cabeza juntándolos unos con otros de forma que no quedara el menor resquicio ni para los golpes fortuitos ni tan siquiera para meter un arma desde cerca, y continuaban su avance formando la tortuga. Al principio 7
quedaron retenidos algún tiempo en los pasos estrechos, donde se agolpaban ellos y los enemigos; después que, a base de presionar sobre el enemigo, se abrieron paso hasta una calle más ancha de la ciudad, no se pudo contener por más tiempo la fuerza de su ataque. Los lacedemonios 8

volvieron la espalda y huyendo en desbandada trataron de
alcanzar posiciones a mayor altura, y mientras Nabis, ate-
rrorizado como si la ciudad estuviese realmente tomaba,
buscaba en torno con la vista un sitio por donde escapar,
9 Pitágoras, que por lo demás se comportaba con el coraje
y la responsabilidad de un general, en este caso fue él solo
el que evitó que la ciudad fuese tomada, pues dio orden
de prender fuego a los edificios más próximos a la muralla.
10 En un instante fueron pasto de las llamas, pues atizaban
el fuego los que en otras ocasiones suelen ayudar a apagarlo;
11 los techos se desplomaban sobre los romanos; fragmentos
de tejas e inclusos maderos a medio quemar alcanzaban
a los combatientes, las llamas se propagaban ampliamente,
el humo provocaba una alarma mayor aún que el peligro.
12 La consecuencia fue que los romanos que se encontraban
en el exterior de la ciudad y en ese momento estaban im-
primiendo mayor impulso al asalto se apartaron de la mu-
ralla, y los que ya habían entrado se batieron en retirada
para no quedar aislados de los suyos por el incendio que
13 había estallado a su espalda. Y Quincio, al ver cómo esta-
ba la situación, mandó tocar retirada. Así, replegándose
cuando ya casi estaba tomada la ciudad, volvieron al
campamento.

40 Quincio, que cifraba sus esperanzas más en el pánico
del enemigo que en los avances reales, durante los tres días
siguientes lo tuvo amedrentado a base una veces de hosti-
garlo con ataques y de obras de asedio otras, bloqueando
algunos puntos para no dejar salida por donde huir.
2 Constreñido el tirano por estas amenazas, envió una vez
más a Pitágoras a parlamentar. De momento, Quincio, dis-
plicente, le mandó salir del campamento; después, cuando
se puso a rogarle en tono suplicante y se echó a sus pies,
3 acabó por escucharlo. Comenzó diciendo que se remitía

en todo al libre criterio de los romanos; pero luego, como 4
estas inconcreciones faltas de consistencia no llevaban
a ninguna parte, la negociación avanzó hasta acordar una
tregua basada en las condiciones transmitidas por escrito
pocos días antes, y se recibió el dinero y los rehenes.
Mientras el tirano estaba escondido, los argivos, al lle- 5
gar un mensajero tras otro diciendo que la caída de Lacede-
món era inminente, se animaron también ellos, sumándose 6
además la circunstancia de que Pitágoras había salido con
el componente más fuerte de la guarnición; despreocupán-
dose de los que había en la ciudadela dado su reducido
número, capitaneados por un tal Arquipo expulsaron a las
tropas ocupantes. A Timócrates de Pelene lo dejaron mar- 7
char sano y salvo con un salvoconducto, por haber ejerci-
do el mando con clemencia. En medio de la consiguiente
alegría llegó Quincio, que había concedido la paz al tira-
no, había dejado que Éumenes y los rodios marcharan de
Lacedemón, y había enviado a su hermano Lucio Quincio
a la flota.

La ciudad, exultante, puso fecha a la celebración de 41
los Juegos Nemeos [349], la más concurrida y renombrada
de sus festividades, suspendida en su día debido a las cala-
midades de la guerra; sería el día de la llegada del ejército
romano, a cuyo general ofrecieron la presidencia de los
juegos. Eran muchas las circunstancias que contribuían a 2
colmar su alegría: habían sido repatriados de Lacedemón
los ciudadanos que se habían llevado últimamente Pitágo-
ras y anteriormente Nabis; habían retornado los que ha- 3
bían huido al ser descubierta por Pitágoras la conjura y

---

[349] Instituidos en 573, se celebraban los años primero y tercero de cada Olimpíada.

dar comienzo la matanza; tenían a la vista la libertad, después de un largo paréntesis, y tenían ante los ojos a los paladines de esa libertad, los romanos, que precisamente por ellos habían hecho la guerra al tirano. También, el mismo día de los Juegos Nemeos, la voz del pregonero
4 proclamó la libertad de los argivos. Para los aqueos, aunque la vuelta de Argos a la asamblea común aquea suponía un motivo de alegría, el hecho de que Lacedemón siguiera cautiva y con el tirano pegado a su costado impedía que
5 esta satisfacción fuese completa. Los etolios, por su parte, criticaban con acritud en todas las asambleas el hecho de que contra Filipo no había cesado la guerra hasta su salida de todas la ciudades de Grecia, pero al tirano se le había
6 dejado Lacedemón, mientras que su legítimo rey [350], que había estado en el campamento romano, y demás nobilísimos ciudadanos, vivirían en el exilio; el pueblo romano se había convertido en cómplice de la tiranía de Nabis.
7 Quincio volvió con sus tropas de Argos a Elacia, de donde había partido para la guerra de Esparta.

8 Según algunos relatos, el tirano no hizo la guerra saliendo desde la ciudad, sino que emplazó su campamento enfrente del campamento romano y dio largas a la situación
9 porque esperaba refuerzos de los etolios, y al fin se vio obligado a entrar en batalla al producirse un ataque de
10 los romanos a sus forrajeadores; derrotado en este combate y despojado del campamento pidió la paz, después de haber perdido catorce mil hombres y haber caído prisioneros más de cuatro mil.

[350] Agesípolis.

Roma: elecciones, colonias, triunfo de Catón

Casi a un tiempo llegaron los informes 42
enviados por Tito Quincio acerca de las operaciones desarrolladas en Lacedemón y por el cónsul Marco Porcio desde Hispania. El senado decretó tres días de acción de gracias por cada uno de ellos.

El cónsul Lucio Valerio regresó a Roma para los comi- 2
cios, dejando pacificada su provincia después de haber derrotado a los boyos junto a la selva Litana. Proclamó cón- 3
sules [351] a Publio Cornelio Escipión Africano por segunda vez [352] y a Tiberio Sempronio Longo. Los padres de ambos habían sido cónsules el primer año de la Segunda Guerra Púnica [353]. A continuación se celebraron las elecciones 4
de pretores, resultando elegidos Publio Cornelio Escipión [354] y dos Gneo Cornelio, Merenda y Blasión, y Gneo Domicio Ahenobarbo, Sexto Digicio y Tito Juvencio Talna. Finali- 5
zados los comicios, el cónsul retornó a su provincia. Durante aquel año los ferentinates intentaron una innovación jurídica: que pasasen a ser ciudadanos romanos los latinos que se inscribiesen para una colonia romana. Los que ha- 6
bían dado sus nombres quedando inscritos como colonos para Putéolos, Salerno y Buxento, se consideraban por ello ciudadanos romanos; pero el senado decretó que no tenían tal condición.

A comienzos del año en que fueron cónsules Publio 43
Escipión Africano por segunda vez y Tiberio Sempronio Longo, llegaron a Roma los embajadores del tirano Nabis.

[351] Para el año 194.

[352] Habían transcurrido los diez años desde la primera, en 205.

[353] En 218.

[354] Escipión Nasica.

2 El senado les dio audiencia en el templo de Apolo [355], fue-
ra de la ciudad. Pidieron, y obtuvieron, la ratificación de
3 la paz acordada con Tito Quincio. Sometida a debate la
cuestión de las provincias, el senado en pleno era del pare-
cer de que Italia fuese la provincia de los dos cónsules,
puesto que en Hispania y en Macedonia estaba finalizada
4 la guerra. Escipión opinaba que para Italia bastaba un cón-
sul, y que al otro debía serle asignada Macedonia: era in-
minente una dura guerra con Antíoco, que ya había pasa-
5 do a Europa por propia iniciativa [356]; ¿qué creían que haría
a continuación, cuando por un lado lo llamaban a la gue-
rra los etolios, enemigos declarados, y por otro lo estaba
azuzando Aníbal, general famoso por las derrotas infligi-
6 das a los romanos? Mientras se discutía acerca de las pro-
vincias de los cónsules se hizo el sorteo para los pretores;
a Gneo Domicio le correspondió la jurisdicción urbana y
7 a Tito Juvencio la de los extranjeros; a Publio Cornelio
la Hispania ulterior, a Sexto Digicio la citerior, y a los
dos Gneo Cornelio, Sicilia a Blasión y Cerdeña a Merenda.
8 No se aprobó el envío de un nuevo ejército a Macedonia;
el que estaba allí sería conducido de vuelta a Italia por
Quincio y sería licenciado; igualmente sería licenciado el
ejército que estaba en Hispania a las órdenes de Marco
9 Porcio Catón; Italia sería la provincia de los dos cónsules,
y éstos alistarían dos legiones urbanas, de suerte que, tras
el licenciamiento de ejércitos decidido por el senado, fue-
sen ocho en total las legiones romanas.

44 El año anterior, siendo cónsules Marco Porcio y Lucio
2 Valerio, se había celebrado una primavera sagrada. El pon-

[355] Fuera del *pomerium*, que no podían traspasar los embajadores de Estados que estaban en guerra con Roma.

[356] En 196.

tífice Publio Licinio notificó primero al colegio y después, por encargo de éste, al senado, que no había sido celebrada en la forma debida; entonces los senadores decidieron que, de acuerdo con el criterio de los pontífices, había que repetirla de nuevo desde un principio, y que los Grandes Juegos prometidos con voto juntamente con ella [357] debían celebrarse con el presupuesto de costumbre. Se estimó 3
que estaban incluidos en la primavera sagrada los animales nacidos entre el uno de marzo y el treinta de abril durante el consulado de Publio Cornelio y Tiberio Sempronio.

A continuación tuvieron lugar los comicios para la elec- 4
ción de censores. Fueron elegidos Sexto Elio Peto y Gayo Cornelio Cetego. Éstos eligieron para cabeza de lista del senado al cónsul Publio Escipión, al que también habían elegido los censores anteriores. Solamente excluyeron de la lista a tres senadores, ninguno de los cuales había desempeñado una magistratura curul. Este estamento les quedó 5
también muy reconocido porque ordenaron a los ediles curules que reservaran puestos para los senadores, en los Juegos Romanos, separados de los del pueblo, pues anteriormente asistían entremezclados. También se les suprimió el caballo a unas personas muy contadas, pero no se tomaron medidas rigurosas contra ningún estamento. Estos mismos censores reconstruyeron y ampliaron el Atrio de la Libertad y la Residencia pública.

Se celebraron la primavera sagrada y los Juegos Roma- 6
nos que había prometido con voto [358] el cónsul Servio [359] Sulpicio Galba. Mientras la gente tenía puesta su atención

[357] Cf. XXII 10, 7 y XXVII 33, 8.

[358] En XXXI 9, 6, aparece la promesa votiva de los juegos, pero no la de la primavera sagrada.

[359] Error por Publio.

en la contemplación de los mismos, Quinto Pleminio, que había sido encarcelado por los muchos delitos cometidos
7 en Locros contra los dioses y los hombres, compró a unos hombres para que provocasen incendios durante la noche en muchos puntos de Roma al mismo tiempo, con el objeto de poder forzar la puerta de la cárcel aprovechando el desconcierto de la población debido a la confusión noctur-
8 na. Sus cómplices denunciaron el hecho, y se pasó informe al senado. Pleminio fue trasladado a los sótanos de la prisión [360] y ejecutado.

45 Aquel año se enviaron a Putéolos, Volturno y Literno colonias de ciudadanos romanos de trescientos hombres ca-
2 da una. También se fundaron colonias de ciudadanos romanos en Salerno y Buxento. Al frente de las mismas fueron los triúnviros Tiberio Sempronio Longo, que entonces era cónsul, Marco Servilio, y Quinto Minucio Termo.
3 Les fue asignado el territorio que había pertenecido a los campanos. Otros triúnviros, Décimo Junio Bruto, Marco Bebio Tánfilo y Marco Helvio, llevaron asimismo una colonia de ciudadanos romanos a Siponto [361], a un territorio
4 que había pertenecido a los arpinos. También se enviaron colonias de ciudadanos romanos a Tempsa [362] y Crotona [363]. El territorio de Tempsa les había sido tomado a los brucios, que habían echado a los griegos; éstos ocupa-
5 ban Crotona. Los triúnviros Gneo Octavio, Lucio Emilio Paulo y Gayo Letorio organizaron la colonia de Crotona, y Lucio Cornelio Mérula, Quinto [364]... y Gayo Salonio la de Tempsa.

[360] El Tuliano, donde se llevaban a cabo las ejecuciones.

[361] En Sta. Maria de Siponto, en la costa de Apulia.

[362] Donde hoy está Torre dei Lupi.

[363] Véase XXIII 30, 6, nota.

[364] Se ha perdido el *nomen* correspondiente a Quinto.

También aquel año se vieron en Roma algunos fenómenos extraños, y de otros llegaron noticias. En el foro, en el comicio y en el Capitolio aparecieron gotas de sangre; además, llovió tierra varias veces y ardió la cabeza de Vulcano. Se tuvo noticia de que había fluido leche en el río Nar[365], en Arímino habían nacido sin ojos y sin nariz unos niños de condición libre, y uno que no tenía pies ni manos, en territorio piceno. Estos portentos fueron expiados de acuerdo con el dictamen de los pontífices. También se celebró un sacrificio novendial porque los hadrianos dieron la noticia de que habían llovido piedras en su territorio.

6
7
8

46 En la Galia, el procónsul Lucio Valerio Flaco se enfrentó en una batalla campal cerca de Mediolano[366] con los ínsubres y los boyos; éstos habían cruzado el Po, con Durolato al frente, para sublevar a los ínsubres. Se dio muerte a diez mil enemigos. 2 Por aquellos días, su colega Marco Porcio Catón obtuvo el triunfo por lo hecho en Hispania. Llevó en este desfile triunfal veinticinco mil libras de plata en bruto, ciento veintitrés mil de plata acuñada con la *biga,* quinientas cuarenta mil de plata oscense, y mil cuatrocientas libras de oro. 3 Del producto del botín dio a cada soldado doscientos setenta ases de bronce, y el triple a cada jinete.

Galia Cisalpina: batalla contra los boyos

4 El cónsul Tiberio Sempronio salió para su provincia y primeramente dirigió las legiones al territorio de los boyos. Boyórix, que era entonces su reyezuelo, después de sublevar junto con dos hermanos suyos a toda la nación, emplazó el campamento en un pa-

[365] El Nera, en Umbría, afluente del Tíber.

[366] Mediolano (Milán) era la principal ciudad de los ínsubres.

raje despejado para dejar bien claro que estaba dispuesto
5 a luchar si el enemigo cruzaba sus fronteras. El cónsul,
cuando tuvo conocimiento de cuál era el número de las
fuerzas y cuál el grado de confianza del enemigo, mandó
recado a su colega para que se sirviera darse prisa en acu-
dir; él mantendría la situación hasta su llegada empleando
6 una táctica dilatoria. La misma razón que tenía el cónsul
para dar largas a la situación la tenían los galos para preci-
pitar la acción —aparte del hecho de que la actitud remisa
del enemigo les daba ánimos—, con el objeto de resolver
la situación antes de que se unieran las tropas de los cón-
7 sules. No obstante, durante un par de días se limitaron
a mantenerse quietos, preparados para entrar en combate
si alguien venía en contra suya; al tercer día avanzaron
hasta la empalizada y atacaron el campamento por todos
8 los lados al mismo tiempo. El cónsul ordenó al instante
a los soldados que empuñaran las armas; luego, los man-
tuvo en armas un breve espacio de tiempo para aumentar
la estúpida confianza del enemigo y disponer sus tropas
junto a la puerta por la que cada uno efectuaría su salida.
9 Las dos legiones recibieron orden de sacar las enseñas por
las dos puertas principales. Pero en el momento mismo
de la salida les hicieron frente los galos tan apiñados que
10 les cerraban el paso. Durante bastante tiempo se combatió
en un espacio muy reducido, y no era sólo la diestra y
la espada lo que se empleaba en la acción, sino, en la mis-
ma medida, el escudo y el cuerpo mismo, empujando con
11 toda la fuerza los romanos para sacar las enseñas afuera
y los galos para entrar ellos en el campamento o al menos
12 impedir que salieran los romanos. Y no se logró desplazar
el frente de combate en una u otra dirección hasta que
Quinto Victorio, centurión primipilo de la segunda legión,
y Gayo Atinio, tribuno militar de la cuarta, recurrieron

a una acción intentada a menudo en los combates encarni-
zados: arrebataron las enseñas a los abanderados y las arro-
jaron entre las filas enemigas. En el empeño por recuperar 13
su bandera los soldados de la segunda legión fueron los
primeros en lanzarse fuera de la puerta.

Mientras que éstos combatían ya fuera de la empaliza- 47
da y la cuarta legión seguía atascada en la puerta, se origi-
nó otro combate en la parte opuesta del campamento.
Los galos habían irrumpido por la puerta cuestoria[367], 2
y al ofrecerles una resistencia tenaz el cuestor Lucio Postu-
mio, que tenía el sobrenombre de Tímpano, y los prefectos
de los aliados Marco Atinio y Publio Sempronio, les ha-
bían dado muerte, a ellos y a unos doscientos soldados.
Por aquel lado, el campamento estaba en poder del enemi- 3
go, pero entonces una cohorte especial enviada por el cón-
sul para defender la puerta cuestoria dio muerte a parte
de los que estaban dentro de la empalizada y a otros los
expulsó del campamento, y frenó a los que intentaban en-
trar. Casi al mismo tiempo también la cuarta legión salió 4
fuera de la puerta junto con dos cohortes especiales. De
esta suerte, se desarrollaban a la vez tres combates en tor-
no al campamento en puntos distantes, y los gritos confu-
sos desviaban la atención de los combatientes de la lucha
que tenían entre manos volviéndola hacia la situación in-
cierta de los suyos. Hasta el mediodía se luchó en igualdad 5
de fuerzas y prácticamente con iguales esperanzas. El can-
sancio y el calor obligó a los galos a abandonar la lucha,
pues son físicamente poco resistentes, chorrean sudor y no
son capaces de soportar la sed; entonces los romanos car-
garon con brío contra los pocos que resistían y los disper-
saron obligándolos a volver a su campamento. En ese mo- 6

[367] Otra denominación de la puerta decumana.

mento el cónsul mandó dar la señal de retirada; la mayoría obedeció la orden, pero algunos, ansiosos de combate y esperanzados con apoderarse del campamento enemigo, se
7 mantuvieron firmes al pie de la empalizada. Despreciando su reducido número los galos salieron en masa fuera del campamento; a partir de ese momento los romanos fueron dispersados y su propio pánico les hizo dirigirse al campamento, cosa que no habían querido hacer al ordenarlo el cónsul. Se sucedieron así la huida y la victoria en uno y
8 otro bando. No obstante, los galos tuvieron alrededor de once mil muertos, y los romanos cinco mil. Los galos se retiraron al interior de su territorio y el cónsul condujo sus legiones a Placencia.

Fin de la campaña en Grecia

48 Según algunos escritores, Escipión, tras reunir su ejército con el de su colega, recorrió los territorio de los boyos y de los lígures arrasándolos hasta donde permitieron su avance los bosques y pantanos; según otros, regresó a Roma para los comicios sin haber llevado a cabo ninguna empresa digna de mención.

2 Tito Quincio pasó el invierno de este mismo año en Elacia, donde había acuartelado sus tropas, dedicando la estación por entero a administrar justicia y cambiar las arbitrarias disposiciones adoptadas por el propio Filipo o por sus prefectos, pues habían acrecentado el poder de sus partidarios a costa de menoscabar los derechos y libertades
3 de los demás. A comienzos de la primavera se trasladó a Corinto, donde había sido convocada una asamblea general. En ella dirigió la palabra a las delegaciones de todas las ciudades, reunidas en torno a él como para oír un dis-
4 curso, comenzando por los inicios de la amistad surgida entre los romanos y el pueblo griego y por las hazañas de los generales que le habían precedido en Macedonia y

las suyas propias. Todo lo que dijo fue escuchado con gran- 5
des muestras de asentimiento, salvo cuando pasó a referir-
se a Nabis; se consideraba absolutamente impropio del
libertador de Grecia el hecho de haber dejado, enquistado 6
en las entrañas de una nobilísima ciudad, a un tirano que
aparte de representar una carga para su propia patria era
motivo de temor para todas las ciudades de alrededor.

Quincio, que no ignoraba los sentimientos sobre este 49
particular, admitía que se tendrían que haber cerrado los
oídos a la simple mención de la paz con el tirano si hubiese
sido posible hacerlo sin que ello significara la ruina de La-
cedemón; pero como la única posibilidad de aplastar al 2
tirano era a costa de la destrucción de aquella importantí-
sima ciudad, había parecido más conveniente dejar subsis-
tir a un tirano debilitado y privado casi por completo de
fuerzas para hacer daño a nadie, en lugar de permitir que 3
sucumbiera la ciudad por aplicarle unos remedios más fuer-
tes de lo que podía soportar, condenándola a morir en la
acción con que se reivindicaría su libertad. Tras rememo- 4
rar el pasado añadió que estaba en su ánimo marchar a
Italia y llevarse todo el ejército; antes de diez días tendrían 5
noticia de la retirada de las guarniciones de Demetríade
y Cálcide; sin más tardanza iba a ver cómo entregaba des-
ocupada Acrocorinto a los aqueos, para que todos supie- 6
ran si quienes tenían la costumbre de mentir eran los roma-
nos o los etolios, los cuales habían hecho circular, en sus
conversaciones, la especie de que había sido un error con-
fiar al pueblo romano la tutela de la libertad, que se había
cambiado de amo reemplazando a los macedonios por los
romanos; pero ellos nunca habían medido el alcance de lo 7
que decían o de lo que hacían. A las demás ciudades les
recomendaba que juzgasen a los amigos por sus hechos,
no por sus palabras, y mirasen a ver de quién se podía

uno fiar y con quién había que tener cuidado; que usasen la
8 libertad con moderación, pues ésta, en su justa medida,
es muy saludable para el individuo y para la comunidad,
pero llevada al exceso, para los demás es una carga y para
quienes la ejercen es motivo de temeridad y falta de con-
9 trol; que velasen por la concordia en las ciudades los jefes
y los estamentos sociales entre sí, y todas las ciudades en
común; si se mantenían unidos, no habría rey ni tirano
10 alguno que tuviese fuerza suficiente contra ellos, pero la
falta de entendimiento y la sedición lo dejan todo expuesto
a las intrigas, pues la parte que lleva las de perder en las
confrontaciones intestinas se pone del lado de alguien de
11 fuera antes que ceder frente a un conciudadano; que pusie-
ran cuidado en salvaguardar y defender la libertad conse-
guida con las armas de otros y restituida por la lealtad
de los extranjeros, para que el pueblo romano supiera que
había otorgado la libertad a quienes eran dignos de ella,
y que su donación tenía un buen destinatario.

50 Al oír estas palabras pronunciadas en tono paternal,
a todos se les escaparon las lágrimas de alegría, hasta el
2 punto de conmover al propio orador. Durante unos ins-
tantes hubo murmullos por parte de los que mostraban
su aprobación a lo dicho y se instaban unos a otros a gra-
bar aquellas palabras en sus mentes y en sus corazones
3 como si hubieran sido pronunciadas por un oráculo. Des-
pués, una vez restablecido el silencio, Quincio les pidió que
buscasen a los ciudadanos romanos que pudiera haber co-
mo esclavos en sus países y se los remitiesen a Tesalia an-
tes de dos meses, que era un deshonor también para ellos
que los libertadores sirvieran como esclavos en la tierra que
4 habían libertado. Todos gritaron que aparte de lo demás
le agradecían también que les hubiera recordado el cumpli-
5 miento de un deber tan humano e insoslayable. Era muy

elevado el número de prisioneros de la Guerra Púnica que habían sido puestos en venta por Aníbal al no ser rescatados por los suyos. Prueba de lo elevado de su número es 6
el hecho de que, según escribe Polibio, su rescate les costó cien talentos a los aqueos, habiéndose fijado en quinientos denarios por cabeza el precio a abonar a sus dueños. Según esas cuentas, pues, Acaya reunió mil doscientos. Pue- 7
de hacerse un cálculo proporcional de los que probablemente había en toda Grecia.

Aún no se había disuelto la reunión cuando vieron có- 8
mo bajaba del Acrocorinto la guarnición, se dirigía directamente hacia la puerta, y se alejaba. El general salió tras 9
la columna; todos lo siguieron aclamándolo como salvador y libertador; después de saludarlos y despedirse de ellos regresó a Elacia por el mismo camino por donde había venido. De allí hizo salir al legado Apio Claudio con la 10
totalidad de las tropas con orden de marchar a través de Tesalia y el Epiro hasta Orico [368], y de esperarlo allí, pues era su intención que el ejército cruzase a Italia desde 11
este lugar. También escribió a su hermano Lucio Quincio, legado suyo y comandante de la flota, para que concentrase allí las naves de transporte haciéndolas venir de toda Grecia.

Él marchó a Cálcide, y después de retirar las guarnicio- 51
nes tanto de Cálcide como de Óreo y Eretria convocó allí una asamblea de las ciudades de Eubea; les recordó en qué 2
condiciones las había encontrado y en cuáles las dejaba, y las despidió. De allí se fue a Demetríade, retiró la guarni- 3
ción, y, seguido por la población en masa igual que en Corinto y en Cálcide tomó el camino de Tesalia, donde 4
aparte de liberar las ciudades era preciso hacerlas pasar

[368] Cf. XXIV 40, 2.

del desbarajuste total y la confusión a alguna forma de
5 organización tolerable. Estaban, en efecto, sumidas en el caos no sólo a causa de los vicios de la época y de la prepotencia y arbitrariedad del rey sino debido también al carácter turbulento de sus gentes, incapaces, ya desde un principio y hasta nuestra época, de sacar adelante unos comicios, una reunión, una asamblea sin disensiones y tumultos.
6 Eligió senadores y jueces basándose sobre todo en la renta, y dio mayor poder a aquel sector de la ciudadanía que más beneficiado salía de una situación de seguridad y estabilidad general.

Roma: triunfo de Quincio Flaminino

52 Después de esta minuciosa reorganización de Tesalia atravesó el Epiro y llegó a Orico, donde iba a inciar la travesía ha-
2 cia Italia. Todas las tropas fueron transportadas desde Orico a Brundisio; desde aquí llegaron a Roma marchando casi en triunfo a través de Italia llevando delante con el botín una columna casi tan
3 larga como la del ejército. Una vez llegados a Roma, el senado se reunió fuera de la ciudad para escuchar un informe pormenorizado de Quincio sobre las operaciones desarrolladas, y de buen grado decretó un triunfo bien ganado:
4 La ceremonia triunfal duró tres días. El primero hizo desfilar las armas ofensivas y defensivas y las estatuas de bronce y de mármol, siendo más las que había arrebatado a Filipo que las conquistadas en las ciudades. El segundo día hizo desfilar el oro y la plata, labrada, sin labrar, y acuñada.
5 Había dieciocho mil doscientas setenta libras de plata sin labrar, y de plata labrada numerosos vasos de todas clases, en su mayoría cincelados, algunos de notable valor artístico; había también muchos objetos manufacturados en bron-
6 ce, además de diez escudos de plata. De plata acuñada había ochenta y cuatro mil monedas áticas, llamadas tetrac-

mas, que pesan casi tres denarios cada una. En oro había 7
tres mil setencientas catorce libras, un escudo macizo, y
catorce mil quinientos catorce filipos. El tercer día desfi- 8
laron ciento catorce coronas de oro, donadas por las ciu-
dades; víctimas para el sacrificio, y delante del carro mu- 9
chos nobles, prisioneros y rehenes, entre los que se encon-
traban Demetrio, el hijo del rey Filipo, y el lacedemonio
Armenes, hijo del tirano Nabis. Por último hizo su entra- 10
da en la ciudad el propio Quincio. Detrás de su carro iba
un gran número de soldados, pues se había traído a todo
el ejército de la provincia. Se distribuyeron entre ellos dos- 11
cientos cincuenta ases a cada soldado de infantería, el do-
ble a los centuriones, y el triple a los de caballería. Dieron 12
realce al triunfo los que habían sido rescatados de la escla-
vitud, marchando detrás con sus cabezas rapadas.

Hacia finales de este año el tribuno de la plebe Quincio 53
Elio Tuberón, a iniciativa del senado, propuso a la plebe
y ésta aprobó la fundación de dos colonias latinas, una
en el Brucio y otra en el territorio de Turio. Para organi- 2
zarlas fueron elegidos triúnviros con un mandanto de tres
años, Quinto Nevio, Marco Minucio Rufo y Marco Furio
Crasípede [369] para el Brucio, y Aulo Manlio [370], Quinto
Elio y Lucio Apustio para Turio. Presidió los comicios pa-
ra la elección de las dos comisiones el pretor urbano Gneo
Domicio en el Capitolio.

Aquel año se dedicaron varios templos. Uno a Juno 3
Matuta [371] en el mercado de las hortalizas; lo había pro-
metido con voto y había adjudicado su construcción hacía

---

[369] Pretor en 187 y 173, uno de los pocos casos en que se desempeñó este cargo más de una vez.

[370] Vulsón, el cónsul de 178.

[371] Juno Sóspita, según XXXII 30, 10.

cuatro años, durante la guerra de la Galia, el cónsul Gayo 4 Cornelio, el mismo que lo dedicó siendo censor. Otro a Fauno, cuya construcción habían adjudicado hacía dos años, con el dinero de las multas, los ediles Gayo Escribonio y Gneo Domicio; la dedicación la hizo este último, que 5 era pretor urbano. Asimismo, Quinto Marcio Rala, nombrado duúnviro con ese objeto, dedicó un templo a la For- 6 tuna Primigenia en la colina Quirinal; lo había prometido con voto diez años antes, durante la Guerra Púnica, el cónsul Publio Sempronio Sofo, el mismo que había adjudica- 7 do su construcción siendo censor. Igualmente, el duúnviro Gayo Servilio dedicó a Júpiter en la isla el templo que había sido prometido con voto hacía seis años, durante la guerra contra la Galia, por el pretor Lucio Furio Purpurión, el mismo que después, siendo cónsul, había adjudicado su construcción. Esto fue lo ocurrido durante aquel año.

Elecciones, juegos, mandos. Embajada de Antíoco

54 Publio Escipión vino de su provincia de la Galia para las elecciones de cónsules. Tuvieron lugar los comicios, y en ellos resultaron elegidos [372] Lucio Cornelio Mé- 2 rula y Quinto Minucio Termo. Al día siguiente fueron elegidos pretores Lucio Cornelio Escipión [373], Marco Fulvio Nobílior, Gayo Escribonio, Marco Valerio Mesala [374], Lucio Porcio Licino [375] y Gayo Flaminio. 3 Los ediles curules Aulo Atilio Serrano [376] y Lucio Escribonio Libón [377] ofrecieron por primera vez los Juegos escéni-

[372] Para el año 193.

[373] El cónsul de 190, hermano del Africano.

[374] Sería cónsul en 188.

[375] El cónsul de 184.

[376] Cónsul en 170.

[377] Pretor en 192.

cos Megalesios. A los Juegos Romanos que dieron estos 4
ediles asistieron por vez primera los senadores apartados
del pueblo, y esta innovación, como suele ocurrir con todas, dio lugar a comentarios; unos estimaban que por fin
se le había otorgado a este importantísimo estamento lo
que debía haberle sido concedido mucho antes; otros con- 5
sideraban que había sido sustraído de la dignidad del pueblo
lo que había sido añadido a la majestad de los senadores,
y que toda diferenciación tendente a establecer separaciones entre los estamentos sociales, como aquélla, contribuía
a menoscabar la concordia y la libertad equitativa; desde 6
hacía quinientos cincuenta y ocho años no había habido
separación entre los espectadores; ¿qué había ocurrido de
pronto para que los senadores no quisieran que la plebe
se mezclara con ellos en las gradas? ¿Por qué el rico se 7
sentía incómodo por tener a un pobre sentado a su lado?
Era un nuevo y arrogante capricho que hasta entonces no
había deseado ni cumplido el senado de ninguna nación.
Dicen que hasta el propio Africano, que había promovido 8
una medida como aquélla cuando era cónsul, al final se
arrepintió. Hasta ese punto es recomendable no cambiar
nada de lo antiguo, siendo preferible atenerse a las viejas
prácticas salvo que la experiencia las desaconseje claramente.

A principio del año en que fueron cónsules Lucio Cor- 55
nelio y Quinto Minucio, las noticias referentes a temblores
de tierra circulaban con tanta frecuencia que la gente llegó
a cansarse no sólo de las referencias en sí sino de tantos
días de expiación decretados por este motivo; pues al 2
estar ocupados los cónsules con los sacrificios y ceremonias expiatorias, no se podía reunir el senado ni administrar los asuntos públicos. Se acabó por dar instrucciones 3
a los decénviros para que consultaran los Libros, y a partir
de su respuesta hubo un triduo de rogativas. Tocados con 4

coronas, los ciudadanos hicieron súplicas ante todos los
altares, y se dispuso que todos los miembros de una misma
familia las hicieran juntos. Además, los cónsules, con el
refrendo del senado, hicieron pública la prohibición de que
se diese noticia de un terremoto el mismo día en que
5 se hubiese decretado la expiación de otro. Sortearon des-
pués las provincias, primero los cónsules y a continuación
6 los pretores. A Cornelio le tocó la Galia, y a Minucio el
país de los lígures; a los pretores les correspondieron en
el sorteo la jurisdicción urbana a Gayo Escribonio, la pe-
regrina a Marco Valerio, Sicilia a Lucio Cornelio, Cerdeña
a Lucio Porcio, a Gayo Flaminio la Hispania citerior, y
a Marco Fulvio la ulterior.

56 Los cónsules no esperaban que hubiera ninguna guerra
aquel año, pero llegó una carta de Marco Cincio, que era
2 prefecto en Pisa, diciendo que veinte mil lígures armados,
después de recorrer todos los pueblos juramentando a la
nación entera, primeramente habían arrasado el territorio
lunense, después habían cruzado la frontera de los pisa-
3 nos y habían invadido toda la zona de la costa. Por ello,
el cónsul Minucio, al que había correspondido la provincia
de Liguria, siguiendo instrucciones del senado subió a la
4 tribuna rostral y mandó que las dos legiones urbanas mo-
vilizadas el año anterior se concentrasen en Arrecio nueve
días más tarde; para reemplazarlas, alistaría otras dos le-
5 giones urbanas. Igualmente, comunicó a los aliados y a
los latinos, a los magistrados y diputados de los pueblos
que estaban obligados a suministrar soldados, que fueran
6 a verle al Capitolio. Les fijó una aportación de quince mil
soldados de infantería y quinientos de caballería, propor-
cionalmente en cada caso al número de hombres en edad
7 militar que tenían, y les mandó dirigirse desde el Capitolio
a la puerta de la ciudad directamente, para agilizar la ope-

ración, y marchar a hacer la recluta. Un decreto asignó 8
a Fulvio y Flaminio un suplemento de tres mil soldados de infantería romanos y cien jinetes a cada uno, y también a cada uno cinco mil aliados latinos y doscientos jinetes, y se dio orden a los pretores de licenciar a los soldados veteranos en cuanto llegasen a su provincia. Los soldados 9
pertenecientes a las legiones urbanas acudían en gran número a los tribunos de la plebe con el objeto de que examinaran sus motivos para quedar exentos del servicio militar por haber cumplido el período reglamentario o por razones de salud. Zanjó esta cuestión una carta de Tiberio Sempronio [378] en la que decía que diez mil lígures habían inva- 10
dido el territorio de Placencia y lo habían arrasado, matando e incendiando, hasta las murallas mismas de la colonia y hasta las riberas del Po; y también el pueblo de los boyos estaba al borde de la insurrección. Debido a es- 11
tas circunstancias, el senado decretó el estado de guerra, oponiéndose a que los tribunos de la plebe examinaran las causas de exención para no presentarse a la concentración prescrita. Ordenó, además, que los aliados latinos que ha- 12
bían servido en el ejército de Publio Cornelio y Tiberio Sempronio y habían sido licenciados por dichos cónsules se concentrasen en Etruria en la fecha y en el lugar fijado por el cónsul Lucio Cornelio, y que cuando el cónsul Lu- 13
cio Cornelio se dirigiese a su provincia, alistase soldados, si lo consideraba oportuno, en las poblaciones y en los campos por donde pasase, los armase, y los llevase con él, quedando facultado para licenciar a quienes quisiese y cuando quisiese.

Cuando salieron los cónsules hacia sus provincias tras 57
llevar a cabo la recluta, Tito Quincio pidió que el senado

---

[378] El cónsul de 194.

escuchase su exposición acerca de las medidas que había tomado juntamente con la comisión de los diez, y las rati-
2 ficase con su autoridad si lo estimaba conveniente; les resultaría más fácil hacerlo si escuchaban las palabras de los diputados llegados de toda Grecia y gran parte de Asia
3 y los enviados por los reyes. El pretor urbano Gayo Escribonio fue quien introdujo en el senado estas embajadas, que recibieron corteses respuestas todas ellas.

4 Como el debate referente a Antíoco era más largo, fue remitido a la comisión de los diez, parte de la cual ha-
5 bía estado con el rey en Asia o en Lisimaquia. Se confió a Tito Quincio la misión de reunirlos y escuchar con ellos las palabras de los embajadores del rey, y darles la respuesta que fuese posible respetando la dignidad y los inte-
6 reses del pueblo romano. La embajada del rey estaba encabezada por Menipo y Hegesianacte. Menipo dijo que no comprendía qué problemas había con su embajada, cuando habían venido simplemente a pedir amistad y estrechar
7 una alianza; que había tres clases de tratados con los cuales se hacen los pactos de amistad entre los estados y los reyes; la primera, cuando se le imponen condiciones a los vencidos en una guerra, ya que la rendición completa a quien ha demostrado un superior poder con las armas, da a éste el derecho de decidir qué ha de quedar en posesión
8 de los vencidos y qué quiere confiscarles; la segunda, cuando llegan a un acuerdo de paz y amistad en condiciones iguales los iguales en la guerra, ya que entonces se hacen y se satisfacen las demandas a través de un acuerdo, y si la guerra ha trastocado la posición de algún bien, se arregla esa diferencia conforme a las normas del derecho antiguo
9 o según los intereses de ambas partes; el tercer caso se da cuando los que nunca han sido enemigos se unen para establecer relaciones amistosas con un tratado de alianza;

en ese caso no hay imposición ni aceptación de condiciones, ya que esto ocurre entre vencedores y vencidos. Como 10
éste era precisamente el caso de Antíoco, estaba sorprendido, dijo, de que a los romanos les pareciese apropiado imponer condiciones especificando cuáles de las ciudades de Asia querían ellos que fuesen libres y exentas de tributos y cuáles tributarias, y en cuáles les quedaba prohibida la entrada a las guarniciones del rey y al propio rey; ésa era, 11
efectivamente, la manera en que debía hacerse la paz con Filipo, un enemigo, y no el tratado de alianza con Antíoco, un amigo.

A esto replicó Quincio: «Ya que os gusta establecer dis- 58
tinciones precisas y enumerar las distintas formas de alianzas amistosas, también yo fijaré dos condiciones para que le hagáis saber al rey que sin ellas no hay ninguna posibilidad de alianza amistosa con el pueblo romano. La prime- 2
ra: si quiere que nosotros no nos interesemos en absoluto por lo que atañe a las ciudades de Asia, que él a su vez se mantenga alejado por completo de Europa. Y la segun- 3
da: si él no se mantiene dentro de los límites de Asia y pasa a Europa, los romanos por su parte tendrán derecho a defender los tratados de amistad que tienen y a establecer otros nuevos con las ciudades de Asia». Hegesianacte 4
dijo que era realmente indignante incluso el escuchar que Antíoco se mantuviese alejado de las ciudades de Tracia y del Quersoneso, siendo así que se las había legado Seleu- 5
co, su bisabuelo, que las había conquistado gloriosamente tras vencer en la guerra y dar muerte al rey Lisímaco en el campo de batalla; y Antíoco en unos casos las había reconquistado con las armas, de forma no menos gloriosa, tras ser ocupadas por los tracios, mientras que en otros casos, cuando habían quedado abandonadas como la propia Lisimaquia las había repoblado propiciando el regreso

de sus habitantes, y a costa de grandes inversiones había
reconstruido las que habían sido arrasadas e incendiadas.
6 ¿Qué parecido había, por consiguiente, entre privar a An-
tíoco de estas posesiones, así adquiridas y así recuperadas,
y no intervenir los romanos en Asia, que jamás les había
7 pertenecido? Antíoco pretendía la amistad de los romanos,
pero una amistad cuyo logro fuese para él motivo de glo-
8 ria, no de humillación. A esto replicó Quincio: «Puesto
que estamos valorando lo honorable —lo único o al menos
lo primero que debe valorar un pueblo que está a la cabeza
9 del mundo y un rey tan importante—, ¿qué te parece,
en definitiva, más honorable, pretender que sean libres to-
das las ciudades que hay en cualquier parte de Grecia, o
10 convertirlas en esclavas y tributarias? Si Antíoco considera
noble reducir de nuevo a esclavitud a las ciudades que su
bisabuelo ocupó por derecho de conquista y que su abuelo
11 y su padre jamás reivindicaron como suyas, el pueblo ro-
mano a su vez considera acorde con su lealtad y su prácti-
ca constante no renunciar al compromiso que ha adquirido
12 de defender la libertad de los griegos. Igual que liberó Gre-
cia de Filipo, de la misma forma tiene intención de liberar
del dominio de Antíoco a las ciudades de Asia que lleven
13 el nombre de Grecia. No se enviaron colonias a Eólide y
a Jonia, en efecto, con el propósito de que fueran esclavas
de un rey, sino con el de engrandecer la estirpe de un pue-
blo antiquísimo y propagarlo por todo el mundo».

59 Hegesianacte quedó indeciso, pues no podía negar que
es más honorable el título de la libertad que el de la escla-
vitud para dar cobertura a una causa; entonces habló Pu-
blio Sulpicio, el miembro de más edad de la comisión de
2 los diez: «¿A qué andarnos con rodeos? Elegid una de las
dos opciones que con tanta claridad acaba de proponer
3 Quincio, o dejad de hablar de amistad». «Pero nosotros,

dijo Menipo, no queremos ni podemos formalizar ningún
acuerdo que empequeñezca el reino de Antíoco».
Al día siguiente, presentó Quincio ante el senado a to- 4
das las diputaciones de Grecia y Asia, con el objeto de
hacerles saber cuál era la postura del pueblo romano y cuál
la de Antíoco con respecto a las ciudades de Grecia, y les
expuso cuáles eran sus demandas y cuáles las del rey;
debían volver a sus ciudades y comunicarles que el pueblo 5
romano defendería su libertad frente a Antíoco, si éste no
se retiraba de Europa, con la misma valentía y la misma
lealtad con que la había defendido frente a Filipo. Enton- 6
ces Menipo se puso a suplicar insistentemente tanto a Quin-
cio como a los senadores que no tomaran una decisión
precipitada con la que provocarían un desbarajuste en el
mundo entero; que se tomasen tiempo y se lo diesen al 7
rey para reflexionar; que éste reflexionaría cuando se le
informase de las condiciones, y lograría alguna concesión
o cedería en algo en aras de la paz. Quedó así aplazada 8
la cuestión por entero. Se acordó enviar al rey como emba-
jadores a los mismos que habían sido recibidos por él en
Lisimaquia: Publio Sulpicio, Publio Vilio y Publio Elio.

Aníbal y Antíoco. Repercusiones en Cartago

Cuando éstos acababan de partir llega- 60
ron de Cartago unos diputados anuncian-
do que Antíoco, sin lugar a dudas, se es-
taba preparando para la guerra con la co-
laboración de Aníbal, y crearon inquie-
tud por temor a que se suscitara al mismo tiempo una gue-
rra púnica. Aníbal, huido de su patria, había llegado al 2
lado de Antíoco, como queda dicho [379], y el rey lo tenía
en gran consideración por el único mérito de ser el confi-
dente más cualificado al que hacer partícipe de los planes

[379] En XXXIII 49, 7.

de guerra contra Roma que llevaba barajando largo tiempo.
3 La opinión de Aníbal era siempre una sola y siempre la misma: la guerra había que hacerla en Italia; Italia proporcionaría suministros y soldados a un enemigo venido de
4 fuera; si se dejaba Italia tranquila y se le permitía al pueblo romano hacer la guerra fuera con los recursos y las tropas de Italia, no había rey ni pueblo alguno que pudiera
5 medirse con los romanos. Pedía que se le confiasen a él cien naves cubiertas, diez mil hombres de infantería y mil de caballería; con una flota así, su primer paso sería dirigirse a África; tenía plena confianza en poder inducir a
6 los cartagineses a reemprender la guerra; si éstos se mostraban remisos, él suscitaría una guerra contra los romanos en alguna parte de Italia; el rey debía pasar a Europa con todas las fuerzas restantes y mantenerlas en algún sitio de Grecia sin cruzar el mar, pero preparado para hacerlo, lo cual era suficiente para suscitar la imagen y los comentarios acerca de una ofensiva.

61 Cuando hubo conseguido que el rey hiciese suyo este plan, consideró que debía predisponer los ánimos de sus compatriotas con vistas al mismo, pero no se aventuró a escribir una carta por temor a que desvelase su intento si
2 por algún azar era interceptada. En Éfeso había entrado en contacto con un tirio, un tal Aristón, cuya habilidad había comprobado en encargos de menor importancia; por una parte le colmó de regalos, y por otra despertó en él la esperanza de recompensas, en lo cual también se comprometió el rey, y lo envió a Cartago con una misión.
3 Le dio los nombres de las personas con las que tenía que ponerse en contacto, y le proporcionó también unas señales secretas por las que identificarían como suyas las ins-
4 trucciones sin lugar a dudas. Cuando este Aristón se dejó ver por Cartago, los adversarios de Aníbal supieron el mo-

tivo de su venida tan pronto como sus amigos. Primera- 5
mente, el hecho fue tema frecuente de comentarios en reu-
niones y banquetes; después, en el senado, algunos decían 6
que no se había adelantado nada con el exilio de Aníbal
si incluso estando ausente podía tramar revueltas y deses-
tabilizar la situación de la ciudad soliviantando los ánimos
de la gente; un tal Aristón, un visitante tirio, había llegado 7
portando instrucciones de Aníbal y del rey Antíoco; deter-
minadas personas se entrevistaban con él en secreto todos
los días; se estaba cociendo en la sombra algo que muy
pronto iba a estallar acarreando la ruina general. Todos 8
dijeron a gritos que había que llamar a Aristón y pregun-
tarle a qué había venido, y si no se explicaba, enviarlo
a Roma con una embajada; bastantes penalidades se ha-
bían sufrido ya por la temeridad de una sola persona;
los particulares correrían con la responsabilidad de su mal 9
comportamiento; era preciso mantener al Estado exento no
sólo de culpa sino de sospecha de culpa. Una vez convoca- 10
do, Aristón proclamaba su inocencia y aducía como argu-
mento más sólido en su defensa el hecho de no haber
traído ninguna carta para nadie; pero no explicaba sufi- 11
cientemente los motivos de su venida, y se mostraba es-
pecialmente vacilante cuando se le acusaba de haber
tenido contactos sólo con personas de la facción de
los Barca. A continuación se originó una discusión entre 12
los partidarios de arrestarlo inmediatamente y meterlo en
la cárcel por espía y los que decían que no había razón
para alborotarse, que sería un mal precedente castigar a
un visitante sin una buena razón, pues les podría ocurrir 13
otro tanto a los cartagineses en Tiro o en otros centros
de comercio a los que acudían con frecuencia. El asunto
quedó aplazado por aquel día. Aristón, poniendo en juego 14
entre cartagineses una astucia cartaginesa, a la caída de

la tarde, en un lugar muy frecuentado donde los magistrados celebraban a diario sus sesiones, colgó unas tablillas escritas, y al tercer relevo de la guardia embarcó en una
15 nave y huyó. Al día siguiente, cuando los *sufetes* tomaron asiento para administrar justicia, se descubrieron las tablillas, que fueron descolgadas y leídas. El contenido de lo escrito era que Aristón no había traído encargos privados para nadie sino públicos para los de más edad —así llama-
16 ban al senado—. Al haberse extendido a todos la acusación, la investigación, circunscrita a unos pocos, fue menos intensa. Se acordó, no obstante, enviar a Roma una delegación para informar del asunto a los cónsules y al senado, y al propio tiempo para quejarse de los desmanes de Masinisa.

62 Masinisa se dio cuenta de que los cartagineses estaban desacreditados y además desavenidos entre sí, pues el senado recelaba de los principales debido a sus contactos con Aristón, y el pueblo recelaba del senado a causa de la de-
2 nuncia del mismo Aristón. Entonces pensó que era un buen momento para una agresión, arrasó la zona costera y obligó a algunas ciudades tributarias de los cartagineses a pa-
3 garle tributó a él. Emporios [380] es el nombre que dan a aquella comarca; es la zona costera de la Sirte menor, de fértil suelo; su única ciudad, Lepcis [381], estuvo pagando
4 a los cartagineses un tributo de un talento al día. Por esta época, Masinisa había hostilizado toda esta región, y, con respecto a una parte de la misma, había conseguido que se pusiera en duda si pertenecía a su reino o a los cartagi-
5 neses. Y como se enteró de que éstos pensaban acudir a Roma para defenderse de las acusaciones y al mismo tiem-

[380] Véase XXIX 25, 12, nota.

[381] O Leptis (Magna).

po para presentar quejas contra él, envió a su vez a Roma embajadores para incrementar la gravedad de los cargos con nuevas sospechas y al mismo tiempo discutir la legitimidad de los tributos. Los cartagineses, oídos en primer lu- 6
gar en relación con el visitante tirio, sembraron en los senadores la inquietud ante la perspectiva de tener que combatir con Antíoco y con los cartagineses al mismo tiempo. La sospechosa circunstancia de que no hubiesen tenido ba- 7
jo vigilancia, tanto a él como a su nave, a quien habían detenido y pensaban enviar a Roma, agravaba la acusación contra ellos. Luego, con los embajadores del rey, se 8
abrió la discusión acerca del territorio ocupado. Los cartagineses basaban la defensa de su causa en el derecho de fronteras, porque estaba dentro de los términos con que 9
Publio Escipión había delimitado, después de su victoria, un territorio que legalmente pertenecía a los cartagineses; y la basaban también en el hecho de que el rey así lo había reconocido, pues cuando perseguía a Aftir, que había huido 10
de su reino y vagaba por los alrededores de Cirenas con un grupo de númidas, les había pedido permiso para pasar por aquel territorio precisamente, dando por hecho que era jurisdicción cartaginesa sin la menor duda. Los númi- 11
das, por un lado los acusaban de mentir en lo referente a la fijación de límites hecha por Escipión, y por otro decían que si se quería llegar hasta los verdaderos orígenes de aquel derecho, ¿de qué territorio de África eran realmente propietarios los cartagineses? Venidos de fuera, les 12
había sido concedido, como favor, para construir una ciudad, el trozo de tierra que pudieran abarcar con una piel de buey cortada; todo cuanto ocupaban más allá de Bursa [382], su sede, era tierra ganada por la fuerza y sin dere-

[382] Nombre de la ciudadela, palabra fenicia que tiene ese significado.

13 cho. Y con respecto al territorio en cuestión, no podían
probar que habían ejercido su posesión no ya ininterrum-
pidamente desde que lo habían ocupado, sino ni siquiera
durante un largo período de tiempo. Según las circunstan-
cias, habían reclamado su derecho sobre el mismo unas
veces ellos y otras los reyes númidas, y siempre había sido
14 su poseedor el de mayor poder militar. Que dejasen, pues,
que la situación quedase como estaba antes de ser los car-
tagineses enemigos de los romanos, cuando el rey de los
númidas era aliado y amigo suyo, y no impidieran que fue-
15 se dueño del territorio quien era capaz de hacerlo. Se deci-
dió responder a los diputados de ambas partes que se en-
viaría a África una comisión para dirimir sobre el terreno
16 las diferencias entre el pueblo cartaginés y el rey. Enviados
Publio Escipión Africano, Gayo Cornelio Cetego y Marco
Minucio Rufo, oídas las partes y examinada la cuestión,
lo dejaron todo en suspenso sin inclinar su veredicto a fa-
17 vor de ninguna de las partes. No hay certeza acerca de
si lo hicieron por su propia iniciativa o porque se les ha-
bían dado instrucciones en ese sentido; sí parece claro que,
dadas las circunstancias, era conveniente dejar sin resolver
18 el enfrentamiento, pues en caso contrario, Escipión por
sí solo, tanto por su conocimiento de los hechos como por
su autoridad por los buenos servicios prestados a ambas
partes, hubiera podido poner fin a la disputa con un sim-
ple gesto.

LIBRO XXXV

SINOPSIS

AÑO 193 a. C.

La guerra en Hispania (1 - 2).

Italia: guerra contra lígures y boyos (3 - 5).

Roma: medidas referentes a las elecciones; medidas sobre la usura (6 - 8).

Prodigios. Colonias. Elecciones. Guerra en Liguria (9 - 11).

AÑO 192 a. C.

Oriente: etolios, Nabis, Antíoco, Aníbal (12 - 19).

Roma: provincias, mandos, prodigios. Victoria en Liguria (20 - 21).

Galia, Hispania, medidas defensivas, elecciones (22 - 24).

Grecia: guerra entre la Liga Aquea (Filopemén) y Esparta (Nabide) (25 - 30).

La embajada de Flaminino (31 - 33).

Movimientos de los etolios. Muerte de Nabis (34 - 36).

La acción en torno a Cálcide. Demetríade (37 - 39).

Roma e Italia (40 - 41).

Grecia y Asia: Toante, Aníbal, Antíoco (42 - 44).

Debate entre Finea y Toante. Tentativa en Cálcide (45 - 47).

Congreso de Egio. Ocupación de Cálcide por Antíoco (48 - 51).

La guerra en Hispania

1 A comienzos del año en que ocurrieron estos hechos Sexto Digicio, pretor en la Hispania citerior, libró una serie de batallas más numerosas que memorables contra gran cantidad de ciudades que se habían sublevado después de la marcha de Marco Catón.
2 La mayoría de las batallas fueron tan poco afortunadas que entregó a su sucesor apenas la mitad de los soldados
3 que había recibido. Y está fuera de duda que toda Hispania habría tenido ánimos para sublevarse de no ser porque el otro pretor, Publio Cornelio Escipión, hijo de Gneo, libró con éxito muchas batallas al otro lado del Ebro
4 provocando tal pánico que se pasaron a él no menos de cincuenta plazas fortificadas. Estas acciones las llevó a ca-
5 bo Escipión cuando era pretor. Ya como propretor atacó a los lusitanos cuando marchaban de vuelta a su país con un botín muy cuantioso tras haber devastado la provincia ulterior. Libró un combate de resultado incierto desde la hora tercera hasta la octava; estaba en inferioridad numé-
6 rica pero llevaba ventaja en otros aspectos, pues combatió con hombres en formación compacta frente a una columna estirada y obstaculizada por el tropel de animales, y con soldados descansados frente a otros agotados por la
7 prolongada marcha. El enemigo, en efecto, había salido al tercer relevo de la guardia, y a la caminata nocturna se había añadido otra de tres horas durante el día, sucediendo el combate a la fatiga de la marcha sin haber teni-
8 do ni un instante de reposo. Por consiguiente, al comienzo de la batalla tenían algunas fuerzas físicas y anímicas, y en un principio crearon desconcierto entre los romanos; después, la lucha se fue nivelando gradualmente. En esta comprometida situación el pretor prometió con voto unos juegos a Júpiter si derrotaba y hacía trizas al enemigo.

Al fin los romanos pusieron mayor brío en su empuje y 9
los lusitanos cedieron terreno y luego emprendieron una franca huida; los vencedores persiguieron de cerca a los que huían, y resultaron muertos en torno a los doce mil enemigos, cayeron prisioneros quinientos cuarenta, casi to- 10
dos jinetes, y se capturaron ciento treinta y cuatro enseñas militares. El ejército romano perdió setenta y tres hombres.
La batalla se desarrolló no lejos de Ilipa[383], ciudad a la 11
que regresó Publio Cornelio al frente de su ejército victorioso y cargado de botín. El botín quedó todo expuesto delante de la ciudad, y se ofreció a los propietarios la posi- 12
bilidad de identificar sus pertenencias; se le entregó al cuestor y lo que quedó para su puesta en venta, y el producto de la misma fue repartido entre los soldados.

Cuando ocurría todo esto en Hispania, no había parti- 2
do aún de Roma el pretor Gayo Flaminio. Por eso, las 2
derrotas, en mayor medida que las victorias eran tema frecuente de conversación por parte suya y de sus amigos;
y puesto que había estallado en la provincia una guerra 3
de grandes proporciones e iba a recibir de Sexto Digicio un ejército con muy pocos supervivientes, y esos pocos, además, llenos de miedo y prontos a la huida, intentó que se le asignase una de las legiones urbanas; a éstas le 4
sumaría los soldados que él había reclutado en virtud de un decreto del senado, y del total elegiría seis mil doscientos soldados de infantería y trescientos de caballería; con la legión resultante —pues el ejército de Sexto Digicio 5
no daba pie para muchas esperanzas— llevaría adelante la campaña. Los senadores de más edad sostenían que no 6
se debían elaborar decretos del senado sobre la base de rumores infundados inventados por particulares para con-

[383] Alcalá del Río.

graciarse a los magistrados; lo único que se debía dar por
confirmado era lo que comunicasen desde las provincias
7 los pretores por escrito o sus emisarios de palabra; si en
Hispania había revueltas, podía autorizarse al pretor a ha-
cer una recluta extraordinaria fuera de Italia. El criterio
del senado fue que se hiciese esa leva de emergencia en
8 Hispania. Valerio Anciate refiere que Gayo Flaminio nave-
gó hasta Sicilia para hacer una recluta, y que durante la
travesía de Sicilia a Hispania fue desviado hacía África
por una borrasca, que tomó el juramento militar a los sol-
dados que quedaban sueltos del ejército de Publio Africano,
9 y que a las levas de estas dos provincias añadió una tercera
en Hispania.

Italia: guerra contra lígures y boyos

3 Tampoco era menos vivo el desarrollo
de la guerra contra los lígures en Italia.
Había ya cuarenta mil hombres concen-
trados en torno a Pisa, pues día tras día
afluían en masa con la esperanza del bo-
2 tín al oír hablar de la guerra. El cónsul Minucio llegó a
Arrecio en la fecha que había fijado a los soldados para
concentrarse. De allí marchó hacia Pisa con su ejército en
formación de batalla, y como el enemigo había trasladado
su campamento al otro lado del río a no más de una milla
de la población, el cónsul entró en la ciudad, que, sin lu-
3 gar a dudas, se salvó gracias a su llegada. Al día siguiente
acampó a su vez al otro lado del río a unos quinientos
pasos del enemigo. Desde allí, con pequeños combates, de-
4 fendía de los saqueos el territorio de sus aliados, sin arries-
garse a salir al campo de batalla con tropas recién alistadas
formadas por hombres de procedencias muy diversas, que
no se conocían entre sí lo suficiente como para poder con-
5 fiar unos en otros. Los lígures, confiados en su número,
presentaban batalla dispuestos a librar un combate decisi-

vo, y además, como tenían hombres en abundancia, envia-
ban en todas direcciones muchos grupos armados a saquear
por los últimos confines del territorio, y cuando habían
reunido una cantidad importante de animales y de botín,
estaba preparado un destacamento para su conducción a 6
sus poblados fortificados y sus aldeas.

Como la guerra ligustina estaba estancada en torno a 4
Pisa, el otro cónsul, Lucio Cornelio Mérula, condujo su
ejército por los últimos confines de los lígures hasta el te-
rritorio de los boyos; allí el planteamiento bélico era muy
diferente al de la guerra contra los lígures. El cónsul pre- 2
sentaba batalla y los enemigos rehusaban el combate; y
como nadie salía a hacerles frente, los romanos se disper-
saban corriendo a saquear, prefiriendo los boyos que fue-
ran saqueadas impunemente sus posesiones a trabar com-
bate para defenderlas. Cuando todo quedó arrasado a hie- 3
rro y fuego, el cónsul salió del territorio enemigo, y se
dirigía a Mútina [384] marchando sin tomar precauciones, por
entender que era una zona pacificada. Cuando los boyos 4
se dieron cuenta de que el enemigo había salido de su terri-
torio lo siguieron marchando en silencio, buscando un lu-
gar para una emboscada. Durante la noche rebasaron el
campamento romano y se emboscaron en un desfiladero
por donde tenían que pasar los romanos. Como no lo hi- 5
cieron con sufiente sigilo, el cónsul que tenía por costum-
bre levantar el campamento bien entrada la noche, esperó
el amanecer para evitar que la oscuridad incrementase el
pánico en un confuso combate, y aun cuando emprendió
la marcha ya de día, aun así envió un escuadrón de jinetes
a hacer un reconocimiento. Cuando recibió su informe acer- 6

[384] Módena, la antigua ciudad etrusca, no estaba aún en poder de los boyos.

ca de cuántos eran y dónde estaban las tropas enemigas
dio la orden de que se apilaran en el centro los bagajes
de toda la columna y que los triarios levantaran una empa-
lizada alrededor y avanzó en dirección al enemigo con el
7 resto del ejército en formación de combate. Lo mismo hi-
cieron también los galos al ver que su emboscada había
sido descubierta y que era preciso enfrentarse sin rodeos
en una batalla regular en la que se impusiera de verdad
el valor.

5 El choque se produjo aproximadamente a la hora se-
gunda. La primera línea de combate estaba formada por
el ala izquierda aliada y las tropas especiales, a las órdenes
de dos legados consulares, Marco Marcelo [385] y Tiberio
2 Sempronio, el cónsul del año anterior. El nuevo cónsul
estaba unas veces junto a las enseñas de vanguardia y otras
conteniendo a las legiones de reserva para que no se lanza-
sen hacia adelante, en su afán de combate, antes de que
3 se diera la señal. Ordenó a los tribunos militares Quinto
y Publio Minucio que se llevasen a los jinetes de estas le-
giones a un espacio abierto desde el que se lanzarían a
4 la carga sin estorbos cuando diera la señal. Mientras se
ocupaba de esto llegó un mensajero de Tiberio Sempronio
diciendo que las tropas especiales no aguantaban la aco-
5 metida de los galos: habían muerto ya muchísimos, y ade-
más los que quedaban habían remitido en su combatividad
debido en parte a la fatiga y en parte al miedo; que envia-
se, si le parecía, a una de las dos legiones antes de que
6 se sufriese una humillación. Fue enviada la legión segun-
da, y las tropas especiales fueron retiradas. Entonces, al
producirse el relevo con hombres de refresco, con una le-
gión con todos sus efectivos, se reequilibró la lucha; ade-

[385] Marco Claudio Marcelo, el cónsul de 196.

más el ala izquierda fue retirada del combate y la derecha pasó a primera línea. Los ardientes rayos del sol abrasa- 7
ban los cuerpos de los galos, que soportaban muy mal las altas temperaturas; no obstante, resistían las cargas de los romanos manteniendo cerradas las filas, apoyándose a veces unos en otros y a veces en los escudos. Al percatarse 8
de ello el cónsul ordenó a Gayo Livio Salinátor, que mandaba la caballería de las alas, que lanzase a los caballos a todo galope y que quedase en la reserva la caballería legionaria. Este huracán ecuestre empezó por crear confu- 9
sión y desconcierto y después abrió huecos en la formación de los galos, aunque no hasta el extremo de que emprendieran la huida. Lo impedían los jefes, golpeando con los 10
astiles las espaldas de los que eran presa del pánico y obligándolos a volver a sus puestos, cosa que no les permitían los jinetes de las alas que galopaban entre ellos. El cónsul 11
instaba a sus hombres a que se reforzaran un poco más, que la victoria estaba al alcance de la mano; debían presionar mientras veían desorganizados y amedrentados a los enemigos; si dejaban que se reorganizaran las filas, reiniciarían una batalla nueva de resultado incierto. Dio orden 12
a los abanderados de avanzar con las enseñas. Todos se emplearon a fondo y al fin pusieron en fuga al enemigo. Cuando comenzaron a volver la espalda y dispersarse huyendo en desbandada, se lanzó en su persecución la caballería de las legiones. Aquel día fueron muertos catorce 13
mil boyos y apresados con vida mil noventa y dos, entre ellos setecientos veintiún jinetes y tres de sus jefes, y capturadas doscientas doce enseñas militares y sesenta y tres carros. Tampoco fue incruenta la victoria para los roma- 14
nos: perdieron más de cinco mil hombres, suyos o aliados, veintitrés centuriones, cuatro prefectos de los aliados y

los tribunos militares Marco Genucio y Quinto y Marco
Marcio, de la legión segunda.

Roma: medidas referentes a las elecciones; medidas sobre la usura

6 Casi al mismo tiempo llegaron cartas
de los dos cónsules, la de Lucio Cornelio
refiriéndose a la batalla librada en Múti-
na contra los boyos, y la de Quinto Mi-
2 nucio, desde Pisa, diciendo que según el
sorteo le correspondía a él los comicios, pero que con los
lígures estaba todo tan en el aire que su alejamiento de
allí sería la ruina de los aliados y un daño para el Esta-
3 do; si los senadores así lo entendían, que mandasen aviso
a su colega para que fuese él, que tenía resuelta su campa-
4 ña, quien volviese a Roma para los comicios; en caso de
que pusiera inconveniente para hacerlo por no haberle co-
rrespondido en suerte esa tarea, él, obviamente, haría lo
que el senado decidiera, pero que examinara detenidamen-
te si no sería más acorde con los intereses del Estado la
apertura de un interregno que el abandono por su parte
5 de una provincia en aquellas condiciones. El senado enco-
mendó a Gayo Escribonio la misión de enviar al cónsul
Lucio Cornelio dos diputados de rango senatorial para tras-
ladarle la carta de su colega al senado y notificase que
6 si él no acudía a Roma para la elección de nuevos magis-
trados, el senado estaba dispuesto a permitir que se abriera
un interregno antes de alejar a Quinto Minucio de una gue-
7 rra aún por decidir. Se enviaron los diputados, y volvieron
con la noticia de que vendría a Roma Lucio Cornelio para
8 las elección de nuevos magistrados. La carta que había es-
crito Lucio Cornelio después de la batalla librada contra
los boyos fue objeto de debate en el senado. El motivo
fue que su legado Marco Claudio había escrito en privado
9 a muchos senadores diciendo que era a la fortuna del pue-
blo romano y al valor de los soldados a quien había que

agradecer el que las cosas hubieran salido bien; al cónsul se debía el que se hubiera escapado el ejército enemigo, cuando se había presentado la oportunidad de acabar con él; habían muerto más hombres de la cuenta porque las tro- 10
pas de ayuda a los que estaban en dificultades habían salido demasiado tarde de las líneas de reserva; se había dejado escapar de las manos a los enemigos porque se había tardado mucho en dar la señal a la caballería de las legiones y no había podido perseguir a los fugitivos.

Sobre esta cuestión se acordó no tomar ninguna deci- 7
sión precipitada, dejando su discusión para una sesión más concurrida. Y es que había otro problema más apremian- 2
te: los intereses de los préstamos eran una grave carga para la problación, y a pesar de las numerosas leyes sobre los préstamos con que se reprimía la usura, se había abierto una vía para el fraude poniendo los préstamos a nombre de aliados, que no estaban obligados por dichas leyes. Pesaban así sobre los deudores unos intereses sin límite. Buscando un sistema para controlarlos, se acordó poner 3
como fecha tope la próxima festividad de *Feralia;* los aliados que prestasen dinero a los ciudadanos romanos a partir de entonces, lo declararían, y desde ese día los derechos del acreedor estaría sujetos a la normativa sobre préstamos que eligiera el deudor. Luego, cuando a partir de las decla- 4
raciones salió a la luz la magnitud de las deudas contraídas por este método fraudulento, el tribuno de la plebe Marco Sempronio [386], con el refrendo del senado, propuso a la plebe y ésta aprobó que la normativa sobre préstamos 5
aplicable a los ciudadanos romanos fuese extensible a los aliados y latinos.

[386] Sempronio Tuditano, que sería pretor en 189 y cónsul en 185.

Éstos fueron los acontecimientos civiles y militares ocu-
6 rridos en Italia. En Hispania la guerra no tuvo las propor-
7 ciones que los rumores le habían atribuido. En la Hispania citerior Gayo Flaminio tomó la plaza de Ilucia [387], en el territorio de los oretanos, y después condujo a sus hombres a los cuarteles de invierno; también durante el invierno se produjeron algunos combates, que no merecen ser recordados, para hacer frente a las correrías de salteadores más que de soldados enemigos, aunque con resultados diversos y no sin pérdida de hombres. Más importantes fueron las operaciones llevadas a cabo por Marco Fulvio.
8 Cerca de la ciudad de Toledo se enfrentó en batalla campal a los vaceos, los vetones y los celtíberos; derrotó y puso en fuga a un ejército de estos pueblos y capturó vivo al rey Hilerno.

8 Mientras ocurría esto en Hispania, se aproximaba ya la fecha de las elecciones. Por consiguiente, el cónsul Lucio Cornelio dejó el mandó del ejército a su legado Marco
2 Claudio y marchó a Roma. Hizo una exposición ante el senado acerca de las empresas llevadas a cabo por él y
3 de la situación en que se encontraba la provincia, y después se quejó a los padres conscriptos por el hecho de que no se hubiera honrado a los dioses inmortales cuando con una sola victoria se había cerrado tan brillantemente una campaña tan importante, y a continuación pidió que decretasen una acción de gracias y al mismo tiempo un triunfo.
4 Sin embargo, antes de que se formalizase la moción, Quinto Metelo, que había sido cónsul y dictador, dijo que habían llegado al mismo tiempo la carta del cónsul Lucio Cornelio al senado y las de Marco Marcelo a gran parte
5 de los senadores y que se contradecían entre sí, por lo cual

---

[387] ¿Identificable con Ilugo, el núcleo oretano al noreste de Cástulo?

había quedado aplazada su discusión con el objeto de que se celebrase el debate en presencia de los autores de dichas cartas; por eso él había contado con que el cónsul, que estaba al tanto de que su legado había escrito algo en contra suya, lo traería consigo a Roma, ya que él tenía que
venir —aparte de ser más lógico que se le entregase el man- 6
do a Tiberio Sempronio, investido ya de la más alta autoridad, que a un legado—; pero parecía como si, intencio- 7
nadamente, se hubiera mantenido alejado al que podría exponer personalmente lo que había manifestado por escrito y argumentarlo de viva voz, y se le podía rebatir si hiciera alguna afirmación carente de base, hasta que quedase establecida la verdad con toda nitidez; por consiguiente, 8
su opinión era que de momento no procedía tomar decisiones sobre ninguna de las peticiones del cónsul. Como éste 9
insistía con la misma energía en la propuesta de que se decretase la acción de gracias y se le permitiese entrar en triunfo en la ciudad, los tribunos de la plebe Marco y Gayo Titinio declararon que ellos pondrían el veto si se aprobaba algún decreto del senado sobre el particular.

Prodigios. Colonias. Elecciones. Guerra en Liguria

Eran censores Sexto Elio Peto y Gayo 9
Cornelio Cetego, elegidos el año anterior.
Cornelio cerró el lustro. Se censaron dos- 2
cientos cuarenta y tres mil setencientos cuatro ciudadanos. Fue aquél un año de lluvias torrenciales, y el Tíber inundó la zona baja de la
ciudad, derrumbándose incluso algunos edificios en el en- 3
torno de la puerta Flumentana. La puerta Celimontana[388] fue alcanzada por un rayo, al igual que varios puntos de
la muralla contigua a ella. Hubo lluvia de piedras tanto 4
en Aricia como en Lanuvio y en el Aventino. Y de Capua

[388] En el Celio.

llegaron noticias de que había ido volando hasta el foro un enorme enjambre de avispas, yendo a posarse en el templo de Marte, y que habían sido recogidas cuidadosamente
5 y quemadas. Con motivo de estos portentos se pidió a los decénviros que consultaran los Libros: se celebraron nueve días de sacrificios, se decreto una rogativa y se purificó
6 la ciudad. Por las mismas fechas Marco Porcio Catón dedicó una capilla a la Victoria Virgen, cerca del templo de la Victoria, dos años después de haberlo prometido con voto.

7 En el mismo año los triúnviros Aulo Manlio Volsón, Lucio Apustio Fulón y Quinto Elio Tuberón, promotor de la iniciativa, establecieron una colonia latina en el fuerte Ferentino. La componían tres mil hombres de a pie y trescientos de a caballo, cifra exigua en comparación con
8 la extensión del territorio. Podían habérsele asignado treinta yugadas a cada soldado de a pie y sesenta a cada jinete, pero, a propuesta de Apustio, se reservó un tercio del territorio con el objeto de poder incorporar nuevos colonos, si se quería, más adelante; los de a pie recibieron veinte yugadas por cabeza, y los de a caballo cuarenta.

10 El año tocaba ya a su fin y la campaña electoral para los comicios consulares estaba más al rojo que nunca.
2 Había muchos e influyentes candidatos, tanto patricios como plebeyos. Los patricios eran Publio Cornelio Escipión [389], hijo de Gneo, que acababa de regresar de la provincia de Hispania donde había llevado a cabo grandes empresas, Lucio Quincio Flaminino, que había comandado
3 la flota en Grecia, y Gneo Manlio Volsón. Y los plebeyos, Gayo Lelio, Gneo Domicio, Gayo Livio Salinátor y Manio

[389] Escipión Nasica.

Acilio. Pero el centro de la atención de todas las miradas 4
eran Quincio y Cornelio, pues los dos eran patricios y as-
piraban a una misma plaza, y los dos tenían el aval de
su reciente gloria militar. Pero sobre todo avivaban la con- 5
frontación los hermanos [390] de los candidatos, los dos ge-
nerales más brillantes de su época. La gloria de Escipión
era mayor, y precisamente por ello más expuesta a la envi-
dia; la de Quincio era más reciente, pues había desfilado
en triunfo aquel año [391]. Aparte de esto estaba el hecho 6
de que a Escipión lo había estado viendo la gente todos
los días desde hacía diez años, circunstancia que hace me-
nos venerables a los grandes hombres por el hastío que
produce; después de haber derrotado a Aníbal había sido
cónsul por segunda vez, y censor [392]. En el caso de Quin- 7
cio todo era nuevo y reciente para su popularidad; nada
había demandado del pueblo después del triunfo, y nada
había obtenido. Insistía en que pedía el voto para su her- 8
mano de sangre, no para un primo suyo; para quien había
sido su legado y copartícipe en la dirección de la campaña:
él había dirigido las operaciones en tierra, y su hermano
en el mar. Con estos argumentos consiguió que fuera pre- 9
ferido al candidato que apoyaba su hermano el Africano
y la familia Cornelia en unos comicios presididos por un
Cornelio cónsul, y que el senado tenía en tan alta estima
que lo había considerado el mejor de los ciudadanos [393]
para recibir a la Madre del Ida a su llegada a Roma desde
Pesinunte.

[390] En realidad, Escipión y Nasica eran primos.

[391] En año anterior: XXXIV 52, 4.

[392] En el transcurso de diez años, cónsul en 205, censor en 199 y cónsul en 194.

[393] Episodio referido en XXIX 14, 8.

10 Resultaron elegidos cónsules [394] Lucio Quincio y Gneo Domicio Ahenobarbo, ni siquiera en el caso del cónsul plebeyo resultó efectivo el Africano, que se volcó a favor de
11 Gayo Lelio. Al día siguiente fueron elegidos pretores Lucio Escribonio Libón, Marco Fulvio Centumalo, Aulo Atilio Serrano, Marco Bebio Tánfilo, Lucio Valerio Tapón y Quinto Salonio Sarra. Destacaron aquel año como ediles Marco Emilio Lépido y Lucio Emilio Paulo; impusieron
12 multas a muchos arrendadores de pastos públicos, y con el dinero recaudado colocaron escudos dorados en el frontón del templo de Júpiter y levantaron dos pórticos, uno fuera de la puerta Trigémina al que se añadió un muelle junto al Tíber, y otro que llegaba desde la puerta Fontinal hasta el altar de Marte, por donde se pasaba al Campo de Marte.

11 Hacía ya tiempo que no ocurría en Liguria nada reseñable. Hacia finales de aquel año la situación estuvo por dos veces abocada a un grave peligro, pues el campamento
2 del cónsul fue atacado y costó trabajo defenderlo, y por otra parte, no mucho tiempo después, cuando el ejército romano marchaba atravesando un estrecho paso, el ejérci-
3 to de los lígures bloqueó la salida misma. Como por allí no había paso, el cónsul dio media vuelta e intentó volver atrás. Pero a su espalda una parte de los enemigos bloqueaba la entrada del desfiladero, y la imagen del desastre de Caudio no sólo les venía a la mente sino que casi se
4 materializaba ante sus ojos. Entre las tropas auxiliares tenía alrededor de ochocientos jinetes númidas, cuyo jefe aseguró al cónsul que él con sus hombres forzaría una salida por cualquiera de los dos lados, el que prefiriera, sólo con que le dijera en qué lado había mayor número de aldeas;

[394] Para el año 192.

las atacaría, y lo primero que haría sería prender fuego 5
a las casas para que la consiguiente alarma obligase a los
lígures a abandonar el bloqueo del desfiladero y correr a
prestar ayuda a los suyos. El cónsul lo colmó de elogios 6
y de promesas de recompensa. Los númidas montaron en
sus caballos y comenzaron a cabalgar por delante de los
puertos de guardia enemigos sin hacer ninguna provoca-
ción. Nada menos preocupante, a primera vista: caballos 7
y hombres pequeñitos y frágiles, jinetes desceñidos y sin
más armas que la jabalina que llevan consigo, caballos sin 8
bridas, de movimientos incluso faltos de elegancia en su
galopar con el cuello rígido y la cabeza extendida hacia
delante. Deliberadamente acentuaban este aspecto impre-
sentable dejándose caer de los caballos y ofreciendo un
espectáculo ridículo. Y de este modo los que al principio 9
se habían mantenido en sus puestos atentos y preparados
por si eran atacados, ahora se dedicaban a mirar, desar-
mados y sentados, en su mayor parte. Los númidas se acer- 10
caban al galope y después retrocedían, pero poco a poco
se iban aproximando cada vez más a la salida como si no
fueran capaces de controlar a sus monturas y éstas los lle-
varan sin ellos pretenderlo. Finalmente picaron espuelas y
salieron de estampida por entre los puestos de vigilancia
enemigos, y cuando llegaron a terreno más abierto incen- 11
diaron todos los edificios próximos al camino. A continua-
ción prendieron fuego a la aldea más cercana, arrasándolo
todo a hierro y fuego. Primeramente la vista del humo, 12
después los gritos de terror que se oían en las aldeas y
por último la llegada de ancianos y niños en busca de refu-
gio sembraron la confusión en el campamento. Así que 13
cada uno corría por su cuenta a defender sus pertenencias,
sin plan ni mando, y en un instante quedó abandonado

el campamento. Y el cónsul, liberado del bloqueo, llegó a su punto de destino.

Oriente: etolios, Nabis, Antíoco, Aníbal

12 Pero ni los boyos ni los hispanos, con los que se había estado en guerra aquel año, eran enemigos tan encarnizados de los romanos como el pueblo de los etolios.
2 Éstos, tras la retirada de Grecia de los ejércitos, al principio habían concebido esperanzas de que Antíoco se adueñaría de una Europa desocupada, y que
3 tampoco Filipo o Nabis permanecerían pasivos. Cuando vieron que en ninguna parte se producía ningún movimiento, pensaron que era preciso crear algo de agitación y de perturbación para evitar que languidecieran sus planes si se daban largas, y convocaron una asamblea en Naupacto.
4 En ella, el pretor Toante [395] se quejó vivamente de los desafueros de los romanos y de la situación de los etolios, que después de una victoria a la que ellos habían contribuido decisivamente, eran, de todos los pueblos y ciudades
5 de Grecia, los menos recompensados; después expuso su criterio de que se debían enviar embajadores a los reyes de su entorno no sólo para sondear sus intenciones sino además para impulsarlos, con los estímulos apropiados en
6 cada caso, a una guerra contra Roma. Damócrito [396] fue enviado a Nabis, Nicandro [397] a Filipo, y Dicearco [398],
7 hermano del pretor, a Antíoco. Al tirano lacedemonio le dijo Damócrito que su poder había quedado debilitado al quitarle las ciudades de la costa, de las que había sacado soldados, naves y tripulaciones; confinado casi en sus pro-

[395] *Strategós* en 203, 194, 181 y 173.

[396] *Strategós* en 200 y 196.

[397] *Strategós* en 190, 184 y 177.

[398] *Strategós* en 195.

pias murallas, veía a los aqueos dominando en el Peloponeso; jamás iba a tener oportunidad de recuperar lo que 8
era suyo si dejaba escapar la que ahora se le brindaba: no había ningún ejército romano en Grecia, ni Giteo u otras regiones costeras de Laconia iban a ser consideradas por los romanos como una razón suficiente para traer de nuevo a Grecia sus legiones. Esto se lo decía para acicatear 9
el ánimo del tirano con el fin de que la conciencia de haber violado el acuerdo de amistad con los romanos agraviando a sus aliados, lo llevase a unirse con Antíoco cuando éste pasase a Grecia. Nicandro, por su parte, incitaba a Filipo 10
hablándole en un tono similar; además tenía mayor número de argumentos por cuanto al rey se le había hecho caer desde mayor altura que al tirano, y también era más lo que se le había quitado. Aparte de esto le recordaba el 11
viejo renombre de los reyes de Macedonia, y el triunfal recorrido de su pueblo por el mundo entero; además, el plan que le proponía no presentaba riesgos ni en su arranque ni en sus resultados, pues no sugería que Filipo diese 12
ningún paso antes de que Antíoco hubiese pasado a Grecia con su ejército, y, por otra parte, si había sostenido sin 13
Antíoco una guerra tan prolongada frente a los romanos y los etolios, con Antíoco a su lado y teniendo como aliados a los etolios, que entonces habían sido enemigos más temibles que los romanos, ¿con qué fuerzas podían realmente hacerle frente los romanos? Añadía también algu- 14
nas consideraciones acerca de un general como Aníbal, enemigo nato de los romanos, que les había matado más generales y soldados que los que les quedaban. Así le habla- 15
ba Nicandro a Filipo. Dicearco, con Antíoco, empleaba otros argumentos. En primer lugar, le decía que el botín era de los romanos pero la victoria sobre Filipo se debía a los etolios, que nadie más que los etolios había franquea-

do a los romanos la entrada a Grecia, y eran también ellos quienes les habían proporcionado fuerzas para vencer.
16 A continuación le hizo saber qué número de tropas de infantería y de caballería estaban en condiciones de poner a disposición de Antíoco para la guerra, qué base para las tropas de tierra, y qué puertos para las fuerzas navales.
17 Finalmente, mintiendo sin rebozo con respecto a Filipo y a Nabis, le decía que tanto uno como el otro estaban dispuestos para levantarse en armas y que aprovecharían la primera ocasión que se presentase, cualquiera que fuese,
18 para recuperar lo que habían perdido con la guerra. De esta manera concitaban los etolios la guerra contra los romanos en todo el mundo simultáneamente.

13 Y sin embargo los reyes no se movieron o se movieron con bastante lentitud. Nabis mandó inmediatamente emisarios a todas las poblaciones de la costa para promover revueltas en ellas, y a base de regalos atrajo a su causa algunos dirigentes mientras que a otros, obstinados en mantenerse dentro de la alianza con Roma, les dio muerte.
2 Tito Quincio había encomendado a los aqueos la misión de defender a todos los lacones de la costa. Por consiguiente, enviaron de inmediato una diputación al tirano
3 para recordarle el pacto de alianza con Roma e instarlo a que no turbara la paz que había pedido con tanto empeño, y por otra parte enviaron refuerzos a Giteo, que estaba ya siendo atacada por el tirano, y embajadores a Roma para informar de estos hechos.

4 Durante aquel invierno el rey Antíoco había casado a su hija en Rafia, en Fenicia, con el rey de Egipto Tolomeo; y después de regresar a Antioquía, atravesando Cilicia y cruzando el monte Tauro [399] llegó a Éfeso cuando

[399] La gran cadena montañosa del sur de Anatolia.

el invierno tocaba ya a su fin. Luego, a comienzos de la 5
primavera, envió a su hijo Antíoco a Siria para vigilar la zona más remota de su reino, a fin de prevenir cualquier movimiento que pudiera surgir a su espalda durante su ausencia; él, con todas las fuerzas de tierra, se fue a atacar
a los písidas que habitan en los aledaños de Sida. Por en- 6
tonces los diputados romanos Publio Sulpicio y Publio Vilio, que como antes se ha dicho habían sido enviados a Antíoco, recibieron instrucciones de dirigirse primero a Éumenes; llegaron hasta Elea [400] y desde allí subieron a
Pérgamo, donde estaba el palacio de Éumenes. Éste estaba 7
deseoso de una guerra contra Antíoco por estar convencido de que un rey con un poder tan superior al suyo era un vecino peligroso en condiciones de paz, mientras que si estallaba la guerra, no iba a dar frente a los romanos
más juego del que había dado Filipo: o bien sería comple- 8
tamente barrido, o si se le concedía la paz tras derrotarlo, muchas de las posesiones que le serían quitadas pasarían a él, a Éumenes, de suerte que en adelante podría defen-
derse de él sin ninguna ayuda de los romanos; incluso en 9
caso de sobrevenir algún contratiempo era preferible afrontar cualquier eventualidad teniendo a los romanos como aliados a quedarse solo y soportar la supremacía de Antíoco o verse obligado a ello, si se mostraba renuente, por
la fuerza de las armas. Por estos motivos empleaba toda 10
la fuerza de su autoridad y de su estrategia para inducir a los romanos a la guerra.

Sulpicio enfermó y se quedó en Pérgamo. Vilio, al oír 14
que el rey estaba ocupado en una guerra en Pisidia, marchó a Éfeso y mientras esperaba allí unos cuantos días
hizo lo posible por entrevistarse en varias ocasiones con 2

[400] El puerto de Pérgamo.

Aníbal, que casualmente se encontraba allí por entonces,
3 para sondear su actitud y, en la medida de lo posible, disi-
par su temor a que los romanos representasen algún peli-
4 gro para él. Es cierto que con aquellas entrevistas no se
logró ningún otro resultado, pero sí tuvieron una conse-
cuencia lógica que parecía buscada de intento: debido a
ellas Aníbal perdió ascendiente ante el rey, inspirando me-
nos confianza en todos los sentidos.
5 Claudio, siguiendo los libros griegos de Acilio, refiere
que Publio Africano formaba parte de aquella delegación
y que se entrevistó con Aníbal en Éfeso, e incluso recoge
6 una de las conversaciones: al preguntarle el Africano a Aní-
bal quien había sido, en su opinión, el más grande de los
7 generales, respondió que Alejandro, el rey de los macedo-
nios, porque con un puñado de hombres había derrotado
a ejércitos incalculablemente numerosos, y porque había
recorrido regiones remotísimas que el hombre no tenía es-
8 peranzas de visitar. Cuando a continuación le preguntó a
9 quién ponía en segundo lugar, dijo que Pirro, que había
sido el primero en enseñar el arte de emplazar un campa-
mento, aparte de que nadie lo había superado en habilidad
para elegir el terreno y organizar una defensa; además ha-
bía demostrado tal arte para atraerse a la gente que los
pueblos de Italia preferían el imperio de un rey extranjero
al del pueblo romano, tanto tiempo a la cabeza de aquel
10 país. Le siguió preguntando a quién consideraba el terce-
ro, y dijo que sin lugar a dudas a él mismo. Entonces Esci-
pión rompió a reír y añadió: «¿Qué dirías si me hubieras
11 vencido?» «En ese caso, la verdad, —replicó— me pon-
dría delante de Alejandro y de Pirro y de cualquier otro
12 general». Y la respuesta, elaborada con púnica sutileza,
así como aquella forma de adulación con la que no conta-
ba, impresionaron a Escipión, porque lo había situado fuera

del conjunto de los generales, como si no admitiera parangón [401].
Desde Éfeso, Vilio siguió adelante hasta Apamea [402]. 15
Antíoco, enterado de la llegada de los delegados romanos,
fue también allí a su encuentro. El debate entre los reuni- 2
dos en Apamea fue prácticamente el mismo que el que había habido en Roma entre Quincio y los embajadores del rey. La noticia de la muerte de Antíoco, el hijo del rey, que como ya he dicho antes había sido enviado a Siria,
interrumpió las conversaciones. Hubo un sentido duelo en 3
el palacio real, siendo muy añorado aquel joven, pues había dado ya tales muestras de su manera de ser que se veía claramente que habría habido en él el talante de un rey grande y justo si hubiera tenido una vida más larga.
Cuanto más querido y aceptado era por todos, mayores 4
fueron a su muerte las sospechas de que su padre, convencido de que aquel peligroso heredero era una amenaza para su vejez, lo había quitado de enmedio con veneno valiéndose de unos eunucos, que se ganan el favor de los reyes
prestando servicios de esa calaña. Se aducía además otra 5
razón para aquel crimen secreto: el hecho de que había dado Lisimaquia a su hijo Seleuco y no tenía otra sede equivalente para dársela a Antíoco con el objeto de mantenerlo también a él alejado de su presencia confiriéndole
un honor. Con todo, durante varios días el palacio real 6
se entregó a manifestaciones de profundo dolor, y el delegado romano, por temor a ser un visitante inoportuno en un momento poco apropiado, se dirigió a Pérgamo; el rey, abandonando la guerra que había emprendido, regresó a

[401] Sobre los problemas de fuentes y autenticidad del pasaje 5-12, véase J. Briscoe, *o. c.*, pág. 165 s.

[402] La Apamea de Frigia, fundada por Antíoco I.

7 Éfeso. Allí, con el palacio cerrado durante el período de
luto, discutió sus planes secretos con su principal amigo,
8 un tal Minión. Éste, que estaba poco versado en política
exterior y valoraba la fuerza del rey por las acciones lleva-
das a cabo en Siria o en Asia, creía firmemente no sólo
que la causa de Antíoco era superior porque las pretensio-
nes de los romanos no eran justas en absoluto, sino que
9 además resultaría vencedor en una guerra. El rey quería
evitar el debate con los delegados, bien porque ya había
comprobado que no era especialmente fructífero o bien por-
que estaba sumido en su reciente pesar; pero Minión se
comprometió a hablar él en favor de su causa y lo conven-
ció para hacer venir de Pérgamo a los delegados.

16 Sulpicio estaba ya restablecido, de modo que acudieron
a Éfeso ambos delegados. Minión excusó al rey, en cuya
2 ausencia se iniciaron las conversaciones. En su estudiada
intervención, Minión dijo: «Veo, romanos, que os arrogáis
al vistoso título de libertadores de las ciudades griegas; pe-
ro vuestros hechos no son acordes con vuestras palabras,
y establecéis una norma para Antíoco y usáis otra distinta
3 para vosotros. Pues ¿en qué son más griegos los de Esmir-
na y de Lámpsaco que los neapolitanos, los reginos y los
tarentinos, a los que exigís la entrega de un tributo [403] y
4 unas naves en virtud de un tratado? ¿Por qué enviáis to-
dos los años a Siracusa y a otras ciudades griegas de Sicilia
un pretor con la más alta autoridad, con varas y segures?
Seguramente lo único que podéis alegar es que vosotros
les impusisteis estas condiciones después de vencerlos con
5 las armas. Admitidle entonces a Antíoco la misma justifi-
cación en el caso de Esmirna, de Lámpsaco y de las ciuda-
6 des de Jonia y Eólide. Reivindica un antiguo derecho so-

[403] En realidad sólo Tarento pagaba *stipendium*.

bre ellas, que fueron vencidas en guerra por sus antepasados y convertidas en estipendiarias y tributarias. Yo desearía, por consiguiente, que se le responda a estos puntos, si es que se trata de debatir sobre la base de la equidad y no de buscar un pretexto para la guerra». A esto respon- 7
dió Sulpicio: «Obró con modestia Antíoco al preferir que fuese cualquier otro y no él quien expusiera semejantes argumentos si no había otros que aducir en defensa de su causa. ¿Hay algún parecido, en efecto, entre las ciudades 8
que has comparado? A los reginos, neapolitanos y tarentinos, desde el momento en que pasaron a nuestro poder les exigimos lo que nos deben de acuerdo con el tratado, manteniendo continuamente el mismo derecho siempre ejercido y jamás interrumpido. ¿Puedes afirmar que así como 9
esos pueblos no alteraron el tratado ni por sí mismos ni por ningún otro, así también las ciudades de Asia desde 10
que pasaron a poder de los antepasados de Antíoco han pertenecido ininterrumpidamente a vuestro reino y no estuvieron unas en poder de Filipo y otras en el de Tolemeo mientras que otras reivindicaron su libertad a lo largo de muchos años sin que nadie se la cuestionara? Pues el he- 11
cho de que alguna vez, obligadas por circunstancias adversas, se hayan visto privadas de su libertad va a dar derecho a reducirlas a esclavitud después de tantos siglos, ¿no es tanto como decir que no sirvió de nada lo que nos- 12
otros hicimos al liberar a Grecia del dominio de Filipo, y que sus descendientes pueden reclamar Corinto, Cálcide, Demetríade y toda la nación de los tesalios? Pero ¿por 13
qué defiendo yo la causa de esas ciudades cuando es más conforme a la justicia que ellos mismos la defiendan y tanto el propio rey como nosotros la juzguemos?»

A continuación mandó llamar a las delegaciones de las 17
ciudades. Previamente las había preparado y aleccionado

Éumenes, el cual consideraba que toda la fuerza que per-
2 diese Antíoco la ganaría su propio reino. Entró un número considerable, y como cada uno por su lado formulaban quejas a la vez que demandas y mezclaban cosas justas con otras no justas, convirtieron el debate en un altercado. En consecuencia los diputados, sin haber conseguido ni concedido nada, regresaron a Roma tal como habían venido sin saber a qué atenerse en ninguna cuestión.

3 El rey, después de despedirlos, trató en consejo el tema de la guerra con Roma. En la reunión, en un tono a cuál más violento porque la expectativa de popularidad era mayor cuanto más ásperos fueran los términos que cada uno
4 empleara contra los romanos, lanzaban [404] invectivas contra la insolencia de las pretensiones de quienes imponían condiciones a Antíoco, el más grande de los reyes de Asia,
5 como a un derrotado Nabis; con todo, a Nabis se le había dejado el poder absoluto en su patria, una patria
6 como Lacedemón, y sin embargo se consideraba intolerable, en el caso de Antíoco, que Esmirna y Lámpsaco aca-
7 taran sus disposiciones. Para otros, aquellas ciudades eran poco importantes y apenas se podía decir que constituyeran un motivo justificado de guerra para un rey tan importante, pero siempre hay causas fútiles en el origen de una dominación injusta —a no ser que creyeran que cuando los persas habían pedido agua y tierras a los lacedemonios estaban necesitados de un puñado de tierra y un trago de
8 agua—; algo parecido estaban intentando los romanos en el caso de las dos ciudades, y cuando otras vieran que aquellas dos se habían sacudido el yugo, se pasarían al pueblo
9 libertador; aun en el caso de que la libertad no fuese preferible a la esclavitud, sin embargo la perspectiva de cambiar

[404] Seguimos la propuesta de Crevier, excluyendo *alius*.

las cosas es más atractiva para cualquiera que cualquier situación presente.

Asistía al consejo el acarnán Alejandro. Amigo de Fi- 18
lipo en otro tiempo, lo había abandonado recientemente
para unirse a la corte de Antíoco, más próspera; como 2
experto en las cuestiones de Grecia y aceptable conocedor
de las romanas había llegado a tal grado de amistad con
el rey que tenía entrada incluso en las deliberaciones
más secretas. Éste, dando por sentado que el tema del 3
debate no era si procedía hacer la guerra o no, sino dónde
y de qué manera había que hacerla, aseguró que él preveía
una victoria incuestionable si el rey pasaba a Europa y to-
maba algún lugar de Grecia como base para las operacio-
nes bélicas; en principio iba a encontrar ya en armas a los 4
etolios, que habitaban en el ombligo [405] de Grecia, prepa-
rados como vanguardia frente a las más duras dificultades
de la guerra; en las dos alas, por así decir, de Grecia, Na- 5
bis, partiendo del Peloponeso, lo revolvería todo tratando
de recuperar la ciudad de Argos, de reconquistar las ciuda-
des costeras de donde lo habían desalojado los roma-
nos recluyéndolo entre los muros de Lacedemón; y desde 6
Macedonia, Filipo empuñaría las armas en cuanto oyese
el toque de combate de las trompetas: él conocía bien su
estado de ánimo y su temperamento, sabía que desde hacía
ya largo tiempo hervía en su pecho una rabia profunda
como la de una fiera enjaulada o sujeta con cadenas;
además recordaba con cuánta frecuencia solía Filipo supli- 7
car a todos los dioses que le concediesen la ayuda de An-
tíoco; si ahora veía escuchados sus ruegos, no tardaría ni

[405] Recuérdese la leyenda según la cual en el santuario de Apolo, en Delfos, estaba el *omphalós*, la piedra sagrada que señalaba el centro de la tierra.

8 un instante en sublevarse; lo único que se precisaba era
no vacilar ni permanecer inactivos, pues la clave de la vic-
toria estaba en adelantarse a ocupar las posiciones apro-
piadas y a ganar a los aliados; también había que enviar
a Aníbal a África sin dilación para dividir la atención de
los romanos.

19 Aníbal no fue llamado al consejo por haber suscitado
los recelos del rey debido a sus contactos con Vilio y no
2 gozar de ninguna consideración a partir de entonces. Al
principio sobrellevó en silencio aquella humillación. Des-
pués, pensando que era mejor preguntar la razón de tan
repentina relegación y justificarse, en el momento oportu-
no preguntó sin rodeos por el motivo del enfado. Oída
3 la respuesta dijo: «Siendo yo muy niño aún, Antíoco, cuan-
do mi padre Amílcar estaba ofreciendo un sacrificio me
acercó al altar y me hizo jurar que jamás sería amigo del
4 pueblo romano. Bajo este juramento combatí durante trein-
ta y seis años; este juramento me trajo hasta tu corte des-
terrado de mi patria; con él como guía, si tú defraudas
mis esperanzas iré allí donde sepa que hay fuerzas, que
hay armas, buscando algún enemigo de Roma por el uni-
5 verso entero. Por tanto, si a algunos de los tuyos les gusta
hacer méritos ante ti con acusaciones contra mí, que bus-
6 quen otro medio de medrar a mis expensas. Odio a los
romanos y soy odiado por ellos. Mi padre Amílcar y los
dioses son testigos de que digo la verdad. Por consiguien-
te, cuando pienses en una guerra contra Roma, cuenta con
Aníbal entre tus amigos más cercanos; si alguna circuns-
tancia te impulsa hacia la paz, busca a otro con quien dis-
7 cutir ese proyecto». Tales palabras no sólo hicieron mella
en el rey sino que lo reconciliaron con Aníbal. Del consejo
se salió con la idea de que habría guerra.

Roma: provincias, mandos, prodigios. Victoria en Liguria

Los comentarios en Roma daban a An- 20
tíoco por enemigo seguro, pero aparte de
hacerse a la idea no se hacía ningún otro
preparativo con vistas a dicha guerra.
Se les asignó a ambos cónsules la provin- 2
cia de Italia, debiendo llegar a un acuerdo entre ellos o
echar en suerte cuál de los dos presidiría los comicios de
aquel año; el que quedase libre de dicho menester estaría 3
preparado por si era necesario que marchase al frente de
las legiones a algún destino fuera de Italia. Se autorizó 4
a este cónsul a reclutar dos nuevas legiones y veinte mil alia-
dos latinos y ochocientos jinetes. Al otro cónsul le fueron 5
asignadas las dos legiones que había tenido a sus órdenes
Lucio Cornelio [406], el cónsul del año anterior, y del mismo
ejército quince mil aliados y latinos y quinientos jinetes.
A Quincio Minucio se le prorrogó el mando con el ejército 6
que tenía en Liguria; además se dispuso que como comple-
mento se alistasen cuatro mil romanos de infantería y cien-
to cincuenta de caballería, y que se les exigieran a los alia-
dos cinco mil soldados de a pie y doscientos cincuenta de
a caballo. A Gneo Domicio le correspondió una provincia 7
fuera de Italia, la que el senado acordara; a Lucio Quin-
cio, la Galia y la presidencia de los comicios. A continua- 8
ción sortearon sus provincias los pretores, tocándole a Mar-
co Fulvio la pretura urbana y a Lucio Escribonio Libón
la peregrina, Sicilia a Lucio Valerio Tapón, Cerdeña a Quin-
to Salonio Sarra, a Marco Bebio Tánfilo la Hispania cite-
rior y la ulterior a Aulo Atilio Serrano. Pero en el caso 9
de estos dos últimos hubo un cambio de destino en virtud
primero de un decreto del senado y después también de
un plebiscito, asignándole a Atilio la flota y Macedonia, 10

[406] Cornelio Mérula.

11 y a Bebio el Brucio. A Flaminio y a Fulvio [407] les fue pro-
rrogado el mando en las Hispanias. Se le asignaron a Ati-
lio, para el Brucio, las dos legiones urbanas del año ante-
rior, y además exigiría a los aliados, para ese mismo desti-
no, quince mil soldados de infantería y quinientos de ca-
12 ballería. Bebio Tánfilo recibió instrucciones de construir
treinta quinquerremes, sacar de los astilleros las naves vie-
jas si había alguna que pudiera servir, y enrolar soldados
de marina; además se dio orden a los cónsules de que le
entregasen dos mil aliados y latinos así como mil romanos
13 de infantería. Se comentaba que estos dos pretores y sus
dos ejércitos, el de tierra y el naval, estaban preparados
para hacer frente a Nabis, que estaba ya atacando abier-
14 tamente a los aliados del pueblo romano; pero en realidad
se estaba esperando a los diputados enviados a Antíoco,
y el senado había prohibido al cónsul Gneo Domicio salir
de la ciudad antes de que éstos estuvieran de vuelta.

21 Los pretores Fulvio y Escribonio, cuya misión era ad-
ministrar justicia en Roma, recibieron el encargo de equi-
par cien quinquerremes aparte de la flota que iba a coman-
dar Bebio.

2 Antes de que el cónsul y los pretores salieran para sus
destinos se celebró una rogativa para expiar los prodigios.
3 Del Piceno llegaron noticias de que una cabra había pari-
do tres cabritos en un solo parto, y de que había nacido
4 en Arrecio un niño con una sola mano; había llovido tierra
en Amiterno, en Formias habían sido alcanzados por el
rayo una puerta y un muro y, lo más inquietante, un buey
del cónsul Gneo Domicio había pronunciado las palabras
5 «Roma, ten cuidado». Se hizo una rogativa para expiar
el resto de los prodigios, y en cuanto al buey los arúspices

[407] Están intercambiados los nombres de Fulvio y Bebio.

dispusieron que fuese conservado y alimentado cuidadosa-
mente. El Tíber se desbordó sobre la ciudad con mayor
violencia que el año precedente arrastrando dos puentes
y muchos edificios sobre todo en las proximidades de la
puerta Flumentana. Una roca de gran tamaño que se des- 6
prendió del Capitolio a causa de las lluvias o de un seísmo
no tan intenso como para que se percibieran sus efectos
en otros sitios se precipitó sobre el barrio Yugario y aplas-
tó a mucha gente. En los campos, inundados aquí y allá,
fueron arrastradas cabezas de ganado y quedaron destrui-
dos muchos caseríos.

Antes de que el cónsul Lucio Quincio llegara a su pro- 7
vincia, Quinto Minucio se enfrentó a los lígures en batalla
campal en territorio pisano; mató nueve mil enemigos y
derrotó y puso en fuga a los demás obligándolos a refu-
giarse en el campamento. Éste fue atacado y defendido 8
encarnizadamente hasta el anochecer. Durante la noche par- 9
tieron sigilosamente los lígures, y al amanecer entraron los
romanos en el campamento vacío. El botín hallado no fue
muy abundante, porque ellos mandaban enseguida a sus
casas el fruto de sus capturas por los campos. A partir 10
de ese momento Minucio no dio al enemigo ni un momen-
to de tregua: desde el territorio pisano marchó al de los
lígures y arrasó por completo sus enclaves fortificados y
sus aldeas a hierro y fuego. Allí se enriquecieron los solda- 11
dos romanos con el botín etrusco que habían enviado los
saqueadores.

Galia, Hispania, medidas defensivas, elecciones

Por la misma época retornaron a Ro- 22
ma los delegados enviados a los reyes.
Según sus informes, solamente había mo- 2
tivos suficientes para hacer la guerra con-
tra el tirano lacedemonio, el cual, según
anunciaban también embajadores aqueos, estaba atacando

la costa de Laconia, contraviniendo el pacto de alianza; entonces se envió a Grecia al pretor Atilio con la flota
3 para defender a los aliados. Puesto que Antíoco no representaba una amenaza inminente, se acordó que los dos cónsules marcharan a sus provincias. Llegaron al país de los boyos, Domicio por el camino más corto, desde Arímino,
4 y Quincio a través del territorio de los lígures. Los dos ejércitos consulares recorrieron el país enemigo por lados opuestos devastando una amplia zona. Se pasaron a los cónsules primero los soldados de caballería, pocos, con sus prefectos; después el senado en pleno, y por último los que tenían cierto nivel de renta o de rango social, en número aproximado a los mil quinientos.

5 También en las dos Hispanias se desarrollaron con éxito las operaciones aquel año, pues Gayo Flaminio tomó al asalto con manteletes la plaza de Licabro [408], fortificada
6 y rica, y cogió vivo al famoso régulo Corribilón, y por otra parte, el procónsul Marco Fulvio libró con éxito dos batallas contra dos ejércitos enemigos y tomó al asalto dos plazas de los hispanos, Vescelia y Elón [409], y muchos reductos fortificados; otras se entregaron voluntariamen-
7 te. Luego se internó en el territorio de los oretanos, y después de apoderarse allí de dos plazas, Nobila y Cusibe [410], continuó su avance en dirección al río Tajo. Allí se encontraba Toledo, una ciudad pequeña pero bien defendida por su posición. Cuando la atacó, acudió un numeroso ejército
8 de vetones en ayuda de los toledanos. Se enfrentó a ellos

---

[408] Desde Schulten, *Licabrum* es identificado con *Igabrum*, correspondiendo por tanto a Cabra (Córdoba).

[409] No es posible precisar con seguridad de qué plazas fortificadas se trata. ¿*Vesci Faventia,* que a su vez podría corresponder a Archidona, la primera? ¿*Ilupa Laus,* que podría ser Loja, la segunda?

[410] Se desconoce la situación de las dos.

con éxito en una batalla campal, y una vez derrotados los vetones tomó Toledo con obras de asedio.

23 Pero en aquel período de tiempo preocupaban menos a los senadores las guerras que se estaban desarrollando que la expectativa de la guerra con Antíoco aún no iniciada. Pues a pesar de que de tanto en tanto hacían un con- 2
trol completo de la situación por medio de delegados, sin embargo, rumores de los que nadie se hacía responsable mezclaban muchas noticias falsas con las verdaderas. En- 3
tre otros había circulado el de que tan pronto como Antíoco llegase a Etolia iba a enviar a Sicilia una flota inmediatamente. Por ello el senado, a pesar de que había enviado 4
a Grecia al pretor Atilio con una flota, como aparte de 5
las tropas era necesaria la autoridad personal para mantener la confianza de los aliados, envió a Grecia como delegados a Tito Quincio, Gneo Octavio, Gneo Servilio y Publio Vilio; también decidió que Marco Bebio trasladara sus legiones desde el Brucio a Tarento y Brundisio, y que, si 6
las circunstancias lo requerían, hiciera la travesía desde allí a Macedonia; que el pretor Marco Fulvio enviara una flota de veinte navíos para proteger las costas de Sicilia, y que el comandante de la flota estuviese investido del más alto mando —la comandó Lucio Opio Salinátor, que había si- 7
do edil de la plebe el año anterior—; y que el mismo pre- 8
tor informase por escrito a su colega Lucio Valerio del peligro que había de que la flota del rey Antíoco cruzara desde Etolia a Sicilia; que, por ello, era voluntad del senado que aparte del ejército que tenía alistase un complemento de emergencia de unos doce mil hombres de a pie y cuatrocientos de a caballo con el que poder defender las costas de la provincia que miraban a Grecia. El pretor no 9
limitó a Sicilia tal recluta sino que la extendió a las islas de alrededor y guarneció todas las ciudades costeras situa-

10 das enfrente de Grecia. Dio pábulo a nuevos rumores la llegada de Átalo [411], el hermano de Éumenes, que trajo la noticia de que el rey Antíoco había cruzado el Helesponto con un ejército, y que los etolios se estaban preparando para estar movilizados en el momento de su llegada.
11 Se les dieron las gracias tanto a Éumenes, ausente, como a Átalo, presente, y a éste se le ofreció residencia libre y hospitalidad, y se le hicieron obsequios: dos caballos, dos equipos para enjaezarlos, vasos de plata y oro que pesaban cien libras.

24 Como llegaban sin parar noticias de que la guerra era inminente, se estimó que procedía elegir cónsules
2 lo antes posible. Por eso el senado aprobó un decreto disponiendo que el pretor Marco Fulvio remitiese una carta al cónsul para comunicarle que era voluntad del senado que dejase la provincia y el ejército a cargo de los legados
3 y que regresase a Roma, y que sobre la marcha enviase por delante un edicto de convocatoria de los comicios para elegir cónsules. El cónsul obedeció aquel mensaje, mandó por delante el edicto y llegó a Roma.

4 También aquel año hubo una gran confrontación electoral porque aspiraban a un mismo cargo tres patricios: Publio Cornelio Escipión [412], hijo de Gneo, que había tenido un fracaso el año anterior, Lucio Cornelio Escipión [413]
5 y Gneo Manlio Volsón. Se le dio al consulado a Publio Escipión, quedando así claro que a un personaje como él no se le había negado sino sólo aplazado la concesión del cargo. Como colega procedente de la plebe fue elegido Ma-
6 nio Acilio Glabrión. Al día siguiente fueron elegidos pre-

[411] El que sería Átalo II.

[412] Escipión Nasica.

[413] El cónsul de 190, hermano del Africano.

tores Lucio Emilio Paulo, Marco Emilio Lépido, Marco Junio Bruto, Aulo Cornelio Mámula, Gayo Livio y Lucio Opio; estos dos últimos tenían el sobrenombre de Salinátor. Opio era el mismo que había llevado a Sicilia la flota de veinte navíos. Mientras sorteaban las provincias los 7
nuevos magistrados, se dio orden a Marco Bebio de trasladarse desde Brundisio al Epiro con todas sus tropas y mantenerlas en los alrededores de Apolonia, y se encomendó al 8
pretor urbano Marco Fulvio la tarea de construir cincuenta nuevas quinquerremes.

Grecia: guerra entre la Liga Aquea (Filopemén) y Esparta (Nabis)

Y mientras el pueblo romano se pre- 25
paraba así frente a cualquier intento de Antíoco, Nabis ya no daba largas a la 2
guerra sino que atacaba Giteo con gran violencia y devastaba los campos de los aqueos, resentido contra ellos porque habían enviado refuerzos a los sitiados. Los aqueos no se 3
decidían a entrar en guerra antes de que retornasen de Roma sus embajadores, a fin de saber qué pensaba el senado; tras la vuelta de los embajadores convocaron asamblea en 4
Sición y enviaron diputados a Tito Quincio para pedirle consejo. En la asamblea, todas las opiniones eran partida- 5
rias de entrar en guerra inmediatamente. Pero sembró la duda una carta de Tito Quincio en la que proponía que se esperara al pretor y la flota romana. Mientras que algu- 6
nos dirigentes se mantenían en su idea y otros pensaban que se debía seguir el consejo de la persona a la que habían consultado, la mayoría estaba esperando la opinión de Filopemén. Éste era entonces pretor, y en aquella época 7
superaba a todos en buen criterio y prestigio. Comenzó diciendo que entre los etolios había la sana costumbre de que el pretor no expusiese su propio criterio cuando era la guerra el tema a debate, y les pidió que decidieran ellos

8 cuanto antes lo que querían; el pretor cumpliría fiel y escru-
pulosamente su decisión y se esforzaría para que, dentro
de los límites de la prudencia humana, no tuvieran que
arrepentirse de haber optado por la paz o por la guerra.
9 Estas palabras surtieron mayor efecto para incitarlos a la
guerra que si la hubiese aconsejado abiertamente dejando
10 entrever sus deseos de dirigir las operaciones. Se decidió,
pues, la guerra por abrumadora mayoría, dejando libertad
al pretor en cuanto al momento y la forma de plantearla.
11 Filopemén, compartiendo el criterio de Quincio, también
pensaba que se debía esperar a la flota romana, que podría
12 defender Giteo desde el mar; pero, temeroso de que la si-
tuación no admitiera demora, no fuera a ser que se perdie-
ra Giteo y también la guarnición enviada para defender
la ciudad, echó al agua las naves de los aqueos.

26 También el tirano había preparado una pequeña flota
de tres naves cubiertas, lanchas y navíos ligeros para impe-
dir que les llegasen refuerzos por mar a los sitiados, pues
la antigua flota la había entregado a los romanos, en con-
2 formidad con el tratado. Para probar la rapidez de estas
nuevas naves y al propio tiempo para tenerlo todo sufi-
cientemente preparado con vistas a un combate, todos los
días hacía salir a alta mar a remeros y soldados y los entre-
naba con simulacros de batallas navales, persuadido de que
las posibilidades de éxito del asedio se basaban en
3 interceptar las ayudas por mar. El pretor de los aqueos,
en el arte de los combates terrestres igualaba en experien-
4 cia y talento a cualquiera de los generales famosos, pero
era un inexperto en temas navales: nacido en Arcadia, hom-
bre de tierra adentro, desconocía además todo lo relativo
al exterior con la salvedad de su militancia en Creta como
5 prefecto de las tropas auxiliares. Existía aún una vieja na-
ve cuadrirreme capturada ochenta años atrás cuando trans-

portaba a Nicea, la esposa de Crátero, desde Naupacto a Corinto. Animado por su renombre, pues en otro tiempo 6
había sido un navío famoso en la flota real, mandó que la trajeran de Egio, a pesar de que estaba ya bastante podrida y a punto de deshacerse de puro vieja. Esta nave, 7
pretoria en esta ocasión, en la que había embarcado el almirante de la flota Tisón Patrense, iba al frente de la escuadra cuando le salieron al paso desde Giteo las naves laconias; al primer choque contra una nave nueva y sólida, 8
la vieja, que ya de por sí hacía agua por todas las ensambladuras, se desencuadernó y fueron apresados todos los que iban embarcados en ella. Tras la pérdida de la nave 9
pretoria las demás que componían la flota huyeron cada una como pudo a fuerza de remos. El propio Filopemén huyó en una embarcación ligera de observación y no interrumpió la huida hasta llegar a Patras. Este traspié no 10
desalentó lo más mínimo a aquel guerrero avezado en mil peripecias; muy al contrario, el hecho de haber tenido tan sólo un tropiezo en un terreno que desconocía como era el naval le dio mayores esperanzas en la práctica en cuya actividad se había curtido, y aseguraba que él haría que no le durase mucho la alegría al tirano.

Nabis se llenó de moral con el éxito, y como además 27
había alcanzado esperanzas firmes de que no se corría ya ningún peligro por mar, quiso cerrar también los accesos 2
por tierra situando tropas estratégicamente. Retiró del asedio de Giteo un tercio de los efectivos y emplazó el campamento cerca de Pleyas, posición que domina tanto Leucas 3
como Acrias [414], por donde suponía que avanzaría el ejér-

[414] En Laconia, al oeste de Giteo, Acrias (Kokkina) en la orilla del golfo, y Leucas podría referirse a la llanura situada al oeste del monte Korkoula.

cito enemigo. Aquel era un campamento estable pero eran
pocos los que tenían tienda, y todos los demás habían cu-
bierto los barracones, hechos de cañas entrelazadas, con
4 ramaje que únicamente ofrecía sombra. Filopemén deci-
dió sorprender al enemigo, antes de que lo avistase, con
5 una clase de ataque con que no contaba. Reunió peque-
ñas embarcaciones en un fondeadero escondido de la costa
argiva, e hizo que embarcaran en ellas tropas ligeras equi-
padas la mayoría con *caetra,* con hondas, venablos y de-
6 más tipos de armamento ligero. Desde allí, bordeando la
costa, llegó hasta un promontorio cercano al campamento
enemigo; desembarcó, y por senderos conocidos llegó a Ple-
yas durante la noche; como los centinelas estaban dormi-
dos al no atisbar ningún peligro en las cercanías, prendió
fuego a las barracas en todos los puntos del campamento.
7 Muchos murieron en el incendio antes de darse cuenta de
la llegada del enemigo, y los que sí se habían dado cuenta
8 no pudieron prestarles ninguna ayuda. El hierro y el fuego
acabaron con todo; muy pocos huyeron de este doble azo-
te, y huyeron buscando refugio en Giteo, en el campamen-
9 to principal. Tras derrotar de esta forma a los enemigos
Filopemén marchó directamente a saquear Trípoli, en te-
rritorio de Laconia, el confín más cercano de los megalo-
10 politas, de donde se llevó gran cantidad de animales y hom-
bres, alejándose antes de que el tirano enviase protección
11 armada a los campos desde Giteo. Luego, concentró el ejér-
cito en Tegea, donde convocó también a los aqueos y a
los aliados a una asamblea en la que participaron además
12 los dirigentes de los epirotas y de los acarnanes; y, puesto
que los suyos estaban bastante recuperados de la vergüen-
za de la humillación marítima y los enemigos bastante ame-
drentados, decidió marchar sobre Lacedemón, en el con-
vencimiento de que éste era el único medio de poder arran-

car al enemigo del asedio de Giteo. Primero acampó en 13
Carias, en tierra enemiga. Precisamente aquel día fue asal-
tada Giteo. Desconociendo esta circunstancia Filopemén
avanzó su campamento hasta el Barbostene, monte situado
a diez millas de Lacedemón. Nabis, por su parte, después 14
de reconquistar Giteo salió de allí con su ejército sin baga-
jes, dejó atrás Lacedemón en una marcha muy rápida, y
ocupó el llamado Campamento de Pirro, lugar al que esta-
ba seguro de que se dirigían los aqueos. Desde allí salió
al encuentro de los enemigos. Éstos ocupaban con su larga 15
columna cerca de cinco millas debido a la estrechez del
camino; cerraban la columna la caballería y la mayor parte
de las tropas auxiliares, porque Filopemén pensaba que el
tirano atacaría por retaguardia a los suyos con las tropas
mercenarias, en las que tenía la máxima confianza. Quedó 16
desconcertado por la coincidencia de dos circunstancias con
las que no contaba; la primera, el que estuviera ya ocupa-
da la posición a la que se dirigía, y la segunda, el ver que
el enemigo había salido al paso de la cabeza de la colum-
na, donde no veía posibilidad de desplegar las enseñas sin
el apoyo de las tropas ligeras, pues la marcha discurría
por terreno poco practicable.

Pero Filopemén estaba dotado de una especial habili- 28
dad y sentido práctico para dirigir una columna y elegir
una posición, y se había entrenado particularmente para
ello no sólo en tiempos de guerra sino también en momen-
tos de paz. Cuando caminaba en la dirección que fuese 2
y llegaba a un paso difícil de atravesar, primero observaba
las características del terreno en todas direcciones, y cavi-
laba cuando estaba solo; si los tenía, preguntaba a sus acom-
pañantes qué medidas habría que tomar en caso de que 3
el enemigo apareciese por allí, si atacaba de frente o por
este o aquel flanco o por la retaguardia, si podía además

presentarse formado en orden de batalla o sin alinear, en
4 un orden apropiado únicamente para la marcha. Reflexio-
nando o haciendo preguntas estudiaba qué posición debe-
ría ocupar y cuántos hombres armados emplearía y con
qué tipo de armamento, pues ésta era una cuestión de la
mayor importancia; dónde colocaría los bagajes y la impe-
5 dimenta, y dónde la masa de no combatientes; con cuántas
tropas, y de qué clase, los custodiaría; si sería preferible
continuar por el camino emprendido o desandar lo andado;
6 y además, qué emplazamiento elegiría para el campamen-
to, cuánta extensión de terreno rodearía de defensas, dón-
de sería fácil aprovisionarse de agua, dónde habría forraje
y madera en abundancia, por dónde sería segura la marcha
si levantaban el campamento al día siguiente, y cuál sería
7 la disposición de la columna. Se había preparado mental-
mente desde muy joven de tal forma con el planteamiento
de estos problemas que en esta materia no tenía nada que
8 discurrir sobre la marcha. También en esta ocasión lo pri-
mero que hizo fue detener la columna; seguidamente man-
dó a la cabeza a las tropas auxiliares cretenses y los jinetes
llamados tarentinos llevando consigo dos caballos cada uno,
ordenó a la caballería que lo siguiera y ocupó una roca
situada encima de un torrente en el que podía surtirse de
9 agua. Reunió allí toda la impedimenta y la masa de sir-
vientes, situó tropas a su alrededor y fortificó el campa-
mento como permitía la naturaleza del terreno, pues resul-
taba difícil afianzar las tiendas en el suelo abrupto y desi-
10 gual. El enemigo estaba a quinientos pasos de distancia.
Unos y otros se aprovisionaron de agua en el mismo arro-
yo escoltados por tropas ligeras, y antes de que se enzarza-
ran en una pelea como es habitual cuando los campamen-
11 tos están próximos, llegó la noche. Era evidente que al
día siguiente habría que pelear para proteger a los aguado-

res en las proximidades del arroyo. Durante la noche Filo-
pemén apostó en un valle apartado de la vista del enemigo
todos los soldados armados de *caetra* que podía ocultar
el lugar.

En cuanto amaneció, las tropas ligeras cretenses y los 29
jinetes tarentinos entablaron combate junto al arroyo. El
cretense Telemnasto mandaba a sus compatriotas, y el me-
galopolitano Licortas a los soldados de a caballo. También 2
los enemigos que protegían a los aguadores eran cretenses
auxiliares, y de la misma procedencia, tarentinos, sus jine-
tes. La lucha se mantuvo incierta durante algún tiempo,
cosa lógica al ser por ambas partes del mismo tipo los com-
batientes e iguales las armas. En el transcurso de la pelea 3
se fue imponiendo la superioridad númerica de las tropas
auxiliares del tirano, porque además Filopemén había da-
do orden a sus prefectos de que emprendieran la huida
después de librar un combate ligero y atrajeran al enemigo
al lugar de la emboscada. Lanzados por la hondonada en
una desordenada persecución de los fugitivos, muchos de
ellos cayeron heridos o muertos antes de avistar al enemi-
go escondido. En la medida en que lo permitía la anchura 4
del valle, los soldados armados de *caetra* se habían aposta-
do colocándose de forma que los suyos, en su huida, pu-
dieran pasar fácilmente por los espacios que quedaban li-
bres entre sus filas. Después aparecen ellos frescos, des- 5
cansados y formados, y cargan contra los enemigos desor-
ganizados, desbandados, y además agotados por el esfuer-
zo y las heridas. La victoria fue aplastante. Las tropas del 6
tirano volvieron la espalda inmediatamente y fueron recha-
zadas hasta el campamento, huyendo en una carrera basta-
te más acelerada que cuando eran los perseguidores.
Fueron muchos los que resultaron heridos o cayeron pri- 7
sioneros en aquella huida. Incluso en el campamento hu-

biera cundido el pánico si Filopemén no hubiera dado or-
den de tocar a retirada, temeroso no tanto del enemigo
como de lo abrupto del terreno, accidentado en cualquier
dirección en que se aventurase.
8 Luego, imaginándose por el desenlace del combate y
por el carácter del general en qué estado de desconcierto
se encontraría éste en aquellos momentos, envió a uno
9 de sus auxiliares con la misión de fingirse desertor y asegu-
rarle como hecho comprobado que los aqueos avanzarían
al día siguiente hasta el río Eurotas, que discurre lamiendo
casi las murallas mismas, para bloquear el paso y evitar
que el tirano pudiera retirarse a la ciudad cuando quisiera
10 o que se transportaran suministros al campamento desde la
ciudad; al mismo tiempo, tantearían también la posibili-
dad de inducir a algunos al abandono de la causa del tira-
11 no. Más que conseguir que creyeran lo que decía, el deser-
tor brindó una excusa razonable para abandonar el cam-
12 pamento a quien estaba dominado por el pánico. Al día
siguiente dio orden a Pitágoras de montar guardia delante
de la empalizada con las tropas auxiliares y la caballería;
él salió con el grueso del ejército como si fuera a presentar
batalla, y dio orden de avanzar a toda prisa hacia la ciudad.

30 Cuando Filopemén vio que la columna marchaba pre-
surosa por el camino estrecho y pendiente, lanzó a toda
la caballería y las tropas auxiliares cretenses contra la guar-
2 nición enemiga que estaba delante del campamento. Ésta,
al ver que se acercaba el enemigo y que los suyos la habían
dejado sola, primeramente intentó refugiarse en el campa-
3 mento; luego, como se acercaban alineadas en formación
de combate todas las tropas de los aqueos, temiendo ser
capturada a la vez que el propio campamento, se decidió
por seguir a la columna de los suyos que le llevaba bastan-
4 te ventaja. Inmediatamente, los aqueos armados de *caetra*

irrumpen en el campamento y lo saquean; los demás
se lanzan directamente a la persecución de los enemigos.
La naturaleza del camino era tal que a duras penas podía
avanzar por él una columna que no se viera inquietada
por el enemigo. Por ello, en cuanto se desencadenó el com- 5
bate en la retaguardia y los gritos de terror y pánico llega-
ron desde atrás hasta la vanguardia, arrojaron las armas
cada uno por su cuenta y huyeron en todas direcciones
hacia los bosques que flanqueaban el camino. En un ins- 6
tante quedaron amontonadas las armas a los lados del ca-
mino, sobre todo las lanzas, que al caer de punta la mayo-
ría obstruían el paso formando una especie de barrera.
Filopemén ordenó a sus tropas auxiliares que persiguieran 7
al enemigo lo más cerca que pudieran, pues ni siquiera
los de a caballo tendrían fácil la huida, y él, con las tropas
más pesadas, marchó *hacia el río Eurotas por una ruta*
más despejada. Hacia la puesta del sol acampó y se man- 8
tuvo allí a la espera de las tropas ligeras que había dejado
para perseguir al enemigo. Cuando éstas llegaron durante
el primer relevo de la guardia con la noticia de que el tira-
no había entrado en la ciudad en compañía de unos pocos
y que todos los demás vagaban sin armas dispersos por
todo el desfiladero, les mandó reponer fuerzas. Él eligió 9
unos hombres entre la masa de los que al haber llegado
antes al campamento se habían recuperado tomando ali-
mento y descansando un poco, les hizo salir al instante
llevando consigo únicamente las espadas y los formó en
la rutas de las dos puertas que conducen a Faras [415] y Bar-
bostene, por donde suponía que se retirarían los enemigos
tras la huida. Y no resultó fallida esta suposición. Los la- 10
cedemonios, en efecto, mientras quedaba algo de día bus-

[415] ¿Veria, cerca de Vasara en dirección noreste?

caban refugio en pleno bosque por senderos apartados; pero nada más oscurecer, en cuanto vieron fuegos en el campamento enemigo avanzaron por sendas escondidas mante-
11 niéndose en paralelo al mismo; una vez que lo dejaron atrás, creyéndose fuera de peligro descendieron a caminos abiertos. Allí los esperaba el enemigo emboscado y fueron tantos los muertos o prisioneros por todas partes que apenas
12 logró escapar una cuarta parte de todo el ejército. Con el tirano encerrado en la ciudad, Filopemén se dedicó a devastar los campos de Laconia durante los treinta días siguientes aproximadamente, y después regresó a su país dejando debilitadas y casi destrozadas las fuerzas del tirano.
13 Los aqueos lo equiparaban en gloria militar al general romano, e incluso, en lo concerniente a la guerra de Laconia, lo consideraban superior.

La embajada de Flaminino

31 Mientras se desenvolvía la guerra entre los aqueos y el tirano, los delegados romanos, preocupados por la posibilidad de que los etolios atrajesen hacia Antíoco las simpatías de algún aliado, no dejaban de
2 visitar las ciudades de éstos. Dedicaron los mínimos esfuerzos a los contactos con los aqueos, pues estaban convencidos de que éstos, dada su hostilidad hacia Nabis, eran
3 bastante de fiar también en lo demás. Primero se dirigieron a Atenas, luego a Cálcide, después a Tesalia, y tras hablar a los tesalios en una concurrida asamblea cambiaron de
4 rumbo dirigiéndose a Demetríade. Se convocó allí una asamblea de los magnetes. En este caso tuvieron que poner mayor cuidado en el discurso que iban a pronunciar, porque una parte de los dirigentes se había distanciado de los romanos y eran partidarios por entero de Antíoco y de
5 los etolios; la razón era que junto con la noticia de la devolución a Filipo de su hijo, rehén, y de la condonación

del tributo que le había sido impuesto, entre otros rumores
infundados había circulado también el de que los romanos
pensaban devolverle Demetríade. Para evitar que esto ocu- 6
rriera, Euríloco, jefe de los magnetes, y algunos de sus
partidarios, preferían que se produjera un cambio total en
la situación con la llegada de los etolios y de Antíoco.
Era preciso hablarles evitando que por disipar esos infun- 7
dados temores se le cercenase esa esperanza a Filipo, po-
niéndolo en contra, pues él era en todos los sentidos más
importante que los magnetes. Únicamente se recordó que 8
si toda Grecia estaba en deuda con los romanos por el
bien de la libertad, aquella ciudad lo estaba de un modo
especial, pues aparte de haber albergado una guarnición
de macedonios se había construido en ella una residencia
real para que se viera obligada a tener siempre ante los
ojos la presencia de su dueño; pero nada se había conse- 10
guido con ello si los etolios llevaban a Antíoco al palacio
de Filipo e iban a tener un rey nuevo y desconocido en
lugar del antiguo y conocido. Al magistrado de mayor ran- 11
go lo llaman magnetarca. Lo era entonces Euríloco, y ba-
sándose en esa autoridad aseguró que ni él ni los magnetes
tenían por qué fingir que ignoraban lo que estaba en boca
de todos respecto a que Demetríade iba a ser devuelta
a Filipo; para que ello no ocurriera, los magnetes tenían 12
que intentar y atreverse a cualquier cosa. Y dejándose lle-
var más allá de lo prudente en su arrebato oratorio, dejó
caer que además Demetríade entonces era libre aparente-
mente, pues en realidad se hacía todo a un gesto de cabe-
za de los romanos. Estas palabras fueron recibidas con un 13
murmullo de reacciones diversas de los presentes, manifes-
tando unos su aprobación y otros su indignación por el
hecho de que hubiera tenido semejante osadía; Quincio,
por su parte, se encendió de ira de tal forma que tendió

las manos al cielo y tomó a los dioses por testigos de la
14 ingratitud y mala voluntad de los magnetes. Todos queda-
ron aterrados con estas palabras, y Zenón, uno de los diri-
gentes, persona de gran autoridad tanto por el decoro con
que había llevado su vida como por haber sido siempre
partidario de los romanos, pidió llorando a Quincio y a
los demás diputados que no hicieran responsable a la ciu-
15 dadanía del desatino de una sola persona, que cada uno
corre con el riesgo de sus propios desvaríos. Los magnetes
debían a Tito Quincio y al pueblo romano no sólo la liber-
tad sino todo lo que para el hombre es sagrado y querido;
16 cualquier cosa que uno pueda implorar a los dioses inmor-
tales, los magnetes la tenían gracias a los romanos, y antes
de violar la amistad con Roma, estaban dispuestos a ensa-
ñarse en sus propios cuerpos en un arrebato de locura.

32 A su discurso siguieron los ruegos de la multitud. Eurí-
loco se marchó de la asamblea en dirección a la puerta
por calles apartadas, y de allí huyó directamente a Etolia.
2 Los etolios, en efecto, dejaban ya traslucir cada día con
mayor claridad sus intenciones de ruptura, y precisamente
entonces se daba la coincidencia de que un dirigente de
aquel pueblo, Toante, que había sido enviado ante Antío-
co, había regresado de su misión acompañado de Menipo,
3 un emisario del rey. Antes de ser recibidos por la asam-
blea [416], los dos habían cansado los oídos de todo el mun-
do con la enumeración de los efectivos terrestres y navales
4 del rey, diciendo que estaban en camino enormes contin-
gentes de infantería y caballería, que se habían traído ele-
fantes desde la India, y sobre todo —argumento que consi-
deraban muy eficaz para influir en el ánimo de multitud—,
llegaba oro suficiente como para poder comprar incluso

[416] La asamblea panetólica de 192.

a los romanos. No había ninguna duda acerca del efecto 5
que semejantes palabras surtirían en la asamblea, pues los
enviados romanos estaban informados de la llegada de
aquellos dos y de todo lo que hacían. A pesar de que ha- 6
bían quedado prácticamente truncadas las esperanzas, aun
así a Quincio le pareció que no estaba de más que algunos
embajadores de los aliados intervinieran en aquella asam-
blea para recordar a los etolios su alianza con Roma atre-
viéndose a expresar libremente su oposición al embajador
del rey. Se consideró que los más idóneos para ese cometi- 7
do eran los atenienses, tanto por el prestigio de su ciudad
como por su antigua alianza con los etolios. Quincio les
pidió que enviasen representantes al congreso panetólico
En dicho congreso habló en primer lugar Toante, dando 8
cuenta de su embajada. El siguiente en intervenir, Menipo,
dijo que lo mejor para las poblaciones de Grecia y Asia
habría sido que Antíoco hubiera podido intervenir cuan-
do las posibilidades de Filipo estaban intactas; cada uno 9
habría conservado lo suyo y no se hubiera llegado a depen-
der en todo de la voluntad y el dominio de los romanos.
«Pero aun ahora, dijo, solamente con que vosotros llevéis 10
hasta el final con firmeza los proyectos que habéis puesto
en marcha, con la ayuda de los dioses y contando con los
etolios como aliados podrá Antíoco devolver la situación
de Grecia, no obstante su declive, a su antigua dignidad.
Ahora bien, esa dignidad tiene como base la libertad que 11
se sostiene con sus propias fuerzas, no la que depende del
arbitrio ajeno». Los primeros a quienes se dio la oportuni- 12
dad de decir lo que quisieran tras la intervención del dele-
gado real fueron los atenienses; sin hacer la menor alusión
al rey, recordaron a los etolios su alianza con Roma y los
servicios prestados por Tito Quincio a Grecia entera, ins- 13
tándolos a que no acarrearan su ruina irresponsablemente

con unas decisiones demasiado precipitadas, pues las resoluciones adoptadas en caliente y con osadía son atractivas a primera vista, difíciles de llevar a la práctica y funestas en sus resultados; los enviados romanos, y Tito Quincio
14 entre ellos, estaban a poca distancia de allí; antes de dar un paso irreversible, era preferible discutir de palabra las cuestiones aún por resolver en vez de armar a Asia y Europa para una guerra funesta.

33 La mayoría de los presentes, deseosos de un vuelco en la situación, eran del todo favorables a Antíoco y opinaban que ni siquiera se debía admitir a los romanos en la asamblea. Fueron sobre todo los dirigentes de mayor edad quienes con su influencia consiguieron que la asamblea los
2 oyera. Cuando los atenienses le trasladaron esta resolución,
3 Quincio estimó que debía acudir a Etolia; podría, en efecto, influir en algo, o al menos serían todos testigos de que la responsabilidad de la guerra era imputable a los etolios mientras que los romanos tomarían las armas justificada
4 y casi obligadamente. Una vez allí, Quincio comenzó su intervención en la asamblea refiriéndose a los comienzos de la alianza de los etolios con los romanos y a las muchas ocasiones en que ellos habían incumplido las obligaciones del tratado, y después hizo una breve exposición acerca
5 de los derechos de las ciudades en cuestión; si en todo caso creían tener razón en algo, ¿no hubiera sido mucho mejor enviar a Roma embajadores para someterlo a debate o,
6 si lo preferían, para apelar al senado, antes que meter al pueblo romano en una pelea contra Antíoco, actuando de provocadores los etolios, en medio de una gran conmoción en la humanidad y la ruina de Grecia? Además, los primeros en sentir los desastrosos efectos de aquella guerra iban a ser quienes la hubiesen desencadenado.
7 Esta especie de vaticinio del romano resultó en vano. A

continuación fueron oídos Toante y los demás de su mismo partido con muestras de asentimiento general, y sin que 8
ni siquiera se aplazara la asamblea y se ausentaran los romanos, consiguieron que se aprobase un decreto en el que se invitaba a Antíoco a venir a liberar Grecia y resolver las diferencias entre etolios y romanos. Su pretor[417] Da- 9
mócrito añadió un insulto personal a tan arrogante decreto; en efecto, cuando Quincio se lo pidió, él, sin respetar 10
la dignidad del personaje, contestó que en ese momento tenía cosas más urgentes que atender, que el decreto y la respuesta se los daría en breve en Italia después de plantar su campamento a la orilla del Tíber. Hasta ese punto llegó 11
en aquellas circunstancias el desatino de los etolios y de sus magistrados.

Movimientos de los etolios. Muerte de Nabis

Quincio y los diputados regresaron a 34
Corinto, donde tomaban nota de cualquier noticia que llegara referente a Antíoco. Los etolios, para no dar la impresión de que no hacían nada sino que esperaban sentados la llegada del rey, cierto es que no cele- 2
braron asamblea general después de la marcha de los romanos, pero en cambio, por medio de los «apocletos» —así llaman a su consejo más venerable integrado por personalidades escogidas— discutían la forma de provocar un cambio en la situación de Grecia. Todos tenían constancia 3
de que los dirigentes y los aristócratas de las ciudades eran partidarios de la alianza con los romanos y estaban a gusto con la situación establecida, mientras que las masas y aquellos cuya situación no era la que ellos esperaban, querían un cambio total. Los etolios tomaron la decisión de ocu- 4
par Demetríade, Cálcide y Lacedemón, propósito no ya

[417] *Strategós* de la federación.

audaz sino descarado no sólo como hecho sino incluso co-
5 mo expectativa. Se envió un dirigente a cada una de estas
ciudades: Toante a Cálcide, Alexámeno [418] a Lacedemón
6 y Diocles a Demetríade. Euríloco, el exiliado de cuya hui-
da y del motivo de la misma ya se ha hablado antes, cola-
boró con este último porque era la única esperanza que
7 tenía de retornar a su patria. Sus allegados y amigos y
los miembros de su partido, puestos en antecedentes por
una carta de Euríloco, llevaron a una concurrida asamblea
a su mujer y a sus hijos vestidos de duelo y portando ra-
mos de olivo de los suplicantes, y pidiendo a todos y cada
uno que no dejasen envejecer en el exilio a un hombre
8 inocente que no había sido condenado. Movidas las perso-
nas sencillas por la compasión, y los malvados y sediciosos
por la esperanza de complicar la situación con el levanta-
miento de los etolios, cada uno por sus propios motivos
9 pedían que se le llamara. Dados estos pasos preparatorios,
salió Diocles con toda la caballería, pues por entonces era
también el jefe de ésta, aparentando que iba a llevar a
su huésped exiliado. Marchando día y noche cubrió una
larga distancia, y cuando estaba a seis millas de la ciudad
se adelantó al amanecer con tres escuadrones escogidos dan-
do orden al resto de la caballería de que viniera detrás.
10 Cuando estaba aproximándose a la puerta de la ciudad man-
dó que desmontaran todos y llevaran los caballos de la
brida sin guardar filas justamente como si fueran de viaje,
para que pareciera la comitiva del prefecto más que un
11 destacamento armado. Dejó allí junto a la puerta a uno
de los escuadrones para evitar la posibilidad de un corte
con la caballería que venía detrás, y llevando a Euríloco
de la mano por el centro de la ciudad cruzó el foro y lo

[418] *Strategós* etolio en 197.

condujo hasta su casa mientras muchos salían a su encuentro y lo felicitaban. Al poco, la ciudad estaba llena de jine- 12
tes y eran ocupados los puntos entratégicos. Entonces se mandaron soldados a las casas para dar muerte a los líderes del partido contrario. Así pasó Demetríade a poder de los etolios.

En Lacedemón no era cuestión de emplear la fuerza con- 34
tra la ciudad sino de coger al tirano mediante un engaño. Desposeído por los romanos de las ciudades de la costa, 2
confinado además en esos momentos en el interior de las murallas de Lacedemón por los aqueos, cualquiera que tomase la iniciativa de darle muerte se ganaría el agradecimiento de los lacedemonios por toda la operación. Tuvie- 3
ron una excusa para mandarle a alguien porque los agobiaba pidiendo que se le enviaran refuerzos ya que se había sublevado instigado por ellos. Se le dieron a Alexámeno mil 4
hombres de infantería y treinta jóvenes escogidos de caballería. El pretor Damócrito, en el consejo nacional secreto del que se ha hablado, les hace saber que no deben pensar 5
que han sido enviados a la guerra con los aqueos o a ninguna otra empresa que alguno de ellos pudiera imaginarse; que estén preparados para cumplir puntualmente cualquier decisión que las circunstancias aconsejen tomar a Alexámeno, por inesperada o temeraria o aventurada que sea, y que la tomen como si supieran que se les ha enviado desde su patria con aquel único objetivo. Con ellos así pre- 6
parados llegó Alexámeno junto al tirano, y al llegar lo llenó de esperanzas inmediatamente diciéndole que Antíoco 7
había pasado ya a Europa, que muy pronto estaría en Grecia, y que iba llenar tierras y mares de hombres y armamento; se iban a convencer los romanos de que no tenían que vérselas con un Filipo; era incalculable el número de soldados de infantería, de jinetes y de navíos; la sola vi-

sión de su contingente de elefantes pondría fin a la guerra.
8 Los etolios estaban dispuestos para venir a Lacedemón con
todo su ejército cuando la situación lo exigiera, pero ha-
bían querido mostrarle al rey a su llegada unas fuerzas
9 armadas numerosas. El propio Nabis, por su parte, debía
poner los medios para evitar que las tropas con que conta-
ba se enervaran estando inactivas bajo techo; debía, por
el contrario, sacarlas y obligarlas a hacer maniobras con
las armas, entrenarlas tanto física como mentalmente;
10 con el hábito, el esfuerzo sería más llevadero, pudiendo
incluso no resultar ingrato merced a la afabilidad y la in-
dulgencia de su jefe. A partir de entonces comenzaron a
salir con frecuencia a una llamada, delante de la ciudad,
11 junto al río Eurotas. Los miembros de la escolta personal
del tirano se situaban por lo general en el centro de la
formación; el tirano, acompañado a lo sumo por tres jine-
tes entre los que habitualmente se encontraba Alexámeno,
cabalgaba por delante de las enseñas pasando revista a los
12 últimos de las alas. En el ala derecha estaban los etolios,
tanto los que habían sido auxiliares de Nabis como los
13 mil que habían llegado con Alexámeno. Éste tenía por
costumbre recorrer algunas filas acompañado al tirano y
hacerle las recomendaciones que le parecían pertinentes,
14 y otras veces galopaba hacia sus hombres, haciael ala
derecha, y enseguida regresaba junto al tirano, como
si hubiera dado las órdenes que el momento requería.
15 Pero el día que había fijado para perpetrar el crimen, ca-
balgó unos instantes al lado del tirano y después se acercó
16 a los suyos y dijo a los jinetes enviados con él desde su
patria: «Muchachos, tenemos que ocuparnos con decisión
de la misión que se os dio orden de cumplir sin vacilar
bajo mi mando. Tened pronto el ánimo y la diestra de
17 forma que nadie vacile cuando vea lo que yo hago. Si al-

guno se muestra remiso e interfiere mi plan con uno suyo, sepa que para él no habrá retorno al hogar». Todos fueron presa del pánico, y recordaban las instrucciones que habían recibido al partir. El tirano venía del ala izquierda. 18
Alexámeno ordena a los jinetes que dejen las lanzas y le miren atentamente; él, por su parte, concentra su mente, confusa ante la idea de una acción de tanta trascendencia. Al acercarse el tirano se lanza sobre él, le atraviesa el caballo, lo derriba, y una vez abatido lo acribillan los jinetes; después de descargar en vano muchos golpes sobre la cora- 19
za, al fin alcanzan a herir su cuerpo desprotegido y antes de que acudieran en su ayuda desde el centro de la formación, expiró.

Alexámeno tomó dirección al palacio con todos los 36
etolios, apresurando la marcha, para ocuparlo. Los miem- 2
bros de la escolta en un principio fueron presa del pánico mientras la acción se desarrollaba delante de sus ojos; luego, cuando vieron que las tropas etolias se alejaban, 3
se arremolinaron en torno al cadáver abandonado del tirano, convirtiéndose en un grupo de espectadores los que tenían la misión de guardar su vida y vengar su muerte. Y no se habría movilizado nadie si de inmediato se 4
hubiera convocado a la población, tras deponer las armas, a una asamblea y se hubieran pronunciado las palabras adecuadas al momento, y luego, los etolios armados se hubieran mantenido concentrados sin cometer desmanes contra nadie. Pero, como no podía ser menos en una 5
operación iniciada con un engaño, todo contribuyó a precipitar la ruina de quienes la habían llevado a cabo. El jefe, encerrado en el palacio, dedicó un día y una noche 6
a buscar los tesoros del tirano; los etolios, que pretendían aparecer como los libertadores de la ciudad, se entregaron al saqueo como si la hubieran conquistado. La indignación 7

por lo ocurrido y el desprecio mostrado hacia ellos dieron ánimos a los lacedemonios para unirse. Unos decían que había que echar por la fuerza a los etolios y recuperar la libertad que les había sido arrebatada precisamente cuando parecía que les estaba siendo devuelta; otros decían que se debía investir de autoridad, al menos aparentemente, a alguien de la familia real, para que hubiera una cabeza
8 en el desarrollo de la acción. De esa estirpe era Lacónico, un muchacho aún, educado con los hijos del tirano. Lo subieron a un caballo, echaron mano de las armas y mata-
9 ron a los etolios que andaban por la ciudad. Después irrumpieron en el palacio y allí degollaron a Alexámeno, que ofreció resistencia junto con unos pocos hombres. Los etolios congregados en torno al Calcieco —se trata de un templo de bronce dedicado a Minerva— fueron masacrados;
10 unos pocos arrojaron las armas y huyeron unos a Tegea y otros a Megalópolis; allí fueron apresados por los magistrados y vendidos como esclavos.

La acción en torno a Cálcide. Demetríade

37 Filopemén, al enterarse de la muerte del tirano salió para Lacedemón, donde se encontró con que todo era miedo y con-
2 fusión. Convocó a los dirigentes y después de pronunciar un discurso como el que debiera haber pronunciado Alexámeno, incorporó a
3 los lacedemonios a la Liga Aquea, operación facilitada por el hecho de que casualmente por aquellos mismos días llegó Aulo Atilio a Giteo con veinticuatro quinquerremes.
4 En Cálcide, por las mismas fechas, Toante contó con la colaboración de Eutimidas, un dirigente expulsado a raíz de la llegada de Tito Quincio y los legados debido a la influencia de los partidarios de la alianza con Roma,
5 y con la de Herodoro, un comerciante que era de Cía pero que gracias a su riqueza tenía gran influencia en Cálcide.

A pesar de que estaban dispuestos para la traición los que pertenecían al partido de Eutimidas, no tuvo la misma fortuna que había jugado a favor en la ocupación de Demetríade por mediación de Euríloco. Desde Atenas, que ha- 6
bía elegido como lugar de residencia, Eutimidas se dirigió primero a Tebas y luego a Salgánea [419], y Herodoro se fue a Tronio. No lejos de allí, en el golfo Malíaco, tenía 7
Toante dos mil soldados de a pie y doscientos de a caballo y alrededor de treinta naves pequeñas de transporte. Horodoro recibió instrucciones de llevar en ellas seiscientos soldados de infantería hasta la isla de Atalante [420] para pasar 8
de allí a Cálcide cuando tuviese conocimiento de que las tropas de a pie estaban ya cerca de Áulide [421] y del Euripo; Toante, con el resto de las fuerzas, realizando las marchas 9
sobre todo de noche, se dirigía a Cálcide con toda la celeridad que podía.

Micición y Xenóclides, que controlaban todo el poder 38
en Cálcide desde la expulsión de Eutimidas, o bien sospecharon la trama por sí mismos o bien alguien les informó de ello, y en los primeros momentos de pánico no veían por ningún lado más esperanza que la huida. Después, re- 2
cuperados ya de su miedo, como veían que eso sería hacer traición y abandonar no sólo a la patria sino a la alianza con los romanos, centraron su atención en el siguiente plan.

Coincidía que se celebraba entonces en Eretria la fiesta 3
anual de Diana de Amarinto [422], en cuya celebración se reunían no sólo los del país sino también los caristios. Mandaron allá unos emisarios para pedir a los eretrienses 4

419 Puerto de Beocia, en el mar de Eubea.

420 Pequeña isla muy próxima a la Lócride.

421 Al sur del Euripo.

422 Justo al este de Eretria.

y los caristios que se compadecieran de su suerte ya que
había nacido en la misma isla, y que tuvieran en cuenta
la alianza con Roma, y que no permitieran que Cálcide
5 pasase a poder de los etolios; si retenían Cálcide, serían
dueños de Eubea; si pesado había sido el dominio de los
macedonios, mucho menos soportables iban a ser los eto-
6 lios. La consideración hacia los romanos pesó en las ciuda-
des más que ninguna otra cosa, pues habían experimenta-
do recientemente su valor durante la guerra y su equidad
y clemencia en la victoria. En consecuencia, las dos ciu-
7 dades armaron y enviaron lo mejor de su juventud. Los
habitantes de Cálcide confiaron a ésta la defensa de la mu-
ralla, y ellos cruzaron el Euripo con todas sus fuerzas y
8 acamparon cerca de Salgánea. Desde allí enviaron una co-
misión a los etolios precedida por un heraldo, a preguntar
qué habían dicho o hecho para que vinieran a atacarlos
9 ellos que eran amigos y aliados. Toante, el general de los
etolios, respondió que ellos no venían a atacarlos sino a
10 liberarlos de los romanos; que ahora estaban atados con
una cadena más deslumbrante pero mucho más pesada que
cuando tenían en la ciudadela una guarnición de macedo-
nios. Los calcidenses, por el contrario, afirmaron que ellos
no eran esclavos de nadie ni necesitaban la protección ar-
11 mada de nadie. De esta manera abandonaron la entrevista
los enviados regresando junto a los suyos. Toante y los
etolios habían basado todas sus esperanzas en un ataque
12 por sorpresa, y como estaban en clara inferioridad para
una batalla regular y para el asedio de una ciudad defendi-
13 da por tierra y mar, regresaron a su país. Eutimidas, cuan-
do se enteró de que sus compatriotas estaban acampados
en Salgánea y que los etolios se habían marchado, regresó
14 a su vez de Tebas a Atenas. Herodoro, por su parte, des-
pués de permanecer atento en Atalante durante varios días

a la espera de una señal que no llegó, envió una nave espía
para averiguar el motivo de la tardanza, y al ver que los
aliados habían abandonado la operación regresó a Tronio,
de donde había partido.

Quincio, enterado también de estos acontecimientos, 39
navegando desde Corinto se encontró con el rey Éumenes en
la margen calcídica del Euripo. Convinieron en que el rey 2
se dirigiese a Atenas dejando en Cálcide una guarnición
de quinientos hombres. Quincio siguió hacia su punto de 3
destino, Demetríade, convencido de que la liberación de
Cálcide influiría de alguna forma en los magnetes para ha-
cerles volver a la alianza con Roma. Y para dar un poco 4
de apoyo a la gente de su partido escribió a Éunomo el
pretor de los tesalios diciéndole que armase a la juventud
y envió por delante a Vilio a Demetríade para sondear el
estado de ánimo de sus habitantes, dispuesto a no lanzarse
al empeño si al menos una parte de ellos no se inclinaba
a tener en cuenta la antigua alianza. Vilio se desplazó 5
en una nave quinquerreme hasta la bocana del puerto; has-
ta allí acudieron en masa todos los magnetes, y Vilio les
preguntó si preferían que se hubiese dirigido a ellos consi-
derándolos amigos o enemigos. Respondió el magnetarca 6
Euríloco que se encontraba entre amigos, pero que se abs-
tuviera de entrar en el puerto y dejara que los magnetes
estuvieran en paz y libertad, sin inquietar a la población
con el pretexto de una estrevista. Lo que hubo a continua- 7
ción fue un altercado, no unas conversaciones, pues el ro-
mano reconvenía a los magnetes por su ingratitud y les
anunciaba desastres inminentes, y el gentío se alborotaba
acusando unas veces al senado y otras a Quincio. Pero 8
éste, después de mandar un mensaje al pretor para que
llevara sus tropas de vuelta a su país, retornó a Corinto
con las naves.

40 *Roma e Italia* En cierto modo me han desviado de mi rumbo los acontecimientos de Grecia que implicaban a los romanos, y no porque tuviese mayor importancia el consignarlos con detalle sino porque fueron la causa
2 de la guerra con Antíoco. Una vez designados cónsules —pues ahí había comenzado mi digresión—, Lucio Quincio y Gneo Domicio partieron hacia sus provincias, Quincio hacia Liguria y Domicio a hacer frente a los boyos.
3 Los boyos permanecieron tranquilos; es más, los senadores junto con sus hijos y los prefectos junto con la caballería —mil quinientas personas en total— hicieron ac-
4 to de sumisión al cónsul. El otro cónsul llevó a cabo una amplia devastación en el territorio de los lígures y tomó algunos enclaves fortificados, donde aparte de aprehender toda clase de botín así como prisioneros, también fueron liberados bastantes ciudadanos y aliados que estaban en poder del enemigo.

5 Este mismo año, en virtud de un decreto del senado y de un plebiscito, se envió una colonia a Vibón. Fueron tres mil setecientos hombres de a pie y trescientos de a
6 caballo, conducidos por los triúnviros Quinto Nevio, Marco Minucio y Marco Furio Crasípede. Se le asignaron a los de a pie quince yugadas a cada uno y el doble a los de a caballo. El territorio había pertenecido últimamente a los brucios, que se lo habían quitado a los griegos.

7 Por la misma época ocurrieron en Roma dos hechos muy alarmantes; uno de ellos fue más duradero pero más benigno: hubo temblores de tierra durante treinta y ocho días. A lo largo de todo ese tiempo los días festivos transcurrieron entre la inquietud y el miedo. Con este motivo
8 se celebró un triduo de rogativas. El otro no fue motivo de pánico sin fundamento, sino que fue una auténtica ca-

tástrofe para muchos: se declaró un incendio en el mercado de bueyes y durante un día y una noche estuvieron ardiendo los edificios que daban al Tíber, y fueron pasto de las llamas todas las tiendas con mercancías de gran valor.

El año tocaba ya a su fin, y de día en día iban en 41
aumento los rumores de guerra con Antíoco así como la
preocupación de los senadores, por ello, se comenzó a tra- 2
tar la cuestión de las provincias de los magistrados designados, para que todos estuviesen más alerta. Se decidió 3
que las provincias de los cónsules fuesen Italia y aquella que el senado acordase —todo el mundo sabía que ésta
sería la guerra contra el rey Antíoco—. A aquel a quien 4
correspondiese ésta en suerte se le asignaron cuatro mil soldados romanos de infantería y trescientos de caballería, y seis mil aliados latinos de a pie y cuatrocientos jinetes.
Se encargó al cónsul Lucio Quincio que llevara a cabo su 5
reclutamiento, para que nada impidiera al nuevo cónsul partir inmediatamente hacia el destino que hubiese decidido
el senado. Asimismo, con respecto a las provincias de los 6
pretores, se decidió que el designado por la suerte en primer lugar tendría dos jurisdicciones, la urbana y la de los conflictos entre ciudadanos y forasteros. Para el segundo, el Brucio. Para el tercero, la flota, debiendo embarcar hacia donde hubiera decidido el senado. Para el cuarto, Sicilia; Cerdeña para el quinto, y la Hispania ulterior para
el sexto. Además, se dio orden al cónsul Lucio Quincio 7
de alistar dos legiones nuevas de ciudadanos romanos, y veinte mil aliados y latinos de infantería y ochocientos de caballería. Estas tropas quedaron asignadas al pretor a quien tocase en suerte la provincia del Brucio.

En aquel año fueron dedicados en el Capitolio los dos 8
templos de Júpiter que había prometido con voto Lucio

Furio Purpurión durante la guerra de la Galia, uno siendo pretor y el otro siendo cónsul. Los dedicó el duúnviro Quin-
9 to Marcio Rala. También aquel año se sustanciaron con rigor muchos procesos contra los usureros, ejerciendo la acusación contra los particulares los ediles curules Marco
10 Tucio [423] y Publio Junio Bruto. Con lo recaudado por multas se erigieron en el Capitolio cuadrigas doradas, y doce escudos de oro en el frontispicio del santuario de Júpiter. Los mismos ediles levantaron también un pórtico fuera de la puerta Trigémina, en el barrio de los carpinteros.

Grecia y Asia: Toante, Aníbal, Antíoco

42 Si los romanos se entregaban a los preparativos de la nueva guerra, también por parte de Antíoco era incensante la activi-
2 dad. Lo retenían tres ciudades: Esmirna, Alejandría de Tróade [424] y Lámpsaco; hasta entonces no había sido capaz ni de tomarlas por asalto ni de atraerlas a su amistad con condiciones, y no quería
3 dejarlas a su espalda al pasar a Europa. También lo retuvieron sus dudas con respecto a Aníbal. En primer lugar, las naves abiertas que había pensado mandar con él a Áfri-
4 ca se retrasaron; luego, se suscitó la discusión acerca de si era cuestión de mandarlo o no, planteada sobre todo por el etolio Toante; éste alegaba que mientras en Grecia la confusión lo dominaba todo, él tenía Demetríade en su
5 poder, y con las mismas mentiras con que refiriéndose al rey había lenvantado los ánimos de muchos en Grecia a base de exagerar de palabra sus fuerzas, con esas mismas henchía también las esperanzas del rey: todos deseaban que
6 se le llamara, y acudirían en masa a los puntos de la costa

---

[423] Sería pretor en 190.

[424] Fundada a finales del siglo IV con el nombre de Antigonia, Lisímaco cambió su nombre tras la batalla de Ipso.

desde los que hubiera avistado la flota real. Fue también
Toante quien tuvo la osadía de disuadir al rey de su deci-
sión, prácticamente definitiva ya, con respecto a Aníbal.
Pues, en su opinión no se debía dejar marchar una parte 7
de las naves separándola de la armada real, y en caso de que
fuera preciso hacerlo, Aníbal era el menos indicado para
confiarle el mando de esa flota; era un desterrado y un car- 8
taginés, a quien su condición o su carácter podía inspirar
mil nuevos planes cada día, y aquella misma gloria militar 9
asociada a Aníbal como una especie de dote era excesiva
para el prefecto de un rey. Al rey debían volverse los ojos,
el rey debía aparecer como el único jefe, el único general
con autoridad suprema. Si Aníbal perdía una flota o un 10
ejército, el daño sería el mismo que si se perdía por inter-
vención de otro general; si algo salía bien, la gloria consi-
guiente sería de Aníbal, no de Antíoco; si la suerte les de- 11
paraba una victoria sobre los romanos en la guerra en su
conjunto, ¿había alguna esperanza de que Aníbal estuviese
dispuesto a vivir bajo un rey, sometido a una sola persona
él que a duras penas había soportado a su patria? Su ma- 12
nera de conducirse desde la edad juvenil, dando cabida
en su mente a la esperanza de dominar el mundo entero,
no hacía prever que en la vejez fuese a tolerar un amo.
El rey no tenía ninguna falta de Aníbal como general,
podía utilizar sus servicios en la guerra como acompañan- 13
te y asesor. Un aprovechamiento moderado de unas cuali- 14
dades como las suyas no sería ni gravoso ni inútil; pero
si se pretenden los mejores resultados, ello puede redundar
en perjuicio de quien los proporciona y de quien los recibe.

No hay carácter tan proclive a la envidia como el de 43
aquellos cuyo ánimo no está a la altura de su linaje y su
fortuna, porque aborrecen el valor y el bien ajenos. El pro- 2
yecto de enviar a Aníbal —la única idea provechosa que

se había tenido desde el comienzo de la guerra— fue des-
cartado inmediatamente. Crecido sobre todo porque De-
metríade se había pasado de los romanos a los etolios, de-
3 cidió no retrasar más su salida para Grecia. Antes de zar-
par subió a Ilio desde la costa para ofrecer un sacrificio
a Minerva. Después de regresar a la flota salió de allí con
cuarenta naves cubiertas y sesenta descubiertas, seguido de
doscientas de transporte con provisiones de todas clases
4 y otro materal bélico. Primero puso rumbo a la isla de
Imbros; de allí cruzó a Esciatos, donde reagrupó las naves
que se habían dispersado en alta mar y llegó a Pteleo, pri-
5 mera etapa del continente. Allí fueron a encontrarse con
él desde Demetríade el magnetarca Eurîloco y los dirigen-
tes de los magnetes. Satisfecho de que fueran tantos, al
día siguiente hizo su entrada en el puerto de la ciudad con
6 la flota y desembarcó las tropas no lejos de allí. Había
diez mil soldados de infantería y quinientos de caballería,
y seis elefantes, fuerzas apenas suficientes para ocupar una
Grecia indefensa, cuánto menos para afrontar una guerra
contra Roma.

7 Los etolios, apenas recibieron la noticia de que Antío-
co había llegado a Demetríade, convocaron una asamblea
8 general y elaboraron un decreto invitándolo a venir. El rey
había salido ya de Demetríade porque sabía que tomarían
esa decisión y había llegado hasta Fálara [425], en el golfo
9 Malíaco. Tras recibir el decreto marchó de allí a Lamia,
siendo recibido por la multitud con enorme estusiasmo en-
tre aplausos y aclamaciones y demás signos que expresan
la alegría incontenible de la gente.

44 Al llegar a la asamblea fue introducido por el pretor
Feneas y otros dirigentes, no sin dificultad, y cuando se

[425] Al norte de Escarfea, en la orilla de enfrente.

guardó silencio tomó la palabra el rey. La primera parte 2
de su discurso fue para disculparse por haber llegado con
fuerzas mucho menos numerosas de lo que todos pensaban
y esperaban; debía verse en ello la mejor prueba de su bue- 3
na disposición hacia ellos, porque a pesar de no estar debidamente preparado en ningún terreno y de no ser aún la
época del año propicia para la navegación, había respondido sin poner peros a la llamada de sus embajadores, en
el convencimiento de que sólo con verle los etolios estimarían que su defensa se basaba por entero en él, incluso
solo. Por lo demás, estaba dispuesto a responder con cre- 4
ces a sus esperanzas, incluso a las de aquellos cuyas expectativas parecían truncadas de momento. En efecto, en cuan- 5
to la primera estación del año abriese el mar a la navegación, pensaba llenar toda Grecia de armas, soldados y caballos, y de flotas toda la costa, y no iba a escatimar gas- 6
tos ni fatigas ni peligros hasta sacudir de su cerviz el dominio romano y hacer realmente libre a Grecia y dar a los
etolios la supremacía en ella. Con los ejércitos llegarían 7
también de Asia suministros de todas clases; de momento
debían ocuparse los etolios de que se proporcionase a sus
hombres trigo en abundancia y otros alimentos a un precio
asequible.

Debate entre Feneas y Toante. Tentativa en Cálcide

Después de hablar en esta línea entre 45
grandes muestras de aprobación por parte de todos, el rey se retiró. Tras la mar- 2
cha del rey hubo un enfrentamiento entre los dos jefes etolios, Feneas y Toante.
Feneas sostenía que se debía asignar a Antíoco el papel 3
de conciliador de la paz y mediador en los puntos en conflicto entre ellos y el pueblo romano, más que el de conductor de la guerra; su llegada y su autoridad serían más 4
eficaces que sus armas con vista a imponer respeto a los

romanos; con tal de no tener que recurrir a la guerra, los hombres conceden voluntariamente muchas cosas que no
5 es posible arrancarles con la lucha armada. Toante afirmaba que Feneas no tenía intenciones de paz sino que pretendía interrumpir los preparativos bélicos con el fin de que perdiese fuerza el ímpetu del rey por aburrimiento y de
6 que tuviesen tiempo los romanos para prepararse; se había comprobado fehacientemente, con tantas embajadas como se había enviado a Roma y tantas entrevistas como se habían celebrado con el propio Quincio, que no se podía obtener de los romanos ninguna justicia, y de no haberse visto truncadas todas las esperanzas no se hubiera
7 pedido la ayuda de Antíoco; ofrecida ésta con mayor prontitud de lo que nadie esperaba, no se debía perder la fuerza, se debía más bien pedir al rey que, ya que había venido a liberar a Grecia personalmente, que era lo más importante, hicisiese venir también a sus tropas terrestres y na-
8 vales; el rey, armado, conseguiría algún resultado; sin armas, no ejercería ninguna influencia en los romanos no ya en favor de los etolios sino ni siquiera de sí mismo.
9 Prevaleció este criterio, y se decidió que el rey sería nombrado general en jefe y se eligieron treinta dirigentes para que consultara con ellos lo que deseara.

46 Con esto se disolvió la asamblea y se marchó todo el mundo, cada uno a su ciudad. Al día siguiente el rey consultó con los apocletos por dónde comenzar la guerra.
2 Se estimó que lo mejor era atacar primero Cálcide, que recientemente había sido objeto de un intento infructuoso por parte de los etolios, y que para esa empresa más que grandes esfuerzos y preparativos lo que hacía falta era ra-
3 pidez. Así pues, el rey emprendió la marcha a través de la Fócide con los mil soldados de a pie que lo habían seguido desde Demetríade, y los jefes etolios, después de mo-

vilizar a un reducido número de jóvenes, fueron por otra
ruta a encontrarse con él en Queronea y lo siguieron en
diez naves cubiertas. El rey emplazó el campamento en Sal- 4
gánea y él, con los jefes etolios, cruzó el Euripo con las
naves. Desembarcó a poca distancia del puerto, y también
los magistrados y los dirigentes de los calcidenses salieron
hasta la puerta. Unas pocas personas por una y otra parte
se reunieron a conferenciar. Los etolios ponían gran em- 5
peño en persuadir a los otros para que, dejando a salvo
la amistad con los romanos, aceptaran también al rey co-
mo aliado y amigo, pues ésta había pasado a Europa no 6
para traer la guerra sino para libertar a Grecia, y para
libertarla de verdad, no de palabra y en apariencia como
habían hecho los romanos; y de hecho no había nada 7
más provechoso para las ciudades de Grecia que estrechar
esta doble amistad, pues así siempre estarían defendidos
contra las injusticias de las dos partes gracias a la protec-
ción y el compromiso de una de ellas; pues si rechazaban 8
al rey, que tuviesen en cuenta lo que iban a sufrir muy
en breve, teniendo tan lejos la ayuda de los romanos y
ante las puertas a Antíoco, un enemigo al que no podían
resistir con sus propias fuerzas. A esto replicó Micición, 9
uno de los dirigentes, que él se preguntaba extrañado a
quién iba a liberar Antíoco al pasar a Europa abando-
nando su propio reino, pues él no conocía en Grecia nin- 10
guna ciudad que albergara una guarnición o pagara tribu-
to a los romanos, o estuviera sometida a una leyes que
no fueran de su agrado, comprometida por un tratado in-
justo; en consecuencia, los calcidenses no tenían ninguna 11
necesidad de un libertador, puesto que eran libres, ni de
una guarnición, puesto que gracias al bien hacer del mis-
mo pueblo romano gozaban de paz y libertad; no desdeña- 12
ban la amistad del rey ni de los propios etolios; la primera

muestra de amistad que podían dar era retirarse de la isla
13 y alejarse, pues ellos estaban resueltos a no dejar entrar a nadie dentro de sus murallas, y más aún a no pactar ninguna alianza sin el consentimiento de los romanos.

47 Cuando el rey recibió esta respuesta en las naves donde había permanecido, decidió regresar a Demetríade de momento, pues no había venido con tropas suficientes como
2 para emprender una acción por la fuerza. Una vez allí consultó con los etolios cuál podía ser el paso siguiente dado que la primera tentativa había resultado infructuosa. Se acordó sondear a los beocios, a los aqueos y a Aminan-
3 dro, el rey de los atamanes. Estaban convencidos de que el pueblo beocio había vuelto la espalda a los romanos ya desde la muerte de Braquiles y los acontecimientos sub-
4 siguientes; pensaban que Filopemén, el líder de los aqueos y Quincio, eran hostiles el uno al otro debido a su rivali-
5 dad por la gloria de la guerra de Laconia. Aminandro tenía por esposa a Apama, hija de un tal Alejandro de Megalópolis que se consideraba descendiente de Alejandro Magno y había puesto los nombres de Filipo y Alejandro a sus
6 dos hijos y el de Apama a su hija; cuando ésta había llegado a ser ilustre por su enlace con un rey, Filipo, el mayor
7 de los hermanos, la había seguido a Atamania. Ocurrió que éste era de natural vanidoso, y los etolios y Antíoco habían alentado sus aspiraciones al trono de Macedonia, basadas en que realmente era de la estirpe de los reyes, si lograba unir en alianza a Aminandro y los atamanes
8 con Antíoco. Y estas vanas promesas surtieron su efecto no sólo en Filipo sino también en Aminandro.

Congreso de Egio. Ocupación de Cálcide por Antíoco

En Acaya, la asamblea de Egio recibió 48
a los enviados de Antíoco y de los etolios en presencia de Tito Quincio. El em- 2
bajador de Antíoco fue oído antes que los etolios. Éste, pretencioso como la mayoría de los que se mantienen de los recursos de los reyes, llenó mares y tierras con su palabrería sin contenido: un número incontable de jinetes estaba cruzando el Heles- 3
ponto en dirección a Europa, parte de ellos equipados con coraza, los llamados «catafractos», y parte capaces de manejar las flechas desde el caballo y de clavarlas con bastante precisión al huir montando de espaldas, contra lo cual no hay protección que baste. Aunque con estas fuerzas de 4
caballería se podía aplastar incluso a los ejércitos de toda Europa reunidos en uno solo, él añadía tropas y tropas de infantería, y asustaba a los oyentes dando además los 5
nombres de pueblos de los que apenas habían oído hablar, citando a los dahas [426], medos, alimeos y cadusios [427]; en cuanto a fuerzas navales, según él no había puertos en 6
Grecia capaces de darles cabida; formaban el flanco derecho los sidonios y los tirios, y el izquierdo los aradios y los sidetas [428] de Panfilia, pueblos jamás igualados por ningún otro en valor ni en habilidad naútica; era innecesario 7
hablar de dinero o de otras necesidades de la guerra, pues los propios oyentes sabían que el oro había abundado siempre en los reinos de Asia; por consiguiente, los romanos no iban a vérselas con un Filipo o un Aníbal, adalid el uno de una sola ciudad y encerrado el otro dentro de los

---

[426] Vivían cerca del mar Caspio. Eran mercenarios, no súbditos, de Antíoco.

[427] Pueblos sometidos que vivían al suroeste del mar Caspio.

[428] Todos fenicios. Los aradios, de la isla de Arados.

límites del reino de Macedonia únicamente, sino con el mag-
8 no rey de toda Asia y parte de Europa; no obstante, aun-
que éste venía de los últimos confines de Oriente para li-
bertar a Grecia, no pedía de los aqueos nada que lesionara
su lealtad hacia los romanos, cuya alianza y amistad eran
9 anteriores, pues no les pedían que empuñaran las armas
uniéndose a él contra ellos sino que no se unieran a ningu-
no de los dos bandos, que desearan la paz para ambas
partes como corresponde a unos amigos comunes, sin in-
10 tervenir en la guerra. Más o menos en la misma línea, Ar-
quidamo, el representante de los etolios, pidió que perma-
necieran quietos, que era lo más fácil y seguro, y que, co-
mo espectadores de la guerra, se mantuvieran a la espera
del desenlace de la suerte ajena sin riesgo alguno para la
11 suya. Luego, en su incontinencia verbal, llegó a los insul-
tos unas veces contra los romanos en general y otras
12 contra el propio Quincio en particular, llamándoles desa-
gradecidos y echándoles en cara que tanto la victoria sobre
Filipo como la salvación se habían logrado gracias al valor
de los etolios, con cuya intervención se habían salvado él
13 y su ejército; ¿cuándo había cumplido él, en efecto, con
el papel de un general? Arquidamo lo había visto en el
campo de batalla tomando auspicios, sacrificando víctimas
y formulando votos como un ministro de los sacrificios,
mientras él, para defenderlo, exponía su cuerpo a las ar-
mas de los enemigos.

49 En respuesta a esto, Quincio dijo que Arquidamo ha-
bía tenido en cuenta ante quiénes más que entre quiénes
2 hablaba, pues los aqueos sabían perfectamente que la fie-
reza de los etolios residía más en sus palabras que en sus
hechos y se manifestaba más en asambleas y mítines que
3 en el campo de batalla; por eso había dado menos impor-
tancia a la opinión de los aqueos, que sabían que los cono-

cían bien, y su jactancia había ido dirigida a los enviados
del rey, y a través de ellos al rey ausente. Y si hasta enton- 4
ces ignoraba qué era lo que había llevado a Antíoco y los
etolios a unirse, podía deducirlo claramente de las pala-
bras de sus enviados; rivalizando en mentiras y presumien-
do de unas fuerzas que no tenían se habían insuflado mutua-
mente vanas esperanzas. «Mientras éstos cuentan que a 5
Filipo lo vencieron ellos y que a los romanos los protegió
su valor y que, como acabáis de oír, vosotros y el resto
de los pueblos y ciudades vais a seguir sus pasos, el rey,
por su parte, baraja nubes de soldados de infantería y ca-
ballería y cubre los mares de flotas. El caso recuerda mu- 6
chísimo al de la cena de un huésped mío de Cálcide, hom-
bre de bien y excelente anfitrión; después de ser recibidos
amablemente en tiempo de verano, nos preguntábamos sor-
prendidos de dónde sacaría en aquella época del año una
caza tan variada y abundante; el hombre, que no era pre- 7
suntuoso como éstos, contestó sonriente que aquella varie-
dad y aquel aspecto de carne de animal salvaje se habían
logrado a base de condimentos a partir de un cerdo do-
méstico». Esto podía ser aplicado con propiedad a las tro- 8
pas del rey de las que se había hecho alarde hacía unos
momentos, pues las diferentes clases de armas y los nume-
rosos nombres de pueblos que se habían oído —dahas, me-
dos, cadusios y alimeos— eran todos sirios, raza de escla-
vos mucho más que de soldados debido a su índole ser-
vil. «Y ojalá pudiera poner ante vuestros ojos, aqueos, las 9
carreras de ese gran rey desde Demetríade bien hacia La-
mia, a la asamblea de los etolios, bien hacia Cálcide.
Veríais en el campamento real algo lejanamente parecido 10
a un par de pequeñas legiones mal completas; veríais al
rey en unos casos casi mendigando trigo de los etolios para
racionarlo entre sus tropas, en otros buscando dinero pres- 11

tado para la paga militar, y en otra ocasión detenido ante
las puertas de Cálcide y, al serle negada la entrada, regre-
sar poco después a Etolia sin haber hecho otra cosa que
contemplar Áulide y Euripo. Mal hicieron al confiar An-
tíoco en los etolios y los etolios en la vanidad del rey;
12 con mayor razón vosotros no debéis dejaros engañar sino
que más bien debéis confiar en la probada y comprobada
13 lealtad de los romanos. Pues en cuanto a eso que dicen
ser lo mejor, que vosotros no intervengáis en la guerra,
todo lo contrario: no hay nada tan opuesto a vuestros inte-
reses, puesto que seréis el premio del vencedor, sin renoci-
mientos y sin dignidad».

50 Daba la impresión de que había atinado en su respues-
ta a unos y otros, y era natural que su discurso fuese aco-
gido favorablemente por los oyentes que estaban de su par-
2 te. Sin la menor discusión o duda, por lo tanto, convinie-
ron todos que quienes fuesen considerados enemigos o
amigos por el pueblo romano serían también enemigos
o amigos del pueblo aqueo, y dispusieron que se declarase la
3 guerra a Antíoco y a los etolios. También se enviaron in-
mediatamente tropas de apoyo a donde Quincio decidió,
quinientos hombres a Cálcide y otros tantos al Pireo.
4 La situación en Atenas, en efecto, estaba próxima a un
levantamiento, pues algunos, con la esperanza de ser re-
compensados, intentaban poner de parte de Antíoco a la
población dispuesta a dejarse comprar, hasta que los que
estaban de parte de los romanos llamaron a Quincio y
el promotor de la rebelión, Apolodoro, actuando como
acusador un tal Leronte, fue condenado y arrojado al
exilio.

5 También la embajada trajo al rey una dura respuesta
de los aqueos; los beocios no dieron una contestación defi-

nitiva: cuando Antíoco llegase a Beocia estudiarían qué procedía hacer.

Al enterarse Antíoco de que tanto los aqueos como el 6
rey Éumenes habían enviado tropas a la guarnición de Cálcide pensó que había que darse prisa para que los suyos llegasen antes y, si podían, sorprendiesen a los otros cuando llegasen. Envió a Menipo con unos tres mil hombres y a 7
Polixénidas con toda la flota, y él marchó pocos días después al frente de seis mil de sus hombres y un número inferior de etolios de los que así de pronto se pudieron reunir en Lamia. Los quinientos aqueos y el pequeño cuer- 8
po de apoyo enviado por el rey Éumenes, mandados por Xenóclides de Cálcide, cruzaron el Eurípo sin peligro, pues aún no estaban bloqueadas las rutas, y llegaron a Cálcide. Los soldados romanos, en torno a los quinientos también, 9
llegaron cuando ya Menipo tenía el campamento delante de Salgánea, cerca del Hermeo, punto de tránsito desde Beocia a la isla de Eubea. Los acompañaba Micición, el 10
emisario enviado a Quincio desde Cálcide precisamente para solicitarle aquel refuerzo armado. Éste, cuando vio que 11
el paso estaba bloqueado por el enemigo, abandonó la ruta de Áulide y giró en dirección a Delio con la intención de cruzar desde allí a Eubea.

Delio es un templo de Apolo situado sobre el mar; dis- 51
ta cinco millas de Tanagra, y desde allí a la costa de Eubea más cercana hay una travesía de menos de cuatro millas por mar. Allí, en el templo y el bosque sagrado, lugares 2
protegidos por el carácter religioso y el derecho de los santuarios que ampara los recintos llamados «asilos» por los griegos, en unos momentos además en que aún no había sido declarada la guerra o al menos, si se había desencadenado, no habían llegado noticias de que se hubieran desen- 3
vainado las espadas o se hubiera producido derramamien-

to de sangre en ninguna parte, los soldados estaban muy desocupados; unos se dedicaban a visitar el templo y el bosque sagrado, otros vagaban por la playa desarmados,
4 y gran parte de ellos se habían diseminado por los campos para recoger leña y forraje. Cuando andaban dispersos aquí y allá, Menipo los atacó de improviso, mató [429] a... y cogió vivos a unos cincuenta. Escaparon muy pocos, entre ellos Micición, que fue recogido por una pequeña embarcación
5 de carga. Este hecho disgustó a Quincio y a los romanos porque se perdieron hombres, pero al mismo tiempo parecía dar mayor legitimidad a una ofensiva bélica contra An-
6 tíoco. Éste, después de acercarse a Áulide con su ejército, envió de nuevo parlamentarios a Cálcide —en parte gente suya y en parte etolios— para proponer lo mismo que anteriormente pero en un tono más conminatorio. A pesar de los esfuerzos en contra que hicieron Micición y Xenóclides, consiguió que se le abrieran las puertas sin mayor difi-
7 cultad. Los que estaban de parte de los romanos abandonaron la ciudad a la llegada del rey. Las tropas de los aqueos y de Éumenes ocupaban Salgánea, y en el Euripo unos pocos soldados romanos estaban construyendo un
8 fuerte [430] para defender la posición. Menipo se dispuso a atacar Salgánea, y el propio rey el fuerte del Euripo. Los aqueos y los soldados de Éumenes abandonaron la posición tras llegar al acuerdo de que se les permitiera marchar indemnes; los romanos defendían el Euripo con
9 más tenacidad. Pero tampoco éstos aguantaron el asedio, al estar sitiados por tierra y mar y ver que estaban llegan-
10 do máquinas de asedio y lanzamiento. Una vez que el rey tenía ocupada aquella posición que era la llave de Eubea,

[429] Se supone la falta de un numeral.

[430] En la colina que está justo al norte del puente del Euripo.

las demás ciudades de dicha isla tampoco rehusaron su autoridad. Tenía así la impresión de haber iniciado la guerra con muy buen pie, puesto que habían pasado a su dominio una isla tan grande y tantas ciudades estratégicamente situadas.

ÍNDICE DE NOMBRES*

---

* Los números romanos hacen referencia a los libros; la primera cifra en arábigos indica capítulos, las que siguen tras la coma indican párrafos. Cuando hay varios párrafos correspondientes a un mismo capítulo, van separados por guión si son seguidos y por coma si son salteados. Las referencias de un capítulo van separadas de las de otro por punto y coma, y las de los libros por punto. Las menciones indirectas van entre paréntesis. En la elaboración de este índice ha prestado una valiosa colaboración la profesora Araceli Fernández Rodríguez.

ÍNDICE GENERAL